

❧ Selección RNR ❧

ASTRID MARÍA

# *¿Sigues sin saber quién soy?*



New Adult

# ¿SIGUES SIN SABER QUIÉN SOY?

*Astrid María*



1.<sup>a</sup> edición: marzo, 2016

© 2016 by Astrid María

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-399-5

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A Carlos, mi marido y primer lector.  
Por su amor, cariño y apoyo incondicional.  
¡¡Gracias!!*

## Contenido

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[INCERTIDUMBRE](#)

[LA FINAL](#)

[LA FIESTA DE LOS AZTECAS](#)

[LA BARBACOA](#)

[LA MALA NOTICIA](#)

[VISITA INESPERADA](#)

[CUMPLEAÑOS DE MAX](#)

[REVISIÓN DE E-MAILS](#)

[LA CARRERA](#)

[EL BESO DE MAX](#)

[NEGOCIOS TURBIOS](#)

[EL DESPERTAR](#)

[CONFIDENCIAS ENTRE AMIGAS](#)

[EL ALTA](#)

[REVELACIÓN PATERNA](#)

[MISSION TRAILS](#)

[PILLADA MISTERIOSA](#)

LA PELEA  
DESASOSIEGO  
HORTENSÍAS  
CONFESIÓN DE MIKE

## INCERTIDUMBRE

Intenté destensar los músculos de mi cara, y los de mis manos, y los del vientre también. Cada cinco segundos miraba involuntariamente las manecillas del reloj, ansiosa por que llegara el momento de marcharme. Estaba en Galilea, la cafetería de mi tío David, donde trabajo los días alternos desde que empecé a estudiar en la universidad estatal de San Diego. Fue idea mía aceptar este trabajo, pero me encantaría hacer responsable a quien fuera por encontrarme ahora aquí. Sí, sería ridículo, por eso no lo haré, pero si pudiera me quedaría muchísimo más tranquila.

Salvo que ocurriera un milagro, sabía que no me daría tiempo. Era penoso, llevaba todo el mes soñando con ese momento y por un error a la hora de confeccionar la tabla de los turnos de trabajo, me había tocado acudir precisamente esa tarde. Me iba a perder la final. El gran partido. Podían pasar décadas hasta que el azar quisiera que un acontecimiento así se volviera a repetir. Desaprovecharlo para mí era una hecatombe, pero intenté asimilarlo y hacerme a la idea de que lo tendría que ver por la tele.

Me consolaba saber que al menos sí podría acudir a la fiesta posterior. Aun así estaba agobiada. Les había dicho a los chicos que intentaría llegar y debía cumplir mi promesa. No sé en qué estaría pensando para decirles algo así, pero había rezado a todos los santos de mi calendario y guardaba la esperanza de que ocurriera algún fenómeno sobrenatural que me permitiera asistir al partido.

—Cristina, siento que te haya tocado venir hoy, podías haber cambiado el turno con Mariah —dijo mi tío mientras observaba apurado mi excitación—, de haberlo sabido se lo hubiera pedido yo mismo.

—No importa, sabía que hoy no le venía bien, por eso no le dije nada —comenté nerviosa mientras me pellizcaba el labio.

A Mariah siempre le venía mal, sobre todo cuando era importante para mí, y en esta ocasión lo era y mucho. Por eso ni siquiera se lo insinué. Me había acostumbrado a tomarme con resignación el perderme algunos acontecimientos importantes como ese. Ella jamás me ha pedido que le cambie un solo turno. A veces pienso que no tiene vida privada. Es una mujer extraña, solitaria. Su único cometido en la vida es acudir al trabajo.

Y después... creo que para ella no existe nada después.

—Márchate si quieres antes de que te pierdas el primer cuarto, tienes por delante un buen trayecto y deberías irte ya —me dijo el tío David en su inquebrantable afán por hacerme sentir bien.

—¿De verdad?! —pregunté agitada.

—Sí, no parece que hoy esté entrando mucha gente, y tu tía y yo podemos hacernos cargo —me aseguró con una sonrisa de complicidad.

—Gracias tío, ¡muchas gracias! —le dije dándole un beso y colocando la bandeja junto a la placa de «reservado camareros» situada al final de la barra. Me apresuré y salí disparada hacia la puerta.

—Si te quitas el delantal mucho mejor —apuntó mi tía con una sonora carcajada.

¡Oh! La imagen entrando en el estadio ataviada de ese modo me hizo ruborizarme. Desaté la lazada que lo sujetaba a mi espalda, saqué la otra cinta por la cabeza y lo enganché en el colgador. Antes de marcharme eché una última ojeada al espejo que había en uno de los laterales. Estaba aceptable. Llevaba puestos mis botines cowboys favoritos, los vaqueros más ajustados que tenía en el armario y la camiseta de béisbol blanca con las mangas grises.

Por fin había acabado mi turno. Bueno, en realidad no había terminado pero como si lo hubiera hecho. Salí acelerada para dirigirme al estadio de los *Clippers*. Era el lugar elegido este año para jugar la final. Pisé el acelerador hasta el fondo para ganar tiempo. Siendo honesta, lo máximo que había alcanzado con ese maldito y estruendoso trasto no pasaba de las sesenta millas por hora, pero esta vez quería llegar cuanto antes al partido y no perderme la final del torneo de la NCAA. Me quedaba por delante un buen trecho, en realidad eran más de cien las millas que debía recorrer, pero por suerte no encontré atascos a la salida y crucé los dedos para que todo el camino se me diera igual de bien. Si la providencia se ponía de mi lado, llegaría casi, casi, casi a tiempo.

La temporada había sido vertiginosa, una semana tras otra plagada de grandes sorpresas, gracias a las cuales nuestro equipo había llegado hasta allí. Muchas de sus victorias con los equipos más fuertes habían sido inesperadas, igual que las derrotas de otros que empezaron despuntando como favoritos y que se quedaron fuera, también parecía algo impensable. Tantos resultados fortuitos nos habían hecho considerar la posibilidad de



llegar hasta las semifinales. Pues sí, eso también había sido otra batalla ganada. Nos tocó jugar contra Kentucky y, *voilà*, directos a la final.

Desde que empezó la liga universitaria habíamos encabezado el ranking de los veinticinco mejores equipos. Ahora solo quedaba vencer a un adversario más: Duke. Ellos igualmente lideraban desde el principio esa clasificación. Era un equipo fuerte, poderoso, uno de los grandes. Me entraba una aprensión desmedida solo de pensar en ello, aunque lo cierto era que nuestros chicos tampoco desmerecían ¿cómo, sino, habrían podido llegar hasta aquí?

Mis amigas debían haber llegado mucho antes de empezar el partido. Decidí no impacientarme. Puse el CD de Estopa que mi padre me había regalado en alguno de mis cumpleaños (música española como de costumbre), e intenté relajarme y reducir la marcha.

El móvil sonó cuatro veces antes de localizarlo en mi desordenado bolso y poder contestar.

—¿Diga? —respondí antes de ver quién se encontraba al otro lado del teléfono, aunque podía imaginarlo.

—¿Cris? —parecía la voz de Becky y de miles de aficionados que se concentraban a su alrededor.

—¡Hola Becky! —respondí agitada.

—¿Dónde estás? ¿Te falta mucho para llegar? ¡Cada vez falta menos para que empiece el partido! —exclamó alterada—. ¿Has salido?

—Estoy de camino, voy por la interestatal, tardaré un poco, al menos media hora más —dije pesarosa—. ¿Me habéis guardado sitio? —pregunté después, aunque sabía de antemano la respuesta.

—Imposible Cris, lo siento, vas a tener que hacerte hueco tú solita. ¡Esto está que echa chispas!

—¡Mierda! Otra vez lo mismo. Bueno, ahora nos vemos ¿está Mel contigo?

—Sí. Estamos las dos aquí.

## LA FINAL

Recordé haber visitado el *Staples Center* en el pasado, pero entonces no se encontraba tan lleno. Ahora apenas podía reconocer el terreno. Una vasta extensión de coches se apelotonaba delante de mí impidiéndome tener una perspectiva clara. ¡Qué desesperación! Como no consiguiera aparcar las iba a pasar canutas para ver al menos medio tiempo del partido.

Pero no iba a ser así, una vez más estaba de suerte, los santos habían escuchado mis plegarias. Respiré aliviada al localizar un minúsculo sitio, era extremadamente pequeño, pero con algo de habilidad tal vez consiguiera aparcarlo. Si lo hacía, sería otro hecho inexplicable para añadir a la lista. No podía dejar pasar una oportunidad así. Examiné el microscópico espacio, a ambos lados estaba custodiado por dos furgonetas. Debía poner mucho cuidado para no rozarlas y, dada mi ineptitud al volante, se presentaba como la tarea más difícil de la tarde. Seguí dudando, en el caso de que consiguiera embutir mi destartalado coche, parecía imposible que pudiera bajarme de él.

Dicen que la necesidad agudiza el ingenio, y desde luego esa situación requería por mi parte más pericia de la acostumbrada. Se me estaba ocurriendo una excelente idea. Salí del coche y me aseguré de dejar abierto el maletero, luego metí los retrovisores hasta dejarlos lo más recogidos posible y volví a subirme.

Aparqué como pude. No es que me desenvuelva muy bien cuando aparecen estos contratiempos, pero después de valorar las pocas alternativas con las que contaba, me lancé sin meditarlo dos veces.

Salí por el maletero con la cabeza por delante y eché a correr desalentada, como si de mí dependiera paralizar una horrible ejecución. Por culpa de esa euforia me dirigí hacia el lado contrario. Estaba perdiendo unos minutos valiosísimos. Paré en seco. Me tenía que centrar y no lo conseguiría si no lograba ubicarme. Claro que no era fácil, la orientación era uno de esos enigmas inventados por los tíos que yo odiaba más que... ¿dónde estaba la condenada puerta por la que me habían dicho que debía entrar?

¡Ah! Por fin la localicé. Me había costado centrarme en ese gigantesco parking pero definitivamente lo había conseguido y pude tomar un punto como referencia.

Parecía impensable, ni siquiera yo terminaba de creerlo. Lo atribuí al milagroso alineamiento estelar de aquella tarde. Había elegido la puerta correcta. Estaba dentro.

El partido había empezado hacía ya diez minutos y todo el gentío parecía haberse acomodado en sus respectivos asientos. El escándalo existente era conmovedor. Miré a uno y otro lado observando el ambientazo. En uno de los extremos del pabellón se concentraba una gran masa de color azul. Muchos seguidores de Duke se habían dado un buen paseo para presenciar el partido. Junto a mí, gran parte de los asistentes iban vestidos de rojo.

Por raro que pareciese sabía dónde me encontraba. Conseguí abrirme paso y acercarme lo máximo posible a la fila donde estaban mis amigas. Por suerte, solo nos separaban algunas butacas y, si lograba movilizar al pequeño grupo que se aglomeraba junto a ellas, conseguiríamos estar juntas.

Las gradas retumbaban como si fueran a desplomarse debajo de nuestros pies. Tan solo hacía unos minutos que había empezado el partido, pero la excitación no había parado desde las semifinales. El entregado público estaba eufórico y el griterío no me dejaba escuchar lo que cuchicheaban Mel y Becky a mis espaldas, de hecho, se notaba claramente que estaban hablando de mí. Podía escuchar sus risas. Me miraban de soslayo con una mueca divertida. Lo estaban pasando en grande, y yo, aunque intentaba por todos los medios afinar mis sentidos, no lograba participar de su animada conversación.

Me acerqué a ellas un poco más, de puntillas y apoyada en la barandilla conseguí preguntarles emitiendo un grito ensordecedor:

—¿Me estoy perdiendo algo?! —pregunté.

Me miraron una vez más, carcajeándose, y siguieron con sus cotilleos.

—¡Luego te cuento! —dijo Mel girando su dedo índice—. ¡Chorradas!

Exasperada, así me sentía siempre que llegaba tarde. Conseguía que me quitaran el sitio y, además, me perdía lo mejor del espectáculo.

Aunque el partido de baloncesto estaba de lo más interesante, me sentía desplazada; atrapada en medio de aquel bullicio. Desvié mi atención y me

entretuve buscando a gente. Recorrí con la mirada el pabellón localizando la zona donde le gustaba sentarse a mi hermano Harry. Esta vez había acudido con los nuevos amigos que luego nos presentaría. Me saludó, alzó sus brazos enérgicamente pensando que yo no le había visto, pero le respondí enseguida. Uno de sus amigos no me quitaba los ojos de encima. Parecía ausente, lejos del emocionante partido que unos metros por debajo de él se estaba llevando a cabo. Sonreí con timidez. Una mezcla de sensaciones me hizo estremecer. Me pareció descarado, pero a la vez me sentí halagada. Era guapo a rabiar, ¡más que eso! La verdad es que era terriblemente irresistible. Resaltaba entre sus amigos por su porte y su forma de vestir. Era el único que llevaba un blazer impecable. El pelo, de un rubio color platino, se dejaba caer por su frente confiriéndole un aire desenfadado. Parecía fuera de lugar en un sitio como aquel.

De pronto lo imaginé. Volví a mirar a Mel y a Becky que esta vez me observaban expectantes. Me incliné de nuevo sobre la barandilla.

—¿Pero qué pasa?! —les pregunté. Quería que me contaran qué tenía tanta gracia.

—¿No le has visto?! ¡El amigo de tu hermano! —vociferó Becky.

—¡Ah, sí! —conseguí decir quitándole importancia—. ¡Irán todos a la fiesta después del partido!

—¡Esto se pone interesante! —entendí como pude a Mel, esforzándome por leer sus labios—. ¡Que siga la fiesta!

El equipo de baloncesto de nuestra universidad estaba a unos pocos minutos de ganar el gran torneo, y nuestra amiga Britney brillaba también con luz propia entre todas las animadoras con sus piruetas. Ella era la voladora. Para nosotras, su aparición resultaba tan importante como la de los propios jugadores y, a tenor de los aplausos del público, no éramos las únicas que pensaban de ese modo. Britney y sus compañeras hacían una excelente demostración de sus capacidades artísticas. Se merecían esos aplausos y más, entrenaban realmente duro.

—¡Bravo Britney! —gritaba Becky quedándose ronca con cada nuevo movimiento de las chicas—. ¡Así se hace!

Cuando acabó el segundo cuarto, aproveché para abrirme paso entre el grupo que nos separaba. De mala gana me hicieron hueco y retrocedieron hasta ocupar el asiento en el que yo me había sentado antes.

—Gracias, gracias. Perdón. Lo siento. Disculpenme.

—¡Siéntate ya, pesada! —gritó Mel—. ¡Mira que das la lata! ¿Eh?

Lo conseguí. Por fin estábamos juntas, como siempre. Me froté las manos por la emoción y sonreí. Saltamos las tres de alegría e inmediatamente después prestamos atención al campo, donde Britney daba su salto más ensayado. En la grada, unos segundos de silencio precedieron a una exclamación general que hizo que se me pusieran los pelos de punta. ¡Guauuuuu!

—¡Genial Britney! ¡Eres la mejor! —me escuché decir en medio de un incómodo silencio.

Mel y Becky se rieron.

—¡Pero bueno! ¿Qué te has tomado? —exclamó Mel sorprendida por mi entusiasmo. Le lancé una mirada pícara y me retiré el pelo lanzándolo al viento.

—Aún nada, así que imagínate. Espera a verme esta noche cuando lleve un par de copas.

—¡Pero qué tonta eres, Cris! —replicó.

—Muchísimo, sí. —Nos reímos las tres. Era un día de celebración. No solo se percibía en nosotras, todo el mundo estaba radiante de felicidad. El ambiente era un hervidero de emociones a punto de reventar.

Se presentaba una larga noche. Habíamos seguido casi todos los partidos de nuestro equipo hasta llegar al gran día, que era ese y, viendo cómo se desarrollaba, el momento prometía ser trepidante hasta el final. Era muy emocionante para nosotras, porque además de Britney, en el campo se concentraba buena parte de nuestra pandilla.

Fred estaba jugando bien, igual que el resto, y Fernando presenciaba el partido desde el banquillo a causa de su última lesión. El pobre siempre resultaba ser el más vulnerable de todo el equipo. Le tildábamos de torpe, pero es que gracias a su insólita destreza para atraer los desastres se había ganado a pulso el molesto sobrenombre. A mí aquello no acababa de gustarme, porque cualquier calificativo, aunque no quieras, te estigmatiza, y te arrastra de forma precipitada hacia esa cualidad, así que me niego a que Fernando se sienta atraído como un imán hacia las situaciones adversas. Por eso, en cuanto tengo ocasión, recalco alguno de sus atributos, que por cierto tiene muchos, como que es generoso y sensible por ejemplo, para concebirle como un tipo distinto e ir tomando conciencia de su auténtica capacidad.

En el campo también se encontraba Mike. Él era con diferencia mi mejor amigo y con el que comparto todo tipo de aventuras. Es el mejor compañero de universidad que una pudiera tener. A medida que han avanzado los cursos, nuestra relación se ha hecho más estrecha. Nunca nos hemos insinuado, pero en los últimos tiempos las cosas parecen estar cambiando, percibo que se ha despertado una química especial. También la situación es diferente, nuestra etapa como estudiantes está llegando a su fin y nos dirigimos a otra fase de la vida supuestamente más madura, vamos hacia lo desconocido, dispuestos a emprender un cambio decisivo para encauzar el futuro. Supongo que el temor a distanciarnos y romper ese cordón invisible que nos mantenía unidos nos hace más vulnerables.

Ahora le tenía delante de mis ojos haciendo unos mates que me dejaban sin respiración. Tenía tal paranoia que incluso estaba sintiendo hacia él una atracción que no había experimentado nunca. Su cuerpo era espectacular, con las medidas perfectas, de una belleza dura y demoledora. Pura fibra, todo músculo. El contorno de sus brazos parecía esculpido por el mismo Donatello, pero en este caso moreno, extremadamente negro, con un tono como el café que me dejaba embobada y, por si fuera poco para mi propio deleite, tenía una altura redonda, dos metros exactamente.

De nuevo me centré en el juego que, sin darme cuenta, se había reanudado. Mike estaba haciendo un partido soberbio, parecía ser el máximo encestador, brillante como de costumbre, pero a pesar de todo, el marcador seguía estando igualado. Deseaba profundamente que, por una vez, la suerte se pusiera a nuestro favor. En estos casos, tal como había ocurrido en las otras temporadas, el partido daba un cambio de rumbo y acabábamos perdiendo. Pero este año estaba siendo diferente, había demasiadas vibraciones positivas para que acabara mal.

El nuestro era un equipo modesto, pero solo por el coraje empleado para sortear a todos los contrincantes y llegar con éxito hasta la final les hacía merecer la gloria. Yo ya la saboreaba. Estaba metida de lleno en el partido y no volví a prestar atención al grupo que acompañaba a mi hermano Harry, hasta que un codazo de Mel me hizo regresar al mundo.

—¿Has visto a ese otra vez? —sabía de quién me hablaba. Me volví para verle de nuevo. Me miraba fijamente, hipnotizado en medio del vibrante juego—. No te ha quitado los ojos de encima. ¿De qué le conoce tu hermano?

Mis ojos se encontraron con los suyos, que me traspasaban, literalmente. Me pregunté por qué no se cortaba un poco, su inquietante mirada rayaba lo grosero, me examinaba con tanto interés que por un instante dudé si me observaba a mí o fulminaba con la mirada a Mel. Hubiera sido lo lógico, ella era la guapa, la que solía acaparar todas las miradas. Con su preciosa cara y su ondulante pelo rubio cayéndole en cascada por los hombros hasta alcanzar la cintura, acostumbraba a dejar sin aliento a cualquier chico que se encontrase a cien metros a la redonda. También le acompañaba su figura escultural. Siendo optimista, mi aspecto era... corriente, en realidad, mi rizado pelo castaño y siempre alborotado no me confiere el mismo aspecto que a ella; de hecho, a su lado, me hace parecer vulgar. Pero no, lo cierto es que me miraba a mí con mucha curiosidad. Le devolví la mirada esperando a que él apartara los ojos, pero no lo hizo, por el contrario, continuó estudiando mi rostro sin disimular. Retiré la vista ignorándole, para que no pensara que estaba pendiente de él.

Becky se unió sacándome momentáneamente de mi ensimismamiento.

—¡Está buenísimo, Cris, ya nos lo presentarás!

—¡Pero si aún no le conozco! Luego nos contará Harry. Se conocen del gimnasio.

—¿Ahora tu hermanito va al gimnasio? —preguntó Becky extrañada.

—Sí, a uno de esos donde se reúne la gente con pasta. Desde que trabaja en una empresa importante se le está pegando la tontería, aunque prefiero pensar que va allí porque está cerca de su oficina y no porque se ha vuelto un pijotero elitista.

Mel, Becky, Britney y yo somos inseparables. El día que pisamos nuestra universidad de San Diego por primera vez nos hicimos tan amigas que desde entonces hemos hecho todo juntas. Nos sentamos en la última fila de la primera clase que tuvimos en común y enseguida congeniamos.

Mel y yo nos parecemos muchísimo, nos encargamos de dar cordura para equilibrar al grupo. En realidad ella es más sensata y juiciosa que yo, pero hacemos un buen tándem. Becky es más irreflexiva, pero muy, muy divertida. Tiene el carácter más alegre de las cuatro y es endemoniadamente sagaz. A veces me saca de quicio, es tan marimandona que si no la contiene acaba por someterte. Tiene la mirada más cándida que he visto nunca, el rostro cubierto de pecas y el pelo color bermejo.

Creo que su inofensivo aspecto disfraza el temperamento y hace que a menudo perdonemos muchas de sus imprudencias.

Britney es la atleta del grupo, la disciplinada, destina buena parte de su tiempo a los agotadores entrenamientos con el resto de animadoras. Su nivel de exigencia es altísimo, se esfuerza hasta agotar toda su energía. A mí me resultaría imposible, pero ella consigue encontrar un equilibrio perfecto para compaginarlo con los estudios y su vida personal. Es introvertida, competitiva y callada. Becky y Britney, al contrario de lo que cabría esperar se compenetran a la perfección. Aunque no se parecen en nada, guardan entre sí una conexión tal que deja pasmado a todo el que las conoce. A nosotras las primeras. Son mellizas, pero Becky siempre se encarga de aclarar que ella es la hermana mayor, y lo cierto es que parece que lo es, sí, la hermana mayor pero de nosotras cuatro.

El ritmo de anotaciones estaba siendo imparable, y la agresividad en defensa era tenaz, nuestros chicos no se dejaban dominar. Por su parte, Mike acababa de encestar dos triples seguidos y el público le respondió con una gran ovación. El partido parecía estar llegando a su fin. La final estaba a punto de poner la guinda a una increíble temporada que nos había hecho vibrar hasta el último minuto. El entrenador de nuestros contrincantes pidió lo que iba a ser, previsiblemente, su último tiempo muerto. Era difícil que pudieran recuperar el partido, pero un profesional como él, aunque el resultado parecía ya evidente, no podía dar nada por perdido.

Casi había llegado el momento más deseado de todos. Cuando quedaban escasos segundos para alcanzar la victoria, Mike recibió una falta horrible. La sentí en mi estómago como un golpe fulminante. Me retorcí en el asiento, incómoda tras el sopapo que le acababan de dar, pero se me pasó rápido al comprobar que él ni siquiera lo había notado.

Tenía la mandíbula rígida, las muelas me saldrían disparadas si no me relajaba un poco. Apreté los puños con fuerza y las uñas se me clavaron en las palmas de las manos. Estaba impaciente. Fred sacó de banda y se la pasó a Mike, que la recibió tranquilo y seguro de sí mismo. ¡Ese era Mike! El chico que le defendía se despistó, tardó un segundo hasta que le localizó, pero era demasiado tarde. Mike estaba estirado, el balón le rozaba ligeramente la cintura y descansaba en su cadera derecha. Lo estaba sujetando con el antebrazo. Tres, dos, uno... Lanzó el balón por los aires y echó a correr con los brazos levantados hacia el resto del equipo.



—¡Ahhhhhhh! ¡Sí, sí, sí! —Becky comenzó a saltar arrastrándonos a nosotras dos—. ¡Hemos ganado! ¡Lo hemos conseguido, chicas!

Una lluvia de confetis anunciaba el afortunado desenlace, solo uno de los dos equipos se podía alzar con la victoria. LOS AZTECAS, el discreto equipo de la universidad estatal de San Diego, había conseguido el trofeo más codiciado. La fiesta en la pista se celebraba con un entusiasmo descomunal. Los orgullosos vencedores se abrazaban sin contener la emoción por lograr el gran triunfo. El foco central se llenó de espontáneos que tampoco podían contener la euforia. Era emocionante, los chicos se estrechaban fuertemente unos con otros hasta formar un gran círculo y, después, el entrenador salió disparado por los aires como si fuera un cohete.

Sin darnos cuenta empezaron a cortar la red, que estaba bien afianzada y se resistía a desprenderse del aro; mientras tanto, en las gradas seguían los efusivos aplausos. Desde arriba, nosotras estábamos satisfechas e impacientes por reunirnos con ellos, pero antes tenían que recoger el trofeo y el anillo de los campeones. El día estaba saliendo a pedir de boca. Hacía tiempo que no disfrutábamos de una sesión como esa, en realidad creo que era la primera vez. Mike recogió el premio al mejor jugador del torneo. Se lo había ganado por méritos propios. Me emocioné.

—¿Qué te pasa Cris? ¿No me digas que estás llorando? —me dijo Mel, conmovida ante la evidencia.

—¡Qué va! Es que estaba tan tensa que me he emocionado.

Le quité hierro al asunto. Era obvio que se me habían escapado unas cuantas lagrimitas. Un amasijo de emociones se mezclaba en mi cabeza y no me dejaba pensar con la claridad de siempre. Sentía un aviso interior. El día ocupaba una especie de fiesta de despedida a todo lo que estaba a punto de dejar atrás. Becky se unió a nosotras.

—¡Ay, Cristina! —me llamaban así cuando querían reprocharme algo—. ¡Pero qué rara estás hoy! ¿Te ha bajado la regla?

—¡Déjame en paz!

—Sí, Mel, le ha bajado, y esta vez le ha tocado la fibra sensible.

Por suerte, se pusieron a hablar con Emma y Sarah, unas compañeras que tampoco quisieron perderse el partido y con las que yo no me llevo demasiado bien, sobre todo con Emma; me resulta odiosa, siempre me mira con aires de suficiencia sin saber muy bien por qué. Se cree un ser

superior, próxima a la octava dimensión. Existe un universo entero entre ella y yo, pero esta vez me alegré de que las dos víboras distrajeran a mis amigas y estas se olvidaran por un momento de averiguar qué era lo que me ocurría a mí.

Cuando Mel y Becky terminaron de hablar con las dos diosas egipcias, nos tocaba resolver un asunto importante, y no era otro que centrarnos en salir de allí. No parecía tarea fácil. Al menos intentaríamos no ser las últimas en abandonar las gradas.

El público se trasladó en masa hasta el aparcamiento del estadio, mientras nosotras nos quedamos remoloneando por las inmediaciones, haciendo tiempo hasta que se despejase un poco y disfrutando de un grupo de danzarines que reproducía su peculiar bailecito celebrando el triunfo de su equipo.

—Mira Cris, tu hermano viene por allí con sus tres amiguitos —dijo Becky, sorbiendo ruidosamente los hielos del vaso de Coca-Cola y avisándonos a las dos para entrar en situación. Nos hicimos las distraídas dándoles la espalda como si no hubiéramos advertido su llegada.

Harry avanzaba a grandes zancadas acompañado de su inseparable amigo Liam y de dos desconocidos, el rubiales mirón del blazer impecable y lo que parecía su sombra, o su guardaespaldas, o su perrito faldero. Durante el partido, observé que parecían ligeramente mayores que Liam y Harry, superaban con creces los veinticinco años recién cumplidos de mi hermano, y su aspecto, también chocante, recordaba a algún personaje de la camorra italiana. Quise mirarles con detenimiento pero me pareció más prudente esperar a que llegaran.

—Hola Cris. Mel, Becky. ¿Qué tal?

Harry conocía bien a mis amigas y por suerte congeniaban. Tampoco era difícil teniendo en cuenta la forma de ser de mi hermano y su facilidad para relacionarse. Solíamos presentarnos a los nuevos amigos que íbamos conociendo, siempre había sido así, por lo que no debería extrañarme que quisiera hacer gala de su educación y presentarnos a sus nuevos compañeros. Tenían un aura extraño, diferente a lo que Harry nos tenía acostumbrados.

—Hola Harry ¿cómo te va? —Mel se adelantó a Becky. Siempre lo hacía cuando se trataba de mi hermano, creo que le gustaba más de lo que reconocía, pero por alguna misteriosa razón no se quería sincerar

conmigo.

—Bien. ¡Qué partidazo! ¿Verdad? Ha estado genial. No sabía que vendrías, Cris no me lo dijo.

¿Cómo? ¿Qué respuesta era esa? ¿Me estaba perdiendo algo?

—¿Vais a ir luego a la fiesta para celebrarlo? —prosiguió Harry en una conversación unidireccional.

—Sí, hemos quedado con Mike y los demás. ¿Vosotros vais a ir también?

Se habían quedado solos en el centro de su pequeña burbuja, al resto nos habían excluido, pero un oportuno carraspeo de su atractivo acompañante, nos devolvió a todos al escenario otra vez.

—Perdón. Venía a presentaros —dijo Harry sin ningún remordimiento por su falta de cortesía.

—Sí por favor, es que si no es muy incómodo —señaló su interesante amigo riéndose y mirándome fijamente a los ojos—. Yo soy Max, tú debes de ser Cris.

—Sí, y ellas son Mel y Becky.

—Encantado de conoceros —volvió a decir, mirándome incómodamente a los ojos. Le desvié la mirada molesta, fijándola en lo que parecía ser su sombra.

—¿Y tú eres....?

—Yo soy Dylan —contestó tímidamente. Parecía extrañado de que hubiera reparado en él.

—A ti no te he dicho nada, Liam. ¿Cuánto hace que no te dejás ver? ¿Un millón de años? ¿Qué tal te va todo? —quise desviar la atención del tal Max y centrarme en lo que sea que no fuera él.

—Bien. Liado como siempre, ya sabes, en el taller no damos abasto y mi padre se está haciendo mayor.

El padre de Liam tenía un próspero taller de reparación de coches. Comenzó siendo un pequeño negocio familiar que con los años se había convertido en local de referencia. Todos sus conocidos llevábamos allí los coches.

—Anda, no te quejes, no será para tanto.

La actitud de Liam siempre era despreocupada, sin embargo ahora parecía rígido, igual que Harry. Estaban violentos, como si la presencia de

esos dos extraños les causara nerviosismo, pero por fin se rio, y gracias a eso los cuerpos de los demás se destensaron también. Harry se relajó ligeramente, y Liam, que hasta ese momento había estado agarrotado, con las manos encajadas en los bolsillos traseros, aflojó las piernas y dio un paso hacia delante. Gracias a Dios descansaban y volvían a parecer ellos mismos.

—Bueno chicas, entonces nos vemos en el club de los aztecas ¿no? —zanjó mi hermano. Quería terminar la conversación y giró levemente el torso para encaminarse hacia el coche que tenían estacionado en otra parte del aparcamiento.

—Sí, hasta luego entonces —contestamos las tres.

—Adiós Mel —le dijo Harry dedicándole una de sus encantadoras sonrisas.

Las tres sabíamos que no iba a pasar más de medio minuto sin que Becky hiciera alguno de sus mordaces comentarios. Se puso seria, reflexionando como si descifrara una ecuación matemática de difícil solución y le hizo una pregunta directa y sin escapatoria.

—Mel ¿tienes algo que contarnos?

—Pues ya sabes que no —respondió ella con una media sonrisa.

—¿Hay algo entre vosotros? —volvió a preguntar Becky, pero esta vez con aire acusatorio.

—Ya te he dicho que no. No, no hay nada entre nosotros, de momento, aunque tampoco me importaría.

El último sorbo de Becky me descompuso.

—¡Tira ese vaso de una vez! ¿No ves que ya no queda nada? ¿Es que no hay una maldita papelera por aquí? —la reprendí.

—Vale, ya lo tiro, no te enfades mujer que no es para tanto. ¿Nos vamos o qué?

—Venga. Nos vemos allí. ¿Te vas con Britney? —le pregunté a Becky.

—Sí, voy a ver por dónde anda. Seguro que las chicas todavía lo están celebrando.

Al grupo de animadoras les faltaría todavía un buen rato hasta que decidieran acercarse al club. Ahora estarían festejando su propio triunfo, así que hasta bien entrada la noche no podríamos felicitarlas a ellas también por su espléndida actuación. Las veríamos en la fiesta que los

aztecas habían preparado con tanto entusiasmo durante las últimas semanas. Todos contábamos con asistir. Sabíamos que se celebraría tanto si ganaban como si se quedaban en un honroso segundo puesto.

—Pues Mel y yo os esperamos allí. No tardéis ¿vale? —dije.

—Sí, espero que mi hermanita no se retrase mucho. Le voy a preguntar.

—Si va a tardar y prefieres venirte con nostras te esperamos, tú decides.

—No, vosotras marchaos, nos vemos en el club.

## LA FIESTA DE LOS AZTECAS

Mel y yo nos montamos en el coche y nos dirigimos presurosas a mi casa para arreglarnos un poco. Ella había estado bastante nerviosa los últimos días esperando ese momento y por nada del mundo quería decepcionarla. Intenté poner buena cara para que no se diera cuenta de mis malos presentimientos, pero fue en vano.

—Vamos a una fiesta y, si no te conociera, creería que nos dirigimos a un entierro, Cris, ¿es que no estás contenta? Cuando has llegado al partido parecías muy alegre, me preocupas. ¿Por qué has llorado entonces?

—No lo sé Mel, puede que sean los nervios. Ya sabes, parece que todo termina y me angustia que ya nada vuelva a ser como hasta ahora. Me gustaba.

—¿Pero por qué dices eso? Nada tiene que cambiar. Seguimos estando todos ¿no lo entiendes?

Desvié la mirada para acabar la conversación. Me sentía así y poco podía hacer para ponerle remedio. Solo estar entretenida e intentar pasarlo bien.

—Bueno Cris, a ver qué música tienes por aquí. Español, otro español, ¿este quién es? Flamenco, bulerías, rancheras, Camarón, Bisbal, Alborán. ¡Uffffffff! ¿Es que no tienes música, música de esa que escucha la gente? Veamos Pablo Alborán. ¿Está bien?

—Pues claro que está bien —dije irritada.

Mel abrió la ventanilla para que corriera el aire, que como de costumbre no era demasiado fresco, e introdujo el CD en la ranura de mi viejo trasto. Subió el sonido girando la rueda hasta que hizo tope y la música empezó a sonar: *Tenía el alma deshecha por dentro, por un amor que me dejó seco, la, la, la, la, la, agitaste los sentidos de mi cuerpo, fundiste tus labios con la punta de todos mis dedos, la, la, la, la, la, éxtasis, no salgo del asombro de tu énfasis.*

Coreamos hasta quedarnos roncás, levantándome el ánimo y poniendo a Mel más alterada de lo que ya estaba. Un par de horas más tarde llegábamos a mi casa. Aparcamos el coche en la entrada, junto al de mi

madre, y entramos a toda prisa. Jane y Will, sus amigos del alma, se habrían marchado después de acabar el partido.

—Hola cielo ¿lo habéis pasado bien? —dijo mamá nada más verme. Estaba contenta por el resultado, habían visto el partido en la tele y nos esperaban para comentarlo—. ¡Qué partido tan emocionante! ¿Verdad? —después reparó en mi amiga—. Hola Mel. ¿Vais a poner os guapas para la fiesta?

Al oírnos, mi padre asomó la cabeza y nos observó con los brazos cruzados delante del pecho y mirada de aprobación.

—Hola Teresa. Ryan —dijo Mel—, haremos lo que podamos.

—Cariño —dijo mi padre dirigiéndose a mamá—, ¿crees que es posible que estén más guapas?

—Creo que es muy mejorable, al menos lo intentaremos —contestó Mel moviendo hacia abajo la parte derecha de su labio inferior y haciendo una mueca exagerada.

Mi padre a menudo suelta alguna frase agradable, aunque por lo general cree que una mirada suya es suficiente para adivinar si cuento con su beneplácito. Cuando hay fiestas de por medio, como era el caso, intenta disimularlo, pero se pone frenético.

—Estupendo, pero sin pasaros ¿eh, jovencitas? Antes de salir por esa puerta quiero ver el resultado —nos dijo papá entre risas mientras subíamos escaleras arriba directas a mi habitación.

Mis padres se conocieron un verano en el que mamá vino a pasar un mes de vacaciones a San Diego. Llegó junto a Almudena, su mejor amiga de la facultad de Madrid y prima segunda de Will, el inseparable amigo de papá. Durante esos días, mamá y Almudena se hospedaron en casa de Will. Por aquel entonces, mi padre ya había puesto en marcha el pequeño negocio de organización de eventos que sigue teniendo hoy y, casualmente, preparaba una de las fiestas multitudinarias que tanto gustaban a esa animada familia. Se trataba de las bodas de plata de los padres de Will y, por supuesto, mi madre estaría invitada. Los días previos a la celebración papá pasó varias veces por su casa para ultimar los detalles y, según cuenta, cada una de las veces que lo hizo se cruzó con ella, «El destino es así, te acerca precipitadamente a aquello que te corresponde» suele decirnos. «Era tan guapa que no pude resistirme, además, me cautivó su carácter mediterráneo, tan apasionado, con esa

desbordante energía...» Papá se ponía muy pesado cuando hablaba de ella.

Por fin llegó el día de la celebración y mi madre no se separó en toda la noche de la *candy bar*. Se pasó todo el tiempo atiborrándose de golosinas. A papá le hacía mucha gracia e intentó hablar varias veces con ella, pero fue un desastre, él apenas chapurreaba unas palabras en español, y mamá, que aún no había aprendido inglés, solo le sonreía por educación. Le costó varios intentos, pero finalmente logró captar su atención y quedaron para verse. De esa manera comenzaron una relación a distancia, que luego se convirtió en un serio noviazgo y después... bueno, hasta el momento, todavía siguen juntos.

—Saca el arsenal, Cris, ¿en qué estás pensando? —me preguntó Mel, que se encontraba de pie delante de mis narices.

—Pensaba en cómo se conocieron mis padres. ¿Tú crees en el destino, Mel?

—Seguro. A veces haces unas preguntas... pero no te preocupes, no te lo voy a tener en cuenta. ¿Dónde has guardado los mini, súper, extra, cortos vestidos?

—En la estantería, ¿pues dónde van a estar? ¡Colgados en el armario!

Mel se acercó al ropero contoneándose y se paró en el centro de la doble puerta como si tuviera delante el telón de un escenario. Agarró ambos pomos y abrió con solemnidad.

—¡Oh, oh, oh! No me acordaba de lo bonitos que eran, Cris —inmediatamente miró hacia el suelo—, ¿soportaremos estos tacones de vértigo? Yo no nací con el gen capaz de conducir unos zapatos de aguja, te lo advierto.

—Por supuesto que sí. Para estar guapas hay que sufrir ¿no has oído esa frase en alguna parte? Pues se referían a este momento.

Las dos nos reímos dejándonos caer sobre la cama. Después empezamos a arreglarnos, no todos los días se celebraba algo así, íbamos a asistir a una fiesta única y debíamos ponernos especialmente guapas. Mel no necesitaba esforzarse demasiado, aunque hubiese decidido ir con los vaqueros que llevaba puestos hubiera sido sin duda la mejor dotada de la fiesta. No era consciente de su espectacular belleza, o tal vez sí y no le daba importancia, pero en cualquier caso no era la típica niña creída, y su humildad era de agradecer.

Nos pusimos los vestidos que compramos en el centro comercial. El de



Mel era azul marino, con un pronunciado escote que realzaba su pecho de forma provocativa. Su larga y rubia melena caía perfecta tapándole los tirantes y levantándose al alcanzar la altura de su abultado pecho. El mío era de un tímido verde manzana, menos deslumbrante pero más apropiado y favorecedor para mí.

Bajamos las escaleras con más prudencia de la que habíamos utilizado al subir y fuimos directas a la sala de estar donde mis padres veían ahora una entretenida película de acción.

—¿Ya estáis listas, cielo? —dijo mamá mientras mi padre estudiaba nuestra vestimenta—. ¡Impresionante! Vais a ser la envidia de todas las chicas. ¿No van Becky y Britney? —preguntó extrañada de que no nos acompañaran.

—Hemos quedado allí, Becky al final se ha quedado esperando a su hermana. Estaba celebrándolo con el resto de las animadoras.

—Claro —dijo mi madre.

—Harry también va, con sus amigos —les anuncié.

Se hizo un silencio, como si hubieran hablado algo entre ellos sin compartirlo conmigo. Fueron escasos segundos, pero suficientes para que me percatase.

—¿Ah, sí? No ha comentado nada. Está un poco raro últimamente. ¿Tiene novia o algo así?

Antes de que respondiera Mel me miró expectante, con los ojos bien abiertos y cierto temor por lo que pudiera comunicar.

—No que yo sepa —me encogí de hombros y mi amiga me siguió hasta la cocina—. ¿Comemos algo, Mel? Estoy desfallecida. Algo rápido.

—Vale, y luego nos vamos —me dijo.

—Muy bien —asentí.

Papá entró un momento en la cocina con la excusa de coger una cerveza. Si no le conociera bien pensaría que era algo casual, pero sabía de sobra que venía para asegurarse. Tenía que verificar, como de costumbre, que nos habíamos vestido con decoro. Hizo una inspección rápida y creo que no lo aprobó, pero no nos dijo nada. Yo no siempre capto sus objeciones tan rápido como él quisiera. Eso le pone furioso y a veces genera entre nosotros algunos encontronazos, pero hasta la fecha nunca hemos alcanzado extremos insalvables. Tuvo una educación demasiado rígida y, secretamente, sé que condena mis acciones más a

menudo de lo que parece. Pero me da igual, yo me hago la disimulada y él, casi siempre, se esfuerza por parecer más moderno. Mientras esa línea se mantenga estable, creo que todo irá bien.

—Qué bueno tiene que estar eso Cris —Mel estaba igual que yo, muerta de hambre.

Abrimos dos panecillos para hacernos un perrito, calentamos en el microondas un par de salchichas y las ocultamos bajo una abundante capa de mostaza y ketchup. Lo engullimos a toda prisa y salimos disparadas hacia el club, donde seguramente ya estaría todo el equipo campeón recibiendo las merecidas felicitaciones. Mike estaría muy solicitado, era la estrella y no tendría mucho tiempo para compartir conmigo. De pronto me entró una punzada de celos. No podía creer que me sintiera tan acaparadora con él.

—No sé si voy a soportar estos zapatos, Cris. ¿Guardamos algo plano por si acaso?

—¡Que no! ¡Cállate ya! No seas quejica, solo va a ser una noche —le dije poniéndome seria.

Conduje despacio desde casa hasta llegar al club. Becky y Britney ya estaban allí. Aparcamos junto a su furgoneta y me detuve un instante sentada dentro del coche, quería observar la fiesta desde la distancia. El porche donde se celebraba estaba abierto e iluminado. Había acudido bastante gente. Desde allí podía distinguir a muchos de nuestros amigos, entre ellos a Mike, que se encontraba con Britney, Becky y el resto del grupo.

—¿Salimos del coche o prefieres quedarte aquí? —soltó Mel, muy graciosa como de costumbre.

—Ja, ja, ja.

Nos encaminamos directamente al porche sin pasar por la entrada principal. Si accedíamos por la puerta, alguien nos entretendría y tardaríamos un buen rato en alcanzar la parte exterior del recinto, así que acortamos por un lateral, directas a donde se encontraban todos.

Todavía a cierta distancia podía distinguir a Mike gesticulando, probablemente repasando los momentos decisivos del partido. Al vernos se le iluminó la cara, su sonrisa era tan blanca que me hizo agarrarme a Mel para no caer de bruces, sus ojos también relampaguearon y avanzó hacia nosotras con paso firme y decidido. Casi habíamos llegado.

—¡Cris! Hola Mel. ¿Qué os ha parecido? ¿Podéis creerlo? ¡Campeones!  
—gritó Mike, mientras me sujetaba rodeándome la cintura con sus brazos. Yo me agarré a su cuello para mantener el equilibrio, y él, dejándose llevar por su momento de felicidad, me alzó y me dio vueltas sobre sí mismo como si fuera una muñeca de trapo.

Cuando me dejó en el suelo y empezamos a comentar el partido, todos estaban eufóricos. Entonces les felicité. No había tenido ocasión de hacerlo hasta ese momento.

—¡Felicidades Mike! Felicidades a todos, pero bueno, solo puede haber una estrella ¿no? El partido ha estado... no sé cómo decir, no tengo palabras, alucinante es quedarse corta.

Mike se separó de mí para repasar mi atuendo con una embarazosa parsimonia. Yo me puse roja como un tomate y, nerviosa, comencé a golpear el suelo con uno de mis bonitos zapatos. Menos mal que era de noche, aunque con la cantidad de bombillas que habían colocado para la ocasión seguramente lo habría notado. Creí morirme de vergüenza cuando me escuché decir:

—¿Qué miras? —lo pregunté con una timidez que casi ahoga mis palabras.

—Estás... cañón —dijo sin apartar la mirada de mis curvas.

—Eres muy tonto ¿lo sabías?

—Lo sabía. Y tú muy sexy. También lo sabes ¿verdad?

Nunca me había hablado de ese modo. Siempre habíamos tenido una complicidad fuera de toda duda, pero nunca hasta el punto de traspasar los comentarios normales que se hacen entre los amigos de distinto sexo.

—¿Has bebido? —le pregunté, intentando razonar su último comentario.

—Yo no bebo.

—¿Fumado? ¿Has fumado?

—Hoy tengo mis cinco sentidos más desarrollados que nunca y quiero disfrutar esta noche lo máximo posible —acercó su rostro hasta rozar mi oreja con sus labios, y me susurró—: ¿Entiendes?

—Entiendo —respondí sin saber cómo reaccionar. Nos quedamos los dos en silencio mirando sin ver a las personas que teníamos enfrente. Mis sentidos al parecer también estaban especialmente dispuestos. Mis sentidos o mis hormonas, que las tenía alteradas. Aquella noche, su piel

exageradamente morena brillaba resplandeciente. Llevaba puesto un polo azul cielo que le sentaba de miedo. Quise cambiar en el acto la imagen que me había venido fugazmente a la cabeza. Hubiera sido imposible confesar.

No había tenido ocasión de hablar con Britney y, si no le decía algo ya, no me lo perdonaría.

—Britney, has estado espléndida. ¡Menudo salto has dado! No te habrás dado cuenta pero se ha hecho un silencio que nos ha puesto la carne de gallina a todos.

—¿En serio? —preguntó emocionada.

—Sí ¿no te lo ha dicho tu hermana? —menos mal que Mel y yo la admirábamos de verdad. Becky parecía pasar olímpicamente.

—Pues no —contestó apenada.

Becky, como de costumbre, estaba más pendiente del ambiente que había a su alrededor. Siempre era la primera en percatarse de las novedades. Ni siquiera había percibido lo emocionada que estaba su hermana por haber sido durante unos instantes el centro de atención en el pabellón de los *Clippers*. Daba rabia, tampoco ahora nos estaba escuchando cuando de pronto cambió de tema.

—Allí está Harry con sus amigos —nos dijo Becky poniéndonos al corriente.

Dirigí la mirada hacia donde nos indicaba y en ese momento Harry nos estaba mirando también. Antes de que mi hermano se lo comentara a Liam y a los otros, su amiguito Max ya nos había visto. A esa distancia, su intenso examen me recordaba al de un depredador cuando se dispone a dar caza a su presa. Me dio un escalofrío de solo pensar en ello. Por el rabillo del ojo, vi cómo se acercaban los cuatro hasta nosotros.

Los chicos se saludaron, se felicitaron e hicieron las presentaciones. Parecía que se querían unir al grupo. Harry a veces lo hacía, no siempre, pero hoy venía para quedarse un buen rato. Max tuvo que bordear a todos los que le obstaculizaban el camino hasta llegar a donde estábamos Mel, Mike y yo. Su aura de mafioso le hacía parecer oscuro y atrayente a la vez, aunque al oírle hablar esa sensación desaparecía como por arte de magia. También Harry le acompañó.

Con una precisión asombrosa, Harry ya estaba al lado de Mel y Max se había plantado descaradamente entre Mike y yo.

Con mucha seguridad, se dirigió a mí y me dijo sin titubear:

—¿Te apetece beber algo? —lo preguntó tan directo y decidido que no me lo pensé dos veces.

Si no hubiera estado sedienta, posiblemente hubiera rechazado su invitación, pero tenía la boca tan seca que me pareció una excelente idea.

—Vale.

En ese momento me arrepentí, pero ya era tarde para darme cuenta de que pretendía sacarme de allí y separarme intencionadamente de mis amigos. En realidad sí me apetecía tomar una copa con él, pero quizá en otro momento. Sin Mike. Oh, Dios, ¿estaba luchando por no sentir hacia Mike algo más allá de nuestra bonita amistad? Sí, lo estaba haciendo, pero este hombre me parecía demasiado interesante para dejarle escapar, me intrigaba. Además, una copa no haría mal a nadie.

Mike parecía incómodo. Más que eso, parecía cabreado, ¿celoso tal vez? Deseché los absurdos pensamientos e intenté disfrutar de una simple copa. Traté de convencerme. ¡Por favor, solo es una copa!

—Vamos allí que estaremos más tranquilos. ¿Te parece bien? —dijo Max, pasando la mano alrededor de mi cintura con un pequeño empujón que me incitaba a empezar a caminar. Antes de contestarle ya se había puesto en marcha.

—Vale, si prefieres ir allí mejor —respondí por decir algo.

Miré de reojo. Mike me siguió con la mirada, irritado. Podía sentir la clavada en mi espalda.

Cuando estuvimos a suficiente distancia, Max se mostró tremendamente cortés, se le veía sereno. Nos sentamos en unos taburetes altos, estaban situados alrededor de una pequeña mesa redonda ubicada estratégicamente en uno de los extremos de la amplia terraza.

—¿Qué quieres tomar, muñeca? —preguntó con un tono cautivador.

—Ron con limón.

—Enseguida vuelvo. No te escapes.

Definitivamente este hombre ganaba en las distancias cortas. Quizás era encantador y yo me había precipitado en hacerle un juicio rápido. Desde la mesa donde nos sentamos, podía ver a lo lejos a Harry hablando con Mel, y también a Mike que de vez en cuando dirigía una mirada discreta asegurándose de que seguíamos allí.

Max estuvo de vuelta en tiempo récord. Hablamos distendidamente. Para mi sorpresa, se mostró atento y encantador.

—Parece que está refrescando. Ten mi chaqueta.

Hizo ademán de quitársela pero se lo impedí. No quería que cuando regresara donde estaba Mike él me viera con la chaqueta de Max.

—Estoy bien así —le dije.

—¿Seguro? —preguntó sin dejar de quitársela.

—Sí, de verdad —insistí extendiendo la mano en un gesto por frenarle.

—Como prefieras. Bueno, háblame de ti, me ha dicho Harry que estás estudiando diseño de interiores, en realidad creo que estás a un paso de graduarte. ¿Nerviosa por las notas finales?

—No estoy nerviosa por eso, sabemos más o menos los resultados, pero me entra pánico al pensar cómo se me va a dar de ahora en adelante.

—¿Y de qué tienes miedo? —preguntó sorprendido.

—No sé, quizás de que no le guste a nadie lo que hago. Supongo que es lo normal.

Max se rio, como si mi ansiedad le pareciera banal. Algo de lo que no debería preocuparme por ser de menor importancia.

—Me extrañaría que a alguien no le gustase. Seguro que tienes buen gusto. ¿Qué te apetece hacer exactamente?

—Para empezar, aprender en algún sitio. Tengo en la cabeza mil ideas a las que me gustaría dar forma, pero antes de realizarlas debo practicar un poco. Cruzaré los dedos. Este verano me centraré y veré cómo puedo desarrollar mi futuro. ¿Y tú qué haces? Pareces mayor que Harry así que estarás trabajando también.

—Tampoco soy tan mayor, solo tengo treinta.

«Joder. Demasiado mayor para mí», pensé.

—¡Hala! Suenas... lejano —le dije sin poderme reprimir.

—En un pispás y antes de que te des cuenta, los habrás cumplido tú también.

—Vaya ánimos me das.

—Mujer, no es para tanto. ¿De verdad me ves mayor? —preguntó alzando una ceja y esperando la respuesta.

—No es eso —no sabía cómo salir del enredo e intenté cambiar el tercio—. Al final no me has dicho a qué te dedicas.

—Pues a cosas más aburridas de lo que tú quieres hacer. Negocios en general, inmobiliarios y de inversiones.

—Puf, ¡qué lío!

Me reí al imaginar el rollo que podía ser el trabajo de Max, sin suponer, ni de lejos, a lo que se dedicaba en realidad.

Del ron con limón que me había traído solo quedaban los hielos y no había razón para alargar innecesariamente mi estancia a solas con él. Aunque era un tipo interesante, pensé que era suficiente para ese primer encuentro. Estaba deseando regresar con todos. Era un día importante y quería compartir ese momento con ellos.

—¿Volvemos con los demás? —pregunté con un leve movimiento. Bajé un pie y sujeté con mis manos el taburete esperando su respuesta.

Parecía seguro de sí mismo. Antes de responder me miró durante unos segundos. Pasó el dedo índice acariciando sus labios y levantó la barbilla por encima de su cuello, después cambió el semblante de manera imperceptible.

—Claro —dijo recomponiéndose y mostrando su encantadora sonrisa.

Volvimos a reunirnos con el grupo. Mike hablaba alegremente con la arpía de Emma, que me echó una mirada asesina cuando me vio aparecer, también era demasiado para mí encontrármela dos veces en el mismo día. Después de verla en el pabellón de los *Clippers* me había olvidado de ella, y ahí estaba otra vez, incordiando como siempre. Llevaba puesto un diminuto top mostrando todos sus encantos. ¡Menudo zorrón de tía! Me produjo repulsión el ver a los dos sonrientes, pero me lo merecía. Él sabía perfectamente lo mal que me caía Emma y seguro que lo hacía para fastidiarme. Cuando llegamos, Mike sonrió y volvió a lanzarme por los aires, esta vez echando una mirada hostil a mi nuevo acompañante. ¿Se estaban midiendo algo?

—¡Bájame, Mike, por lo que más quieras! ¡Que me caigo!

—No te caes.

—¡Para Mike, por favor!

Cuando me bajó su amiguita había desaparecido. ¡Qué tía más ladina! Parece que me huele, me recuerda a la carroña, ¡no puedo soportarla! A mi espalda, Max y Harry hablaban entre ellos, se habían reunido con Liam y Dylan y parecía que daban por finalizada su breve incursión a la fiesta.

—Nos vamos —dijo mi hermano dirigiéndose a mí y alzando después la mano para que los demás se dieran por aludidos—. Adiós a todos. Nos vemos Mel.

Max se acercó, me sonrió y besó con dulzura mi mejilla.

—Ya hablaremos, muñeca.

—Hasta luego chicos —contestó Mel siguiendo a Harry con la mirada hasta que desapareció de nuestra vista. Después se dirigió a mí con mirada inquisidora.

—¡Cuéntamelo todo YA! —me imploró.

—Más tarde Mel, ahora no. No quiero que lo oiga Mike.

En ese momento, Mike se acercó justo donde estábamos nosotras dos. Britney y Becky también lo hicieron junto con Fred y Fernando. Parecía una reunión de pastores cuando Mike nos comunicó sus intenciones.

—Bueno chicos, mañana quiero dar una fiesta en mi casa, una celebración más privada, mis padres están en Europa asistiendo a una feria y tenemos la casa enterita a nuestra disposición. ¿Alguien se apunta?

Debió esperar el momento en que se hubieran marchado Harry y sus amigos. Eso me molestó por mi hermano, pero entendí que no quisiera decírselo a Max y al enigmático amigo que parecía su sombra.

—¿Otra fiesta? —dijo Becky sorprendida—. ¿Es que no tienes bastante con esta? ¡Eres insaciable, Mike!

—No es obligatorio ir. Será una fiesta informal para un grupo reducido.

Esto se ponía interesante. La casa de Mike era el escenario perfecto para pasar una tarde agradable. Sus padres viajaban con frecuencia y cuando no lo hacían, pasaban la mayor parte del tiempo en su apartamento de Nueva York.

—Yo sí que voy —fui la primera en responder—. Tú pon la hora que yo llevo los aperitivos.

—A las seis en punto —indicó—. Tenemos la casa para nosotros solos —me miró y sonrió ampliamente.

Qué bien, todos iríamos a la fiesta privada. Nosotras cuatro y ellos tres, y recé para que no se lo hubiera dicho también a Emma y a Sarah como venganza hacia mí. La mayoría de las fiestas se celebraban en la vivienda de Mike. Según él, siempre había que celebrar algo. Su casa era la más grande y sus padres casi siempre estaban ausentes.

—Y ahora, ¿quieres bailar conmigo, Cris? —me dijo Mike haciendo una leve reverencia y ofreciéndome su mano.

—Sabes perfectamente que no sé bailar, Mike, no me gusta. No hagas



que te rechace —contesté sonriendo.

Me agarró de la muñeca sin decir palabra y me llevó arrastrándome del brazo hasta el centro de la pista. No me soltó hasta llegar allí. El espacio estaba iluminado por miles de luces proyectadas sobre el escenario. Mike me hizo girar hasta colocarme justo enfrente de él y comenzó a moverse. Me apretaba aferrándome a él como si le perteneciera.

—¿Por qué me haces esto Mike? —dije riendo.

—Porque quiero y me apetece, no seas aguafiestas.

—Sabes que solo bailo música lenta. Agarrada, por seguridad —ahora le estaba vacilando un poco.

En un segundo Mike tiró de mí con tal fuerza que me asusté. Me pegó a su cuerpo y comenzó a mover sus caderas al ritmo de la música, balanceándome a mí también con su acompasado movimiento. Los dos bailábamos sincronizados.

Iba a decirle que la broma ya había terminado cuando comenzó a sonar *Against All Odds* de Phil Collins, y algo cambió.

—Ya no tienes excusa, niña. Música lenta.

No contesté. Mike aflojó y me colocó entre sus brazos agarrándome por la cintura y dejando caer sutilmente sus manos, que ahora descansaban al principio de mis glúteos. Su tacto era cuidadoso. Yo también cedí y entrelacé mis manos a su cuello. Dios mío, nunca había estado tan cerca de él, oliéndole, sintiendo los latidos de su corazón y disfrutando de él así. Me faltaba el aire. Mi amigo del alma me había dejado sin respiración varias veces en un mismo día.

Me envolvía con delicadeza manteniéndome muy cerca de él, indecentemente cerca. Su roce electrizaba las terminaciones de todo mi cuerpo, y las de mi ropa también. Fueron apenas cinco minutos, pero tan intensos que deseé que no se acabaran nunca.

Comenzó a sonar de nuevo la música de discoteca rompiendo la magia. Justo en ese momento Mike me atrajo más fuerte hacia él, apretándome. Estaba quieto, sin inmutarse. Yo estaba desconcertada. ¿Qué había pasado aquí?

—¿Te ha gustado? —preguntó bajito y sin soltarme mientras seguía rígido con la barbilla rozando ligeramente mi garganta.

—No ha estado mal. ¿Volvemos o qué?

## LA BARBACOA

Me levanté más tarde de lo habitual, serían las once cuando aún me estaba desperezando. Ese día no me tocaba ir a la cafetería del tío David y, además, me había saltado las dos clases que tenía esa mañana, así que estaba libre. Dedicaría la mañana a vagar.

Bajé a la cocina dispuesta a enchufar la cafetera para servirme un café triple con hielo y alguna galleta para acallar el estómago. Estaba molida, como si hubiera sido yo uno de los jugadores que disputaran el partido del día anterior. El entusiasmo se había transformado en agotamiento general y no tenía ganas de hablar con nadie en ese preciso momento, pero mi madre estaba en la cocina y rara vez desaprovecha la oportunidad para sacarme información.

—Buenos días mamá.

Saludé estirándome de forma exagerada y enviando una señal, que por supuesto no captó.

—Hola cielo. ¿Qué tal ayer? ¿Llegaste muy tarde?

Mi madre esperaba respuestas agarrando con fuerza una enorme taza de café con leche. Estaba acoplada plácidamente en uno de los taburetes que había junto a la encimera y apoyaba sus codos sobre la isleta en una postura que me resultaba demasiado familiar. Esperaba que le relatase con todo lujo de detalles la noche anterior.

—Sobre las cuatro —mentí, marcaban las seis y media cuando entraba por la puerta, pero las cuatro me pareció una hora más prudente para regresar a casa. No deseaba ver su expresión de reproche por llegar más tarde de lo que ella estimaba conveniente. Las cuatro era una hora que ya excedía holgadamente sus límites tolerables.

—Así que lo pasasteis bien —confirmó para sí—. ¿Mel y las chicas se quedaron también hasta tan tarde?

Esa era la fase de interrogatorio. Siempre me hacía las mismas preguntas. Pues claro que se quedaron hasta esa hora y, si hubiera estado por ahí a solas con algún chico (que era la duda que pendía siempre sobre su cabeza), tampoco se lo iba a contar. Contuve la rabia que me producían

sus insinuantes preguntas. A veces podía ser muy agobiante. Le respondí lo que quería escuchar.

—También, nos marchamos a la vez, además Mel y yo fuimos en un solo coche.

—Es verdad, pero podíais haberos encontrado allí con alguien, ya sabes, tanta gente...

Ataqué con mis preguntas para contrarrestar su efecto. Adoraba a mi madre y nos llevábamos bien, pero cuando se figuraba que podía salir con un chico me hacía sentir oprimida.

—Y Will y Jane ¿qué tal? Visteis juntos el partido ¿no?

—Sí, pero se marcharon nada más acabar, tenían que ir al aeropuerto a recoger a la madre de Jane y no pudimos celebrar la victoria. ¿Había mucho ambiente en el campo? Por la televisión parecía abarrotado.

Seguía expectante, quería que le relatara todo. Aquella no era una de mis mejores mañanas y no estaba por la labor de contarle más allá de las pinceladas que necesitaba oír, pero a ella le gustaba el baloncesto casi tanto como a mí y me dio pena ver su impaciente e ilusionada expresión. Cedí a su curiosidad, aunque sin dejar que vislumbrara mi atracción por Mike.

Me apoyé con una sola pierna en el taburete que se encontraba justo enfrente de ella y, haciéndome la interesante, mordí la galleta que había sacado del frasco.

—Fue una locura, mamá. La gente no paraba de gritar. Becky la primera, imagínate. ¿Viste el partidazo de Mike? —me animé a decir.

—¿Cómo no verlo? Lo bordó.

—¡Metió veinticinco puntos! ¡Y en una final! ¿Te lo puedes creer? —le comenté orgullosa al recordar la hazaña.

—A este no le volvéis a ver el pelo.

—¿Qué quieres decir? —al principio no la entendí, pero enseguida me hice cargo de la situación y casi me da un patatús.

—Pues eso, que seguro que se lo disputan para jugar en algún equipo de la NBA. Ya lo verás.

Me bebí de un trago el cargado café y lo dejé caer en la encimera provocando un ruidoso golpe.

—Hija, ten cuidado, que la encimera es de piedra pero la taza no.

—Perdón, ha sido sin querer. Voy a subir a darme un baño ¿vale? Te quiero, mamá.

Le di un beso antes de subir escaleras arriba. Me dolía la cabeza como si fuera a estallarme, pero si lo decía, me delataría sola. No quería que supiese que bebí más de la cuenta, así que me ahorré el comentario.

Mi padre siempre ha sido un incondicional seguidor de todas las ligas de baloncesto, y mi madre, aunque se trasladó a vivir a San Diego después de casarse con él, conocía perfectamente cómo funcionaba el mercado de los jugadores. Sabía que Mike se había postulado así mismo para el *draft* y, además, teniendo en cuenta su proyección, sería una de las primeras elecciones. No había que ser muy listo para saber cómo jugaba.

Me dio un escalofrío recordar las palabras pronunciadas por mi madre: «No volverle a ver el pelo». Mis presentimientos siempre habían sido cruelmente certeros, y últimamente pensaba que las cosas estaban a puntito de cambiar. No había que hacer caso de los malos presagios que pululaban por la cabeza de uno, pero esa idea, el último comentario de mi madre, me hacía creer seriamente en mis dotes adivinatorias.

La sensación de inquietud se extendió por todos los poros de mi cuerpo. Me introduje en la bañera con intención de detener el tiempo. Cerré los ojos para evadirme, para no pensar en el futuro con tanta ansiedad. De no haber ingerido tan alta dosis de cafeína, tal vez me hubiera quedado dormida, pero para mi desgracia ya era demasiado tarde.

Mi madre llamó a la puerta y consiguió apartarme de mis pensamientos.

—¿Se puede? Te llama Becky. ¿Te puedes poner?

—Sí, pasa. Me estoy dando un baño. No he oído el teléfono.

Becky estaría nerviosa por lo de esa tarde. Sabía que yo me encargaría de llevar algunos aperitivos y a lo mejor me quería acompañar.

—Hola, Cris. ¿Puedes hablar?

Su tono sonaba igual de feliz que siempre.

—Claro. ¿Qué te cuentas? —contesté.

—Ayer quedaste en llevar los aperitivos, ¿te apetece que vayamos juntas y luego me acompañáis a comprar golosinas?

«Guay» pensé «nos vamos a hartar de chucherías».

—Excelente idea. Se lo diré a Mel, tú habla con Britney y nos vemos en tu casa.

Asintió y después nos despedimos.

A media tarde, fuimos las cuatro a comprar algunos aperitivos para la cena. Considerando la personalidad de Becky, era un error garrafal dejar en sus manos aquel cometido. Para nuestra desgracia, todas habíamos alcanzado los veintiún años y con ello el permiso para beber libremente, adquirir responsabilidades y derechos como adultas, y bla, bla, bla, bla, bla. Era todo un compromiso, según decían nuestros padres.

Esa tarde Becky se mostró especialmente ingeniosa. Más allá de las gominolas o los nachos que ya obraban en nuestro poder, quiso poner la guinda agenciándose un par de botellas de alcohol. Intentamos persuadirla sin demasiado éxito. Cuando cogió la primera botella y la hizo girar ciento ochenta grados mientras que con la otra mano se sujetaba en jarras apretando la cintura, sabíamos que ya no habría escapatoria posible.

—No Becky, mejor que no —suplicó su hermana realmente convencida.

Britney cumplía a rajatabla la lista de recomendaciones para ser una perfecta atleta y bajo ningún concepto estaba dispuesta a quebrantar las normas, y menos una tan grave. Era demasiado rigurosa, la antítesis de su hermana, que jamás tenía en cuenta su criterio aunque tuviera razón.

—Tú no tienes por qué beber —le dijo malhumorada, y mirándonos al resto nos preguntó—: ¿En qué fiesta no hay alcohol?

Mel y yo nos miramos. En su rostro había un atisbo de duda. La misma que tenía yo.

—No sé Becky, igual a Mike le molesta, ya sabes lo mucho que se cuida con esas cosas —le dije con la boca pequeña.

—Bobadas. Te apuesto lo que quieras a que es el primero en beber.

Miré de reojo a Mel y ella suspiró vencida.

—De acuerdo Becky, cógelas, espero no tener que arrepentirme —dije al fin.

*A priori*, llevar unas botellas de alcohol no parecía la mejor idea, pero tras meditarlo una milésima de segundo, llegamos a la conclusión de que se trataba de una celebración y decidimos comprarlas.

Llegamos a casa de Mike llenas de bolsas. Las cuatro fuimos directas a la cocina a guardar el hielo y empezar a prepararlo todo, pero ya estaban Fernando y Fred acaparando todas las superficies disponibles como si fueran a dar de comer a un batallón de combate.

Fred se encontraba en su salsa, le encantan las barbacoas, él es el

paradigma del típico americano, ama todo lo que nos caracteriza: el cine de Hollywood, la comida rápida, los deportes con espíritu de equipo... pero las barbacoas, ¡santo cielo! No sé que tendrán que le privan tanto. Aunque visto desde fuera pueda parecer frívolo y superficial, Fred es un tipo estupendo, mucho más maduro que la gente de su edad, siempre ha gozado de una lógica aplastante, es coherente y muy sensato, tanto que, cuando no nos ponemos de acuerdo y hay que escuchar las opiniones disparatadas de todos, es Fred el que siempre tiene la última palabra y al que terminamos haciendo caso.

—¿Pero qué es esto? ¿Es que necesitáis todo el espacio para vosotros solitos? —les increpé toda digna.

Fernando me respondió lanzándome una hoja de lechuga que esquivé hábilmente.

—Ya estáis haciendo sitio —ordenó Mel, dispuesta a hacerse con las riendas de la cocina, su gran debilidad.

—No voy a tener en cuenta tu agresividad porque estás lisiado que si no... ¿Qué tal tu tobillo? —le pregunté a Fernando.

—Va regular —respondió él sin levantar la vista de la ensalada.

Supuse que estaría disgustado, realmente era una faena no haber jugado la final, así que necesitaba saber cómo estaba de ánimo. Fernando tenía a toda su familia en Nicaragua y vivía solo en una casita que fue de su abuela. Deseaba que se encontrara lo más arropado posible, y hacerle sentir que podía contar con nosotros cuando lo necesitara era mi prioridad.

—Venga Fernando, ánimo, no estés mustio, solo ha sido un partido, el resto de la temporada has estado genial ¿verdad, Fred?

Le hice una mueca a Fred para captar su atención. Por suerte la cogió al vuelo.

—Es cierto, has hecho una gran temporada. Vamos a ver qué pasa a partir de ahora, pero seguro que recibes alguna oferta que valga la pena —le alentó Fred.

Él nos miraba encantado, al menos nosotros creíamos en sus posibilidades.

—Venga, dejad de lloriquear, a una mala bestia como Fernando le querrían en cualquier equipo —soltó la imprudente Becky—. ¿Hay cerveza? —preguntó después.

Fernando era como una mole de cemento que intimidaba incluso al público que se encontraba en la grada.

—Gracias por tu delicadeza, Becky —dijo él animándose.

—Un placer —contestó ella risueña haciendo una genuflexión.

Antes de que me diera tiempo a preguntar por Mike, me estaba tapando los ojos con sus grandes manos muy cerca de mí. Casi sentí sus vaqueros en mi trasero rozando los míos. Hummm...

—Mike, ya sé que eres tú. Eres el único que falta aquí.

—Falta Emma —dijo con intención.

Mi semblante debió cambiar de tal manera que enseguida, con una risa nerviosa, se apresuró a corregir sus palabras.

—Es broma. Te lo has creído.

—A mí plin —dije inclinando mi cuello a un lado y poniendo cara de asco.

Se acercó a cotillear el contenido de las bolsas, parecía un niño abriendo los regalos el día de su cumpleaños. Le miramos preocupadas temiendo su reacción cuando viera las botellas. Sacó la primera y leyó.

—¿Ron?

Después, lentamente cogió la segunda e hizo lo mismo.

—¿Tequila?!

—Es para acompañar a los nachos —se justificó Becky.

—¿Qué tiene que ver? Tenéis mucho peligro vosotras ¿no? ¿De quién ha sido la idea? ¿Tuya, Becky? —preguntó inquisitivo.

Todos nos reímos. Había reaccionado mejor de lo que imaginábamos y ya no teníamos de qué preocuparnos hasta que me miró y yo sí me preocupé. El resto no pareció percatarse. Mike me contempló con una mueca irónica y me preguntó:

—Tú sabes los efectos que puede desencadenar esto ¿verdad?

Por Dios, ¿por qué me hacía esa pregunta justo con el foco de la cocina enfocado directamente hacia mí?

—Sí, puedes hasta vomitar —dije bruscamente.

Dejé de mirarle y me acerqué a los demás para seguir ayudando. Todos estaban encantados con la reunión y, sin saber cómo, Mel se había hecho con el dominio de la cocina. Los chicos salieron a encender la barbacoa y Becky y Britney se sentaron fuera con una cerveza en la mano disfrutando

del espléndido atardecer de San Diego. Mel y yo nos quedamos en la cocina terminando de colocar lo que quedaba y aprovechó para sonsacarme acerca de mi encuentro con Max en la fiesta.

—¿Qué pasó ayer con Max, Cris? Fue muy comentado cuando os largasteis para estar solos —preguntó curiosa.

—Nada fuera de lo normal. Se mostró muy cariñoso, es un chico agradable —me resultó encantador, pero no quería precipitarme y darle una respuesta equivocada, así que no le daría demasiadas pistas por si cambiaba de idea.

—Mike parecía furioso —siguió Mel.

—¿En serio? Pues no es mi dueño.

—Sí, pero ya sabes, eres su ojito derecho. Bueno, entonces qué pasa con Max, ¿te gusta o qué?

Mel me miraba expectante, dudando si debía alarmarse por mis extravagantes gustos, o por el contrario yo seguía estando cuerda. Max le pareció un tipo misterioso, con un halo oscuro, ese que yo deseaba descubrir por simple curiosidad. Lo confieso, también por morbo.

—Puede, no estoy segura. Es muy enigmático ¿no te lo parece? Además tiene un porrón de años.

—Se le nota. ¿Cuántos tiene? —preguntó con recelo.

—Treinta.

—¡No jorobes! ¿Treinta? Definitivamente es demasiado mayor para ti —sentenció.

—Sí, quizá no sea buena idea tontear con él, pero es que es tan tentador... cuando vea a Harry ya me contará. Últimamente apenas hablamos y no me pone al día como antes.

—Sí, sería buena idea que te contara algo de él —comentó Mel pensativa.

—A ver qué dice, pero si es amigo suyo supongo que será buena persona, todos sus amigos lo son —conjeturé.

—No es como los otros, a mí me resulta un tipo extraño. ¿Por qué crees que está interesado en ti?

—Se lo preguntaré —sonreí.

—No me malinterpretes, pero un tío hecho y derecho, con aire de millonetis... no parece que tengáis mucho en común —dijo Mel mientras



traspasaba el hueco de la puerta y dirigía la mirada al otro lado del jardín, donde el fuego de la barbacoa centelleaba y las risas de los chicos nos llegaban como un eco remoto.

—Esa pregunta me ofende. ¿Cuál es la razón por la que tú puedas gustar a un chico? ¿Quizá porque te vea atractiva? Las cosas a veces son más sencillas de lo que parecen, Mel. En ocasiones, nos sentimos atraídos por personas que son la antítesis de nosotros mismos.

—Por supuesto que te verá atractiva Cris, no lo dudo, y no seas desagradable porque no voy por ahí, me refiero al estilo de vida, os veo incompatibles, eso es todo.

—Vamos Mel, no me ningunees, me podría acostumbrar perfectamente —dije en guasa.

Hizo una mueca de amargura y removi6 enérgica la ensalada. Claramente no le gustaba aquel tipo.

Desde la cocina se olían las deliciosas hamburguesas. Fuera caía la tarde ofreciendo un tono anaranjado mientras el sol se acercaba al horizonte. Salimos al porche para reunirnos con las chicas mientras observábamos a los tres corpulentos campeones lidiando con las brasas de la barbacoa. Pronto terminaron y trajeron más comida de la que nosotras seríamos capaces de ingerir en un mes entero. Fernando sudaba la gota gorda, Fred sujetaba la enorme fuente de comida y Mike se hallaba tras ellos con expresión sonriente.

—¿Hambrientas? —preguntó Mike, suponiendo que teníamos el est6mago a prueba de bomba igual que ellos.

—Estamos muertas de hambre. ¿Falta mucho? ¡Queremos comer de una vez! —dijo Becky.

—¡Tranqui! No hay prisa, disfrutemos de mi cena favorita, la noche es joven —comentó Fred.

Hubiera estado feo no probarlo todo. Excepto Britney, que como siempre llevaba su particular dieta, el resto hicimos un esfuerzo por vaciar la bandeja y, gracias a la ayuda de los chicos, casi no quedaron restos. Era sorprendente ver cómo lograban ingerir tal cantidad de comida y seguir como si nada.

—Saca el helado y las chuches Becky —dijo Mel cuando por fin acabamos la fuente—, y rematamos. Parece que los chicos se han quedado con hambre.

—No puedo más —dije despatarrándome en la silla y dejando caer piernas y brazos como si estuviera muerta.

—¡Y trae el tequila también, que es digestivo! —grito Fred con voz taimada.

Becky dio un respingo de la silla y se dirigió a la cocina corriendo a cámara lenta.

Estuvimos de tertulia después de coger un pedo considerable gracias a los efectos del ron y el tequila. Mel se tumbó en el césped a ver las estrellas que, según ella, se movían como si se estuvieran jugando en el cielo doscientos partidos de béisbol. Britney pasó la noche abstraída, metida en sus pensamientos. Luego decidió marcharse.

—¿Ya te vas? —preguntó Mel.

—Sí, ¿os venís? —preguntó Britney dando por finalizada la reunión.

—Mejor nos quedamos un rato a ver si se nos pasa la cogorza que llevamos —contestó Mel.

Fernando se unió a ella. Aunque lo intentó no conseguía animarse. Mike y Fred le aseguraron que era imposible, pero le atemorizaba quedarse colgado y no tener equipo la próxima temporada. No podía quitárselo de la cabeza, ese pensamiento le mortificó durante toda la noche. Seguro que en unos días la pequeña lesión desaparecería, lo mismo que las anteriores, y recibiría pronto una llamada haciéndole una buena oferta.

—Yo también me doy el piro, colegas —anunció Fernando.

Mel, Becky, Fred y yo seguíamos allí.

—Estupendo chicos, sois unos rajados. ¿Nadie se piensa dar el baño de medianoche? —preguntó Mike, decidido a prolongar la fiesta.

Sonaba bien, pero yo no me había traído el bikini, así que me quedaría sentada viendo cómo se bañaban ellos.

Becky y Mel lo llevaban puesto debajo de la ropa y Fred y Mike se apresuraron a ponerse un bañador. Una vez ataviados corrieron directos a la piscina a tirarse de cabeza. Yo me quedé observándoles como una simple espectadora, estaba sentada en la misma silla, con las piernas apoyadas en otro asiento que me había colocado enfrente para contemplar el chapuzón.

Las luces que enfocaban al centro de la piscina eran tenues, y la luna, que se había partido en dos, ensalzaba a esa distancia la silueta de los valientes bañistas.

Ver a Mike en bañador era un espectáculo mayor que verle encestar veinticinco puntos en una final. Las proporciones de su cuerpo eran sencillamente perfectas y el moreno afroamericano que daba color a su piel siempre me pareció fascinante.

Fred metió tímidamente la cabeza de Mel haciéndole una ahogadilla y la sostuvo en esa posición durante breves instantes. Fueron interminables, porque a pesar de que Fred permanecía junto a ella sin rozarla, Mel no salía a la superficie. Él rápidamente tiró de su brazo hacia arriba dispuesto a hacerle el boca a boca. Yo me incorporé asustada poniéndome en lo peor.

—¡Mel! —gritó Fred con un tono de terror que me estremeció.

Mel se rio. Estaba borracha como una cuba.

—No vuelvas a hacerme eso. ¡Me has dado un susto de muerte! —le increpó Fred cabreado.

—¿Que no te haga qué? —exclamó ella sorprendida—. ¡Pero si has sido tú el que me has hecho una ahogadilla!

Mirándose él y Mike repentinamente, dijeron algo que no alcancé a escuchar y salieron disparados del agua hacia donde estaba yo.

—¡No, no, no, no, no! ¡Por favor, no! ¡No he traído bañador!

Mientras me sostenían en volandas llevándome a la piscina, logré quitarme las sandalias que llevaba puestas, pero no estaba por la labor de desprenderme de los vaqueros ni de mi camiseta blanca, por muy diminuta que fuera. Caí al agua como una explosión. Estaba templada. El sol la había calentado durante el día y aún se notaba cálida. Me extendí boca arriba flotando, y observé, igual que había hecho Mel sobre la hierba, la belleza del cielo estrellado. Podía medir mi nivel de borrachera según se movían los puntitos proyectados sobre mi cabeza. Solo algunos hacían círculos sobre sí mismos. Sabía que esa visión solo era un espejismo creado por mi embriaguez. Bueno, no estaba ebria, tal vez un poco achispada. Entorné los párpados y floté hasta quedar somnolienta. De pronto sentí su aliento a escasos milímetros de mi cara. Abrí los ojos volviendo repentinamente a la piscina. Mike me miraba sonriente, con los dientes tan blancos como la luna que había sobre nosotros.

—¿Por qué no te quitas la ropa? Estarás más cómoda —me dijo riendo.

—¿Por qué no te vas a la porra? —le contesté haciéndome la enfadada.

—Pues entonces salgamos, no vas a estar así aquí dentro.

—Ah, fenomenal, ahora que habéis hecho la gracia nos vamos ¿no?

—Exacto. Pero no soy tan cruel, te dejaré algo de mi madre para que no estés empapada.

—Muy amable por tu parte. Muchas gracias.

—No hay de qué —contestó, y fue a buscar algo de ropa.

Tardó lo increíble en seleccionar lo que yo hubiera tardado dos minutos en coger. Apareció con unos vaqueros y una camiseta parecida a la que llevaba yo. Le dije que podía haberme dejado un bikini antes de tirarme al agua.

—Entonces, ¿dónde hubiera estado la diversión? —contestó burlón.

Se había hecho tarde, pero por alguna extraña razón, seguíamos allí sentados. Becky rellenó las copas, esta vez sin alcohol, no deseaba tentar a la suerte y que acabásemos todos con un coma etílico. Perdí la cuenta de lo que había bebido, me sentía mal por ello, pero estábamos felices, la chispa aún no había desaparecido en ninguno de nosotros. Mike estaba sentado a mi lado apoyado sobre mi rodilla y absorto en sus reflexiones. Vio cómo bostezaba Mel.

—Esto es una fiesta —nos recordó—, sois unos muermos.

Mel se echó a reír y Fred aprovechó ese momento para preguntarle:

—¿Cuándo piensas soltarlo, Mike? Deberías hacerlo antes de que nos vayamos a dormir la mona.

Todos le miramos impacientes. ¿Qué tendría que contarnos? Yo le animé.

—No te hagas de rogar, ¿qué nos tienes que decir?

Después de un silencio que se me hizo eterno, levantó la mano y se decidió a contarle.

—A ver, no sé por dónde empezar, Fred se ha ido de la lengua antes de tiempo. He recibido un soplo y espero que me hagan una buena oferta.

—¿Oferta? ¿De quién? ¿Para qué? —pregunté llena de temor.

—De los *Phoenix Suns* para jugar en la NBA, pero aún no hay nada, solo rumores. Espero que salgan en buena posición cuando se haga el sorteo y sea verdad que tengo posibilidad de que me elijan o pujan por mí. No estaría tan lejos de aquí.

A pesar de faltar dos meses escasos para el sorteo del *draft*, no me quería dar por enterada. Según Fred, Mike era el escolta anotador perfecto

que necesitaban los *Suns*. Mis corazonadas comenzaban a tener sentido. Temía algo así antes de que mi madre vaticinara lo que mis sospechas me decían a gritos desde hacía un tiempo, pero debía alegrarme por él y no ser tan posesiva.

Recordé que habían sido muchas las tardes que pasamos juntos, muchos los hechos que solo conocíamos los dos, pero los recuerdos se desvanecían al imaginarle con nostalgia a quinientos kilómetros de donde yo me encontraba, ya le empezaba a echar de menos antes de que se hubiera marchado.

—Pero eso es muy bueno ¿no? ¿Por qué tienes esa cara? ¿No estás contento? —conseguí decir haciendo un enorme esfuerzo por parecer entusiasmada.

—Claro que estoy contento, emocionado diría yo, pero me da pena largarme de aquí.

Era evidente que todos teníamos sentimientos encontrados. Había llegado la hora de encauzar nuestro camino y, aunque no debería ser una situación traumática, las emociones de todos estaban a flor de piel. Mike me acarició los dedos y los envolvió con dulzura, solía tocarme así, con cuidado, como si tuviera entre las manos un jarrón de porcelana. El asombroso contraste de su color de piel con el pálido aspecto del mío activaba una atracción difícil de describir. Ninguno de los dos pronunció una sola palabra. El silencio lo decía todo. Había sido el mejor compañero de viaje durante los últimos años y no quería imaginarme el futuro sin él.

—¿Cuándo te irías? —le pregunté con temor.

—No lo sé, el sorteo será a finales de junio. A partir de ese momento la suerte está echada.

Debía alegrarme, hacer un descomunal esfuerzo por sentir felicidad, pero estaba aterrada. Otras personas se cruzarían en su camino y, si todo seguía su cauce, la distancia se convertiría en olvido inevitable. No estaba preparada para no volverle a ver.

—Espero que tengas toda la suerte del mundo Mike, te lo has ganado —le dije dándole un beso cariñoso en la mejilla.

Nos fuimos levantando, la reunión estaba llegando a su fin. Mel estaba hecha polvo, se estiró bostezando de nuevo y Fred le hizo esas cosquillas en la tripa que tanto le molestaban. Ella no se quejó mucho, debía estar realmente mal.

—Ahora sí que nos vamos ¿no? —preguntó Becky.

Buena hora para irse. A pesar de los sinsabores, lo habíamos pasado bien. Todos nos levantamos para dirigirnos a la entrada donde habíamos aparcado los coches.

—Vaya, qué amigos tan considerados tengo. Todos a la vez no, por favor, puedo yo solo.

Nos quedamos de pie unos instantes sopesando si ayudarle a recoger. Excepto las fuentes, casi todo era de plástico. Iría directamente a la bolsa de basura; aun así, pensaba echarle una mano antes de salir de allí, pero no hizo falta mi ofrecimiento, Mike se adelantó.

—Bueno, Cris, ¿te quedas un rato y me ayudas? Los demás no me hacéis falta, os podéis largar —dijo enseguida despidiéndose del resto.

—Por supuesto Mike, yo me quedo. Esto nos lo ventilamos en un momento.

Me lanzó una mirada de desaprobación. ¿Acaso no quería que lo recogiéramos rápido? A lo mejor no.

Nos despedimos de ellos. Mike les acompañó a la puerta y yo les seguí. Estaba nerviosa por quedarme a solas con él. Lo habíamos hecho miles de veces, pero esa noche estaba siendo especial. Todo lo veía diferente. La forma en que me hablaba, su manera de mirarme... Quise apartar esas elucubraciones de mi cabeza, pero me resultaba difícil, cada vez que lo intentaba todo volvía a parecerme igual.

Nos habíamos quedado solos y su semblante era serio. Nunca estaba serio. Incluso cuando las circunstancias eran graves siempre le encontraba el lado positivo a todo.

—Siéntate —me dijo sin darme la posibilidad de contradecirle—, enseguida vengo.

Me acurruqué en una silla con las rodillas apretando mi pecho mientras le esperaba. Volvió con vasos limpios y la botella de dos litros de limón. Esta vez sus facciones parecían relajadas; en cambio yo, nerviosa, comencé a pellizcarme los labios. Él no notó mi inquietud.

—No quieres que se acabe la fiesta ¿verdad? —le pregunté.

—Lo cierto es que no. ¿Estás a gusto? ¿Quieres que suba a por un jersey?

—No hace falta.

¿Qué estaba pasando? ¿Quería decirme algo? ¿No se atrevía?

—¿Te ha sentado mal que no te dijera nada de los *Phoenix Suns*? No quería precipitarme por si al final no sale adelante. Te lo iba a decir cuando supiera algo firme. Fred es un bocazas ¿sabes? Ya me las pagará.

¡Ah! Era eso. Temía que me hubiera enfadado y, de alguna manera, deseaba disculparse.

—¿Por qué me iba a sentar mal? Lo entiendo perfectamente Mike, además, por lo que ha dicho Fred, aún no hay nada definitivo, ¿no? —pregunté esperanzada.

—Nada por ahora.

—Pues ya está, asunto aclarado, aquí nadie está molesto por nada.

Me quería levantar para recoger y marcharme antes de arrepentirme de alguna locura.

—¿Y te enfadarías conmigo si me marcho este verano? —preguntó con voz temblorosa.

—¡Estás loco! ¿Por qué me iba a enfadar? Es tu vida. Tu futuro. Son tus decisiones y las tienes que afrontar. Si lo que realmente deseas es seguir jugando al baloncesto debes intentarlo. Muchos darían lo que fuera por que les fichase un buen equipo.

—Vale, me dejas más tranquilo sabiendo que aprobarías una decisión así.

—De todas formas, tampoco es tan importante lo que yo piense —comenté.

—Para mí sí. Lo sabes —dijo mirándome fijamente con sus intensos ojos negros como el carbón.

Estaba insoportablemente guapo. La noche parecía mágica y, si no hacía algo para remediarlo, me lanzaría directamente a su cuello para comérmelo a besos.

—Vamos a recoger esto —dije saltando de la silla. Esta vez no le dejé posibilidad de llevarme la contraria.

Comenzamos a recoger las bandejas. Se movía pausadamente, estaba pensativo y caminaba en silencio. Me cruzaba con él de camino a la cocina cuando se dirigía hacia el porche. La situación era tensa. Los dos parecíamos incómodos. Quise terminar cuanto antes para desaparecer de allí, pero en uno de mis viajes hacia la cocina Mike me detuvo. Llevaba la

jarra de agua en mis manos y mi paso torpe me impidió esquivarle. Estaba tan cerca de la pared cuando me sorprendió que me vi obligada a apoyar la espalda en ella. Mike estrechó sutilmente el perímetro posando las palmas de sus manos a ambos lados.

—Cris, ¿sabes cuánto te deseo? —me dijo despacio, con la mirada intensa y casi en un susurro—, estamos solos, mis padres no volverán hasta la semana que viene. Quédate esta noche, o al menos quédate un rato.

Estaba nerviosa, asustada. Los latidos de mi corazón se escuchaban a kilómetros de allí. ¡Oh! Parecía que la habitación se estaba moviendo, zarandeándose sin compasión, era como si estuviéramos montados en una agitada noria. Me costaba respirar y las piernas me temblaban. Lo más doloroso era saber que Mike estaba bebido, además, tenía miedo de estropear una bonita amistad. Más que eso, ¿era mi mejor amigo! Mi amigo del alma. Lo sopesé durante unos segundos antes de lanzarme de un modo irresponsable. Me apetecía tanto como a él, tal vez más. Sí, mucho más, pero...

—No creo que sea buena idea, Mike —me escuché decir.

—Eso es un rechazo en toda regla ¿no?

—No, estás borracho, desearía que si me propones algo así fuera estando sobrio, aunque en ese caso igual no lo harías. Solo eso.

—Ya veo, estás rehuyendo. Lo siento, pensé que... me había parecido que tú también sentías algo. Me he equivocado, perdona.

—No es eso Mike, te lo estoy diciendo, no sé si es buena idea y menos habiendo bebido.

—¿Crees que estoy borracho o es una excusa? —dijo apesadumbrado.

—Quizá sean las dos cosas.

—Pues te aseguro que estoy perfectamente —me aclaró desanimado—. Ahora lo entiendo, es ese Max.

Agaché la cabeza para esquivar sus brazos sin responder a su último comentario. Hubiera sido inútil.

Terminamos de recoger en un silencio violento. La mayor parte de mis terminaciones nerviosas me empujaban a quedarme allí, pero mi prudencia, la pequeña dosis de cordura que aún existía en mí, me incitaba a marcharme apresuradamente. Desconocía cómo podía sentirse y, egoístamente, prefería no saberlo. En cambio yo... recapacité, ¿cómo me sentía yo? Pues como siempre, como una auténtica imbecil. No estaba



segura de si estábamos preparados para hacerlo, aunque siendo sincera, era mi ridícula actitud lo único que lo impedía. Me cuestioné lo realmente importante en una situación así; para ser honesta, lo principal era tenerlo claro, estar completamente convencida de querer dar ese trascendental paso.

«Querer», en ese momento era una palabra demasiado amplia, pero claro que quería, lo deseaba más que nada en el mundo. En aquel instante me hubiera rendido a sus pies pero seguí dudándolo durante un rato. Anduve indecisa hasta que entré en el coche, al que me acompañó en absoluto mutismo. En el fondo no sabía lo que prefería; si tenía las ideas claras, ¿por qué no me daba la vuelta y mandaba a la mierda mi sensatez? Pero es que en el fondo, las ideas no las tenía tan claras. Mi proceder estaba siendo tan absurdo como de costumbre.

—Nos vemos Cris —me dijo con dulzura.

Ya no era necesario que lo reconsiderase. Había desaprovechado la ocasión perfecta.

—Gracias Mike. Hablamos mañana despacio.

—Cuando estés preparada, si es que quieres que hablemos del tema.

Se despidió de mí con su ternura habitual y después le vi montarse en su flamante Harley, la arrancó y, tras varios acelerones, se perdió velozmente en la lejanía en dirección opuesta a la que yo tomaría para regresar a casa. Me sentí fatal, sabía que Mike recurría a la velocidad siempre que estaba furioso, ahora debía estarlo y necesitaba sentir el viento contra su cara para olvidar ese momento.

Mientras volvía a mi casa, no paraba de arrepentirme por mi forma de actuar. ¿Qué temía en realidad? Mi actitud indecisa provocaba siempre un efecto devastador. Mike era tan cariñoso, tan arrebatadoramente atractivo... pero lo más espectacular, lo que más me atraía de él más allá del aspecto físico era su forma de ser. Tierno, comprensivo y bueno. Lo mejor que podía ofrecer es que era una buena persona.

Estaba confusa. Intenté convencerme a mí misma de lo contrario pero lo cierto es que había cometido un gran error, más que eso, era una equivocación terrible rechazarle de ese modo. Tendría que hacer un gran esfuerzo para recuperarle de nuevo. Lo primero como amigo y después, ¿desearía él volver a intentarlo? Seguro que no, ¿quién querría? Quise dar la vuelta, regresar, disculparme y fundirme en sus brazos, pero gracias a

mi estúpida reacción, él ya no estaría allí.

Llegué a casa rota. Destrozada por dentro y con un aspecto horrible. Enfilé las escaleras y subí rápidamente. Mis padres estarían ya acostados pero como no quería correr riesgos, cerré la puerta detrás de mí y eché el pestillo. En mi habitación estaría sin testigos, aislada, sola. Sola. Así me quedaría como siguiera actuando de ese modo.

Reparé en mi silueta reflejada en el espejo con el pantalón y la camiseta de la señora Smith. Me entró pánico al recordar que tendría que devolver esa ropa. No solo eso, también tenía que recuperar la mía. Tapé mis ojos con las manos y me dio un vahído. Debía enfrentarme a él. Tarde o temprano tendría que hacerlo.

Me desnudé y quedé sin más atavío que mi propia piel. Acerqué los vaqueros a mi cara. Olían a cloro. Miré a ambos lados de la habitación buscando algo, pensando «cuanto antes acabase con esto mejor». Me cubrí con un chándal y bajé al cuarto de la colada a buscar el detergente y subí otra vez corriendo. Di un lavado rápido a las dos prendas que me había prestado y las puse a secar en la barra de la ducha. Seguramente mañana estarían secas y podría llevárselas a Mike.

Con la excusa de la ropa podría afrontar las consecuencias de una noche rara. Le quitaría importancia a lo sucedido e intentaría comenzar de nuevo.

De puro agotamiento me quedé dormida.

## LA MALA NOTICIA

Por suerte, mis padres se habían marchado de excursión con sus inseparables amigos Jane y Will, y me encontraba sola en casa.

Me levanté a las mil con el ánimo por los suelos y una profunda sensación de tristeza. Estaba completamente arrepentida, pero a pesar de todo, quería con todas mis fuerzas subsanar las malas decisiones que había tomado la noche anterior. En ese momento, después de reflexionar y teniendo por fin la cabeza despejada, estaba dispuesta a hablar con Mike y explicarle lo que no supe decirle la víspera.

Cogí el teléfono para llamarle, marqué su número y esperé impaciente, pero no contestó ni en el móvil ni en el fijo. Pensé que no querría hablar conmigo, parecía natural, quizá todavía no estuviera preparado. Claro, ¿acaso una reacción como la mía podía quedar impune? Por supuesto que no, yo en la misma situación no le hubiese contestado. Pensé entonces en acercarme a su casa y devolverle la ropa prestada. Hablaríamos tranquilamente, sí, eso haríamos, si me presentaba de improviso allí no tendría más remedio que escucharme; además, con un poco de suerte, estaríamos solos los dos. Sabía que sus padres no volverían hasta dentro de unos días y, como mucho, podía encontrarme con Fred o Fernando, pero eso ahora mismo era lo que menos me importaba, ellos formaban parte de mi familia, quizá su presencia me impidiera sincerarme con Mike pero al menos tendría ocasión de verle y superar ese primer encuentro.

Dios, deseaba tanto que Mike olvidara lo del día anterior... lo deseaba con todas mis fuerzas. Estaba muerta de miedo, pero aun así, debía enfrentarme a ello. Me metí en el coche y me dirigí a su casa con la ropa de su madre como excusa principal. Durante el camino pensé lo que él había supuesto para mí. Me había sentido más viva que nunca desde que le conocí y parecía que ahora, por una razón o por otra, todo se iba a desvanecer.

Cuando llegué, comprobé que la puerta de la verja estaba abierta. Miré alrededor, buscándole, pero no le vi. Me introduje en la casa como si fuera una intrusa. La rodeé hasta llegar al porche donde aún se encontraba mi ropa y la luz encendida desde la noche anterior.

Mis vaqueros y mi camiseta seguían en la misma silla, se habían secado ya, pero cogerlo en esas circunstancias hubiese sido un acto de cobardía, así que lo descarté.

—¿Mike? ¿Estás en casa? ¡Hola Mike, soy Cris!

No contestó. O no estaba en casa, o no tenía ningún interés en hablar conmigo. No me atreví a subir las escaleras por si me encontraba con él cara a cara, aunque lo más probable era que se hubiera marchado a dormir al piso de Fred para apaciguar sus penas.

Pesarosa, me di media vuelta y regresé a casa con la ropa de la señora Smith y una gran desilusión. Me senté delante del televisor con una bolsa gigante de grasientas patatas fritas y un paquete de pañuelos de papel al lado, por si las moscas.

A veces la tele es una auténtica porquería, sobre todo cuando lo que necesitas son cosas que no te den qué pensar. Iba pasando de un canal a otro, y a otro, y a otro... Una peli de tiros, otra melodramática, concursos y más concursos. ¿Dónde están las películas románticas cuando las necesitas? ¡Ah! por fin encuentro una. Empieza *Titanic*. Me vale.

Nada más acurrucarme enfrente de la televisión comenzó a sonar el teléfono. Yo tampoco quería hablar con nadie, pero aun así lo cogí. ¡Joder Mike! ¿Dónde coño estás?

—Diga —contesté sin dejar entrever en mi entonación mi deplorable estado de ánimo. Más que nada porque aún no sabía quién era.

—Hola Cris, soy Mel.

—Ah, Mel. Hola, ¿qué tal?

—Yo bien, ¿y tú? ¿Qué tal ayer? No sabía si llamarte a tu casa o a la de Mike.

—¡Ja! Me quedé solo un rato. Recogimos y enseguida me marché.

—Joder Cris, qué seca suenas. ¿Va todo bien?

Guardé silencio. Sopesando, calculando mi respuesta.

—No Mel, todo va de pena. Esto es una mierda.

—¡Tranquila! Empieza por el principio. ¿Qué ha ocurrido? ¿Ha pasado algo con Mike? Ayer estaba muy.... solícito contigo.

—Demasiado atento, sí. Tanto que, bueno, que me hizo una proposición indecente y le di calabazas.

—¿Por qué? ¿A Mike? ¡Pero qué has hecho! ¿Y ahora qué?

No necesitaba que llegara Mel a reprocharme mi comportamiento. ¿Y ahora qué? Eso quería saber yo.

—No consigo localizarle, ¿tú sabes algo de él?

—Pues no. ¿Pero le has llamado?

—Claro, y he ido a su casa y no está. He supuesto que estaría con Fred. Mira Mel, no tengo ni idea y estoy hecha polvo. Espero que no se haya enfadado mucho conmigo. Soy tan estúpida...

—No te preocupes Cris, yo te entiendo. ¿Qué fue lo que te dijo exactamente? —preguntó comprensiva.

—Ya sabes, me cortó el paso y me dijo que...en fin, eso.

—¿¡Que qué!? ¡Te explicas como un libro abierto! —exclamó exaltada.

—Pues eso, que me deseaba y que pasase la noche con él, o un rato, vamos, que echáramos un polvo. ¿Me entiendes ahora? —aclaré incómoda.

—Estás un poco excitada. ¡Qué suerte, tía! ¿Y le rechazaste de verdad? ¿En qué narices estabas pensando? —me preguntó echando más leña al fuego.

—Pensaba en que estaba borracho y que no era el momento.

—Venga Cris, a mí no me vengas con esas. ¿Borracho? ¡Pero si apenas bebió!

—Bebió Mel, bebió y mucho —me justifiqué.

—¿De qué tienes miedo? ¡Está loquito por tus huesos! Y creo que tú por los suyos aunque no lo reconozcas.

—Puede. Pero no sé Mel, me pilló de sopetón, es mi amigo y verle en esa actitud... ¡me muero de vergüenza! —confesé.

—Por Dios Cris, no fastidies, la vergüenza se te pasa después del primer día. ¿Me lo estás diciendo en serio? —me increpó haciéndome sentir todavía más estúpida.

—¿Tú qué crees? ¿Me ves de cachondeo?

—No.

—Pues ya está. Bueno Mel, hablamos luego ¿vale? —le dije zanjando la conversación.

—Adiós, relájate. Te llamo más tarde, y si te apetece hablar antes me das un toque.

—Hasta luego —me despedí.

Al colgar a Mel me quedé más triste de lo que estaba antes de hablar con ella. Intenté concentrarme en la película pero no lo conseguí. Mi cabeza daba vueltas a todo lo sucedido.

Igual era buena idea llamar a casa de Fred, aunque pensándolo fríamente tal vez no lo fuera. ¿Y al móvil de Fred? Estaba enfrascada en todos esos pensamientos cuando sonó de nuevo el teléfono. Contesté con temor.

—¿Sí?

—Cris, soy Fred.

Por un momento me alegré de que fuera él quien me hubiera llamado. A mí me faltaba valor para hacerlo por si se encontraba en compañía de Mike.

—Hola Fred, ¿qué tal?

Esperé a que fuera él quien me dijese algo, que me recriminara mi comportamiento, o que hiciese como si no hubiera pasado nada. Algo, lo que fuera pero algo.

—Mal, Mike ha tenido un accidente.

Me quedé en silencio. Intenté hablar pero no pude. El aire no podía traspasar más allá de mi garganta. No podía ser, no quería que pudiera ser. Ahora lo entendía todo.

—Cris, ¿estás ahí? —su voz sonaba apagada, sin fuerza. Me esperaba lo peor.

—¿Qué ha pasado Fred? ¿¡Qué le ha ocurrido!?! —lo sabía antes de que contestase, la maldita moto.

—Ha tenido un accidente, se ha estampado con la moto. Le han encontrado esta mañana muy cerca de su casa, inconsciente. Estaba tirado en la cuneta, ni siquiera había llegado a alcanzar la curva peligrosa en la que siempre tiene tanto cuidado. ¿A dónde demonios iría?

—¿Dónde está? ¡Tengo que verle ahora mismo! —grité aterrorizada.

—Está en el hospital *Sharp Memorial*. Fernando y yo estamos con él ahora, sus padres ya están informados y llegarán seguramente mañana.

—¿Está despierto? ¿Qué ha dicho el médico? —pregunté conmovida.

No quería escucharlo. Temía que me dijera lo peor y, tristemente, así fue. Me sentí responsable. Terriblemente culpable.

—Está en coma, Cris. Puede que no se despierte. Traumatismo

craneoencefálico. También se ha roto el dedo índice de la mano izquierda, en realidad, ha tenido una pequeña fisura, pero han dicho que eso se soldará solo, no es grave, aun así, se lo han entablillado. La moto ha quedado hecha añicos.

No, por el amor de Dios, en coma no. No podía soportarlo. Me eché la mano a los ojos, tapándolos, odiándome a mí misma por lo que había pasado. Me sujeté a la mesa para no trastabillar.

—Voy para allá.

Había recibido la noticia más espantosa de toda mi vida. Yo era la causante, me sentía responsable del mortal accidente. ¿Qué ocurriría cuando abriera los ojos? ¿Y si nunca los abría? ¿Cómo podría arreglarlo? Era demasiado tarde. Pensé qué hubiera sucedido de haberme quedado allí. Estaba claro, esto no hubiera pasado. Nos habríamos divertido, eso seguro, pero ¿y después? ¿Qué hubiese pasado después?

Hablé con Mel, y con Becky, luego con Britney. También se lo conté a mamá. Mel se quedó de una pieza. Compartía conmigo el secreto que tal vez Mike se iba a llevar a la tumba. No, no, no. No podía pensar así. Ni siquiera debía imaginarlo. Todo se arreglaría. Debía guardar al menos la esperanza de que despertara. Suspiraba porque todo volviera a ser como antes, aunque en el fondo sabía que ya nada sería igual.

Conduje a gran velocidad por las calles de San Diego. De vez en cuando aflojaba, a sabiendas de que por mucho que corriese él no abriría los ojos. No por ahora.

Llegué al hospital en un santiamén. Fernando y Fred se encontraban junto a Mike con la cara descompuesta y cientos de interrogantes. Aborrecía la idea de enfrentarme a sus preguntas. No estaba preparada para contestarlas. Ni ahora ni nunca. Tal vez estaba dispuesta a aclarar lo que fuera con Mike, cualquier cuestión al respecto, pero no con ellos. Me odiarían con razón.

—¿Qué pasó ayer, Cris? —Fred fue el primero en preguntar—. Tú te quedaste con él.

A pesar de mis inseguros pensamientos, sus palabras no sonaban acusadoras. Al contrario, sabía que al final nos quedamos los dos solos y era lógico que me hiciera esa pregunta.

—No pasó nada especial. Estuve sólo un rato más. Recogimos rápido. Todo fue directamente a la basura salvo tres o cuatro cosas. Luego me

marché a casa y él se montó en la moto. No me dijo adónde iba. Le vi montarse sin más cuando yo ya me había subido al coche.

—¿Discutisteis? Él suele coger la moto cuando algo no va bien y a esas horas supongo que tendría una razón de peso. ¿Ocurrió algo? ¿Regañasteis? ¡Di algo, Cris, ayúdanos a entenderlo al menos!

Pensé la respuesta durante breves segundos. No me sentía capaz de explicarles a ellos la desconcertante situación que había vivido. No, a Fred y a Fernando no; si quería, debía contárselo Mike.

—¡Que no Fred, que no! No pasó nada en absoluto. Te lo acabo de decir, creo que bebió más de la cuenta. Aunque fueran un par de copas él no está acostumbrado. Además, está nervioso por lo que pueda pasar a partir de ahora, aún no sabe dónde va a jugar, no tiene claro lo que va a hacer, si se va a tener que marchar... Está alterado. Demasiadas emociones.

—¿Y qué va a pasar con el *draft*? —preguntó de repente Fernando.

—¡A la mierda el *draft*! ¿A quién le importa ahora el *draft*? ¡A veces pareces....! —Fred le fulminó con la mirada. Fernando se calló, dio un paso atrás y bajó la mirada al suelo, arrepentido por sus inoportunas palabras.

—Perdona colega, es que estoy histérico —se justificó Fernando.

—Lo comprendo, no te preocupes. Yo también estoy trastornado y no sé lo que digo. Lo siento —replicó Fred.

Se escucharon varias pisadas en el pasillo. Avanzaban a paso rápido, pero el sonido cesó en seco delante de nuestra puerta. Los tres miramos hacia ella esperando que alguien entrase. Pasaron unos segundos antes de que la viéramos abrirse, despacio. La primera en entrar fue Becky, seguida de Britney y por último Mel, que se había quedado rezagada. No quería cruzar la mirada con ella, al parecer, tampoco Mel lo deseaba, pero finalmente no se aguantó y me miró fijamente. Su expresión de tristeza me derrumbó. Se acercó directa a mí y me dio un fuerte y sentido abrazo. Estaba llorando.

—No llores Mel, seguro que se pondrá bien —dije tranquilizándola. A mí también se me habían llenado los ojos de lágrimas.

—En estos casos nunca se sabe Cris, puede pasar cualquier cosa.

Ninguno de los que estábamos allí presentes hicimos ningún comentario. Sabíamos que tenía razón. Podía tardar tres días en despertarse, tres meses o veinte años. Nadie podía saberlo.



Fernando era el chico más inoportuno que había en todo California a la hora de hacer sus comentarios, por eso procurábamos no dar importancia a las tonterías que solía decir cuando estaba nervioso.

—Bueno, al menos estamos todos, Mike no se quejará —se le oyó decir.

Fred le aniquiló con la mirada de nuevo, pero esta vez fue más cauto en su respuesta.

—Fernando, sus padres están en Europa y deberían estar aquí ahora mismo. No me jodas.

Creo que ese fue el último comentario de Fernando, al menos aquel día. Nos pusimos a hablar todos atropelladamente, haciendo suposiciones, imaginando qué le habría llevado a darse un tortazo así. Mel me miró con disimulo varias veces pero yo me hice la tonta, temía enfrentarme a sus ojos. Me resistía a ser el blanco de la acusación.

Se escucharon más pisadas que venían del pasillo. Esta vez era la enfermera que entró sin vacilar dispuesta a manipular los artilugios colocados alrededor de Mike.

—Buenos días. ¿Alguno de vosotros es familiar del paciente?

Temimos que nos echara de allí. Ninguno contestaba. Finalmente lo hizo Fred.

—Somos amigos, sus padres están regresando de Europa.

—Lo sé, pero como hay tanta gente pensé que alguno de vosotros sería su hermano. Voy a poner medicación en la vía. El médico se pasará luego.

—Gracias —le dije yo.

—No hay de qué. ¿Sabéis? Creo que le hace bien que estéis aquí acompañándole.

Vaya, eso sí que era una sorpresa. Además, se abrió ante mí la posibilidad de pasar con Mike todo el tiempo que pudiera. La enfermera terminó de poner la medicación, revisó las máquinas a las que estaba conectado y después se despidió de nosotros.

Nos quedamos de nuevo solos en la habitación. Callados, sin soltar una palabra. Fred tenía que marcharse, volvería más tarde, pero se quería asegurar de no dejar a Mike solo.

—Chicos, aunque es agradable lo que ha dicho la enfermera, es una tontería estar todos aquí. Deberíamos organizarnos para no dejarle solo, al menos hasta que vengan sus padres. Yo me tengo que marchar, pero

puedo estar de vuelta sobre las cuatro.

Sentía la necesidad de quedarme a solas con él, aunque no sirviera de mucho se lo debía.

—Si os parece ahora me quedo yo. Hasta las cuatro no empieza mi turno en la cafetería. Así que Fred, si no te importa, ¿puedes venir un poco antes para que no llegue tarde? —le pregunté.

—Claro —contestó él—, vosotros os podéis marchar —les dijo al resto—. Hoy ya está solucionado. Mañana ya habrá vuelto la señora Smith y podremos venir a visitarle, pero hoy no me gustaría que se quedase solo. Os parece bien, ¿verdad?

—Por supuesto que sí, Fred, nos parece perfecto, pero yo me quedo un rato con Cris —dijo Mel.

—Gracias Mel, pero no hace falta, de verdad. Te llamo luego si quieres; además, seguramente mi madre se pasará por aquí. Me lo ha dicho antes cuando he hablado con ella.

—De acuerdo, nos vamos entonces.

En un momento me quedé a solas con Mike. En aquella habitación de cuidados intensivos del hospital parecía que el techo iba a caernos encima. Solo se escuchaba la máquina que controlaba los sonidos de su corazón. Acompasado y constante. Le miré a la cara. Estaba llena de tubos. Su incipiente barba le daba un aspecto demasiado maduro para su edad. Recorrí su silueta con la mirada. Sus largas piernas sobresalían exageradamente de esa minúscula cama. La mano derecha la tenía libre. Se la agarré, indecisa, pensando si él querría que lo hiciera. Le rocé suavemente la cara. Su tacto era áspero por la zona de la barba pero suave por arriba, agradable, igual que él. Recordé el estremecimiento que sentí cuando me agarró la mano en la mesa, la noche anterior; apenas habían pasado unas horas y a mí me parecía una eternidad.

Cerré los ojos y me recosté junto a su torso, sin soltarle la mano. ¿Se ha movido? No, sus dedos seguían en el mismo sitio, él en la misma postura. Paralizado ¡No! Esa palabra me hizo temblar de espanto. ¿Y si no se despertaba? Aparté de mi cabeza aquella desagradable idea.

—Mike, Mike. ¿Puedes oírme? Estoy aquí, soy Cris. Contéstame por favor. Mueve un dedo si me escuchas. Por favor, por favor Mike, hazme una señal. Sé que a lo mejor me escuchas aunque no puedas moverte. Ya lo harás, no te preocupes. ¿Te acuerdas de lo que pasó anoche? Estábamos

juntos, ¿lo recuerdas? Lo pasamos bien, ¿verdad? Me tiraste al agua. Qué poca vergüenza. Y luego se marcharon todos. Nos quedamos tú y yo solos. ¿Te acuerdas? Yo como si fuera ahora. ¿Sabes qué pensé nada más marcharme? En volver y quedarme contigo, pero sabía que ya no estarías, te vi marcharte en la moto. En realidad no quería haber salido de allí. Me hubiera quedado, nada deseaba más que pasar la noche juntos. Pero tuve miedo, fui cobarde. Temía romper nuestra bonita amistad, además, no me esperaba algo así. ¿Cuánto hace que nos conocemos? ¿Casi cuatro años? Pues que sepas que han sido los cuatro mejores años de toda mi vida, y ha sido gracias a ti, a tu compañía. Me lo has hecho pasar en grande. He disfrutado como no lo he hecho nunca. Has sido el mejor amigo que cualquiera pudiera tener.

»¿Te acuerdas del día que nos conocimos? Nos presentó Emma, ¡Emma! ¿Te lo puedes creer? Sé que todavía se arrepiente y cada vez que me ve recuerda ese inoportuno momento, por eso le caigo tan mal. Tiene envidia cuando ve nuestra complicidad. Se lo reprocha. Sí, seguro que te has dado cuenta, se le nota en la mirada. A veces, cuando cree que no la veo la sorprendo observándonos. Tú siempre justificas sus impertinencias, aunque claro, hay que estarle agradecidos por habernos presentado. ¿Pero a quién le importa Emma? Sé que tienes tus preocupaciones, no sabes lo que ocurrirá a partir de ahora. Todos estamos igual. He pensado en ello y creo que deseo que te fiche un buen equipo. En parte me da pena, imagínate, de repente dejar de vernos todos los días. Es como recibir una fuerte bofetada, pero podríamos encontrar la fórmula para seguir viéndonos, la gente lo hace, ¿no? Al menos lo podemos intentar.

Bueno, lo había soltado, me había quitado un peso de encima, una losa de mil kilos. Se lo había contado por fin, pero, ¿a quién quería engañar? ¿A mí? De haber estado despierto me habría faltado coraje. La valentía no era una de mis cualidades, pero aun así me sentía satisfecha.

Me levanté de la silla a descorrer el visillo que cubría la ventana. Fuera estaba oscuro y amenazaba tormenta. Me volví a mirar a Mike. Seguía en la misma posición. El sonido de la máquina continuaba siendo regular pero estaba vivo y me pareció la música más agradable que se podía escuchar. Su energía no se apagaría con facilidad. Me acerqué de nuevo a la cama y me situé en el lado donde había menos tubos, junto a su mano libre. Quedaba un espacio diminuto hasta el borde de la cama pero quería tumbarme con él. Sentirle cerca. Me senté justo en el borde y dudé. Dudé

poco, la verdad, porque en un momento me tumbé de costado pegada a su cuerpo. De otra manera hubiera sido imposible, pero colocándome en esa postura cabíamos los dos. Cerré de nuevo los ojos y me pareció que el sonido de la máquina elevaba su velocidad.

Di un brinco y, sobresaltada, volví a la silla de nuevo. El tintineo de la máquina pareció volver a la normalidad. «Imaginaciones mías» pensé para convencerme.

De nuevo recosté mi torso cerca de su brazo agarrándole la mano. En esa postura él estaba más a gusto. Empezaba a trastornarme cuando logré quedarme dormida.

—Buenas tardes señorita. ¿Es usted familiar de Mike Smith? —otra vez la misma pregunta.

—No, soy... su amiga. Somos amigos.

—Ya veo —pareció no creerme.

—Soy el doctor Walter. Voy a examinarle.

Me retiré para dejarle espacio. Me apoyé en la pared sobre mi hombro derecho y le observé mientras hacía sus comprobaciones. De vez en cuando se detenía para anotar cosas en la libreta que llevaba entre las manos. Las facciones de su rostro serio le analizaban con severidad. Desvié mi atención a la ventana para no verle la cara, de esa manera evitaría hacer mis propias conjeturas. Quería hacerle mil preguntas. Necesitaba respuestas. Soluciones inmediatas.

—Doctor, ¿se pondrá bien? ¿Cree usted que se recuperará? ¿Saldrá de esta? —le pregunté al médico.

Su escrutadora mirada era fría, pero atisbé cierta compasión. Antes de responder, midió sus palabras con sumo cuidado, parecía temeroso de herir mis sentimientos, o tal vez procuraba no comprometerse con la respuesta que pudiera darme.

—Todavía es pronto para saberlo, señorita. Como podrá imaginar el pronóstico no es bueno, aunque a veces nos llevamos sorpresas maravillosas. Ojalá ocurra lo mismo con él. Le aseguro que haremos todo lo que esté en nuestra mano para conseguirlo, pero en estos casos nunca se sabe. Será mejor estar preparados para afrontar todas las posibilidades.

Hice como si no le hubiera oído. Nada deseaba menos que una frase negativa, y menos viniendo de aquel doctor.

—Pero ¿siente algo? ¿Puede oírnos? —esperé expectante una respuesta

sincera.

—En su estado no existe actividad cerebral y si la tiene es mínima. Se han dado casos en los que el paciente podía escuchar lo que ocurría a su alrededor, como si para él las conversaciones se produjeran en la lejanía. Ahora está sumido en un sueño profundo.

—Ya comprendo —le dije con recelo, pensando todo lo que le acababa de contar a Mike.

El doctor continuó.

—Pero no debemos precipitarnos. Lo que es un hecho es que ha sufrido una pérdida de consciencia. Ahora hay que sopesar la magnitud del daño cerebral sufrido y por supuesto debemos poner todo nuestro empeño en practicarle los cuidados necesarios para evitar complicaciones.

—¿A qué se refiere? —pregunté impaciente.

—Principalmente a dificultades respiratorias y de movilidad. También debemos prestar especial atención a la piel para prevenir escaras y activar diariamente sus articulaciones.

—¿Qué porcentaje existe de pacientes que se despiertan? —pregunté, aunque no estaba segura de querer saberlo.

—Señorita, lo importante es que él despierte y, sobre todo, que lo haga de la manera menos traumática posible. Y cuanto antes mejor.

No era mi intención ponerle en un aprieto, pero divagaba mucho, no estaba hablando con claridad, su reticencia a la hora de mojarse en las respuestas me estaba exasperando.

—¿Y cómo lo hará? ¿Qué pasará cuando vuelva en sí?

—Eso depende, siempre es una incógnita, pero seguramente estará desorientado. Todavía no sabemos con exactitud los daños que el accidente ha podido causarle. Puede haberle dañado el habla, la vista e innumerables cosas que ahora creo innecesario contarle. También puede que no recuerde nada. A menudo les falla la memoria.

¿Podría Mike no acordarse de mí? Un retortijón contraído mi abdomen. La sola idea de que no me conociera era casi tan brutal como pensar en su muerte.

—Volveré a pasar a última hora, señorita. Buenas tardes.

—Gracias doctor.

El médico salió de la habitación, e inmediatamente después, la puerta

volvía a tener movimiento. Esta vez era mi madre.

—Hola mamá. Cuánto me alegro de que estés aquí. El médico acaba de irse.

—Sí, creo que me he cruzado con él. ¿Qué ha dicho?

—En resumidas cuentas que hay que esperar.

—¿Y qué más? ¿Solo eso?

—Bueno mamá, no saben todavía. Es pronto para hacer un diagnóstico exacto. Depende de muchas cosas, entre otras, de cuánto tiempo esté así. Dormido —dormido no era precisamente el estado de Mike, pero en ese instante me parecía la mejor descripción.

Mi madre me observaba atenta, con los ojos muy abiertos esperando que le dijese algo que aún no supiera.

—¿Sus padres llegarán pronto?

—Supongo que sí, creo que mañana estarán aquí. Espero que antes. No sé a qué hora salía su vuelo.

—¿Los chicos han venido? —siguió preguntando.

A mi madre no se le escapaba una y a menudo sus preguntas llevaban implícitos muchos interrogantes. Le parecía extraño que me encontrara yo sola en compañía de Mike.

—Han venido todos pero se han marchado antes de que tú llegaras. Fred volverá luego antes de que yo me vaya a trabajar. No queremos dejarle solo.

—Claro, me parece bien. Mañana ya estarán sus padres.

Mamá se quedó un rato haciéndome compañía, sabía que Mike era muy especial para mí, y me vino bien que estuviera conmigo. Me preguntó acerca de sus planes de futuro, sobre el baloncesto y los equipos en los que podría encajar. Le conté la conversación sobre los *Phoenix Suns*. Ella se alegró bastante. Atisbé cierta sensación de alivio cuando supo que a lo mejor se marchaba. Mike le caía bien, ¿por qué entonces querría que se fuera lejos? Desterré de mi cabeza esa estúpida idea y seguimos charlando todavía un poco más. Esta vez sobre mi próxima irrupción en el apasionante mundo de la decoración. Sabía que soñaba con la idea de dedicarme de lleno a ese mundo y para eso precisamente me había estado preparando los últimos años. Siempre que hacíamos alguna reforma en casa, yo me encargaba de comprar los muebles y complementos que más me gustaban. A ella le hacía gracia, en el fondo prefería desprenderse de

aquella tarea que tanto le fastidiaba.

—Hija, me tengo que marchar ya. ¿Has comido?

Eran cerca de las tres. El tiempo había pasado sin apenas darme cuenta.

—Aún no, pero no te preocupes, he desayunado tarde y no tengo hambre. Tomaré algo luego cuando llegue a Galilea. Supongo que vosotros habréis comido durante la excursión ¿verdad? No vaya a ser que papá me culpe ahora porque le desatiendes —le dije a mi madre, intentando aparentar normalidad.

—Sí, Jane y yo hemos llevado comida, no te preocupes por eso. Me voy cariño, luego nos vemos.

—Hasta luego mamá.

Otra vez estábamos solos. Me acerqué a la cama para comprobar si su rostro había sufrido algún cambio, alguna señal que me indicara que sentía mi presencia. Nada de nada, su cara seguía igual y su mano en el mismo sitio donde la había dejado. Únicamente su barba parecía haber crecido. Por lo demás todo exactamente igual.

Fred entró tan sigiloso que apenas le oí llegar.

—Hola Cris, ya estoy aquí.

—¿Qué hora es? ¿Casi las tres y media?

—Aún falta un poco, son y cuarto. Te sobra un rato por si quieres hacer algo. No sé, igual tienes ganas de dar una vuelta y que te dé el aire.

—Gracias Fred, no me apetece, además, ¿has visto el día que hace? —le señalé la ventana.

Fred también era un gran chico. Le pegaba ser tan buen amigo de Mike.

—Como quieras. ¿Ha venido el médico?

—Sí, y no creas que ha dicho gran cosa, ha estado un rato hablando y, cuando ha salido por la puerta y me he puesto a analizarlo, me he dado cuenta de que no ha dejado nada en claro.

Fred se empezó a reír. Se agradecía en un lugar como ese.

—¿Pero qué es lo que te ha dicho? —preguntó.

—Pues lo que te estoy diciendo, en resumen, ¡nada! Igual que los políticos. Ah, se me olvidaba, sí me ha comentado que tienen que estar pendientes de la piel, las articulaciones y las vías respiratorias.

—Algo es algo.

—Por supuesto, menos dan las piedras —miré el reloj—. Me voy Fred,

no me gustaría llegar tarde hoy. El otro día me fui antes de tiempo para veros jugar y no quisiera abusar de la buena fe de mi comprensivo tío.

—Valió la pena ¿no? —dijo orgulloso y sonriente.

—La causa lo mereció, no lo dudo, pero me tengo que ir. Nos vemos luego. Me pasaré por aquí antes de volver a casa. Tú no te marches muy tarde, tienes que descansar. No hace falta que nos quedemos esta noche.

—Por la noche no, pero durante el día prefiero que esté acompañado, estás de acuerdo, ¿verdad?

—Claro Fred, hubiera estado aquí en cualquier caso.

Me dirigí a la cafetería del tío David dispuesta a cubrir mi turno. Durante toda la tarde deambulé de una mesa a otra en estado catatónico dando vueltas a lo sucedido. Estuve ausente y pensativa, pero conseguí no dejar caer al suelo ninguno de los platos que iban destinados a las mesas. A las ocho en punto salí apresurada de Galilea con un único objetivo.

Enseguida llegué al hospital otra vez. Fred seguía allí, sentado en el sillón de enfrente con la mirada perdida. Estuvimos un rato los dos, bueno, los tres. Fred y yo hablamos de algunas cosas.

—Hola Fred. ¿Alguna novedad? ¿Le has visto moverse? Antes me ha parecido que...

—¿Se ha movido? —preguntó nervioso.

—No exactamente. Me ha parecido que cuando le agarraba la mano se le aceleraba el corazón. Como si sintiera mi presencia. Ha debido ser una alucinación mía porque ha sido leve, casi imperceptible, pero no estoy segura porque no se ha vuelto a repetir.

Fred se quedó pensativo. Analizando mi absurdo comentario.

—Cualquiera sabe —guardó silencio un momento y luego me preguntó—. Cris, ¿de verdad no pasó nada entre vosotros cuando nos marchamos? No es propio de Mike coger la moto a esas horas de la noche después de haber estado de fiesta bebiendo. No me cuadra.

—Mira, Fred, no me apetece hablar del tema, es algo entre él y yo. En realidad no pasó nada, los dos bebimos, me hizo un comentario y yo le eché el freno. Nada más.

—Últimamente no para de hablar de ti. Siempre lo ha hecho, pero ahora es de otra manera, como si no pudiera vivir sin ti ni un minuto más. Desde hace algún tiempo parece que te necesita cerca. Quiere algo más profundo, no se conforma con que seáis solo amigos. Ahora lo entiendo. Cogió la



moto porque le rechazaste y tú te sientes culpable.

Cuando terminó la frase me vine abajo y empecé a llorar. Él se acercó a mí, consternado por mi reacción.

—Cris, no eres responsable de nada, no se te ocurra pensarlo siquiera. No era mi intención hacerte sentir así, solo necesitaba que las piezas encajaran.

—Lo sé Fred. Lo sé —alcancé a decir.

—Vámonos a casa, es súper tarde —me dijo con cara de agotamiento.

—Sí, vámonos.

El tiempo se había echado encima. Los padres de Mike aún no habían llegado, pero aun así decidimos marcharnos a descansar. El día había sido largo y no sabíamos lo que vendría después.

## VISITA INESPERADA

Cada poco tiempo se me abrían los ojos y veía brillar los numeritos del despertador. Las tres, las tres y media, las cuatro, las cuatro y media..., a las cinco me cansé. No conseguía pegar ojo. Era incapaz de seguir en la cama pensando en cómo se encontraría Mike, así que decidí bajar a la cocina a prepararme uno de mis cafés triples.

Seguramente sus padres habrían llegado ya. Imaginaba su cara de espanto cuando entrasen en esa habitación que olía a desinfectante y vieran a Mike tumbado en aquella cama, inerte. La imagen venía a mi mente una y otra vez como si se tratase de un mal sueño del que me iba a despertar. Por desgracia no era así, se trataba de una tragedia tan real como la vida misma. Un escalofrío recorrió toda mi espina dorsal.

El señor y la señora Smith, aunque se encontraban siempre ausentes, eran un matrimonio muy conocido en la zona. Se dedicaban al emergente mundo de las energías renovables. Viajaban con frecuencia a Europa para regresar a Estados Unidos con las últimas novedades descubiertas en el sector fotovoltaico. Era un mundo por descubrir para la gran mayoría, pero ellos se movían resueltamente por ese extraño universo de los wátios y las células solares. El señor Smith había estudiado ingeniería muchos años atrás, y su mujer, doctora en economía, era una experta gestionando instalaciones y tratando eficazmente con potenciales clientes. Formaban los dos un equipo envidiable.

Desde hacía ya unos años se habían hecho con las riendas del sector. Habían conseguido importantes ganancias y querían a toda costa que su único hijo siguiera sus pasos, pero a él no le interesaba lo más mínimo. Los beneficios de la energía del sol y los paneles cristalinos que irrumpían insolentemente en el paisaje de nuestra ciudad, era algo que a Mike le traía sin cuidado. Solo quería jugar, encestar la pelota una y otra vez. El baloncesto era su gran pasión.

Era temprano. Aún no había amanecido en San Diego. Cerré los ojos y me recosté en la encimera de la cocina dispuesta a rezar por él. Tal vez así podría servir de ayuda. Las oraciones las escuchaba cada vez más lejos de mi cabeza hasta que caí dormida.

Una voz masculina me despertó. Era mi padre.

—Cristina, ¿qué haces aquí? ¿No te has acostado todavía?

Estaba aturdida, al principio no sabía dónde me encontraba pero pronto me ubiqué.

—Sí, sí, es que no podía dormir dándole vueltas a la cabeza y acabo de levantarme. ¡Vaya! Es súper tarde. Tengo que irme a clase.

—¿Qué tal está tu amigo? —preguntó. Parecía interesado.

—Igual, sigue sin despertarse.

—Es un buen amigo ¿verdad? No pensaba que estuvieses tan unida a él.

Su atenta mirada crítica era la misma que había mostrado mamá. Quise concluir aclarándole sus dudas.

—Así es, podría decirse que Mike es mi mejor amigo —recalqué la última palabra para que supiera que por el momento no debería inquietarse—. Luego me pasaré a ver cómo está. Llegaré tarde, díselo a mamá.

Asintió en silencio apretando la mandíbula.

—¿Trabajas hoy? —preguntó a continuación.

Recordé que me tocaba ir. Estaba deseando acabar la universidad para poder dejar de servir en el local de mi tío. Fruncí el ceño y asentí.

—Sí papá, hoy trabajo.

Durante la primera clase seguí tan ausente como la tarde anterior en la cafetería. Coincidí con Britney, que estaba muy preocupada también. Por el campus nos cruzamos con Fred, iba a toda prisa porque llegaba tarde y apenas nos entretuvimos. A primera hora había hablado con la señora Smith y, como era de esperar, estaba destrozada por los acontecimientos. Deseaba acercarme cuanto antes al hospital y poder abrazar a esos padres, hablar con ellos y tranquilizarles, pero antes tenía que exponer mi trabajo de diseño.

Los últimos días habían sido tan ajetreados que no pude dar un repaso general a lo que sería mi presentación, pero aun así iba dispuesta a superarla con éxito. Me quedé rezagada en las escaleras de mi pabellón y repasé los puntos clave de la exposición antes de entrar en el aula. Siempre me costaba un esfuerzo colosal exponer cualquier trabajo y encima aquel era especial.

Entré en clase de la señorita McCain, avancé rápido por la sala y me

acoplé junto a Britney a esperar mi turno. Mi amiga estaba sentada a mi lado, nerviosa al ver que llegaba tarde. Temía que me perdiera una prueba tan importante.

—¿De dónde vienes? ¿No ibas al baño? ¿Es que te has puesto mala o qué te ha pasado?

—He ido al baño, pero además me he quedado repasando un poco. ¡Estoy histérica!

—Ya te veo, creí que no ibas a entrar. Por un momento pensé que.... ya sabes, que te habías ido a ver a Mike.

—Después de esto, antes tengo que hacer mi presentación para poder contársela. Sabe lo importante que es para mí.

Britney me miró como si me hubiera vuelto loca.

—Ya se lo contarás, cuando recupere la conciencia.

—Eso digo —aclaré.

Me refería a contárselo hoy mismo, en cuanto estuviéramos solos, pero obvié el comentario. Si me esforzaba por explicarle que tenía la estúpida sensación de que Mike escuchaba mis conversaciones, mejor dicho, mis monólogos, pensaría que me había vuelto majareta. Así que no lo hice.

—¡Silencio! —gritó la profesora—. Vamos a proceder con los trabajos de las personas que hoy harán su presentación.

Me alegré de no ser la primera, delante de mí hicieron su exposición otros cuatro compañeros. No les presté demasiada atención. Estaba enfrascada en mis lejanos pensamientos y no escuché mi nombre cuando me llegó el turno.

Britney me arreó un fuerte codazo.

—¡Cristina Norton! ¿Está usted en clase o en la playa imaginando ya la semana de descanso de primavera? Le recuerdo que todavía quedan unos días.

Faltaban pocos días para la semana de vacaciones que disfrutábamos todos los años por estas fechas. Lo cierto es que no había reparado en ellas. Los terribles acontecimientos me habían hecho olvidar por completo esa fecha señalada. Por desgracia, tenía otras cosas en las que pensar.

Se escucharon algunas carcajadas de fondo, pero afortunadamente, eran poco intensas.

—Estoy aquí —respondí recuperando la compostura y dispuesta a

explicar el trabajo que llevaba preparado—. Lo siento, no la había oído.

—Bien, pues adelante.

Bajé al centro del aula dispuesta a desarrollar mi exposición. El proyector estaba preparado y el puntero se hallaba en el extremo derecho de la mesa. Pese a que se me pasó fugazmente por la cabeza hallar algún pretexto, no encontré ningún motivo sólido para prolongar la espera. Saqué el pendrive del bolsillo y lo metí dentro del ordenador para comenzar. La profesora McCain había apagado las luces y yo miré abrumada a los compañeros que me observaban con expectación. Se me hizo un nudo en la garganta. ¡Maldita timidez! Me propuse mirar al vacío para no prestar atención al auditorio que se encontraba delante.

Mike había colaborado mucho en este trabajo y no podía defraudarle. Me ayudó a desarrollarlo sin llegar a decidir mi elección, pero juntos creamos una casa moderna y alegre, que quedó francamente original. Construimos sin darnos cuenta una mezcla explosiva de estilo contemporáneo. Dirigí la mirada al asiento que solía ocupar cuando acudía de oyente. Su presencia me daba la seguridad que siempre necesitaba, pero para mi desgracia, hoy esa silla se encontraba vacía. De haber estado allí sentado me habría guiñado un ojo, o me habría dado los ánimos que necesitaba, «déjalos con la boca abierta», solía decirme. Su ausencia me hizo estremecer. Mike estaba a un paso de convertirse en un extraordinario arquitecto. Su entusiasmo y creatividad le proporcionaban una visión impactante a la hora de crear cualquier diseño. Tiene una destreza insuperable para ordenar las ideas y plasmarlas sobre el papel. Yo a menudo le colmo de halagos, «solo son ideas» —me dice siempre—, «pero es el comienzo de mis futuros proyectos», «ya verás niña, construiré una casa maravillosa y tú la decorarás».

—¿Está usted bien, señorita Norton? —preguntó la profesora McCain, esta vez irritada por mi extraña actitud—. No tenemos todo el día.

—Estoy bien —dije sin más.

—Pues comience de una vez.

Para ser fiel a la tradición, el arranque estaba siendo accidentado. Mi voz sonaba ronca y me tuve que aclarar la garganta varias veces para aparentar normalidad. Aun así, las palabras salían de mi boca con dificultad. Tartamudeé en un par de ocasiones, pero el trabajo era brillante y disimuló mi fuerte conflicto interno a la hora de enfrentarme con el

público. Tardé un rato hasta hacerme con la situación, pero después de soltar las primeras frases, superé mi agonía y pude hablar con fluidez.

En medio de mi exposición se escuchó una exclamación en el fondo de la sala. Con toda probabilidad, había alterado la sensibilidad de alguien y me alegré de escuchar al menos un bramido de desaprobación, lo que significaba que todavía no estaban todos dormidos.

—¡Ohhhh! La habitación principal, ¡roja! ¡Roja y negra! ¡Qué fuerte!

—Sí. El color de la pasión —dije enrojeciéndome.

Algunas risas ahogadas seguían escuchándose al final de la clase.

—¡Silencio! —dijo la profesora McCain—. Continúe por favor.

En aquella pantalla gigante aparecía una sala extravagante, sensual y alegre a la vez. Todos miraban confusos al centro de la pantalla. Incluida yo... ¿cómo se me ocurría plasmar algo así?

—Ciertamente arriesgado, señorita Norton —comentó la profesora—. Continúe.

Las imágenes, una tras otra, se proyectaban delante de mí hasta que, victoriosa, concluí el pequeño discurso y pude poner el broche final al trabajo. Al menos conseguí controlar la situación.

Por fin la profesora McCain se dignó a pronunciar un comentario positivo.

—Muy bien Cristina Norton. Ha hecho un buen trabajo. Enhorabuena.

Regresé a mi asiento junto a Britney. Esto tenía que contárselo a Mike, ya que era el gran responsable de mi abrumador éxito.

—¿Qué te ha pasado Cris? Al principio te has quedado en silencio varias veces, ¿estás bien? Porque el trabajo ha sido espectacular.

¿En silencio? Al parecer se había notado mucho, pero sonreí, la parte engorrosa era agua pasada y, aunque comencé la exposición nerviosa, después conseguí disfrutar de mi momento de gloria.

—Es mi miedo escénico, Britney. A veces me juega malas pasadas. Estaba excitadísima. ¿En serio te ha gustado?

—¡Has estado fantástica! Mañana me toca a mí —entornó los ojos pensativa.

—Lo harás genial, ya lo verás.

—Eso espero. Al menos acercarme a algo parecido a lo que acabas de hacer tú.

Un manantial de vanidad se apoderó de mi cuerpo.

—Ha sido gracias a Mike. Me ayudó muchísimo con este trabajo, sobre todo con el imposible programa de diseño, el *sketchUp*. Si no llega a ser por él no hubiera conseguido pasar de la fachada.

Las dos nos reímos a carcajada limpia.

Las clases finalizaron, y cuando caminábamos por el campus nos encontramos con Fernando.

—Vengo de ver a Mike, me he acercado antes de venir a clase —dijo—, sigue en la misma planta de la UCI conectado a los dichosos aparatos. Sus padres ya estaban allí, destrozados. La escena ha sido conmovedora.

—Yo iré ahora —les informé—, esta tarde no puedo. ¿Ha dicho algo el médico?

—Sí, el mismo discurso que ayer.

—Vaya —comentó Britney—, no es un buen presagio. Parece que lo repite para cansarnos, para que nos vayamos acostumbrando a verle así.

Desvié la mirada al asfalto para contener mi indignación y respiré hondo. Britney no debería decir todo lo que pasase por su mente, eso parecía más propio de Fernando.

—Más bien no tienen ni idea —puntalicé—, eso es lo que les pasa, pero Mike es más fuerte de lo que los médicos piensan, saldrá de esta más pronto de lo que nos imaginamos, ya lo veréis. Una conmoción, vale, más fuerte de lo normal, de acuerdo, ¿pero el resto? ¡Solo se ha hecho daño en un dedo! Y encima es una pequeña fisura. Si se despierta, en unos días podrá andar con normalidad.

Los dos me miraron con compasión. Sí, era mejor que no dijeran lo que estaban pensando.

—Me largo chicas. No puedo llegar tarde a clase —dijo Fernando.

—Nos vemos —contestó Britney.

—Britney, yo me marcho también, quiero ir a verle, me sobra un rato antes de ir a trabajar y quiero aprovecharlo. ¿Me acompañas?

—No puedo, intentaré pasarme esta tarde, pero ahora tengo que acompañar a mi madre al centro. Necesita un vestido para asistir a la inauguración de una galería de arte y no tiene qué ponerse. Prometí acompañarla así que me es imposible. Lo siento Cris.

Prefería ir acompañada de Britney, o de Mel, o de cualquiera de las

chicas antes de encontrarme cara a cara con el señor y la señora Smith, pero tendría que ir sola y enfrentarme a ello. Fui todo el camino convenciéndome de que su madre no podría traspasar mi mente y leerme el pensamiento. Ella no debería saber nunca que yo era en gran parte culpable de lo sucedido.

Entré sigilosa por la puerta de la habitación, como si fuera a despertar a alguien. La cara de su madre estaba desencajada, abatida por los acontecimientos y completamente pálida dentro de sus límites afroamericanos.

En cambio a Mike la piel le brillaba como el día de la fiesta, tan favorecido como con aquel polo azul cielo. También ahora iba a juego con las sábanas que envolvían esa diminuta cama.

—Hola señora Smith. Ya han llegado —comenté confirmando la evidencia.

Se incorporó con los ojos vidriosos dirigiéndose a mí. Me dio un sentido y largo abrazo. No me soltaba. «Pobre madre» pensé, «su único hijo yacía sin sentido en la fría cama de un hospital».

—Hola cariño, entra. Gracias por quedarte ayer. Y llámame Harper, por favor.

—Harper —dije bajito—, no me tienes que agradecer nada, por Dios, Mike y yo somos amigos.

—Cristina, mi único hijo se debate entre la vida y la muerte —me miró y comenzó a llorar desconsoladamente. Volví a abrazarla. Tenía que consolarla.

—Se ha dado un golpe fuerte pero sé que está bien. ¡Mírale! Tiene buen aspecto y no se ha roto nada, bueno, casi nada. Tiene muy buen color —tosí—, su cara está radiante. Se va a despertar muy pronto, ya lo verás. Lo sé...

Me miró atónita, sin contestar. ¿Qué había dicho? Solamente la verdad.

—¿Cuándo habéis llegado? ¿Tu marido se ha marchado? —pregunté para cambiar su semblante.

—Ha ido a casa a darse una ducha y dejar las maletas. Vinimos anoche directamente sin pegar ojo y estamos destrozados. No tardará en volver para quedarse con él.

—Yo me puedo quedar un rato —me ofrecí.

—Te lo agradezco, pero no te preocupes, mejor espero a que venga mi



marido —me aseguró.

—Al menos sal de aquí y ve a tomar algo. Estarás exhausta —insistí.

Vaciló durante unos instantes.

—Eso sí, ¿no te importa que baje un momento? Me tomo un café para despejarme y subo enseguida.

—No te preocupes, estaré aquí —la tranquilicé. No era necesario que se diera tanta prisa.

—Gracias Cristina. Te agradezco mucho lo que estás haciendo por Mike.

Qué menos podía hacer.

Una vez más nos habíamos quedado solos. Me acerqué a la cama para poder tocarle. Quería sentirle más cerca de mí. Su oscura barba se abría camino dándole un aspecto rudo. Aun así seguía estando atractivo. Observé la silueta de su cuerpo, la perfección de sus facciones. Parecía más frágil que la víspera.

—Hola Mike, estoy aquí. Soy Cris —esperé unos segundos por si un milagro hacía que me contestase—. ¿Me escuchas? —de nuevo aguardé por si notaba alguna reacción ante mis susurrantes palabras, pero fue en vano. Le agarré la muñeca despacio para no asustarle y miré la máquina. Sus latidos seguían repiqueteando igual—. He presentado el trabajo. Me ha costado arrancar, he tardado un largo minuto hasta que mi garganta ha vuelto a dilatarse para que el aire entrara normalmente a mis pulmones. Ha sido un alivio poder empezar, creí que no lo conseguiría, ¿y sabes por qué? Porque tu silla estaba vacía. Toda la clase me estaba mirando, esperando mi presentación. Sentía en sus ojos la crítica amenazante hasta que te he imaginado sentado, animándome en silencio y dándome fuerzas para afrontar la dichosa exposición. A partir de ahí ha sido más fácil, ha fluido sola. La profesora McCain me ha felicitado, así que gracias Mike, un millón de gracias por empujarme a proyectar ese confortable hogar. Ha sido todo un acierto, arriesgado pero perfecto. Deseaba venir a contártelo y celebrarlo contigo. Ya, ya lo sé, ahora no puedes, pero lo haremos en cuanto salgas de aquí.

La máquina seguía inalterable. Sentí una absurda decepción. Sus latidos continuaban constantes y dudé si su subconsciente, o lo que quiera que exista más allá de un profundo sueño, sería capaz de captar este momento. Tal vez necesitaba un instante más intenso. En mi cabeza se agolpaban

tropecientos millones de imágenes que habíamos compartido juntos, pero una de ellas era la más importante. Aquel día en el bar con Emma y Becky.

—Recuerdas el día que nos conocimos ¿verdad? Emma, Becky y yo tomábamos un sándwich en el bar de moda de nuestra universidad. Ya por aquel entonces a Emma no podía soportarla, pero sé que gracias a ella nos pudimos conocer. Tú entraste a toda prisa a comprar algo para llevar cuando Emma te vio y te llamó. Nos contaste que acababas de empezar a formar parte del equipo de baloncesto que participaba en la liga universitaria. Necesitabas aprovechar todos tus ratos libres para estudiar. Te comerías el bocata de camino a la biblioteca para ganar tiempo. ¡Dios, qué momento memorable, Mike!

Me detuve deleitándome en el recuerdo y le miré. Lentamente le puse la mano en el pecho, con cuidado para no sobresaltarle. Deseaba sentir sus latidos, su calor y su agradable contacto.

—También yo debía marcharme, tenía clase de expresión gráfica I. Dijiste que me acompañabas a pesar de desviarte un trecho. Y menos mal, ¡menudo chaparrón cayó! Empezó a llover cuando todavía no nos habíamos marchado del bar. Estábamos bajo el porche, asomando la cabeza para ver el tremendo aguacero que en décimas de segundo se había precipitado. Te quitaste el jersey para protegerme de la lluvia. ¡Oh Mike! Qué caballeroso por tu parte, ¿te lo había dicho antes? Creo que no. Ese gesto fue... perfecto. Corrimos bajo la lluvia protegidos por tu enorme jersey hasta la puerta de mi pabellón. Después retrocediste hasta situarte bajo el agua y te anudaste el jersey a la cintura. ¡Muchas gracias Mike, no sabes lo que has hecho por mi pelo! —te dije entonces—. Me miraste con tu fantástica sonrisa y levantaste una mano. «Oh, no ha sido nada», parecía que decías. No te moviste de allí hasta que me viste entrar y perderme en el pasillo.

De pronto la máquina subió la velocidad y el pitido se aceleró de forma violenta: Ochenta, cien, dos mil, ¡qué demonios pone aquí?!

—Mike, Mike, Mike, cálmate. Descansa. Lo siento. He sido yo. Ya está.

De pronto se detuvo y volvió a su posición. Miré alrededor; seguía sola. Completamente aturdida. ¿Le haría bien que le hablase de mis cosas? ¿Y si le daba un infarto? Sin retirar la mano de su pecho recosté la cabeza sobre su regazo, acompasándome a los latidos que se oían nítidamente en su torso, de nuevo constantes.

—Ya estoy aquí. ¿He tardado mucho?

La señora Smith me miraba incrédula. Quizá sorprendida por la postura en la que me había encontrado.

—¡Qué va! Has vuelto muy rápido —mis palabras sonaban a disculpa. En cierto modo deseaba que tardase más.

—Tampoco quiero abusar, cariño —me dijo, esta vez con un mohín divertido.

Me quedé cortada. Me había sorprendido en una postura poco ortodoxa para unos simples amigos de universidad. Hubiera dado lo que fuera por que la tierra me tragara en ese preciso instante. Me incorporé estirando los vaqueros, colocándome la camiseta y examinando todos los ángulos equiláteros que encontré en la habitación. Evité mirarla directamente a los ojos mientras la sangre instalada violentamente en mis mejillas bajaba despacio repartiéndose por todo mi cuerpo.

—Me voy a marchar ya, señora Smith... Harper. Volveré seguramente mañana. Esta tarde trabajo.

—No te preocupes cariño, no hace falta que vengas todos los días —me dijo mirándome con asombro. Parecía confundida.

—Ya veré. Dale un abrazo a tu marido —pensaba volver de todos modos. Iría cada uno de los días que Mike estuviera allí.

Me siguió con la mirada atenta, interrogante, avanzando varios pasos por detrás de mí hasta que llegué a la puerta.

—Adiós.

—Gracias Cristina.

Vale, las cuatro, era hora de centrarme. No podía comportarme como lo había hecho la otra tarde. Me crucé con Mariah, que me esperaba impaciente para irse. Mis tíos estaban allí.

—Hola tía Lily, tío. Buenas tardes —me recibieron sonrientes, como siempre.

—¿Cómo está tu amigo? —me preguntó Lily.

—Ahí va. Sin novedades.

Me atavié con el delantal y me recogí el pelo en una cola de caballo. Mariah me había obsequiado con un montón de platos sin recoger. Tal vez me vendría bien algo de entretenimiento, así que coloqué todo en la bandeja del lavavajillas y dejé preparada la máquina. Estaba lista para

atender a los clientes que se encontraban allí. Reparé en los habituales. En su sitio acostumbrado estaba el hombre que siempre llevaba alguna camisa de rayas. Seguramente estaría jubilado, era curioso, pasaba las tardes delante de la cristalera tomando alguna infusión exótica. Así nuestro negocio no podía prosperar. Miré al otro lado del local, la señora del bolso Kelly me había pasado hasta hoy casi desapercibida. Ella solía tomar la tarta de queso con arándanos, una de nuestras especialidades. Demoraba el plato como si tuviera muy pocas ganas de irse. No era tan mayor como el señor de la camisa de rayas, pero supuse que también estaría jubilada. Les observé a los dos. Harían buena pareja. No necesité más de unos minutos para percatarme de sus insinuantes miradas. ¡¡¡¿¿¿???!!! ¡El maduro caballero quería ligar con ella! ¿Por qué entonces se sentaba tan lejos? ¡Caramba, qué fuerte! Se lo comenté a mi tía.

—Lily, ¿has visto a ese señor? Viene todos los días, igual que esa señora —le dije mirando al otro lado de la cafetería.

—Sí —me confirmó.

—Obsérvalos, no se quitan ojo.

Mi tía les prestó atención durante un rato y luego se acercó a mí.

—¡Qué divertido! ¿No te parece? —dijo agitada.

—Sí, pero no entiendo por qué se sientan tan lejos.

—A estas cosas hay que darles su tiempo, Cris. No hay que precipitarse. Parece que de momento están disfrutando así. Estaré pendiente de sus movimientos —comentó en guasa—, y te contaré si hay novedades cuando tú no estés.

—Por favor, ya estoy intrigada por lo que pueda pasar.

Mi tía y yo afortunadamente estábamos pasando una tarde distraída cuando vimos aparecer a mi hermano Harry con Max y su perrito faldero. Hacía tan buena tarde que se sentaron en la terraza. Harry entró a saludarnos.

—Hola hermanito. Qué raro tú por aquí.

—¿No te alegras de verme? —preguntó sonriendo.

—Claro que sí, además veo que estás bien acompañado —comenté.

—Ah, ya lo entiendo, me quieres por mis amistades ¿verdad?

—Por supuesto, a ti te tengo muy visto —dije para fastidiarle.

—Hola tío David —saludó a nuestro tío chocando los cinco—, hola

Lily —a ella le dio un cariñoso beso.

—Hola Harry, ¿os quedáis fuera? Hoy se está bien en la terraza —comentó ella.

—Sí.

—Ahora sale Cris a atenderos —le confirmó.

—Vale, ¿crees que podrá? —dijo Harry con su particular humor mirando a Lily. Luego se dirigió a mí—. Tú no te olvides la libreta, somos tres y no me fío mucho de tu mala memoria.

—Ja, ja, ja, más quisieras tú.

—Claro, claro, qué tontería.

Me acerqué para darle una colleja pero me esquivó de un salto.

—No tardes, ahí fuera hay alguien que tiene mucho interés en verte.

Me quedé pensando si salir a atenderles o esconderme en la cocina. Escabullirme lo tenía complicado. ¡Qué corte volver a ver a Max! Con esas pintas me daba todavía más vergüenza.

—¿No sales, Cristina? —Lily me miraba expectante. Pensó que le estaba ocultando algo vital—. ¿Les conoces, a esos nuevos amigos de Harry? Es la primera vez que vienen por aquí.

—Sí, les he visto una vez —puntalicé—, ahora mismo salgo.

Cogí mi libreta. Sostener algo en la mano me daba seguridad. Me detuve en la puerta antes de traspasarla y resoplé para acomodar mis pulmones a la nueva intensidad de mi respiración.

—Hola Max —dije tímidamente—, ¿cómo lo llevas?

Él se levantó y se acercó a darme un cariñoso beso y lo que me pareció un amago de abrazo. Llevaba otra de sus características blazer de estilo mafioso, camisa blanca, pantalón azul marino y zapatos de ante marrón. Iba impecable. Informal pero arreglado. Supuse que muy estudiado.

—Estupendamente. ¿Y tú, muñeca? Veo que estás más guapa que la última vez que te vi.

—¿Ah, sí? ¿Lo dices por el delantal?

—No, es por los vaqueros, que se ajustan muy bien a tu cuerpo, y el pelo recogido en una coleta deja ver mejor tu preciosa cara.

Miré a Harry implorándole, ¡interrumpe esto, por Dios! Me estaba poniendo roja como un tomate mientras Max me observaba esperando un comentario. Harry me ignoró, pero la providencia siempre nos muestra

una salida. Max se sentó y cogió la carta.

—Hola Dylan —se me ocurrió decir al fin.

—Hola Cristina, ¿qué tal?

—Bueno, ¿sabéis lo que vais a tomar? —pregunté.

Max sonrió. Madre mía, qué hombre más interesante. El rubio flequillo caía sobre su frente y los hoyuelos que marcaban sus mejillas le proporcionaban un aire más juvenil.

—Esperaba que nos lo recomendaras tú —soltó él.

—Depende. Tenemos de todo.

Harry nos interrumpió.

—Yo tomaré un batido. Estoy hambriento, y después de salir del gimnasio todavía más, pero le he dicho a mamá que hoy iría a cenar con vosotros y prefiero reservarme —me informó.

—Estupendo, entonces cenamos juntos, ¡qué bien!

Hacía mucho que no cenábamos todos en casa, en familia, como hacíamos antes.

—Dylan, ¿tú vas a comer algo? —estaba dudoso y le pregunté para meterle prisa. Estaba deseando entrar en la cafetería.

—Sí, una ensalada César —dijo no muy convencido.

—Y tú, Max, ¿estás indeciso? —le pregunté sonriendo.

—Nunca lo estoy —me miró fijamente con su cara de depredador—. Tomaré el sándwich club.

Guau, este hombre conseguía dejarme fuera de juego sin importarle lo más mínimo lo mucho que me pudiera afectar.

—Muy bien, pues ahora os lo traigo —entré en la cafetería como una exhalación.

—Parece que has visto un fantasma —me dijo mi tío David.

—Yo no, ¿por qué?

Contesté haciéndome la distraída pero era justo lo que parecía. Seguro que Max se estaba divirtiendo mucho. Pasé la comanda y enseguida les saqué sus platos.

—Que os aproveche chicos.

Mientras lo tomaban, hablé un rato con Lily comentando el aspecto mafioso que tenía Max.

—Es mayor que Harry ¿no?

—Tiene treinta. Me lo dijo el día que nos presentaron —le aclaré antes de que se hiciera conjeturas equivocadas.

—Es bastante guapo —me miró evaluando mi reacción, que por supuesto fue contenida gracias a mil años de preparación.

—No está mal —dije sobrada.

—Pero nada mal.

Nos reímos sin dejar de mirar a través de las cristaleras. Por suerte, ellos no podían oírnos pero mi tío sí.

—¿Qué os hace tanta gracia? —preguntó curioso.

—Cosas de mujeres, David, no te incumben —le contestó tajante Lily.

—Ustedes perdonen, menos mal que no he dicho nada —dijo levantando ambas manos.

Durante un buen rato estuve observándoles desde el interior. Faltaba poco para terminar mi turno y decidí que ya había llegado el momento de recogerles la mesa. Me acerqué de nuevo a ellos, esta vez esforzándome por parecer natural.

—¿Os ha gustado? —dije mirando a Dylan y a Max.

Dylan asintió con la cabeza haciendo movimientos afirmativos repetidas veces. Yo le sonreí. Parecía una persona inocente y bondadosa. Max se tomaba su tiempo.

—¿Estaba bueno el sándwich club? —le pregunté, esperando que hubiese sido de su agrado.

—Un sándwich exquisito. Y el servicio, impecable.

—Pues si están satisfechos les traeré su cuenta.

Harry se apresuró a hacer su comentario ocurrente.

—Nos harás descuento por ser de la familia y traer clientes nuevos, supongo.

—Ni lo sueñes hermanito —le dije y, girando sobre mí misma, torcí y entré en la cafetería para pelearme con la nueva caja registradora de última generación que había comprado David. Un año de estos me haría con ella, pero de momento, me conformaba con introducir los productos que inteligentemente estaban dentro del sistema y dar a la tecla aceptar. Batido, ensalada, cola, sándwich, cola.

—No hace falta que metas dos veces el producto, con una vez es suficiente, luego pones POR, las veces que quieras y ya está —me explicó

mi tío.

—Por favor, no me desconcentres ahora. Lo probaré la próxima vez.

Salí con el plato y el ticket en la mano. Antes de alcanzar su mesa Max me extendió la mano para que se la pasara a él. Ninguno de los otros dos hizo ademán de cogerla.

—Pago yo. Con tarjeta.

Ah, otra vez tenía que volver dentro.

—Un segundo, vuelvo enseguida.

Salí de nuevo con el datafono para cobrarle. Él se ladeó en la silla para coger la cartera. De ella sacó una de las muchas tarjetas que se amontonaban en los departamentos y me la entregó. Maximilian D'Angelo, ponía en la parte de abajo.

—¿Tienes apellido Italiano? —le pregunté.

—Sí, la familia de mi padre es de Florencia, aunque ahora viven en Filadelfia.

Recordé las palabras que solía decirme mi madre: «Hija, cuando alguien parece sucio, lo es, cuando alguien parece malo, también lo es. Las personas siempre son lo que parecen».

—Ah —conseguí decir—, eres latino entonces.

—Eso parece —confirmó dedicándome una de sus sonrisas.

Vacilé un momento antes de despedirme. Mientras pensaba cómo hacerlo empecé a recoger los platos con mucha calma antes de soltar alguna frase ingeniosa. Se suponía que ese día yo era lo más parecido a una anfitriona.

—¿Te apetecería venir a mi fiesta de cumpleaños? Es mañana. Le pedí a Harry que me diera tu teléfono pero me dijo que era mejor decírtelo personalmente. Así que aquí estoy.

Antes de reaccionar y levantar la vista hasta los ojos de Max, maduré la posibilidad. Mañana era un buen día, no tenía que venir a trabajar, aunque lo reservaba ansiosa para visitar a Mike.

—No sé si podré —comencé a decir.

—¿Trabajas? —preguntó confuso—, tu hermano pensaba que no, pero si tienes que venir, cambiamos la fiesta de día y se acabó el problema.

Harry y Dylan estallaron en una escandalosa carcajada.

—No es eso, es que pensaba ir a ver a Mike, pero supongo que puedo



hacerlo antes de que empiece la fiesta.

—Seguro que encontrarás la manera, princesa.

¿Princesa? ¿De dónde había salido este tío?

—¿Me das tu número de teléfono? —sacó su móvil para anotarlo en contactos—. Mañana te paso a buscar a tu casa. A las seis. ¿Estarás lista?

—Mejor voy en mi coche.

Alzó su mirada y la dirigió al aparcamiento como si le hubiera ofendido en lo más profundo de su ser.

—¿En ese coche? ¿No prefieres que te lleve yo? —solo le faltó decir, en mi chulísimo mercedes clase E coupé. Podía ser muy insistente ese amiguito de Harry, pero aun así no se iba a salir con la suya. Él y yo solos en su coche... demasiado tentador.

—No, en serio, así puedo volver cuando quiera.

—Cuando tú quieras te puedo llevar de vuelta a casa —y dale que zurra.

—Así está bien, de verdad —intenté cambiar de tema—. Entonces mañana caen los treinta ¿no?

—Treinta y uno —rectificó—, treinta tengo hasta hoy.

Mierda, todavía más mayor de lo que yo pensaba.

Papá estaba sentado frente al televisor y mamá terminaba de cocinar la pasta favorita de Harry. Había preparado una salsa boloñesa para chuparse los dedos. Al lado había un bol con una gran ensalada.

—Hola cielo. Harry viene a cenar esta noche —comentó mi madre contenta por recuperar, aunque solo fuera durante unas horas, la presencia de su hijo.

—Lo sé, acabo de estar con él y me lo ha dicho.

—¿Ah, sí? —preguntó extrañada.

—Se ha pasado por Galilea con unos amigos. Han estado tomando algo.

—¿Con Liam?

—No, ha ido con Dylan y Max, ahora se codea con la nobleza —me reí.

—¡Qué raro está últimamente! ¿Verdad? —me preguntó esperando que se lo corroborara.

—A mí no me lo parece, además, estaba muy contento de venir. Le apetecía.

Harry entró en la cocina interrumpiendo la conversación. Besó a mi madre en la frente y a mí me dedicó un golpecito en el hombro.

—¡Harry, cielo, qué delgado estás! ¿No comes o qué?

—Pero si estoy hecho un pincelín. Mírame —se estiró alargando la cara sin percatarse de la irritación de mamá.

—Vas a ver lo que es comer de verdad, porque me parece que se te ha olvidado —le reprendió ella.

—¡Huele muy bien! —dijo Harry destapando la olla para oler su contenido.

—Está casi listo. Anda, ve a saludar a tu padre.

Nos sentamos los cuatro a la mesa. Hacía tiempo que no disfrutábamos de una velada en familia. A mamá se la veía encantada de reunirnos a todos. Estaba perdiendo cercanía con Harry e intentaba asimilarlo. Se hacía mayor a pasos agigantados. Ahora ya no le ponía al corriente de todo lo que sucedía en su día a día y eso le producía ansiedad. Hoy no escaparía a sus preguntas. Sonreí para mis adentros al pensar que yo sí me libraría de ellas. Al menos eso pensaba.

Harry trabaja en el departamento de marketing de *Walson*, el gran imperio americano del pequeño electrodoméstico, y le va bien, cobra un sueldo nada despreciable.

—¿Qué tal van las cosas en *Walson*, Harry? —preguntó papá, ansioso porque les contara los detalles que hacía tiempo que no escuchaban.

—No nos podemos quejar. Vamos a ampliar la línea de negocio con productos de climatización. Me han encargado desarrollar la nueva ficha técnica de los primeros modelos que se han fabricado y estoy hasta arriba. Tengo el trabajo asegurado al menos durante un año.

—Pinta bien. ¿Me pasas la ensalada? —dijo mi padre aparentando despreocupación—. Me han dicho que te ven mucho por el gimnasio con los Yakota —sonaba recriminatorio, pero no dijo más. La sutileza que empleaba conmigo también la solía utilizar con Harry.

—Sí, me paso muchas horas sentado en una silla y no puede ser, necesito dar unos cuantos puñetazos y prefiero hacerlo fuera de la oficina —Harry se rio al decirlo.

—Lógico —dijo esta vez mi madre sin mucho convencimiento.

Le preguntaron muchas cosas acerca de su trabajo, también querían saber cómo se las apañaba ahora que vivía solo. Harry parecía indiferente, pero mis padres, por mucho que intentaran ocultarlo, se estaban reprimiendo para no soltar uno de sus habituales sermones. Me enteraría

un día de estos de la razón por la que estaban tan suspicaces, y lo más probable era que no tendría que esforzarme ni siquiera en preguntarlo. Me lo revelaría mamá no tardando mucho.

Yo también anhelaba hablar con él, contarle un montón de cosas a mi hermanito del alma y seguro que él estaría encantado de escucharlas.

—¡Dejad ya de monopolizar a Harry! —dije tajante a mis padres, y dirigiéndome a él le pregunté—: ¿Te enseñé la presentación de mi proyecto? Ha sido esta mañana. Ya verás cómo mola.

Subimos a mi habitación y encendí el ordenador. Le encantó. Se lo expliqué mucho mejor de lo que lo había hecho por la mañana a la profesora y al resto de mis compañeros. ¿Pero qué podía hacer? No sabía luchar contra eso, era mi sino, esa asquerosa timidez, el pánico irrefrenable que se apodera de mí cuando hay espectadores me impide hablar con un mínimo de soltura. Con Harry había sido distinto, las palabras me salieron solas. Para la exposición en clase, debería haberlo ensayado una y mil veces antes de llegar allí, tendría que habérmelo aprendido de memoria, seguro que así hubiese estado mejor. Envidiaba esa faceta de la gente capaz de hablar en público con tanta facilidad. En nuestra clase hay varios expertos, argumentan sin vacilar la importancia de su mediocre trabajo tachándolo de milagroso, ¡qué talento han desarrollado! A menudo me pregunto cómo lo conseguirán, porque yo, por más que me esfuerzo, nunca logro alcanzar esa capacidad.

Deseché de mi cabeza los inoportunos pensamientos que me hacían sentir frustrada y opté por cotillear con Harry. Me aseguré de que mis padres no pudieran oírnos, temía que después quisieran interrogarle.

—¿Me vas a contar qué pasa con los Yakota? Se referían a Max ¿no?

Tragó saliva antes de responder.

—Sí, a Max y a su gente, les llaman así. No caen muy bien por aquí y no entiendo el porqué. Quizá sea por su aspecto de mafiosos, pero lo cierto es que conmigo se comportan como personas normales. Tienen un negocio familiar muy rentable y son buena gente.

—Me lo dijo, inmobiliario y de inversiones —le corroboré.

—Así es. Lo que yo creo es que les tienen envidia. Emigrantes italianos que salieron de su país en busca del sueño americano, trabajaron duro, triunfaron... y todo ese rollo. No encuentro otra explicación.

—Tonterías, no creo que sea por eso, seguro que hay algo más. Tienes

un ejemplo bien cerca, mamá es española y nadie la mira como a un bicho raro —le dije.

—No es lo mismo, no lo puedes comparar, papá es más americano que la estatua de la libertad.

—No te vayas por la tangente, hablaba de mamá no de papá. ¿Puede ser que se dediquen a otra cosa y esos negocios no sean más que una tapadera? —le pregunté casi en un susurro. Temía su reacción—. Por aquello de los códigos de honor, como la ley del silencio, y esas leyes oscuras que se inventan los delincuentes.

—Mira Cris, si fuera así, aunque no me lo hubieran dicho, creo que ya me habría enterado, en algún renuncio les habría pillado, y no ha sido así.

—No estés tan seguro, quizá solo quieran llevar una vida normal y a ti no puedan contarte sus ocultos secretos. ¿Dylan quién es? ¿Su amigo, su guardaespaldas, su hombre de confianza? Porque estarás conmigo que resulta extraño verle siempre pegado a su culo.

—Son amigos —y se quedó pensativo. ¿No se había percatado?

—¿Amigos? ¿Y le ordena cosas y todo eso? Fíjate bien, a lo mejor Max es su jefe —deduje.

De nuevo se quedó abstraído. ¿Habría recordado alguna situación así?

—Tú has visto muchas películas —dijo por fin.

—Sí, seguro que sí, de todas formas estate atento a partir de ahora, hermanito. Si la gente recela de esa familia tal vez sea por alguna razón. Aunque estoy de acuerdo con lo que dices, conmigo también ha sido muy amable.

—¿Amable? —preguntó burlón.

—Sí. Bueno, llámalo como quieras, pero se ha comportado como un caballero.

—Le gustas. Me lo ha dicho. ¿Y a ti?

Pensé en Mike. Desde que salí del hospital no había vuelto a reparar en él. Me sentí culpable otra vez. Él postrado en una cama de cuidados intensivos gracias a mi crisis existencial y yo pensando en divertirme.

—Es simpático pero no sé si me gusta, además, parece el típico conquistador y eso solo podría traerme disgustos.

—A ver, no te desvíes del tema, o te gusta o no te gusta —agregó Harry impaciente.

—Es demasiado arrogante, además, me intimida y, para colmo, es muy mayor —puntalicé intentando convencerme.

En el fondo me gustaba más de lo que admitía y, por desgracia, Harry me conocía mejor que yo misma.

—Venga ya, Cris, no me vengas con esas, por el amor de Dios, ¡pero si has aceptado ir a su fiesta!

—¡Harry! ¿Qué quieres decir? Voy a muchas fiestas y eso no quiere decir que me gusten todos los que las organizan —concluí.

—Anda, no niegues la evidencia —dijo mirándome fijamente.

Odiaba ese tipo de presión y, antes de lanzarme a tontear con un hombre como Max, debía saber qué podía esperar de él. Hasta no conocerle mejor, no le daría a Harry una afirmación así.

—¿Confías en él? —le pregunté.

—Parece buen tío, Cris, es indiscutible que va un poco estirado pero creo que es una pose y que en el fondo es honrado. Al menos eso me ha demostrado desde que le conozco.

—¿Cuánto hace que le conoces?

—Un año. Casi.

La conversación con mi hermano me tranquilizó. Si él tenía la convicción de que su pintoresco amigo era de fiar, no debía alarmarme. Mis padres no parecían igual de convencidos. Cuando Harry se marchó intentaron sonsacarme.

—¿Tú conoces a esos nuevos amigos suyos? —comenzó mamá impaciente.

—Les he visto un par de veces, sí.

—¿Y qué te parecen? Porque los rumores que circulan no son demasiado halagüeños.

—¿A qué te refieres? —quise saber.

—Dicen que su tren de vida no es normal.

De momento, lo único que había observado era que Max iba vestido impecable y conducía un buen coche. No eran suficientes razones para desconfiar de él.

—La gente es muy envidiosa, mamá, y cuando alguien se sale del perfil habitual enseguida se le empieza a criticar.

## CUMPLEAÑOS DE MAX

—Todo saldrá bien Harper, ya lo verás —le estaba diciendo a la señora Smith cuando su marido entró a reunirse con ella—. Hola señor Smith.

—Buenas tardes Cristina. Qué buen aspecto tienes, te sienta muy bien ese vestido —me dijo Natham Smith sonriendo levemente.

Me había puesto un arriesgado vestido estampado para asistir al cumpleaños de Max. En aquel lugar y en ese preciso momento, no me parecía oportuno explicarles que, cuando saliera de allí, iría directamente a una celebración, así que me miré sorprendida como si esa ropa hubiera aterrizado en mí por casualidad. ¿Conocerían ellos a los Yakota? Seguro que no, su hijo me lo hubiera comentado.

—Oh, hacía calor y...—conseguí decir—. Gracias.

—Cuando acabe todo esto, a mi mujer y a mí nos gustaría que vinieras un día a comer a casa. Te lo debemos —continuó diciendo Natham.

—Acepto —dije sonrojándome—, será un placer.

La habitación era suficientemente grande pero se me hacía pequeña cuando no estábamos Mike y yo solos. Esta vez me tendría que conformar con estar, simplemente con estar allí. Parecía una locura, pero hablar con él me reconfortaba el alma, me hacía sentir mejor.

—Le habéis afeitado —musité.

—Vaya, te has dado cuenta. Eres muy observadora —señaló Harper irónica—. Tenía un aspecto horrible.

Horrible no me parecía a mí, nunca, ni siquiera en esas condiciones podía sacarle defectos.

—Así está mejor —dije para no contradecirles.

Aunque en esta ocasión me encontraba acompañada, me perdí en mis pensamientos y volví a abstraerme con los recuerdos de Mike. Tenía la inmensa suerte de que él formaba ya una parte esencial de mi vida. Era mi ángel, mi amigo, mi amor; veía cada vez más claro que era mi otra mitad. Cielos, me preguntaba cuándo podríamos hablar a solas. ¡Necesitaba explicarle tantas cosas! Él siempre encontraba las palabras adecuadas, al contrario que yo, que cada vez me sentía más inepta en cuestiones

afectivas. El otro día intenté hablarle, lo intenté pero no pude, me fue imposible articular una sola palabra. ¿Cómo decirle que el miedo no me dejaba expresar mis sentimientos? ¿Cómo preguntarle si era un error enamorarme de mi mejor amigo? No podía, quise hacerlo pero no sabía cómo. Me juré que cuando despertase lo haría sin retrasarlo un minuto, se lo debía. Al mismo tiempo, deseaba con todas mis fuerzas tener la oportunidad de poderme disculpar. En mi interior se agolpaban todas esas cuestiones, pero intenté concentrarme en alguno de los momentos divertidos que habíamos disfrutado juntos para paliar la ansiedad. Sería reconfortante, además, guardaba la absurda esperanza de que en su estado, pudiera desarrollar alguna capacidad telepática para comunicarse conmigo, por eso me esforcé por traer a la memoria aquella alegre salida en la que disfrutamos de la amplia y original fauna que había en el zoológico de nuestra ciudad.

Cuando despertase repetiríamos aquella tarde con Mel y su hermana pequeña. ¡Espero que no lo haya olvidado! De pronto deseaba revivirlo todo excepto el empujón al lago, ¿o igual sí? ¡Cuánto lo sentí entonces! Volvió empapado a su casa pero ¿qué otra cosa podía hacer? Estaba muy cerca del agua, ese verano hacía un calor sofocante y, no sé, analizándolo concienzudamente me hubiera bañado con él, pero... no, al final decidí que no, mejor que se mojara él solito, ¡por Dios, lo estaba pidiendo a gritos! No me pude resistir. Le empujé cuando se despistó. Cayó de lado y se caló hasta los huesos. Recordé su mirada salvaje haciéndose el enfadado. Por un momento pensé que haría lo mismo conmigo pero se contuvo. Cuando me alcanzó, el lago quedaba ya lejos, bueno, en realidad no tanto, porque en unos cuantos pasos hubiera llegado hasta él pero se apiadó de mí. No supo cuánto se lo agradecí, pero ahora pensándolo bien creo que no lo hizo por mí, ¡lo hizo por él! ¿Qué hubiera pensado mi padre cuando me dejara en la puerta de mi casa? ¿Qué excusa hubiera tenido que darle? «Buenas noches señor Norton, aquí le dejo a su hija, verá, se ha tropezado en el lago y al ir a recogerla me he caído yo también», ni por asomo hubiera colado.

A pesar del accidentado baño resultó un día perfecto. Todavía conservo la única foto que hicimos aquella tarde. Lo cierto es que nos la hizo Mel. Refleja fielmente el imborrable momento. Los dos estamos sentados en aquel banco, dando la espalda al mundo y observando la puesta de sol. Su brazo envuelve mi espalda sin ni siquiera rozarme. A lo lejos, asoma una

hermosa jirafa, alta y majestuosa, fusionándose con la línea que se ve en el horizonte. Parece una foto de anuncio, es una instantánea preciosa. De vez en cuando la miro recuperando aquel día inolvidable.

Me hubiese encantado recordarlo juntos, haberlo comentado en alto, pero en ese lugar funesto y en presencia de sus padres, seguro que mis palabras hubieran sonado extrañas, así que preferí guardármelas de momento para mí. Cuando Mike recuperara sus cinco sentidos y su vida volviera a la anhelada normalidad, mencionaría ese día para reír los dos juntos.

Para Harper y Natham yo debía ser una compañía nefasta, la más aburrida que podían tener ahí dentro, pero ¿qué podía hacer si no se me ocurría nada? Aunque viendo sus caras creo que ellos también preferían estar en silencio.

Me despedí de los dos y salí del *Sharp* más apática que nunca, no me apetecía nada asistir al cumpleaños de Max, pero había confirmado la asistencia y me parecía desconsiderado no aparecer por allí. Introduje en el GPS la dirección que me había dado. Camino de Artemisa, s/n, 3702 San Diego CA. Era una buena zona. Su casa se encontraba en uno de los barrios más nobles de la ciudad. Por supuesto sus contactos en el negocio inmobiliario le habrían permitido encontrar alguna ganga.

De manera tan inoportuna como de costumbre, las palabras de mi padre retumbaban en mi cabeza como si él tuviera el don de grabármelas a fuego en ella. «Los Yakota», había dicho. ¿Quiénes eran los Yakota? Seguramente hoy conocería a algún miembro de su familia. ¿Tendrían el mismo aspecto que él? Pronto iba a salir de dudas.

Según me acercaba a la casa un nudo en el estómago se apoderaba de mí. Antes de llegar allí, el GPS había entrado en zona muerta; «reconduciendo» indicaba la pantalla.

Una larga avenida, sin salida y custodiada por una fila de erguidos cipreses, llevaba directamente a la entrada de la casa. A lo lejos se apreciaba una regia puerta de hierro. Me recordó a la imponente entrada que había visto en el palacio de Buckingham cuando estuve de visita en Londres. Igual que entonces, pensé que el interior sería majestuoso. Fuera no había aparcado ningún coche y supuse que tendría que meterme hasta dentro conduciendo mi cutre tartana.

Llegué justo a los límites de la puerta y paré haciendo chirriar los



frenos. Se encontraba cerrada a cal y canto y no había telefonillo. Sopesé qué hacer. Llamar a Max para que saliera a abrirme me parecía ridículo, así que lo descarté, pero en la puerta no se veía movimiento y comencé a impacientarme. Me incliné sobre el volante. Una cámara situada a cada lado de la entrada enfocaba directamente hacia mí. ¡Ah! Era por eso, mi coche. Indignada saqué la lengua. Seguro que alguien estaría al otro lado, observando, decidiendo si dejarme entrar.

Por fin la puerta se abrió. Entré despacio en esa especie de bunker examinándolo todo a mi alrededor. Al fondo, a uno de los lados del extenso jardín, se apreciaba una interminable fila de coches perfectamente alineados. Los recorrí atontada: Audi, Hummer, Mercedes, BMW, otro Mercedes, Audi, Chevrolet, ¡vaya, menos mal, estaba Harry! Porsche, Ferrari... y el mío, Ford Taurus del 98. Perfecto, había llegado sin perderme. Era fácil advertir mi presencia, el aspecto de mi coche y su ruido ensordecedor se encargaban por sí solos de anunciar mi llegada. Me sentí tentada de dar un golpecito al Ferrari que estaba aparcado justo delante del mío, pero no lo hice, porque excepto a mí, a nadie más le hubiese resultado gracioso, pero sí me reí por dentro al imaginar la escena.

Cuando me disponía a bajar del coche, mi puerta ya se había abierto.

—¡Pero a quién tenemos aquí! ¡A la mismísima Cristina Norton! —su voz se veló durante unos instantes antes de continuar—. Creí que ya no venías.

—Te dije que vendría —miré el reloj. Eran casi las ocho. Me había dicho que llegara sobre las siete, claro.

—Solo faltabas tú. Ven.

Alcé la vista para tantear de lejos.

Max me estrechó la cintura y me acercó al lugar donde se concentraban la mayor parte de los invitados. Pude distinguir a Harry en el centro de la multitud hablando con Dylan y Liam, también les acompañaban varios cachas de gimnasio. Estaban bien aprovisionados, en una mano sostenían la copa mientras que en la otra sujetaban un apetitoso emparedado.

—Tienes una casa preciosa, Max —le comenté sin apartar los ojos de todo lo que nos rodeaba.

—¿De verdad te gusta? —preguntó ilusionado.

—Me encanta —no le dije que parecía una fortaleza o el escondite de

alguien que quiere huir de la pasma y pasar inadvertido. Era la primera vez que conocía a una persona que con tan solo treinta años (a partir de hoy treinta y uno) fuera propietario de una mansión como esa. Pensándolo bien, no conocía a nadie con una mansión así.

—Encontré un chollo —dijo con gesto altivo.

—Sí, todo indica que te la han dejado a precio de saldo —comenté para seguirle la broma.

Mientras Harry, sus amigos y yo, tomábamos algo distendidamente, Max se acercó a saludar al resto de sus invitados. No conocía a ninguno de ellos. Todos, o al menos la mayoría, se parecían a él. En realidad era normal, buena parte de su familia habría acudido al convite.

Dylan se acercó a saludar a un grupo que estaba cerca. Los Taccoli, creo recordar que dijo. Me alegró que mi hermano y Liam se sintieran desplazados en esa finca, de lo contrario, tendría de qué preocuparme.

—¿Conocéis a alguien aquí? —les pregunté.

—A nadie. Bueno sí —y señalando en dirección a donde se encontraba Max, dijo Harry—: aquellos tres van de vez en cuando al *Totem Gym* —menos mal que era el único nexo de unión.

Ahora Max hablaba alegremente con una mujer mayor. Nos miraban mientras comentaban algo. Sí que era elegante aquella señora de cabello blanco. Parecía muy alta para su edad, llevaba un elegante y vaporoso vestido de color vainilla a juego con una chaqueta que parecía Chanel. Se acercaron sonrientes. Tenía curiosidad por saber quién era aquella mujer. Max se paró cuando llegó a nuestra altura.

—Os presento a mi madre —dijo orgulloso.

Harry le estrechó la mano y Liam hizo lo propio.

—Mamá, esta es Cristina. Cris, mi madre Gabriella —la elegante mujer me extendió con finura sus bien cuidadas manos para estrechar calurosamente las mías. Llamaba la atención un escandaloso pedrusco que llevaba en su dedo anular.

—Bienvenida princesa —dijo con una sincera sonrisa.

¡Oh! Princesa. Era herencia familiar. Una costumbre que Max había adquirido de una madre con modales exquisitos.

—Gracias.

—¿Lo estáis pasando bien? —preguntó feliz.

—Fenomenal —le dije yo.

—Eso espero, porque Maximilian me ha dado mucho la lata. Quería una bonita fiesta en su casa pero sin ocuparse de nada. ¿Qué te parece Cristina? A ver si se casa de una vez y puedo pasar el testigo —¿era una indirecta o un simple deseo?—. Encantada querida, pasadlo bien. Disfrutad de la fiesta porque le he jurado a mi hijo que es la última que organizo para él.

Max se rio entre dientes.

Aquella elegante mujer se perdió entre la multitud. El ambiente destilaba mafia por los cuatro costados. Mucho fumador de puros, toneladas de gomina, demasiados blazer impecables, ¡cuánta gente con corbata! Cualquiera podría pensar que todos aquellos hombres se encontraban trabajando. ¿Dónde nos habíamos metido? Harry miraba divertido la escena a su alrededor.

—¿Te lo estás pasando bien? —me preguntó.

—Sí. Es... estremecedor —conseguí decir.

—¿Qué quieres decir? —dijo fingidamente extrañado.

—¿No lo ves? Parece que nos hemos colado en la hacienda de Al Capone.

—Tu imaginación es abrumadora hermanita, no lo flipes tanto, ¿a ti qué te pasa? ¿Quieres poner pegas y no sabes cómo? Pues lo consigues ¿sabes?

—Harry, esto, más que una stampa familiar, parece la reunión de un grupo organizado. Una sociedad secreta con sus jerarquías. Mira aquellos de allí —dije señalando al otro lado del jardín—, parece que estén tramando algo.

—Sí, es verdad. Parece que maquinan su siguiente golpe —dijo Liam riéndose—, y miran alrededor asegurándose de que nadie les escucha.

Un grupo de cinco hombres conversaba en círculo con cara de pocos amigos. Todos vestían trajes caros y bonitas corbatas. Dos de ellos completaban su atuendo con un pañuelo en el bolsillo. A lo Frank Sinatra. Por su aspecto deduje que se trataba de los altos cargos del secreto clan. A su alrededor no se concentraba nadie, como si desprendieran un círculo de defensa invisible en el que nadie osaba entrar.

—¿Habéis visto a esos que han pasado a su lado? —les pregunté, dejando volar mi imaginación.

—Sí, ¿qué les pasa? —preguntó Harry.

—¡Han bajado la cabeza! Como un gesto de respeto —contestó Liam cada vez más convencido.

—¿Tú también, Liam? —dijo mi hermano—. ¿Te estás dejando llevar por la fantasía de Cris?

—En serio Harry, Cris tiene razón, lo he visto. Es como si...

—¡¿Como qué?! —le increpó Harry impaciente.

—Como si estuvieran sometidos. Son los jefes. ¿No ves que son mayores que el resto? —aclaró Liam.

Parecía que allí se concentraba una alta dosis de poder con todas sus letras implícitas.

—Mirad chicos, Max se dirige hacia ellos, ¡no ha agachado la cabeza! ¡Ha entrado en el círculo! Qué fuerte. Es uno más, ¡es uno de los jefes! —Dijo Liam excitado. Los dos le miramos absortos, Harry empezaba a relajarse y se lo tomaba a broma. Para mí no era ningún juego, podía ser peligroso mezclarse con gente así. ¿Y si eran los integrantes de una organización del crimen organizado? «Ida de olla, ida de olla, ida de olla», me repetí varias veces para volver a la realidad.

—¡Claro Liam! ¿Cómo no se me había ocurrido antes? ¡Son delincuentes! ¿Y no te has preguntado también por qué estamos invitados nosotros? ¡¿Unos intrusos como nosotros?! ¡Contesta a eso, espabilado! —preguntó Harry.

—¡Pues está muy claro! ¿No lo ves? ¡Por Cristina! ¿Estás ciego o qué te pasa? Se la quiere ligar —me miró, y después dijo—: Perdona Cris, es que es tan evidente... le gustas y sabía que no vendrías si te invitaba a ti sola.

Harry se lo quedó mirando fijamente. Parecía que las piezas comenzaban a encajarle. Tal vez a mí también, pero cuando estás en un ambiente diferente al tuyo te sientes amenazado ante lo desconocido. Eso debía ser. ¡Cómo podíamos ser tan estúpidos! En general, todos los italianos solían tener ese aspecto. Reparé en la imagen que siempre me había hecho de ellos: atractivos, presumidos, apasionados, ¿gánsteres? No, esto último no solía relacionarlo con todos los italianos. ¿Ricos? Tampoco. Los pocos que conocía tenían modestos restaurantes y alguna que otra heladería. Vivían desahogados pero era gente muy normal. El nivel que exhibía el entorno de Max nada tenía que ver con la imagen campechana que tenía en la cabeza. ¿Pero qué narices estaba pensando? Max me lo había dicho con absoluta claridad, negocios inmobiliarios e

inversiones. ¿En qué invertiría? ¿Sería el crimen organizado un negocio tan rentable? Empezaba a delirar.

—¿Qué piensas Cris? —preguntó Liam sacándome de mi ensoñación.

—Pensaba cómo habrá conseguido Max un palacete tan impresionante. Cuando le he comentado lo bonito que era me ha dicho que encontró una ganga.

—Sí, ya, un buen golpe —puntualizó.

Observé al fondo cómo unos niños, ignorando lo que les deparaba el futuro, jugaban a la pelota. Un grupo de emperifolladas «princesas» se encontraba no muy lejos de ellos. Justo en el lado contrario, Max terminaba de debatir lo que parecía una interesante conversación con los cinco miembros del enigmático círculo. Hablaban de igual a igual. ¿Tendría Liam razón? ¿Pertenería Max a la élite de un grupo de peligrosos delincuentes? Me excitó, de repente parecía divertido. Extremadamente peligroso. Podría ser fascinante formar parte de una aventura así. Discutí con esa parte de mí que me apartaba de la lógica y del sentido común. En mis sueños podría ocurrir, por supuesto, pero en mi realidad no. Si me acercaba demasiado y descubría que Max pertenecía al oscuro submundo de las extorsiones, el narcotráfico y quizás también al de los asesinatos. ¿Podría luego salir corriendo? Probablemente no. A los integrantes de grupos como ese no les está permitido poner en peligro a su organización.

Los seis componentes del círculo se volvieron a mirar hacia nosotros. Max se despidió de ellos y se encaminó en dirección a donde nos encontrábamos. En los últimos minutos había ganado un aura amenazante imposible de ignorar. Cuando llegó quiso saber si lo estábamos pasando bien, y acto seguido me invitó a apartarme con él. Yo miré a Liam, que asintió con la cabeza como diciendo «lo ves, te lo dije», y luego mirando a Harry les pregunté:

—¿Os importa?

—Si no tardas mucho te dejamos ir —dijo Harry.

Max le sonrió sin alzar un ápice la comisura de sus labios en un claro gesto de desaprobación. No parecía acostumbrado a que le entorpecieran el paso. Puso su mano sobre mi cintura y me incitó a caminar. Ya había hecho eso antes, en el club de los aztecas si no recordaba mal. Demasiado autoritario. «Esto quiero, esto tengo», parecía estar diciéndonos.

En contra de lo que pensaba, me llevó hasta una mesa larga llena de buenísima comida.

—No querrás caerle mal a mi madre el primer día ¿verdad? —dijo sonriendo.

—¡Dios me libre, Max! Nada me gustaría menos que disgustar a una señora tan educada.

—Eso me imaginaba. ¿Qué te apetece comer? —preguntó relajado.

—Harry me ha traído algo. Ahora no tengo hambre, pero a ver qué hay por aquí... cogeré un par de estos pinchos. Tienen buena pinta, ¿qué son?

—Crostini con olivada. ¿Te gustan las aceitunas?

—¡Me encantan! En mi casa no faltan nunca, mi madre es adicta.

—Pues entonces te gustará.

Ya había puesto dos palillos sobre mi plato. Lo sujetaba con ambas manos mientras decidía qué más cosas elegir cuando Max cogió uno de ellos y, sin mediar palabra, me lo metió suavemente en la boca. Esta vez sí sonrió triunfante.

—¿Te gusta? —preguntó en un susurro.

—¡Sí, está buenísimo!

Se acercó hasta hacerme cosquillas por el roce de su nariz contra mi pelo y dijo:

—Pues así te parecerá todo si te quedas a mi lado.

Solté una mano del plato y le di un pequeño golpe.

—¡Max! —le dije turbada—. Anda, ¿qué dices? No seas tonto.

Desde la primera vez que le vi desprendía un halo petulante que era visible desde el lugar más remoto del planeta, y en un día tan señalado como hoy, se le veía más endiosado que nunca. Era inquietante, yo siempre huyendo de personajes así, y precisamente me estaba dejando seducir por el más vanidoso de todos.

Siguió paseándose a través de la larga mesa exquisitamente engalanada para la ocasión. Con aire distraído, de nuevo volvió a preguntarme:

—Pasado mañana celebramos una carrera de coches. ¿Te gustaría venir conmigo?

—¿Pero eso no es cosa de chicos? —pregunté extrañada.

—Los que conducimos sí, pero en el asiento del copiloto se sientan las chicas guapas ¿no lo sabías? Solo chicas. Si tienes suerte como yo, irás

bien acompañado, si no, el asiento va vacío. Es nuestra norma.

—Me da miedo la velocidad si no conduzco yo.

—¿Con tu coche? Estarás de broma ¿no?

—Es verdad. Con mi coche o con el que sea. Además, como copiloto soy nefasta así que a lo mejor fastidio más que servir de compañía.

No me apetecía nada ir a una carrera de coches. ¿A alguien le pueden gustar? Pero Max podía ser muy insistente.

—Si eso es lo que te pasa no correré mucho. Te prometo que llegaremos los últimos, pero por favor, vente conmigo.

Se me ablandó el corazón. No podía estar diciéndome algo así. No pude resistirme.

—De acuerdo, iré, pero solo con esa condición.

—Hecho —sonaba satisfecho.

—¿Dónde es la carrera? ¿En algún circuito? —pregunté ignorante.

—Nada de circuitos. Realidad pura y dura.

—No te entiendo —esperé una respuesta concreta pero no llegó.

—Es igual, ya lo verás. Será emocionante.

Bueno, supuse que lo pasaríamos bien, el cuerpo me pedía acción y era justo lo que parecía que iba a tener. Max continuó.

—Mañana estaré ocupado y no podré verte hasta dentro de dos días, justo para la carrera. Será por la noche, así que si quieres cenamos primero y luego vamos al punto de salida. ¿Te parece bien?

¿Una carrera de noche? ¿Sería ilegal? Demasiadas emociones para un día como aquel. Max leyó el temor en mi indescriptible cara y se apresuró a concretar nuestra cita.

—Demasiado tarde para arrepentirse muñeca.

Nunca es tarde para nada de lo que uno quiera echarse atrás, pero en este caso ya había aceptado y, de momento, no pensaba cambiar de idea. Quise averiguar una cosa más, si la carrera era legal o no, pero en contra de lo que estaba pensando mi pregunta fue distinta. Suponía que su juguete sería el magnífico coche que le había visto conducir antes.

—Entonces, ¿irás con tu Mercedes o prefieres que vayamos en el mío?

Max se rio. Yo miré a mi alrededor. ¿Había dicho algo gracioso?

—No —contestó secamente—, iremos en el coche de las grandes ocasiones.

—Vale. No hay más preguntas.

—¿Te enseñó la casa? —preguntó cambiando de tema.

Después de ver el jardín exterior, era predecible imaginar cómo sería ese palacete por dentro. No me equivocaba, la casa me pareció elegante y recargada. Demasiado sofisticada para haberla decorado un hombre de su edad. Los toques, de una madurez femenina muy particular, los atribuí a una mujer del estilo de su madre.

Me enseñó varias estancias, entre ellas la espectacular cocina tamaño industrial decorada en blanco roto; también hicimos la *tournee* por los retratos de familia que encontramos en el recorrido. Max se encontraba en su ambiente, yo empezaba a conocerle, cuando se sentía el ombligo del mundo mostraba esa mirada perversa.

Estábamos solos en el salón principal, y Dylan, teléfono en mano, nos interrumpió.

—Llaman desde Filadelfia, es urgente —dijo alterado.

Max le pulverizó con la mirada. Tenía la boca cerrada, le escrutó fijamente durante breves instantes y movió ligeramente el labio superior en un claro gesto de asco.

—Que llamen más tarde. Estoy ocupado —contestó con desdén.



## REVISIÓN DE E-MAILS

Me parecía que la fiesta de Mike pertenecía a un pasado muy lejano. Había perdido la noción del tiempo. Según transcurrían los días, una niebla cada vez más espesa me impedía recordar con claridad lo que ocurrió aquella noche. Estaba segura de que en el fondo, mi ya de por sí defectuosa memoria rehuía los recuerdos para no sentir la culpa. Odiaba la sola idea de poder perder a Mike. Mis esfuerzos por mantenerme ocupada dominaban todas las horas del día. Pero aun así, no conseguía quitármelo de la cabeza.

Las noches eran especialmente espantosas. Los sueños desagradables y las despiadadas pesadillas se sucedían una tras otra cuando se ponía el sol. Durante el tiempo que pasaba en Galilea, intentaba agotar mi energía para contrarrestar la insoportable sensación de angustia, pero mi esfuerzo era en vano. ¿Y si no se despertaba? ¿Si no consiguiera sobrevivir? Egoístamente prefería que estuviera conectado eternamente antes que verme llevando flores a su tumba. Tal vez con el tiempo el dolor se volviera soportable. Quizá entonces podría mirar atrás y evocar los mejores cuatro años de mi vida. Pero aún no estaba lista, el dolor todavía resultaba inaguantable.

Permanecía tumbada en la cama con pocas ganas de enfrentarme de nuevo a otro día. La luz se filtraba en la habitación traspasando las rejillas de la persiana, informándome, incitándome a ponerme en pie. Dicen que por la mañana desaparecen los miedos nocturnos, ¡por todos los santos! ¿Cuándo piensa amanecer? Cerré los ojos. Limpié las lágrimas que recorrían mis blanquecinas mejillas y apreté muy fuerte los músculos de mi cara para contenerlas. Por nada del mundo quería que mi madre me viera llorar. En un rato nos encontraríamos en la cocina cuando ella estuviera aún terminando de desayunar. En un esfuerzo sobrehumano conseguí sacar los pies de la cama y me incorporé para ir a lavarme la cara; no podía notar mi desazón.

Se escuchaba cacharreo en la planta de abajo. Los ruidos sin duda procedían de la cocina. Antes de bajar me aseguré ante el espejo de que no quedase en mis ojos rastro de haber llorado. Todo normal.

—Buenos días mamá —saludé sin mirarla a la cara. Quería evitar su asombrosa capacidad de leerme el pensamiento. Sabía que en cuanto la mirase, estaba todo perdido.

—Buenos días, hija. ¿Cómo estás?

—Desfallecida. Me muero de hambre —abrí la nevera en un claro gesto de esconder mi rostro y busqué durante un rato—, a ver qué puedo comer...

—Me marchó cielo, he quedado con una clienta. Estaré fuera toda la mañana, luego nos vemos.

Puf, qué alivio. No me había interrogado. ¿Lo dejaría para la noche o no tendría preguntas para formularme hoy?

—Que tengas un buen día mamá —le deseé.

—Lo mismo te digo hija.

Después de abandonar su trabajo en *Macy's*, mi madre se dedicaba al absorbente mundo de la moda, algo que le apasionaba desde que era niña y a lo que había renunciado por no encontrar un empleo en el que se encontrase cómoda. Por fin se había convertido en una experta *personal shopper* y trabajaba por su cuenta, cosa que según ella, significaba un alivio. Tenía suficiente trabajo como para sacar un sueldo decente y más tiempo libre para dedicarlo a la familia. Todo eran ventajas.

Todavía era temprano. Hasta las diez no empezaba mi única clase del día y, si me daba prisa, tendría tiempo de hacer una rápida visita a Mike. Tras considerarlo durante un segundo decidí salir escopetada de allí. Necesitaba verle, hablarle, tocarle aunque solo fuera durante un instante. Conduje hasta el hospital imaginando la conversación. En mi cabeza él se encontraba despierto. Me miraba sonriente por la agradable visita. Lo hará, sé que lo hará muy pronto. Recordará este accidente como una horrible pesadilla.

Entré cautelosa dentro de la habitación. Fantástico, estábamos solos los dos. El señor y la señora Smith no tardarían en aparecer, pero por ahora contaba con un rato para mí.

Otra vez le estaba creciendo la barba y parecía más delgado. Había envejecido varios años desde la última vez que le había visto, aunque quizá solo fuera por esa barba, y seguro que en cuanto desapareciera, volvería a tener el mismo aspecto de siempre. Sobre una de las baldas de la mesilla que había junto a la cama se encontraba un pequeño barreño y

los utensilios que Harper utilizaba para afeitarse a su hijo. Hoy podía hacerlo yo, pero debía poner especial cuidado para no rozar el tubo colocado para la respiración mecánica. Lo dudé; se suponía que un acto así resultaba demasiado personal, ¿pero qué narices! ¿Acaso no teníamos confianza? Por supuesto que la había, para eso y para mucho más. Vacilé de nuevo, no sabía lo que podría pensar su madre, temía que no le pareciera bien. ¿Qué debería decirle en caso de que preguntara? En fin, ya encontraría la manera de inventarme algo cuando mi cara se pusiera del color de las frambuesas.

La máquina continuaba igual. Me estaba acostumbrando al acompasado y placentero ritmo de los sonidos de su corazón.

—Hola Mike, ya estoy aquí. Me has echado de menos ¿verdad? Yo a ti también, pero no te alteres que no ha sido para tanto. ¡Oh, Mike, Mike, Mike! Nunca has descuidado tu barba y parece que te está creciendo. Es tan oscura y poblada que a lo mejor debemos ponerle remedio. ¿Quieres que lo haga? ¿Sí? Pues lo voy a hacer. A tu madre le gusta verte afeitado ¿pero sabes una cosa? No te queda mal. Te da madurez. Te hace mayor —me alejé un poco para observarle—, estás muy interesante.

Me acerqué a poner agua en el pequeño barreño y cogí una pastilla de jabón que había sobre el lavabo.

—Mike, no te asustes. Voy a mojarte la cara con mucho cuidado. No te alteres por favor. Ya verás, te gustará.

Mojé suavemente su rostro y lo llené de jabón. Con toda la delicadeza que fui capaz, rasuré todos los rincones en los que había crecido la barba. Descubrí algunos lunares que hasta entonces había pasado por alto. Observé sus facciones ovaladas, le conferían un porte elegante. La proporción perfecta de sus labios resultaba demasiado seductora. Sequé sus mejillas con suavidad dando pequeños toques para retirarles toda la humedad. Me encontraba demasiado cerca, invadiendo lo más profundo de su intimidad. No me sentía mal por haberle dejado tan pulcro pero sí por mirarle de aquel modo.

—Ya está. Listo para recibir visitas —le dije en un susurro.

El sonido de la máquina empezaba a acelerarse. ¡No! ¿Por qué ahora? Si todo había ido bien ¿qué había pasado? Claramente estaba excitado. Recogí rápidamente los bártulos y me puse en pie de un salto.

—Estoy aquí Mike, cálmate. Por favor, hazlo por mí.

Le agarré suavemente la muñeca y el sonido de la máquina volvió a la normalidad. ¿Era posible que me hubiese oído? Le miré fijamente a los ojos esperando una señal y vi cómo se le derramaba una pequeña lágrima, partía del vértice de uno de sus ojos y se deslizaba recorriendo la sien hasta perderse en el oscuro cabello.

Coloqué de nuevo los utensilios en su sitio y pulsé el timbre que había sobre el cabecero. En un segundo la enfermera se presentó allí. La había alarmado, su cara de susto también me sobresaltó a mí.

—¿Qué ocurre? —dijo en tono recriminatorio.

Tardé en contestar. Pensé que era mejor que lo viera con sus propios ojos. Mirando a Mike, le señalé sin articular palabra.

—¿Va todo bien? —volvió a preguntar, esta vez en un tono más severo.

—Estaba llorando, lo he visto. También la máquina ha empezado a sonar más.

La enfermera se acercó, revisó la incomprensible pantalla y las líneas de su rostro se relajaron por fin.

—Sus constantes son correctas. A veces, a personas que se encuentran en este estado se les ve derramar alguna lágrima. Pero no se apure, es algo normal.

—¿Y lo de la máquina? ¿Por qué se ha acelerado? —pregunté esperando una respuesta que me convenciera más.

—No le puedo decir señorita, en cualquier caso, el doctor Walter pasará a ver a Mike a lo largo de la mañana. Él mejor que yo podrá darle alguna explicación.

En ese momento el señor Smith entró en la habitación. Un rato antes hubiera estorbado, pero en ese momento me alegré mucho de verle. Se puso a hablar con la enfermera y recibió la misma explicación que yo. No se asustó.

—Buenos días Natham —le dije.

—Hola Cristina. Has madrugado para ver a Mike.

Era obvio. Después de lo que había presenciado el comentario del señor Smith me pasó desapercibido. A pesar de la tragedia, el hombre sonreía con satisfacción.

—¿Y la señora Smith...? Harper, ¿vendrá?

—Más tarde, ahora tenía que solucionar un asunto de trabajo. Como no

sabemos cuánto durará esta situación, creo que lo mejor es organizarnos para no descuidar el negocio. Hoy prefería que fuera ella la que se hiciera cargo. Está tan angustiada... apenas ha dormido desde que regresamos de Europa, así que, en la medida de lo posible, intento que esté ocupada, pero por más que me esfuerzo no consigo distraerla.

Sabía de qué me hablaba. Aunque yo no era su madre, mis sentimientos hacia Mike eran del todo profundos.

—Puedo imaginármelo. Comprendo lo difícil que puede llegar a ser encajar un revés de este calibre.

—No creo que puedas, Cristina. No te imaginas lo que se puede sentir hacia un hijo. Es diferente a todo.

Pobres padres. Intenté asimilar la información del brutal golpe emocional que habían recibido. En ese instante sentí un intenso dolor en el centro de mi pecho. No, Mike no estaba muerto, pero la sola idea de articular la maldita palabra me impedía pronunciarla. Coma. Un estado con demasiadas incógnitas. En el mejor de los casos Natham y Harper debían estar preparados para lo peor, pero ¿qué significaba eso? Podía ocurrir cualquier cosa. Pensar en las múltiples posibilidades hizo que casi perdiera el sentido. Muerte, estado vegetativo, pérdida de... ¡de tantas cosas! Podía afectarle al habla, a la vista, a todos los desconocidos sistemas que recorrían su cuerpo. Detestaba hablar de aquello con Natham. Mike no iba a morir, lo sabía, pero ahora el señor Smith necesitaba una palabra de aliento. Algo que le ayudase a seguir hacia delante.

—Se va a recuperar —le dije. A pesar de la simpleza de mis reiterativas palabras, me sentí reconfortada. Siempre he pensado que decir algo así en alto ayuda a hacerlo realidad.

—Dios quiera que sea así, Cristina. Le queda todo por hacer. Todavía es un niño. Es nuestro niño —la imagen de Natham Smith contraído por la pena me mortificó.

Estaba deshecha, dejé a Mike con Natham y me dirigí a clase de gestión de obra. La asignatura me había gustado hasta entonces, pero en ese momento se presentaba como la distracción más soporífera que podía tener. Al llegar al campus me encontré con Mel. Entramos juntas a clase y nos sentamos en nuestro sitio habitual: la última fila del aula. Tomé apuntes durante toda la hora, que se prolongó lo indecible, y por fin sonó la campana.

—Cris, estás demasiado callada, ¿hacemos algo luego? Los chicos quieren ir a la playa a surfear. ¿Te apetece que nosotras nos tumbemos a tomar el sol?

—No, no me apetece mucho. Me voy a casa, además, luego tengo que ir a Galilea —tenía la excusa perfecta.

—Deberías distraerte un poco. No solucionas nada encerrándote en casa.

—No lo hago —dije poco convencida.

—Sí lo haces Cris, estás recluyéndote en tu mundo. Por otra parte, es lo que haces siempre que tienes algún problema —me aseguró.

¿Eso pensaba Mel? ¿Que me aislaba? Nunca me había parado a pensarlo, pero quizás llevara razón.

—Pues entonces ¿qué propones? —dije intentando esforzarme.

—Sol y playita. Hace un día fantástico y deberíamos aprovecharlo. Becky vendrá también. Britney no puede porque tiene entrenamiento y Fred y Fernando se piensan llevar la tabla para hacer surf.

—¿Con lo patosos que son en el agua? —me empezaba a parecer gracioso.

—Sí, venga anímate, vamos a reírnos un rato. Puede ser divertido ver cómo intentan salir a la superficie.

Por eso me aislaba. Era fácil de entender. No sería capaz de echarme unas risas sin que fuera Mike el que no consiguiera sacar la cabeza del agua, pero tal vez Mel estuviera en lo cierto y fuera mejor hacer un pequeño esfuerzo.

—De acuerdo Mel, iré después, antes quiero ir a casa a repasar unos apuntes. Nos vemos donde siempre.

—Hasta luego Cris —dijo satisfecha por haberme convencido.

Me fui a casa a pelearme con mi programa de diseño favorito, pero antes pasé por la pastelería a comprar bombones de chocolate con los que ahogar mis penas. Subí a mi habitación para encerrarme en «mi mundo», según me había dicho Mel. Encendí el ordenador, abrí la caja de bombones y empecé con el atracón. El *sketchUp* había conseguido dominarlo gracias a la valiosa ayuda de Mike, pero como me sucedía siempre en estos casos, ahora volvía a darme problemas, ¡se quedaba colgado todo el tiempo! ¿Alguien era capaz de entender estas perversas máquinas? Mierda, mierda, mierda. Reinicié una y otra vez mientras la

caja de bombones estaba llegando a su fin. Necesitaba distraerme con algo y no se me ocurrió otra cosa que abrir el Outlook para revisar mis correos electrónicos. Nada nuevo. Ordenar por: Nombre. Busqué a Mike. Algunos de sus correos aún no los había borrado, «¡estupendo!» me dije a mí misma, «así los releo otra vez».

*Hola niña:*

*Debería estar centrado en el partido, ¡en la gran final! Pero estoy pensando en ti, más bien en tu proyecto. ¿No pensarás que me he olvidado? Si quieres podemos repasarlo antes de la presentación. Está genial, pero tenemos que ver cómo arrancas con la exposición. Debemos asegurarnos de que superas con éxito ese primer momento. Esta tarde entreno, pero después podemos vernos. ¿Me concedes el honor?*

*Tu amigo,  
Mike*

Qué bien me conocía. Sabía que me costaba arrancar. Mi timidez era tan transparente... él podía verla con claridad. Sabía perfectamente cuál era mi punto débil. Bajé el cursor. Dos días antes me había enviado otro.

*Hola niña:*

*Marzo está llegando a su fin. Las vacaciones de primavera están a punto de llegar. ¿Quieres pasarlas conmigo?*

*Tu amigo,  
Mike*

Parecía que leía el correo por primera vez. Cuando lo recibí hacía apenas quince días, no había reparado en la frase. Ahora sonaba perfectamente clara; muy directa. Recordé que ni siquiera me había dignado a contestar. Simplemente sonreí al leerlo. ¡Adjuntaba la foto de unos esquiadores en las montañas rocosas!

Bajé al siguiente, pero antes de abrirlo el teléfono empezó a sonar.

—¡Hola Cris! ¿Dónde estás? —escuché decir a Becky.

Miré el reloj. Eran ya las doce y media.

—Estoy en casa pero salgo ya.

—¿Y a qué esperas? —dijo enfadada.

—No tardaré, Becky. ¿Han llegado todos? —pregunté aturdida.

—Sí, te estamos esperando.

Me puse rápidamente el bañador y los vaqueros encima. Arranqué el coche y me dirigí a la playa para reunirme con ellos. Cuando llegué, Mel y Becky estaban tronchándose de risa mientras en la playa se distinguían perfectamente dos tablas de surf. Solo las tablas.

—Hola chicas.

—Te lo estás perdiendo —comentó Mel.

—¡Se van a ahogar! Deben estar tragando mucha agua —dije sobresaltada.

—No se ahogan, no. Siéntate a ver la función. Fred ha conseguido mantenerse en pie una vez. Fernando aún no lo ha hecho.

Me acerqué a la orilla y Fred hizo lo mismo.

—Hola chicos. ¿Necesitáis ayuda? —les pregunté bromeando.

—Dominamos, no te preocupes —contestó entre risas—, pero gracias de todas formas.

—Perfecto.

Fred se internó otra vez en el agua y yo retrocedí y me tumbé con las chicas a cotillear. Estaban hablando de Emma, mi eterna adversaria.

—Cris, ¿te has enterado? —preguntó Becky.

—¿De qué? ¿Qué ha pasado?

—He oído que Emma y Mike tuvieron algo.

Sentí que mi alma se partía en dos. ¿Podría ser cierto? Imposible, de ser así Mike me lo hubiera contado, y si no lo había hecho... ¡Era porque aún sentía algo por esa bruja!

—¡No! ¿La amiga de Sarah? —pregunté alucinada, necesitaba confirmar que hablábamos de la misma persona.

—¿A cuántas Emmas conoces?

Obvié su absurda pregunta.

—¿Quién te lo ha dicho? —quise saber.

—Lo he oído en la cafetería por casualidad, pero ya me enteraré. Seguro que es verdad, ella sigue colada, aunque él tampoco hace ascos...

—No sé yo... se lo preguntaré a Mike —comenté dolida.

No me cabía duda de que Becky también utilizaría todos los medios a su alcance para enterarse de aquello. Era la persona más cotilla que había conocido en mi vida, pero esta información me interesaba más que



cualquier otro chismorreo que nos hubiese contado.

—Yo no indagaría mucho, si a estas alturas no te ha dicho nada, es que no quiere hacerlo, Cris —dijo compadeciéndose.

—Lo hará —sentencié encolerizada.

—¿Ninguna se piensa bañar? —Fernando había llegado hasta nosotras tapándonos el sol.

—Ahora nos estamos poniendo morenas, no tenemos tiempo para eso. Por favor, retírate, nos estás dando la sombra —dijo Mel.

—¡Fred! ¡Ven aquí! ¡Las chicas se quieren bañar!

—¡Está muy fría, Fernando! No hagas la misma gracia de siempre, por favor, estamos bien así —suplicó Mel.

—Es por vuestro bien —dijo Fernando pausadamente.

Fred ya estaba allí. Agarró a Mel por las piernas y Fernando le cogió los brazos. Ella suspiró y se dejó llevar. Nosotras nos incorporamos para ver cómo caía al agua. La lanzaron a la de tres y volvieron a por otra.

—Becky, te ha tocado —dijo Fred.

—¿Por qué? ¿Qué os hemos hecho? —suplicó ella poniendo su candorosa mirada.

—¿Lo preguntas en serio? ¿Os parece poco reiros de nosotros en nuestras narices?

Ella se acercó a mí, acurrucándose, como si mi fortaleza pudiera defenderla de lo inevitable. No consiguió nada. Fui detrás de ellos para evitar el mismo recorrido y me lancé de cabeza al agua con cuidado de no chocar contra el suelo.

—¿Lo ves como es mejor esto que quedarse en casa? —me dijo Mel acercándose a mi oído para que los demás no pudieran escucharnos.

—Tienes razón. Pero esto no hace que me sienta mejor.

—Yo creo que sí.

—¡Me salgo chicos! —grité—, tengo que tomar el sol para estar guapa y aquí no puedo.

Salí y me tumbé en la toalla. Todos seguían en el agua haciendo de las suyas. Me puse los cascos en las orejas y desconecté de todo. Bueno, de casi todo, porque estuve reflexionando acerca de las hirientes palabras de Becky. Por supuesto inútilmente, ya que recapacitar sobre lo que supuestamente había ocurrido entre Emma y Mike en el pasado no me

conducía a nada.

Al cabo de un rato, salieron a reunirse conmigo.

—¿Quién tiene hambre? —preguntó Fred.

—¡Yo! —gritó Becky.

—Yo también —dijo Fernando.

—Bueno vale, todos estamos hambrientos. Me voy a acercar a comprar unas fajitas. ¿Me acompañas, Mel?

—Claro, vamos.

Los dos se fueron a comprar algo para comer y nosotros les esperamos en el merendero dispuestos a devorar cualquier cosa que trajeran. A excepción del día que pasamos en la piscina de Mike después de ganar el torneo, esta era la primera vez que inaugurábamos la temporada oficial de calor. Hacía un día fantástico y yo me lo quería perder.

—Ya estamos aquí —dijo Mel dejando caer un paquete gigante lleno de cosas riquísimas.

Fernando fue el primero en coger una bolsa de fritos. La iba a abrir, pero Becky le dio un manotazo.

—Espérate al menos a que se sienten ¿no?

—¡A sus órdenes mi general! —dijo acercando su mano a la sien.

Los chicos comían a una velocidad supersónica y, nada más empezar, solía desaparecer de la mesa todo rastro comestible en un abrir y cerrar de ojos. Nosotras les conocíamos bien, así que habíamos desarrollado una estrategia para separar desde el principio una pequeña porción para asegurarnos poder comer algo.

—Mañana llega mi hermana —nos dijo Fernando lleno de emoción—, estoy deseando que la conozcáis.

—¡Pero bueno! ¡Eso es genial! —dijo Mel—. Por fin conoceremos a alguien de tu familia.

Fred le miraba encantado mientras devoraba un puñado de nachos. Estaba informado.

—Tomaremos algo en casa, por la noche, así le doy tiempo a descansar del viaje —aclaró.

¿Mañana? Tenía una cita que no podía eludir.

—Yo no puedo, Fernando, precisamente mañana he quedado.

Todos se volvieron extrañados, excepto Fred, que me miraba con tan

mala leche que me invadieron los remordimientos.

—¿Con quién has quedado? —preguntó molesto. No le olía bien, y era demasiado listo para intentar engañarle.

—Con un amigo... con unos amigos de Harry. Si llego a saberlo no me hubiera comprometido —desvié la cara para mirar a Fernando. No soportaba los ojos acusadores de Fred—, lo siento en el alma Fernando —me excusé.

—No te preocupes Cris, se quedará unos días, ya te la presentaré.

El cielo había comenzado a tornarse gris. Unas cuantas nubes tomaban forma para descargar justo sobre nosotros. Ya era tarde para estropearnos nuestro chapuzón, aunque no tanto como para aguarnos la desafortunada tertulia.

—Parece que va a tronar —dije mirando al cielo—. Chicos, lo hemos pasado muy bien, pero yo tengo que irme a trabajar.

—¿Curras hoy también? —me preguntó Fernando—. Pues que te sea leve.

—Lo intentaré. Adiós, nos vemos.

—Nos vamos todos —dijo Fred incorporándose—, no sea que nos calemos.

Comenzaron a caer las primeras gotas y todos echamos a correr hacia el aparcamiento donde estaban nuestros coches. Fred me alcanzó en un par de zancadas.

—¡Espera! —gritó—, solo es agua.

—Por eso, no quiero que se me pongan las greñas de siempre.

Había llegado hasta mí. Estaba serio.

—Cris, sabes que Mike te adora ¿verdad?

Era difícil guardar secretos entre nosotros, especialmente con Fred.

—Lo dices como si no me importase, yo le quiero con toda mi alma Fred, y me miras como si le traicionara, o no sé muy bien qué maquiavélica idea te ronda por la cabeza. Me joroba mucho que me mires de ese modo.

—Te mosqueará, pero sabes perfectamente que no está bien lo que haces. ¿Has quedado con ese pijo amiguito de tu hermano? ¿El que parece una estrella de cine?

—He quedado con varias personas y no creo que suponga un agravio

para nadie.

Había comenzado a entrecerrar los ojos. Lo hacía cuando dilucidaba algo trascendental.

—Sabes que no está bien —repitió convencido.

—¿Tú crees? Porque hasta el momento, que yo sepa, no he cometido ningún delito.

—Pues algo habrás hecho, porque si no, no te pellizcarías los labios.

Retiré instintivamente los dos dedos de mi boca.

—Lo hago cuando estoy nerviosa, no cuando voy a fusilar a alguien —le aclaré.

Llegamos a mi coche calados hasta los huesos. Todos alzaban sus brazos despidiéndose cuando pasaban junto a nosotros y levantaron una enorme polvareda que nos comimos los dos. Quería decirle algo que apaciguara su enfado, pero en estos casos mi elocuencia no era mi mayor virtud.

—Todo está bien Fred, puedes estar seguro.

—No hagas tonterías —agregó con su expresión agradable de siempre.

—Te lo juro —le aseguré dándole un cariñoso abrazo.

Conduje de camino a Galilea absorta en mis pensamientos. Nada de lo que hacía lograba dejar a un lado la imagen de Mike tumbado en aquella cama. La visión se proyectaba en mi cabeza una y otra vez. Nada más llegar Becky llamó por teléfono.

—Hola Becky. ¿Qué ocurre? —pregunté inquieta.

—Ya me he enterado.

—¿De qué hablas?

—De lo de Emma. Creo que se liaron cuando iban al instituto, al menos eso es lo que cuenta ella. No sé si fue un simple flirteo o una aventura, pero hubo algo seguro.

Jolín, llamaba para recordármelo. Enterarme de que Mike y la pelandrusca esa se hubieran enrollado me martirizaba, pero intenté que Becky no se percatara de mi aflicción, prefería llevar el duelo en soledad y mostrarme imperturbable. Tragué saliva antes de comentarlo y puse un interés comedido.

—Genial Becky, pues entonces la calentona de Emma estuvo de suerte. Tendré que aplaudirla —se me ocurrió decir.

—No te enerves Cris, igual es mentira.

—Me es indiferente, si es cierto que se liaron, fue hace mucho y no creo que quede pasión entre ellos. No por parte de Mike, desde luego.

—Donde hubo fuego... —continuó mi amiga.

—Adiós Becky —me despedí de ella. Me acababa de arrepentir de no haberme quedado en casa.

Traté de concentrarme en el trabajo. Me atavié con el delantal y recogí las mesas que se habían quedado vacías durante el cambio de turno con Mariah. En ese momento apareció mi tía.

—Hola Lily. ¿Qué tal ayer? ¿Mucho jaleo? —le pregunté.

—No estuvo mal. Hicimos caja. Si hoy se portan igual sacarás buenas propinas.

—Eso estaría muy bien —dije encantada.

La cafetería estaba más llena que de costumbre. Las cuatro horas se pasarían sin darme cuenta.

—¡Lily! ¿Has visto eso? —dije exaltada.

—¿El qué? —preguntó ella despistada.

—¡El jubilado y la señora aquella! ¡Se han sentado en la misma mesa!

—¡Oh!

—Han llegado juntos —le informé.

—Ve a atenderles —me dijo Lily.

Vi cómo los ojos de la mujer se posaban en los de él para desviarlos un momento después. El rostro del jubilado dibujó una sonrisa triunfal y la agarró de la mano.

—Vamos, Cris, ¿a qué esperas para atenderles?

—No quiero interrumpir.

Lily se empezó a reír y en ese momento apareció David.

—Ya lo sé, cosas de chicas —comentó sarcástico.

—Vas aprendiendo querido —le dijo en broma mi tía.

La imagen de la pareja me hizo recapacitar. Pensaba que mi relación con Mike se iría al garete cuando despertase. Me echaría en cara muchas cosas. La única forma de no sentirme culpable sería pagándolo con cualquier cosa que me hiciera daño. Si él admitía la aventura con su amiguita Emma, lo podría considerar como un razonable empate técnico y tal vez así, yo me sintiera menos responsable del desgraciado accidente.

## LA CARRERA

Había descubierto que a una hora temprana encontraría a Mike solo. Sus padres solían llegar bien entrada la mañana para después quedarse a su lado el día entero. Hacían turnos, así que sabía lo que tenía que hacer. Debía aprovechar esos preciados momentos.

Todavía era pronto. El hospital abría oficialmente sus puertas a las ocho en punto para recibir a los familiares y al resto de las visitas, pero lo cierto era que nunca me habían puesto problemas para entrar a verle fuera del horario establecido.

Salí de casa con la intención de ser la primera en llegar al *Sharp Memorial*. Algunos trabajadores entraban por la puerta dispuestos a comenzar su duro día de trabajo. Creo que gracias a eso pasé desapercibida para los recepcionistas. Saludé amablemente y me dirigí al ascensor con la incómoda sensación de estar haciendo algo malo. Pulsé la planta menos uno. En ese piso se encontraban los pacientes graves. Los ubicaban cerca de los quirófanos por si algún contratiempo les obligaba a realizar una operación de urgencia. Avancé por el pasillo muy segura de mí misma con el firme propósito de meterme cuanto antes en la habitación.

Abrí con cuidado la puerta y allí se encontraba él. En absoluto estado de calma. Como si hubiera estado esperándome desde la mañana anterior.

—Buenos días Mike —le dije en un susurro—, ya estoy aquí. ¿Te vas a despertar hoy o vas a seguir haciéndote de rogar? —reí para mis adentros. Sabía que estar en compañía de sus seres más cercanos era positivo para él. Nos lo había dicho la enfermera el día que le ingresaron.

—¿Le gustó a tu madre el aspecto que te dejé ayer? ¿Afeitadito y pulcro? Seguro que hicieron algún comentario. Me crucé con ellos, bueno solo con tu padre, y está roto de dolor, les tienes muy preocupados. Te quieren tanto... —«Casi tanto como yo», pensé. Pero no lo dije en alto por si en algún recóndito rincón de su subconsciente almacenaba mis palabras más secretas.

»No se ha cumplido ni siquiera una semana desde que estás en el

hospital y te he echado de menos más de lo que puedo soportar. No sabes cuánto, Mike. Cada día más. Es horrible. Por favor, levántate de una vez.

Cogí mi móvil y busqué la canción de *Phill Collins* que había guardado en él. Bajé el volumen hasta dejarlo casi al mínimo y comenzó a sonar.

—¿La recuerdas? Es nuestra canción. Esta siempre será nuestra canción. Tuya y mía, no lo olvides nunca.

*How can you just walk away – when all I can do is watch you leave –  
girl we shared the laughter and the pain – we even shared the tears –  
you're the only one who really knew me at all*

Pensé en la letra de la agradable melodía. Era como si hablase de nosotros mismos.

—Creo que sí, soy la única que te conoció demasiado y, si me dejas, podría hacerlo un poco más. Nos podemos conocer a fondo si estás dispuesto a aceptarme de nuevo en tu vida.

Mientras la música seguía sonando en mi móvil con el volumen en posición dos, la habitación entraba en un extraño estado de tranquilidad. Tenía la sensación de que algo en el ambiente parecía estar cambiando. Demasiada quietud. ¡No puede ser! ¡La pantalla otra vez!

Me encontraba sentada junto a él en el lado liberado de las máquinas. Alcé el cuello para cerciorarme de que el dichoso aparato seguía estando en su sitio. ¡Pánico! Eso es lo que sentí al ver los numeritos verdes que bailaban en la pantalla. ¡Habían descendido estrepitosamente! Pulsé rápidamente la tecla stop del teléfono y los dígitos volvieron a la posición que me resultaba familiar. Vale, sobre ochenta es el número en donde tienen que estar. Creo.

—¡Jolín, Mike! —le recriminé bajito—. ¿Te duerme nuestra canción? ¡Me desconciertas! Solo quiero que te sientas vivo, pero si eso implica darme estos sustos de muerte no volveré a hacerlo. Prometo no volverte a poner música, es la última vez que lo hago. Prefieres que te cuente cosas ¿no es eso? De acuerdo, supongo que es tu forma de comunicarte. Te lo consiento porque no puedes hablar pero cuando te levantes... cuando lo hagas, no seré tan comprensiva ¿entendido?

Estar sentada a su lado se había convertido en mi ratito de felicidad. Lo único que me hacía sentir bien en esos momentos críticos. A pesar de que no me quedasen ya lágrimas en los ojos, sentirle cerca me daba la fuerza

necesaria para afrontar el día que tenía por delante.

—¿Sabes adónde me he trasladado? A nuestro segundo encuentro. También fue por casualidad. Sí, pienso lo mismo, las casualidades no existen, nosotros siempre estuvimos destinados a encontrarnos, pero aquel día fue muy especial para mí. Estabais Fred y tú en el aparcamiento del *Seaport Village*, os vi apoyados en el coche mientras saboreabais un delicioso helado. Yo me había acercado a comprar un regalo a mi padre, iba a ser su cumpleaños y no tenía nada preparado para regalarle. ¡Me preguntaste si quería ir a la fiesta de la fraternidad de los Zeta! «Me es imposible» te dije, «otra vez será, mi padre celebra su cumpleaños y hace una fiesta multitudinaria, si no fuera no me lo perdonaría nunca». Seguiste chupando el helado y te encogiste de hombros «sí, otra vez será, pero que no sea muy tarde» me dijiste mientras Fred te zarandeaba de un empujón. En aquel instante sentí que ya éramos amigos. Unos días antes me habías salvado la vida. ¡Conseguiste que no se me mojara el pelo! ¿Sabes lo que significó eso? No, no puedes imaginártelo.

»¿Crees en el destino? Mel se ríe de mí cuando le hago esa pregunta, pero ¿qué puedo decir? ¡Para mí es tan evidente! O si no, ¿cómo le llamarías al hecho de volver a cruzarnos de nuevo tú y yo? ¡Y esta vez en la biblioteca! Justo unos días después de encontrarnos en el *Seaport Village*. ¿Sabes cuántas veces he ido a estudiar allí? ¡Una! Solamente fui esa vez. No termino de cogerle el gusto, ese lugar me distrae. No consigo concentrarme.

»«¿Pasaría algo malo si nos largamos de aquí?» Me cuchicheaste agachando la cabeza: «Tengo alergia a las bibliotecas». «¿Y a qué has venido?» te pregunté también en un susurro. «No lo sé, he sentido una señal, sabía que me iba a pasar algo bueno», contestaste resuelto. ¿Cuánto estuvimos? ¿Quince minutos? ¿Diez?

»Me miraste a los ojos. Estaba confusa. ¿Adónde podía ir contigo? Aunque éramos amigos, apenas nos conocíamos y decidiste que no me ibas a dejar pensar. «Corre, vámonos, no te vayas a rajar ahora».

»Nos sentamos en la terraza de mi cafetería favorita. Deberías saber que fue mi preferida a partir de ese momento. Conservo en la memoria lo que nos pedimos. Granizado de limón.

»«¿Jugamos a cuéntame cosas de ti?» —me soltaste de repente.

»«Empiezas tú» —te dije para librarme de contestar las preguntas de un



curioso.

»«Si le quitas a un gato sus bigotes se cae porque pierde el equilibrio»—me dijiste esa idiotez.

»«¡Muy bien» —repliqué—. «¿A eso te refieres? Pues ahí va: si metes un filete dentro de un vaso de coca-cola y lo dejas toda la noche, a la mañana siguiente habrá desaparecido» —se me ocurrió contestarte.

»«El primer hombre clonado está escondido en una isla» —me miraste fijamente a los ojos y continuaste—, «y dicen que allí se está formando un ejército para conservar la especie».

»«¡Anda ya! ¿De dónde has sacado eso?» —te pregunté entre risas.

»«Está en google».

»Fue así como rompiste el hielo. Después de decir todas las estupideces que se te ocurrieron quisiste saber cosas acerca de mí. Te conté dónde vivía, te hablé de mis padres, de Harry, de mi ascendencia española. Lo mejor fue contarte mi afición al baloncesto. La mía y la de toda mi familia. ¡Se te iluminó la cara! Te alegraste de verdad. Me hiciste tantas preguntas que estaba abrumada, sin embargo, yo también quería saber cosas acerca ti, pero el tiempo se nos había echado encima y era hora de marcharnos.

»«¿Te cuento mi vida y te vas? ¿No te ha parecido lo bastante emocionante?» Te pregunté.

»«Ya lo creo, más que eso, fascinante».

»«Entonces, ¿acaso tienes miedo de desvelar tus secretos?» —insistí.

»«Ni mucho menos, de hecho estoy deseando hacerlo. Mañana volvemos a vernos y te hablo de mis cosas, de mis ocultos secretos. ¿Nos vemos en la biblioteca o quedamos directamente aquí?» —me dijiste con complicidad.

De pronto la puerta se abrió sin ningún miramiento. Se trataba del doctor Walter. Me incorporé de inmediato.

—Buenos días doctor Walter.

—Buenos días, otra vez usted. ¿Está sola? Me había parecido oír voces que procedían de aquí.

Pues claro, estaba hablando con Mike. ¿Qué pasa? ¿Acaso él nunca habla solo?

—Así es, estoy sola —le dije—. Aprovecho antes de entrar a clase, pero

tengo que irme ya o llegaré tarde. ¿Hay alguna novedad? ¿Algo que pueda decirme? —pregunté con inquietud.

Él, mirando distraídamente la incomprensible pantalla se dignó a contestarme.

—De momento nada nuevo.

—Me lo temía. Pues nada doctor, me marchó.

No me crucé con Harper ni con Natham. Tampoco los chicos se pasaron por allí. Me encontraba rota, preocupada, completamente sola. Parte de la angustia que había reprimido los últimos días se me estaba echando encima.

Después de mi dosis diaria de Mike quería abandonar ese lugar tan siniestro. Bajé hasta la recepción. A esa hora la actividad estaba en su momento más álgido. La gente entraba y salía, los trabajadores, vestidos con batas blancas, se cruzaban a toda prisa yendo de un lado a otro. Traspasé la puerta de entrada hasta alcanzar la parte exterior del recinto. Miré alrededor por si distinguía alguna cara familiar. En ese preciso momento una figura demasiado conocida se dirigía hacia el acceso donde me encontraba yo. Un cúmulo de emociones me atravesó, ¡con lo bien que estaba sola! Fijé mi vista en la silueta y pude distinguir a Emma. ¡Se había puesto sus mejores galas para venir a verle! La muy puta llevaba puesta una minúscula falda con la que, sin necesidad de fijar mucho la vista, se le veían las bragas y, para rematar, una blusa que le hacía juego, ¡era casi transparente! ¡Pero será guarra! ¿Pensaría encontrarle despierto? Es tan estúpida que igual ha creído que sí.

—¡Cristina! —dijo con una mezcla de sorpresa y disgusto a la vez.

Llevaba un bonito ramo de flores. ¡Oh! Qué detalle más acertado. Debería haberseme ocurrido a mí.

—Hola Emma. ¿Has venido a ver a Mike?

—Sí, ¡es horrible lo que ha ocurrido! ¿No crees? —tenía una habilidad especial para hacerse la simpática, como si entre nosotras existiera algún signo de afinidad, aunque en el fondo ambas sabíamos que eso era completamente imposible. Me resultaba demasiado falsa. Yo no tenía la misma destreza que ella para afrontar con picardía esas situaciones, pero aun así hice un esfuerzo inmenso por parecer amable.

—Ha sido espantoso. Esperemos que se recupere pronto —dije secamente.

—¿Le has visto ya? ¿Te ha dado tiempo? —preguntó extrañada. Todavía era demasiado pronto.

—Sí, ya me marchó.

—No esperaba ver a nadie —apuntó. Creo que estaba percatándose de su inapropiado atuendo.

—Suele pasar cuando te cruzas con quien menos te esperas —respondí obsequiándola con una inexpresiva sonrisa y censurándola con la mirada.

Avancé de forma deliberada alejándome de allí. Emma a su vez dio un paso hacia delante. Tenía también intención de finalizar nuestra breve conversación. Nos despedimos, ella giró bruscamente la cabeza y se encaminó con paso decidido hacia el mostrador de recepción. ¡No hacía falta que meneara tanto el culo! Parecía que a ella aún le gustaba Mike. Esa sería la razón por la que me odiaba tanto.

Al fin la perdí de vista. Me hubiera gustado no tenerme que cruzar con ella, simplemente observarla desde lejos, pero de haber sido así, le hubiera ahorrado el trago de sentirse incómoda. Que se fastidie.

Sentí un pequeño alivio al recordar que hoy cenaría con Max, aunque el consuelo se esfumó al recordar que después tendría que pasar el trance. Pensar en eso me contrarió. Acudir a una carrera de coches no era el mejor plan al que podía aspirar, pero al menos estaría entretenida.

Conduje sin prestar atención al tráfico. Estaba confusa cuando llegué a casa porque la inoportuna aparición de Emma me había perturbado. Su visita no debería haberme cogido por sorpresa, sabía que sus padres eran conocidos del señor y la señora Smith. Para ser sincera, eran buenos amigos desde que Mike era un niño y, por mucho que me pesase, compartían una conexión que yo no tendría jamás. Pero no lo pude remediar, me dio un arrebató de envidia ver la forma en la que se presentó allí: las flores, el seleccionado conjuntito de putón verbenero... claro, yo nunca me entero de nada, eso es justo lo que les gusta a los tíos, o mejor dicho, a algunos, porque estoy segura de que Mike no es tan simplón. Prefiero pensar así porque la estampa me resultaba demasiado dolorosa.

Al llegar cerré la puerta de un portazo y subí corriendo a mi habitación.

—¿Cristina? —preguntó extrañada mi madre.

Paré en seco en el tercer escalón. Creía que estaba sola.

—Hola, soy yo —contesté. Aguardé un instante por si decía algo más. Perfecto, no lo hará. Continué subiendo rápidamente a mi habitación.

—¿Vienes de clase? ¿No es un poco pronto? —me preguntó. Ya me parecía raro que no hubiera empezado con su interrogatorio.

De acuerdo, una vez más, ella ganaba. Bajé a darle una explicación creíble.

—He estado viendo a Mike. Solo he venido a coger unos apuntes que había olvidado.

Supuse que mi madre estaría trabajando, por eso pensaba quedarme en casa. No tenía cuerpo para asistir a una clase más de gestión de diseño, pero su presencia me quitó de un plumazo las ganas de hacer novillos. Se quedó pensativa, escrutándome con la mirada.

—¿Qué tal está? —preguntó con expresión de dolor.

—Igual —el estómago me dio un pinchazo al confirmar la situación.

—Lo siento, cielo. ¿Estaban sus padres?

—Aún no habían llegado. A la que sí he visto ha sido a Emma —solo pronunciar su nombre me producía náuseas.

—Ah sí, su amiga. ¿Quieres comer algo? —me animó.

—No tengo hambre. Gracias mamá.

—¿Quieres hablar de Mike? ¿Quieres... contarme algo? —comentó reflexiva.

—Lo siento mamá, tengo prisa —dije para escapar. Si me ponía a hablar de Mike era posible que hablase de más, y aún no estaba lista.

Me volví hacia las escaleras y subí a mi cuarto. Hice que cogía unos papeles y me sentí completamente estúpida. Estaba triste y muy cabreada. Lo pensé mejor, tal vez era buena idea acercarme a clase para distraerme un poco. Me despedí de mi madre y me dirigí resignada al campus donde pasé el resto de la mañana sin que ocurriera ningún hecho significativo. Me acomodé en la silla y fantaseé imaginando la recuperación de Mike. Me miraba con su risueño y bonito rostro. Íbamos agarrados de la mano como una pareja de novios. Sentía el tacto de sus suaves dedos como si fuera real. Nos montamos en su Harley. Descubrí que era la mejor forma de aliviar mi insoportable dolor, igual que hacía él cuando estaba enfadado.

El resto del día lo pasé pensando en lo que me encontraría cuando llegase la noche. Estaba inquieta y asustada, a lo que tenía que sumar la desagradable sensación de incertidumbre. Algo que me sucedía cuando debía encontrarme con alguien completamente ajeno a mi entorno

habitual. Así me resultaba Max. Respecto a lo que se podía dedicar, barajaba diversas hipótesis. Ninguna de ellas parecía ser normal. Mi cabeza daba rienda suelta a mi fantasía imaginando cosas cada vez más monstruosas: narcotráfico, apuestas, préstamos usureros, asesinatos en serie...

Abrí el armario. Observé detenidamente todo lo que había en él. Conté hasta siete pantalones vaqueros y, si el cálculo era acertado, unas treinta camisetas. Genial. Las tenía de todos los colores y formas posibles. En el suelo se amontonaban las zapatillas de mis últimos cien años. Parecía estupendo para salir a tomar unas buenas hamburguesas, pero algo en mi interior decía que hoy iría a un sitio más refinado.

Max esperaría algo más, pero mis escasos vestidos de fiesta los reservaba para las bodas, los bautizos y actos por el estilo, en general, para los eventos familiares importantes. No tenía ni idea de si este lo era. Aunque le conocía poco, sabía que se trataba de un hombre con gustos finos. La figura de su madre me vino rápidamente a la cabeza fastidiándome por completo la idea del conjunto que había elegido. Lo descarté con fastidio, ya que tenerme que arreglar era algo que nunca entraba en mis planes.

Cerré el armario y me puse a dar vueltas en la silla giratoria pensando cómo afrontar el problema. Por fin di con la solución, fui al vestidor de mamá, que era el último recurso para imprevistos así y, por suerte, uno de los vestidos que ella se ponía con unos tacones de escándalo me iría bien para la salida de esta noche. Se trataba de un vestido corto tipo provenzal. Me lo pondría con mis botas de cowboy, los pendientes de aro que vestían mucho y el bolso cruzado de Zara. Nada de llevar mochila.

Estaba salvada. Podía acudir a mi cita sin preocuparme de mi descuidada indumentaria de siempre. ¿Me sentiría igual cada vez que quedara con él? ¿Tendría que renovar el armario para acudir a sus citas? Mi reciente amistad con Max acababa de empezar y ya me estaba agobiando.

Me asomé por la ventana escondida tras las cortinas de mi habitación. Su coche ya estaba allí. El lujoso automóvil había aparcado a escasos metros de mi casa. No sabía si llamaría a la puerta para presentarse o aguardaría a que bajase yo. Esperé unos segundos para ver su reacción. Seguía dentro del coche, así que bajé lentamente las escaleras dispuesta a

enfrentarme a una noche diferente.

Cuando alcancé la puerta del copiloto él ya se había bajado. Esperaba con los brazos cruzados, sonriente, observándome con un mohín divertido.

—Buenas noches —me saludó con voz suave.

—Hola —contesté tímidamente.

—¿Estás preparada para pasar la noche más emocionante de toda tu vida? —dijo divertido.

No era posible que fuera tan presuntuoso.

—¿Tú crees? Vas a tener que esforzarte mucho para que eso ocurra —respondí más lanzada de lo habitual, quería que pensase que estaba acostumbrada a tener experiencias emocionantes.

Me miró sorprendido.

—¡Oh, ya lo creo que lo haré! Solo tienes que estar dispuesta a dejarte llevar, del resto me ocupo yo.

Vaya. Los comentarios que hacía sintiéndose tan seguro de sí mismo me hacían sentir cohibida.

—Sorpréndeme —le dije resuelta.

Una sonrisa de autosuficiencia atravesó su cara. Puso en marcha el coche y los dos nos quedamos callados durante breves instantes.

—Ahora pienso que tal vez me he arriesgado demasiado al reservar mesa en Shibuya —dijo después de haberse quedado pensativo durante un buen rato.

—¿Por qué dices eso? Seguro que has elegido bien —le animé.

—¿Tú crees? ¿Te gusta la comida japonesa?

Después de formularme la pregunta se puso serio y esperó ansioso mi reacción.

—¡Me encanta! ¿De verdad vamos a un restaurante japonés? ¡Pues sí que te has arriesgado!

El local era espacioso, moderno e iluminado con bombillas tenues. Nos sentaron junto a un ventanal que daba al jardín interior. Pedí el menú principal, compuesto por carne de kobe, la famosa sopa miso, arroz y una pequeña ensalada. Max eligió «lo mismo que la señorita». Del vino se encargó él. Un *Cabernet Sauvignon*, reserva del 2006. Nos sirvieron con una ceremonia exagerada, como hacen en los sitios caros. Max estuvo

atento y divertido durante toda la cena. Los efectos del vino hicieron mella enseguida, sobre todo en mí, que me pimplé más de media botella yo sola.

—Tienes unos ojos preciosos —me susurró sonriendo.

—¿Otra copa? —le dije para salir del aprieto.

—Tengo que conducir. ¿Qué pasa? ¿No te gustan los piropos? —insistió mientras me examinaba el rostro con interés.

Era un hombre que contaba con una mezcla de desparpajo, fortaleza y determinación que le hacían tremendamente atractivo, pero no estaba segura de si era acertado comenzar una relación con él.

—No es eso, es que me da vergüenza que me hagan cumplidos —bajé la mirada esperando a que se restaurase en mi cara su color habitual.

—¿Cumplido? No es un cumplido, es la verdad. Me gustas Cristina, ya lo sabes. Y supongo que yo a ti también, en caso contrario, no estaríamos aquí —dijo con ansiedad.

Era el hecho de hacer algo diferente lo que me había llevado a quedar con él, aunque en realidad estaba claro que también me empezaba a gustar. De momento no había cedido del todo a sus encantos, pero me encontraba ante el típico hombre que te atrapa sin que te des cuenta.

—Me encanta esta comida, ¡está todo buenísimo! —le dije desviando la conversación, pero él insistió.

—¿Te gusto o no?

¿A qué estaba jugando? ¿A que se hiciera ilusiones mientras yo me decidía? ¿A que guardara esperanzas? Me quedé callada. El silencio tenía muchas interpretaciones y en ese momento le convenía cualquier suposición antes que conocer mi respuesta más sincera.

—Aún es pronto para saberlo ¿no crees? Apenas nos conocemos —contesté evasiva.

—¿Al menos sabrás si puedo llegar a gustarte? —estaba empeñado en sonsacarme todo lo que fuera posible.

—Claro que si, Max. Eso pienso.

Contesté sin matices. Debía profundizar más en nuestra relación para encontrar las cualidades que más valoro en un hombre, porque a simple vista, en él, no las estaba encontrando. Tenía que reconocer que al conocerle, me había tropezado con atributos mucho más adictivos pero quedaba patente que eran menos convenientes.

Me miró pensativo durante unos segundos antes de continuar.

—Creo que eres preciosa. Parece ser que yo lo tengo más claro. Mi intención es firme, no pienso dejarte escapar, sabes lo que significa eso ¿verdad? —comentó recurriendo a su mirada de depredador. Se apoyó sobre la mesa y rozó suavemente sus dedos sobre mis mejillas—. Voy en serio —dijo esta vez con semblante grave.

Me sentí aturdida. No estaba acostumbrada a ese tipo de atenciones. Me recompuse como pude y le eché el freno.

—No vayas tan deprisa que me puedes asustar —dije metiéndome lentamente un trozo de carne en la boca.

—Eres adorable.

El postre fue... peculiar, por llamarlo de algún modo. Nos pusieron unos dulces de té verde que no había probado nunca. En general, la comida fue exquisita. El lugar elegido era perfecto y la compañía de Max resultó de lo más entretenida.

Sacó su American Express, pagó y se puso de pie tendiéndome la mano para que hiciera lo mismo.

—¿Estás preparada? —dijo muy serio.

—¿Para qué? —contesté temerosa.

—Para la carrera. ¿Es que lo has olvidado? —preguntó sorprendido.

Qué susto. Creí que se refería a otra cosa.

—¿Cómo lo voy a olvidar? ¡Estoy muerta de miedo! —dije dándole un énfasis exagerado.

—¿Por qué estás asustada? Ya te he dicho que vamos a llegar los últimos, pero deberías saber que a mí no me gusta perder. Hago el esfuerzo por ti.

—Estás chiflado —dije sonriendo.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó levantando las cejas.

—La velocidad es muy peligrosa ¿nadie te lo ha dicho nunca? —dije poniendo cara de situación.

—Puede, pero es la mejor manera de tener un subidón. Cuando lo pruebes te engancharás y me suplicarás que te lleve más veces conmigo. Voy a disfrutar mucho cuando llegue ese momento.

—Ni lo sueñes. No llegará —le aseguré.

—Créeme, llegará y yo te lo recordaré —dijo arrogante—. Tenemos



que pasar primero por mi casa.

—¿Y qué demonios vamos a hacer en su casa? ¿No creerá...?

—¿Para qué? —pregunté intentando que no se notase mi preocupación.

—Para cambiar de coche. ¿No pensarás que vamos a correr con esto?

Me quedé pensando. Con «esto» se referiría al Mercedes en el que habíamos venido. No entendía nada.

—¿Ah, No? —pregunté incrédula.

—Pues no.

La noche era cerrada. La carretera por la que se accedía a su casa me recordaba a las pelis de terror. Ni una sola farola encontramos en el recorrido. Cuando llegamos, Max sacó el mando de la guantera y apretó el botón. Agaché la cabeza para entrar en el campo de visión de una de las cámaras que enfocaba directamente a mi lado. Esta vez me contuve y no saqué la lengua. Quería salir de dudas respecto a la protección con la que parecía contar.

—¿Tienes a alguien dentro que se encargue de la seguridad, o esto es solo para ahuyentar a los forasteros? —le pregunté tratando de parecer indiferente.

—Hay dos personas —contestó conciso.

—¿Por qué te pones tan serio? —le pregunté extrañada.

—¿Yo? No. No estoy serio, ¿por qué lo dices?

—Me había parecido —estaba viendo cosas raras donde no las había. Al menos de momento.

—He crecido toda mi vida con personal de seguridad. Es algo que me ha acompañado siempre. Estoy acostumbrado.

Vuelve, Cris, vuelve a la realidad. Este tío no te conviene. ¿Quién vive rodeado de seguridad? Los malos. Siempre son los malos los que viven de ese modo. Protegiéndose de los que quieren venganza. ¿Qué estaba haciendo allí? Me podía divertir de mil maneras posibles. Nada bueno podía salir de eso. Pero es que, a pesar de las desordenadas ideas que se enredaban en mi cabeza, cada día que pasaba con Max conseguía que me gustase un poco más, aunque por otro lado estaban las señales, las que me indicaban claramente lo que tenía que hacer, la vocecita que insistía, ¡no es para ti! ¡Él es justo lo que parece! ¿Crees que lo puedes cambiar? Tal vez fuera esa la pregunta que debía hacerme. ¿Me gustaban los chicos malos o

el reto de volverles buenos? Porque si lo que deseaba era superar el desafío, la caída podía ser fatal. No podía imaginar cuánto tiempo llevaban los Yakota dedicados a sus corruptos objetivos. ¿Quién podía cambiar eso?

Fuimos directamente a uno de los laterales. Max bajó del coche y pulsó un botón que había allí. La puerta del garaje se abrió dejando ver en su interior varios coches de alta gama. Entre ellos estaba el que habíamos venido a buscar. Se trataba de un reluciente Ferrari de un intenso color rojo. Me quedé con la boca abierta, dudando. ¿Era tarde para echarme atrás?

—Así que este es el de las carreras —me atreví a decir.

—Sí, ¿te gusta? —me miró sonriente.

Volví a mirar el coche para hacerme la misma pregunta. ¿Me gustaba? Pues la verdad era que no demasiado. En el asiento tan bajito se me caería la falda hacia atrás. Tendría que estar todo el rato pendiente para que no se me vieran las bragas. No, definitivamente no me gustaba ese coche. Además, corría mucho. Me estaba empezando a acojonar de verdad.

—No está mal —logré decir.

—¿Solo eso? ¡No lo dirás en serio! Este coche le gusta a todo el mundo.

—Ya te he dicho que me gusta.

—Ya, ¿pero? —dijo esperando una explicación.

—Pero nada, es muy bonito. Demasiado ostentoso pero muy bonito. ¿Contento?

—No del todo.

Su idea de impresionarme se había ido al traste. Nos subimos al magnífico coche. Max estaba pletórico pensando en la carrera. Emocionado para ser exacta. Encendió la música, dentro del coche se escuchaba la voz de *Romeo Santos* cantando *Propuesta Indecente*. ¿Sería una indirecta? Condujo con prudencia, más despacio de lo que habría conducido yo.

—Se te va a calar el coche —le dije en broma.

—No me tientes, princesa. Espera y verás dentro de un rato, si me vuelves a decir lo mismo te contrato de copiloto.

—Me has prometido que llegaríamos los últimos.

—Y eso haremos, pero aun así...

—¿Qué? —pregunté nerviosa.

—Lo verás pronto.

Nos dirigimos a un lugar donde no había estado antes. Tras alejarnos durante media hora del centro de la ciudad, llegamos a una zona abandonada donde se amontonaban viejos contenedores oxidados. Parecía un antiguo polígono ahora sin actividad. Estaba oscuro. El lugar idóneo donde una panda de gamberros se reuniría para realizar sus arriesgadas carreras ilegales.

El resto de sus amigos ya se encontraban allí. Había cuatro coches. Todos de gran cilindrada. En mi desconocimiento respecto a vehículos motorizados, no pude distinguir el resto de los modelos excepto un llamativo Porsche. En total éramos cinco contando con nuestro coche. Al acercarnos más pude distinguir sus caras. Chulos de discoteca, traficantes de droga o de armas, o de ambas cosas... ¿Les había visto antes? Creo que sí, en la fiesta de su cumpleaños. Dos de ellos habían acudido a la cita con acompañante, igual que Max, la diferencia era que yo parecía salida de una fiesta de disfraces, ¿o era al revés? ¡Iban exageradamente arregladas! Todas me recordaban a Emma. Miré alrededor. ¿Quién estaba fuera de lugar aquí? Una rubia despampanante apareció de la nada sujetando dos banderas. Una puesta en escena digna del séptimo arte. Antes de bajarnos del coche quise preguntarle a Max. Tenía demasiadas dudas.

—Entonces ¿será aquí la carrera? —mi estómago se había deslizado hasta situarse en el centro de mi garganta.

—Aquí empezamos. Desde aquí damos el pistoletazo de salida.

¿Cómo?

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Hasta dónde vamos a ir? —pregunté excitada.

—Pronto lo verás.

Se bajó del coche. Todos le esperaban con expectación. Producía un efecto sobre los suyos que ya había visto antes. A juzgar por el recibimiento, parecía que la carrera la había organizado él. Se acercaron unos pasos hasta nuestro coche.

—Hola Max, estamos listos. Hola Cristina —nos habían presentado, pero yo como de costumbre, no recordaba sus nombres—. Todo despejado.

—Perfecto.

Todos se daban la mano y acercaban su pecho para chocar con el hombro. Yo les miraba como si fuera la única espectadora de un público inexistente. Pero no era así, para mi desgracia, formaba también parte del espectáculo. Un espectáculo que antes de empezar resultaba amenazante.

—Nos vemos en Camelot —les dijo tras despedirse.

Nos metimos de nuevo en el coche, me puse el cinturón de seguridad y lo comprobé dos veces para asegurarme de que funcionaba. Se empezó a escuchar cómo aceleraban los motores mientras los coches aún estaban en punto muerto.

—¿Qué es Camelot? —le pregunté.

—El lugar donde acaba la carrera. El que pierde paga. Nena, hoy invitaremos nosotros, pero espero que sea la última vez.

—Entonces ¿saldremos de aquí? ¿Está lejos ese sitio? —esperaba que Camelot se encontrase a la vuelta de la esquina, pero me equivocaba por unos cuantos kilómetros. Max se rio.

—Sí, pero se te hará muy corto —se acercó a mí y me besó la mejilla—. Dame suerte princesa.

Antes de que empezara la carrera casi había perdido el conocimiento. La rubia despampanante se hallaba delante de los coches para anunciar la salida. Tenía las piernas abiertas. Rectas, muy rectas. Falda de tubo negra, tacones negros, body negro y cazadora de cuero roja. Había levantado los brazos. Los coches echaban humo de sus tubos de escape. Alguno se adelantaba unos metros, ansioso por salir ya. ¿Qué le pasaba a la rubia? ¿Le habría dado un calambre y no se podía mover?

Por fin bajó los brazos y movió la cabeza hacia un lado. Seguía con las piernas estiradas. Sobreactuada pero brillante. El movimiento le había quedado espectacular. Los participantes salieron a todo gas dejando una humareda que nos nubló la visión durante unos instantes. Pronto se despejó quedando únicamente la oscuridad de la noche. Mi corazón comenzó a precipitarse, una interminable taquicardia se había instalado en el centro de mi pecho. Cerré los ojos. Era mejor no ver nada, si no lo ves puede que no esté ocurriendo. Max iba muy concentrado. Aunque habíamos perdido de vista a todos nuestros adversarios, circulábamos a gran velocidad por oscuros y fantasmales caminos. Quería saber lo que marcaba el velocímetro. Vacilé, pero como no podía contenerme, eché una rápida mirada, ¡140 millas por hora! ¡Por favor, Dios mío, dime que no

está ocurriendo, por favor, por favor, haz que me despierte ya! Volví a cerrar los ojos. Esta vez con intención de no abrirlos hasta llegar a Camelot, pero no lo conseguía, los entornaba ligeramente para conocer el lugar exacto donde nos estrellaríamos.

Se veían luces en la lejanía. ¡Diablos, no! Ya no era la lejanía, estaban encima. Deseaba hacer dos mil ochocientas preguntas, pero si lo hacía era posible que se distrajera. Al menos le haría una, solo una.

—¿Tenéis alguna norma? —pregunté en un murmullo.

—No hay normas. Bueno sí, solo una. Prohibido utilizar atajos —contestó sin desviar la vista de la carretera.

Se distinguía perfectamente la interestatal. ¿No pensará incorporarse? ¡Dios mío, por favor, haz que recapacite, no dejes que lo haga!

—Haz trampa, Max. Por el amor de Dios, no te metas en la carretera.

Sonrió. ¿Cómo una cosa así le podía parecer graciosa?

—Disfruta nena, llegaremos enseguida.

Entró en la autopista. La agonía me estaba resultando eterna. Comenzó a zigzaguear a toda máquina poniendo en peligro al resto de los conductores. Adelantaba como un rayo pasando a través de los coches aun cuando el espacio era minúsculo. Me hundí todavía más en mi bajo asiento y me tapé la cara con las dos manos, no quería ver aquello. Las apreté con fuerza y se me ocurrió rezar el padrenuestro. Sí, eso me daría paz y el tiempo pasaría más rápido. Padre Nuestro que estás en el cielo...

De pronto Max redujo de golpe la velocidad. Mi cuerpo se resistió al cambio, se echó hacia delante por la inercia del frenazo y después volvió a recostarse de nuevo en el envolvente respaldo. Seguramente Dios había escuchado mis súplicas, o tal vez Max se habría apiadado de mí.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué has aminorado tanto? —pregunté extrañada.

Enseguida lo entendí. Había divisado hábilmente un coche de policía. Uno de nuestros rivales estaba parado en el arcén enseñando los papeles. Creo que nos vio pasar. Todos nos ven pasar, ¡un Ferrari no pasa desapercibido!

—La pasma. Puf, nos hemos librado por los pelos —dijo estresado por primera vez en toda la noche. Claro, la policía era lo único que le daba miedo.

—Es una señal, no vuelvas a acelerar, por lo que más quieras. Hemos tenido bastante —le dije suplicante.

—Casi estamos.

Llegamos a nuestra salida. Se desvió y pronto vimos brillar las luces de la discoteca de moda donde habíamos quedado. CAMELOT, se leía en letras grandes. Parecía un local con glamur para gente distinguida. Una interminable cola daba la vuelta a la calle. No me importaba nada mientras estuviéramos en tierra firme, pero Max paró el coche en la misma puerta.

—¿Te ha gustado? —me preguntó con los ojos saliéndosele de las órbitas.

—No, lo he pasado fatal. No puedo volver a hacerlo, lo siento —dije tajante.

—Te acostumbrarás, nena —dijo decidido—, la primera vez suele ser así de intensa.

«Ni lo sueñes» pensé, «no volveré a participar en algo así».

Apagó el motor, se bajó del coche y se dirigió a mi lado. Intenté moverme pero mis pies se habían quedado pegados a la alfombrilla. Ahora mis manos formaban un rígido puño. Estaba entumecida. El cuello se había tensado produciéndome una odiosa contractura, conocía bien los síntomas, ya que me ocurría lo mismo cuando tenía algún examen importante. Me abrió la puerta y me tendió su mano.

—Princesa.

Se la extendí, ya estábamos a salvo. Lo único que debía hacer era pasar un buen rato. Al menos lo intentaría. Salí del coche y cerró la puerta tras de mí. Él se adelantó para dar las llaves al aparcacoches y cuchichear algo al gorila de la entrada. Este me miró con desaprobación, «será gilipichis», pensé, Max se volvió para agarrarme la mano. Estaba claro que no iba a esperar esa cola.

—Vamos —me dijo agarrándome por la cintura. Acercó su cara rozándome la oreja—. Y encima no hemos llegado los últimos.

Me reí ruidosamente mientras miraba altiva al guardián de discoteca.

Parecía gracioso. ¿Qué me estaba pasando? En cierto modo la adrenalina se me había disparado más que nunca. La cena había sido fantástica, la carrera emocionante y aún faltaba el final de una noche de locura.

Entramos en el local. Los amigos de Max se habían acomodado en el reservado que ocupaban siempre que iban allí. Se encontraba apartado del resto de la multitud. Una zona exclusiva dentro de la zona vip. Muy

apropiado para aquel selecto grupo.

—Siéntate aquí —me dijo decidido—, ahora vuelvo, voy a saludar a alguien.

Me senté con sus amigos. Estaba Dylan, que acababa de llegar, no le había visto en el polígono así que supuse que habían quedado directamente aquí.

—Hola Dylan. ¿Has corrido? —le pregunté.

—No, acabo de llegar. ¿Te ha gustado? —preguntó preocupado por mí.

—Mucho —mentí— ha sido... excitante.

—¡Vaya! Me sorprende que digas eso, a mí me impone bastante —acercó la cabeza y habló bajito—, odio las carreras.

—Pues debes ser el único, porque todos estaban encantados de correr.

Volvió a acercarse. Por fin había decidido ser más comunicativo.

—Ya, están desequilibrados —me dijo dándole vueltas los ojos.

Max estaba de vuelta y Dylan se puso firme de nuevo. Había ido a pedir una botella de whisky para celebrar algo. ¿El hecho de que seguíamos vivos?

—Nos lo van a preparar dentro —dijo dirigiéndose a todos menos a mí.

—¿Has pedido el whisky? —le preguntó uno de sus amigos.

—Sí, paga la banca. No he perdido pero como si lo hubiera hecho. Si te para la poli no cuenta —dijo mirándome de reojo y sonriendo para sus adentros—. ¿Entramos ya?

Miré la mesa, allí estaríamos cómodos, no entendía el interés por apartarnos todavía más de la muchedumbre, sobre todo teniendo en cuenta que ya estábamos bastante aislados. Nadie osaba traspasar aquella zona.

—Venga Cristina, acompáñame.

Me levanté sin ganas pero obedecí sin rechistar. Caminaba delante de mí. Lo hacía delante de todos. Abría el paso decidido a llegar a lo que parecía ser uno de los salones privados. Después de que lo hiciera Max, todos se fueron sentando alrededor de la mesa, repanchingados, como si hubieran alcanzado un clímax que a mí se me había escapado.

Alguien entró por la puerta. Se trataba del chico al que había parado la policía.

—¡Ya estoy aquí! —dijo sonriente—. Solo tengo que pagar la multa —y se dejó caer en el asiento inclinándose después hacia la mesa observando

algo que no había allí.

—¿Estamos todos? ¿Sí? ¿Me estabais esperando para que pagara? ¡Pero qué huevones sois! Te has librado Max —dijo señalándole con el dedo índice—. ¡Qué suerte tienes pedazo de cabrón! —Y dándole un golpe en la pantorrilla y frotándose después las manos, continuó—. Pensé que por una vez no serías el puto amo, pero ya ves, me he equivocado.

Me quedé horrorizada. Max me miraba atentamente. Lo estaba pasando en grande rodeado de sus colegas. Entre ellos no estaba Harry. Sentí alivio. Después de mirarme fijamente a los ojos me agarró la mano. La apretaba más de la cuenta para mis estándares. Retorcí mis dedos en un intento por soltarme, pero él me la retuvo. Parecía nervioso. Sí, lo estaba y no entendía bien por qué, ¡había pasado todo! Estábamos fuera de peligro, él no había perdido la puñetera carrera y nos disponíamos a tomar unas copas.

De nuevo la puerta se abrió y entró una camarera con una bandeja enorme. En ella había vasos, hielo, whisky ¡cuchillas, billetes de cincuenta dólares y un platillo lleno de cocaína! Se apoyó sobre la mesa y comenzó a colocar las cosas sobre ella. Parecía acostumbrada a realizar la misma rutina de siempre. Max me soltó la mano. Se incorporó y me miró.

—¿Quieres? —preguntó titubeando.

Deseaba marcharme. Desaparecer de allí. Correr y no parar hasta llegar a mi casa.

—No, gracias —contesté.

—Compláceme —me dijo con esa mirada que ya conocía bien.

—Hoy no —dije secamente.

—De acuerdo, como prefieras.

Él sí lo hizo. Se metió una raya de coca y con ella aspiró también todo el polvo de la habitación. Sus coleguitas estaban haciendo lo mismo igual que las pijas que les acompañaban, pero a Dylan solo le vi beber y, de cuando en cuando, mirarme con disimulo. Estaban todos concentrados en lo que se estaban metiendo en el cuerpo. Empezaba a aborrecer esa asquerosa cita. Deseaba largarme de allí lo antes posible. Esperé un tiempo prudencial que se me hizo interminable y le dije que me iba. Llegados a ese punto prefería hacerlo sola.

—Me marchó Max, ha sido un día largo —le dije incorporándome del sillón.



—Espera, ¿quieres irte ya? —preguntó sin comprender mis prisas.

—Sí, pero no es necesario que me lleves, cogeré un taxi. No estás en condiciones de conducir —le reproché.

—Estoy perfectamente. Solo ha sido una raya, nena.

Estaba atónita, confundida por la situación. No era el sitio donde pensaba terminar la noche, aunque lo cierto era que no había pensado ningún lugar en concreto.

A pesar de que lo intenté, no dejó que me marchara sola. Nos subimos los dos al coche en un silencio sepulcral. Sabía que Max estaba buscando las palabras adecuadas, pero nada de lo que dijera me haría cambiar la opinión que me había llevado de él. Por fin se animó.

—No quiero que te lleves una mala impresión de nosotros, esto es algo que no solemos hacer, solo en las grandes ocasiones. Muy de tarde en tarde. Pensé que te gustaría divertirme un rato.

¿Este era su concepto de la diversión?

—Déjalo Max, no importa. Eres libre de hacer lo que te plazca pero yo no me quiero meter toda esa basura en el cuerpo, entiéndelo.

—Vale, entendido. No volverá a pasar.

Claro que no volvería a ocurrir. Pulsé el botón de encendido. La música comenzó a sonar haciendo desaparecer la incómoda atmósfera que se había creado. Pasé todo el camino observando por la ventanilla el paisaje de San Diego. En poco tiempo habíamos llegado a casa. Esta vez no se bajó del coche.

—Volveremos a vernos ¿verdad? —preguntó dubitativo.

—Claro Max. Nos vemos —contesté dándole un beso de despedida en la mejilla. Me bajé del coche y entré en casa.

## EL BESO DE MAX

Desperté con una resaca de mil demonios. Un simple whisky era el efecto que me producía, así que reflexioné: una rayita de coca podría haber sido mortal. No había dejado de pensar en ello durante toda la noche. A medida que pasaban los días, la dificultad para conciliar el sueño se iba acrecentando hasta el punto de llegar a dormir apenas un par de horas. Me miré en el espejo; las ojeras, cada vez más acusadas, hacían que pareciera espantosa.

Pensé en Max, en nuestra primera cita. ¿Todos nuestros encuentros serían así? Por un lado parecía emocionante, pero pensándolo fríamente no era lo que más me convenía. Resultaba difícil analizar lo ocurrido. Mi sentido común lo tenía más claro que yo.

Miré por la ventana. El día había amanecido soleado, templado, como casi siempre. Bajé a la cocina dispuesta a desayunar. Me preparé un café bien cargado y cogí un trozo del bizcocho que mi madre había hecho. Era más tarde de lo que pensaba y debía ir a clase sin falta. No me daba tiempo a pasar por el *Sharp Memorial*, lo haría probablemente después de asistir a la universidad. Terminé rápidamente mi desayuno y salí apresurada de allí.

Llegué al campus dispuesta a sobrellevar lo mejor posible la clase de arquitectura efímera que tenía por delante. Por fortuna pasó de forma borrosa. Más bien no presté atención. Mel estaba conmigo intentando averiguar cómo me había ido la noche anterior. Hablar del tema me hacía ver la situación desde otra perspectiva y ella estaba dispuesta a escuchar los escabrosos detalles.

—¿Qué hiciste anoche, Cris? —me preguntó con los ojos bien abiertos.

—Ni te lo imaginas.

No los podía abrir más, así que los entornó e inclinó la cabeza para afinar el oído. Yo continué.

—Me llevó a cenar a un japonés. Muy valiente por su parte ¿no crees? —me recreé en la explicación.

—Sí, sí, ¿y qué más? —preguntó agitada.

—¿Te parece poco? Me pasé con el vino y luego...

—¿Qué pasó luego?! —insistió ella.

—Me llevó a una carrera de coches.

Mel se irguió en la silla y puso cara de asombro.

—¿A una carrera? —preguntó sorprendida—. Menudo rollo ¿no?

Si yo te contara...

—Digamos que fue emocionante. Mel, fue una carrera muy rara, ellos son raros. Demasiado pijos. Creo que estamos en una onda distinta, sin embargo...

—¡Arranca, por Dios! —se apresuró a decir Mel.

—Creo que me gusta un poco. Pero solo un poco ¿eh? A lo mejor es simplemente el hecho de que me entretiene y me saca por ahí, pero lo cierto es que su compañía me resulta excitante.

—No te dejes engañar, Cris, es mayor y te da mil vueltas de tuerca. Los tíos mayores se las saben todas. Te está engatusando.

—¿No te gusta o qué? —pregunté confundida por su razonamiento.

—Pues no, la verdad, me parece oscuro. Esconde algo. No sé exactamente el qué pero seguro que nada bueno.

—¿Y en qué te basas, si se puede saber? —pregunté interesada. Yo también pensaba en drogas y cosas por el estilo, pero no se lo quería decir.

—En mi intuición.

Hala. Lo suelta y se queda tan pancha.

—Y en alguna cosa más, supongo —quise saber.

—No, solo eso. Los veo venir, Cris, y tú no. Todos sabemos que eres demasiado inocente para darte cuenta.

—¿De verdad? No sabía yo tal cosa —exclamé desconcertada.

—Pues ya la sabes —dijo haciendo una mueca de enfado.

Me dejó pensativa. Suponía que el temor que me hacía sentir Max se debía a varias cosas. La primera era su edad, quizá demasiado mayor para mí y la segunda su estatus social, exageradamente alejado del mío. De no habérmelo presentado Harry nunca hubiera aceptado una invitación de un hombre como él, pero me había pillado con la guardia baja.

Cuando salimos de clase tenía en el móvil cinco llamadas perdidas, todas de él. Podía ser muy testarudo. No tenía ganas de escuchar sus comentarios, ya se justificó por la noche y no logró persuadirme, así que

me convencí satisfecha, no le contestaría. Al menos no de momento. Puede que me empezara a gustar, pero no lo suficiente como para sentirme atrapada.

Aprovechando el fantástico sol que lucía esa mañana en San Diego, Mel y yo nos sentamos en una terraza para hablar de nuestras cosas. Solo había pasado un rato desde que acabó la clase cuando Max volvió a conectar conmigo. Esta vez a través de un mensaje de texto.

*Hola princesa. Estamos atraídos por una fuerza invisible y eso ya no se puede cambiar. Responde a mis llamadas o coge el teléfono porque si no, puede que me vuelva loco. Max.*

Decidí ignorarlo, no tenía sentido sentirme agobiada tan pronto. Necesitaba recapacitar sobre lo ocurrido anoche. De hecho, debería hacerlo seriamente para que mi insensatez no me nublara el sentido.

Volví de nuevo a recibir un mensaje. Esta vez en un tono menos romántico.

*Nena, responde a mis llamadas o tendré que azotarte en el culo la próxima vez que te vea (es una broma) Max.*

Se los enseñé a Mel, divertida por las frasecitas que con tanta agudeza había elegido Max. Ella se quedó muy seria, concentrada en algo que se me escapaba. Por fin lo compartió conmigo.

—Decidido, es un acosador. No deberías volver a verle —dijo categórica.

No me había atrevido a contarle lo del reservado de la discoteca por si me decía algo así. Si se enterase de que en la primera cita me había incitado a probar la cocaína ya no tendría clemencia.

—¿No puede ser que realmente desee hablar conmigo? —pregunté quitándole importancia.

—Si fuera así, dime, ¿por qué no le has cogido el teléfono? —preguntó expectante.

—¿Quizás porque estaba en clase? —respondí con una pregunta retórica.

—Muy bien, haz lo que te parezca, eres libre, pero debes saber que ese tío no te conviene en absoluto. No hay más que verlo, no tenéis nada en común. Y esas frasecitas tuyas, no sé, no... no me gustan, son las típicas que diría un tirano dominante, es demasiado autoritario. ¿Lleva esposas en

el maletero? ¿Cinta para embalar? —empezaba a desvariar.

—Cada día estás más aguda, no te pases Mel —contesté riendo.

—¿Qué dice Harry?

—No hemos hablado mucho del tema, últimamente apenas lo veo, pero según él es honesto, así que supongo que no se equivocará.

Mel suele ser objetiva, siempre. Tajante y directa a la hora de plantear sus meditadas conclusiones, pero esta vez se estaba pasando de la raya. No entendía por qué le parecía tan mal que quedara con él. Tal vez fuera porque Max se encontraba al margen de nuestro entorno más íntimo, aunque en verdad se trataba de algo mucho más profundo. Según ella, que tiene línea directa con el más allá y rara vez falla su intuición, ha visto cosas feas flotando a su alrededor. Su percepción de las cosas suele ser clara y concisa; misteriosa en cierto modo, pero nunca suele fallar. Según dice, es tan intuitiva que lo ve sin más. Yo siempre le he hecho caso, todas lo hacemos, pero ahora no, esta vez no, no me apetece hacerlo. Tengo ganas de seguir mi instinto y comportarme, por una vez en mi vida, de una forma irracional, sin pensar en lo que pueda venir después y sin importarme lo que opinen a mi alrededor, aunque por otro lado, mi buen juicio me incita a escuchar, a hacerle caso como de costumbre y seguir a ciegas sus directrices para no meter la pata.

Tenía una desazón enorme, sentía como si me hubieran amputado todas las extremidades. Le echaba de menos a él. Al final se trataba de eso. Estaba buscando fuera lo que no podía tener por el estado inconsciente de Mike. ¡Pero qué coño me estaba pasando! ¡Me estaba volviendo loca! Y la peor sensación era mi estado de ánimo, me sentía miserable. Tenía la impresión de estar traicionando a Mike, aunque en realidad a la que traicionaba era a mí misma. No comprendía cómo podía ser tan necia, pero la irremediable atracción que sentía por Max suponía un misterio para mí. Deseaba quedarme sola y recapacitar acerca de lo ocurrido en las últimas semanas. Hoy no iría al hospital.

—Muy bien Mel, aunque no estoy del todo de acuerdo con tus fantasías, te voy a hacer caso. Hablaré con Max y le diré que no está hecho para mí, así me doy un tiempo para reconsiderarlo, creo que lo entenderá. Tampoco hemos intimado así que le resultará fácil asumirlo.

Se quedó mirándome, pensativa, dudando si interrogarme igual que hacía mi madre.

—¿No os habéis enrollado? —preguntó curiosa. Se moría de ganas por conocer los detalles más personales de nuestra reciente relación.

—Todavía no. ¿De verdad te sorprende? ¡Solo le he visto varias veces! No soy tan lanzada Mel, ya me conoces. Soy demasiado mojigata para dejarme llevar sin pensármelo mil veces.

—Claro, me había hecho otra película. Me tranquiliza saberlo Cris, mucho mejor así.

Nos dirigimos al coche, a esa hora el aparcamiento estaba atestado de estudiantes que acababan de terminar su última clase de la semana. Salían dispuestos a pasarlo en grande los próximos días. Por fin habían llegado las esperadas vacaciones de primavera, una semana en la que el mundo parecía transformarse. En esta ocasión nosotros no planificamos nada, estábamos perdiendo fuerza. En el fondo me alegré, porque de haberlo hecho, se hubiera truncado el viaje. El año pasado fuimos juntos a una animada playa de la costa mejicana y fue un desparrame total. Al recordarlo desde la distancia, creo que fue una temeridad. Demasiado baile, desmedido consumo de alcohol, una juerga exagerada... este año no tenía interés en repetir esa historia. Necesitaba algo reposado y creo que mis amigos también. Becky y Britney irían con su madre y su padrastro a hacer un crucero por las islas griegas, Mel no tenía pensado salir y Fred y Fernando todavía no habían hecho sus planes, en cambio yo lo sabía desde hacía tiempo, esa semana era una de las más rentables en Galilea y este año me había tocado quedarme. Recordé la foto de las montañas rocosas que me había enviado Mike. Tomaba sentido la idea de que me lo había preguntado en serio.

Dejé a Mel en su casa. Por suerte para ella, me pillaba de camino a la cafetería. Después del sermón que me había llevado en la terraza unos minutos antes, en el camino de vuelta habíamos estado mudas. Cosa que agradecí.

—Aquí te quedas, doña sabelotodo —le dije en broma.

—¡Ay! Qué harías tú sin mí —suspiró ella.

Aparcaba junto a Galilea cuando, por enésima vez, volvió a sonar el teléfono. Esta vez no era ningún mensaje, se trataba de Max. Dudé si cogerlo o no, pero en algún momento tendría que hacerlo. Cuanto antes lo hiciera mejor. Contesté como si nada.

—Hola Max —dije cuando descolgué.

—Hola princesa —me contestó con suavidad, midiendo cada una de las palabras que salían por su boca.

—He visto que me has llamado. Estaba en clase. Pensaba contestarte ahora.

—Eso imaginaba. ¿Qué tal tus clases? ¿Estás ya de vacaciones? —preguntó.

—De la universidad sí, pero tengo que seguir viniendo a Galilea. Estos días hay mucho trabajo aquí —le dije intentando soltar una indirecta.

—Comprendo —dijo escuetamente.

—¿Tú vas a cogerte unos días? —le pregunté esperando que me pusiera al corriente.

—¿Quieres que lo haga? —respondió sorprendiéndome, como de costumbre.

—Pues no, ¿por qué iba a quererlo? Además, yo no estoy de vacaciones, tengo trabajo, pero si necesitas disfrutar de unos días de descanso, puedes hacerlo. No tienes jefes a los que pedir permiso ¿no es así? —me acordé de los cinco hombres encorbatados que vi el día de su cumpleaños. Tal vez tendría que rendirles cuentas a ellos.

Max se rio, prepotente como de costumbre.

—Por supuesto que no —respondió—, soy el jefe.

Me quedé en silencio. No sabía qué decir.

—¿Quedamos luego y hablamos? —preguntó cambiando el talante.

Cuanto antes aclarase las cosas con él mucho mejor, pero lo cierto es que no tenía ganas de hacerlo hoy.

—Voy a empezar mi turno y estoy cansada, me duele la cabeza y necesito dormir, mejor lo dejamos para otro día ¿vale? Llevo varias noches con insomnio y no aguanto más. Además, con las salidas nocturnas y tanto movimiento, ya sabes...

—Solo será un rato. Te recojo cuando salgas y tomamos algo rápido. Si lo prefieres quedamos cerca de tu casa. ¿Qué me dices?

Lo consideraré. Había sido muy clara al decirle que prefería quedar otro día, pero era tan obstinado que siempre conseguía salirse con la suya.

—De acuerdo, pero solo me quedará un rato, nada más. Estoy cansada.

No sería el mejor momento para decirle que lo que aún no había empezado tenía que terminar. Para ese tipo de conversaciones necesitaba

mi tiempo. Preparar las palabras correctas y estar fresca, con la mente despejada.

—Te recogeré a las ocho, nena. Necesito verte. Quiero hablar seriamente contigo. No salgas tarde.

Entré en la cafetería cuando Mariah estaba todavía quitándose el delantal.

—Hola Cristina, llegas a tiempo. ¿Qué tal tu último día de clase? ¿Haréis fiesta esta noche para celebrarlo?

Conocía a Mariah desde hacía varios años y era la primera vez que la veía contenta. Puede que estuviera cambiando la tendencia o quizás yo no le había prestado la suficiente atención.

—Este año no haremos nada, estamos desanimados. ¿Tú vas a algún sitio? —le pregunté.

—Sí, nos vamos a Puerto Rico toda la semana. Ya te contaré a la vuelta. Que te sea leve por aquí.

—Adiós Mariah, buen viaje, ¡pasadlo bien!

Pasé la tarde en Galilea sumida en mis reflexiones, razonando los motivos por los que quería poner fin a mi relación con Max, aunque pensándolo bien, por el momento solo éramos amigos. ¡Qué difícil resultaba todo! Por suerte, la cafetería se encontraba a rebosar de gente y las cuatro horas se me pasaron volando.

Cuando salí él me esperaba en la entrada. Tenía la espalda apoyada, como por casualidad, en la puerta del copiloto de su precioso automóvil. Desde que le vi por primera vez en el pabellón de los *Clippers* me había parecido guapo, pero hoy estaba especialmente atractivo. Se había esmerado para la ocasión. Era la primera vez que le veía con unas zapatillas puestas. Los vaqueros también le sentaban bien. Ese atuendo le hacía parecer más joven.

Al verme se incorporó, nervioso, y encaminándose hacia mí me obsequió con una seductora sonrisa.

—Hola princesa. Estás preciosa —dijo tocándome delicadamente la cintura y besando mi mejilla.

Me hablaba como si fuera su novia. ¡NO éramos novios! ¿Qué le hacía pensar algo así? Todavía nos estábamos conociendo, decidiendo si lo seríamos o no. Intenté mostrarme fría, lo más distante posible, pero no lo conseguí. Me vi de nuevo en sus redes analizando la situación e intentando



arrancar de mi cabeza la conversación con Mel. ¿Qué había de malo en coquetear un poco?

—Hola Max. ¿Qué tal te ha ido el día? —le dije sonriendo yo también.

—¿El día? mejorando por momentos, nena —dijo poniendo un gracioso mohín—. He tenido mucho trabajo pero ahora solo quiero estar contigo. ¿Y tú? Supongo que opinas lo mismo.

Oh, que directo podía mostrarse ante una simple pregunta. Le sonreí como respuesta y él continuó como si nada.

—¿Tienes hambre? —dijo antes de que yo articulara palabra.

—La verdad es que sí.

—¿Te apetece probar la mejor pizza de San Diego? —me preguntó y, sin esperar respuesta, abrió la puerta del coche.

Fuimos al restaurante italiano de moda, El Toscana Pasta, donde nos sirvieron la mejor pizza que había probado jamás. Max me observaba fijamente, estudiando cada uno de mis movimientos mientras me comía todo.

—¿Qué miras? —quise saber.

—Me gusta verte comer —contestó sin apartar la mirada de mis ojos.

—Ya, supongo que es un entretenimiento apasionante pero me pones nerviosa ¿sabes? Así que córtate un poco.

—No puedo dejar de mirarte.

—Inténtalo ¿vale? Haz un esfuerzo —dije riéndome—. ¿Ya te la has comido? ¡Sí que estabas hambriento! Aún no me has contado lo que has hecho hoy —comenté para desviar su atención.

—¿De verdad te interesa? —preguntó abriendo los ojos y alzando exageradamente las cejas.

—Por supuesto. ¿Acaso te extraña? —respondí desconcertada.

—No —dijo apoyando los dos codos sobre la mesa y acercándose a mí.

—¿Entonces? —pregunté separando mi cara en actitud defensiva.

—¿Entonces qué?

—Vale, no quieres hablar de ello, muy bien. Pues mi día ha sido un rollo ¿sabes? En la clase de esta mañana casi me duermo, menos mal que por la tarde en Galilea se me ha pasado el tiempo rápido que si no...

—Me gusta la vida que llevas —dijo de pronto—, es... sencilla. Tú eres transparente. Se te ve, ¿cómo decirlo sin que suene raro? Sensible y tierna,

justo lo contrario a lo que soy yo.

Conseguía confundirme, pero parecía sincero al decirme aquello.

—¿Qué diablos dices? No te entiendo, ¿acaso eres un ser perverso y me tienes engañada? —pregunté esforzándome por sonreír, intentando no darle importancia a las palabras que acababa de pronunciar.

—Algo así, pero cuando estoy contigo siento que me transformo. Me haces sentir como en casa. En este momento eres el centro de mi universo.

Era la primera vez que se sinceraba tanto, parecía franco. Daba la impresión de que llevaba encima una carga muy pesada, algún problema que le preocupaba mucho. La ansiedad se reflejaba en su rostro.

—Tú no eres malo, Max. ¿Por qué piensas eso? —quise sonsacarle—. Si hay algo que te preocupa puedes contármelo. Seguro que si lo sueltas te sientes mejor, ya verás, haz la prueba ¿quieres?

Esperé a que me respondiera pero no lo hizo, por el contrario, le pidió al camarero la cuenta. Desistí, me recosté en el respaldo de la silla, perpleja, mientras le observaba sacar la tarjeta y dirigirse con unos modales perfectos al camarero que nos había atendido.

—¿Han cenado bien? —le preguntó a Max, que me miró antes de responderle esperando mi aprobación. Asentí con la cabeza.

—Todo perfecto, muy amable —contestó y, después de dejarle una generosa propina, se levantó, me tendió la mano y salimos del local.

—Muchas gracias caballero. Vuelvan ustedes pronto.

Yo también desearía que unos clientes así regresaran cuanto antes. ¿Le sobraba el dinero o qué bicho le había picado a este tío? ¡Vaya propina le había soltado!

Según íbamos al coche Max me contó algo de lo que había hecho durante el día. Supongo que fue para que no le interrogase acerca de sus negocios.

—He estado con tu hermano en el *Totem Gym*, se está poniendo como un toro y eso que lleva viniendo apenas unos meses. Ni siquiera hace un año que se machaca y mírale cómo está.

—¿Se pincha? —quise averiguar, sin éxito. Max se quedó en silencio un momento, y mirando al infinito me respondió:

—Ni idea.

Parecía estar mintiendo. Como decía Mel, era un tipo oscuro que

escondía muchas cosas, aunque a decir verdad, precisamente esa no debería importarle. Cuando viera a Harry le preguntaría, seguro que a él no le importaría decir la verdad. No era tan grave, pero dejé el tema y entré en el coche mientras le miraba de reojo. Tenía la expresión avergonzada. Disimulé como si no me hubiera dado cuenta y él se puso a trastear con la música hasta que encontró lo que andaba buscando. Comenzó a sonar *Follow you into the dark* de *Death Cab for Cutie*. Arrancó sin decir nada.

—¿Te gusta? —preguntó con mirada cariñosa.

Le miré a los ojos, había algo en él que no conseguía comprender: su forma de actuar escondiéndome tonterías insignificantes, el aura misteriosa que le separaba tanto de mí aunque estuviéramos juntos... una expresión de desencanto nubló su rostro.

—Sí, claro que sí. Es una canción bonita, pero un poco triste, ¿no crees?

—Tal vez. ¿Prefieres que busque otra cosa? —dijo intentando agradar.

—Déjalo, así está bien.

Condujo despacio en dirección al aparcamiento de la cafetería donde había dejado mi coche. Intentaba decidir si hablarle o mantenerme callada. Todo lo que había dicho durante la cena parecía incomodarle. Me apoyé en el reposacabezas y cerré los ojos. Cuando los abrí casi habíamos llegado. Le observé en silencio. Sus rasgos eran rígidos y, a pesar de la oscuridad reinante, vi que sus ojos estaban vidriosos. Parecía triste, y eso que aún no le había dicho que dejáramos de vernos. No había abordado el tema de la cocaína, y el de la peligrosa carrera tampoco. Algo grave le debía estar pasando pero de sobra sabía que no lo hablaría conmigo.

—¿Estás preocupado? ¿Ha sido por algo que he dicho? Porque si es así, prefiero que me lo digas —le pregunté, sabiendo que no eran mis comentarios los que le inquietaban.

—No tiene que ver contigo, nena. Es el trabajo lo que me preocupa. Un negocio en el que nos jugamos mucho. Siento no estar al cien por cien para ti, pero lo voy a arreglar —comentó sin mirarme mientras aparcaba justo detrás de mi coche.

—¿Ah, sí? Pues es un poco tarde ¿no crees?

—No —contestó girando la cabeza y observándome atentamente con esa mirada de depredador que me dejaba aturdida.

—Habíamos quedado para hablar, ¿lo recuerdas? Y no has querido que

lo hiciéramos —sabía que no era el momento oportuno para soltárselo, pero me estaba asustando—. Lo que ocurrió ayer no me gustó demasiado, Max. Quizá no sea buena idea que tú y yo... ya sabes, que comencemos algo de lo que luego podamos arrepentirnos. Nos gustan cosas distintas, la gente con la que vamos también es muy diferente...

Seguía mirándome sin parpadear, serio y en un silencio incómodo.

—Si fuéramos iguales sería muy aburrido ¿no crees? Además, creía que las veces que nos hemos visto lo habíamos pasado bien. ¿No ha sido así?

—Sí, pero... creo que no es buena idea que sigamos viéndonos.

Él continuaba mirándome atentamente con esa seguridad que me incomodaba tanto. Retiró la mano con la que aún sujetaba el volante y la acercó lentamente a mi rostro. Rozó con delicadeza mi mejilla y me retiró un mechón de pelo hasta situarlo detrás de mi oreja mientras lo miraba. Hizo lo mismo con la otra mano en un claro gesto de acercarse a mí. Me sujetó con firmeza y me agarró la cabeza con ambas manos. Yo seguía quieta; esperando, en el fondo, deseando que lo hiciera. Noté un cosquilleo y me revolví en el asiento. Él seguía estudiando mi rostro con intensidad, entonces, se aproximó un poco más y me besó apasionadamente. Los labios me temblaban y el pulso se me aceleró. Max me besaba con ternura y poco a poco mis músculos se relajaron. Continuó besándome sin aflojar la pasión. De pronto noté cómo se excitaba por momentos, inclinó su frente y empezó a besarme el cuello. Con suavidad, metió sus manos por debajo de mi blusa y comenzó a tocarme. Liberó un pecho del sujetador y me acarició, lo encaró despacio al principio por miedo a que le rechazara, pero al ver que no lo hacía, hizo lo mismo con el otro, y a continuación agarró con fuerza mi pecho sosteniéndolo entre sus manos. En un movimiento rápido introdujo su cabeza por debajo de la ropa y pasó una pierna por encima del cambio de marchas para situarse después sobre mí. En ese momento los faros de un coche nos devolvieron a la realidad. No era el lugar adecuado para estar haciendo eso.

—Para Max. Aquí no —le increpé.

—No hay nadie —dijo cabreado—, solo es un coche y ha pasado de largo.

—Estamos en la calle, ¡en la puerta de mi lugar de trabajo!

—Lo sé, pero está cerrado. Nadie nos ha visto pero tienes razón, quizá

no sea el mejor sitio para hacerlo. Vamos a mi casa —dijo recomponiéndose y haciendo ademán de arrancar el coche.

—Mejor otro día. Ahora mismo no estoy preparada.

Me miró como si le hubiera herido en lo más profundo de su ser. Me contemplaba como si su presa se le fuera a escapar de las manos. Menos mal que empezaba a conocerle y sabía que después de esa mirada soltaría alguna frase agradable para compensar.

—Como prefieras nena, veo que no te gusta correr, pero no me hagas esperar demasiado porque la paciencia no es uno de mis puntos fuertes. ¡Ese puto coche nos ha cortado el rollo!

Realmente lo pensaba. Estaba acostumbrado a tener todo lo que deseara, pero yo no era ninguna cosa material que pudiese elegir a su antojo, y tampoco uno de esos peleles que merodeaban a su alrededor esperando sus migajas o vete a saber el qué. Me alegré de que aquel coche nos hubiese cortado el rollo, como él decía, aunque tampoco estaba bien hacerle pensar que podíamos tener algo más. Ni siquiera me había resistido un poquito cuando me besó. Sentía una fuerte atracción. De la forma más absurda había empezado a gustarme, pero no más que Mike, ni siquiera se acercaba un poco, eran dos polos opuestos y sin embargo...

—Mañana tienes el día libre. Podías dedicarlo a mí y acabar lo que hemos dejado a medias —me comentó mientras se le iluminaba el rostro.

—No puedo, debo venir —dije mirando hacia la entrada de la cafetería —, Mariah se ha cogido vacaciones y somos menos. Nos tenemos que repartir los turnos y me ha tocado mañana —además tenía pensado ir a ver a mi amigo, pero eso no se lo dije.

—Vaya, qué faena —me miró serio y continuó—. Hablaremos de todas formas y veremos cómo hacerlo. Procura reservarte un rato. No te escaparás tan rápido.

Despidiéndome, abrí la puerta para salir. Él me sujetó del brazo.

—Espera —dijo mientras me agarraba los dos mofletes y me daba un sonoro beso—. Ahora sí, hasta mañana, princesa.

Esperó a que me subiera al coche y los dos nos perdidos por las oscuras calles de San Diego. Cada uno por su lado. Necesitaba tiempo para aclarar las ideas, debía analizar todos los asuntos que se amontonaban desordenadamente dentro de mi cabeza.

## NEGOCIOS TURBIOS

Mis padres pasaban el fin de semana fuera, así que me encontraba sola en casa para variar. Desde la ventana de la cocina donde me preparaba un delicioso café, podía ver el cielo luciendo un intenso azul. Salí al porche para disfrutar de un ratito de tranquilidad. Cogí la revista *People* y la hojeé distraída. De repente, Harry apareció por la puerta.

—¡Qué sorpresa, hermanito! ¿Qué haces por aquí? —era extraño que viniera a visitarnos y aún más sabiendo que no estarían mis padres. Últimamente no se dejaba ver mucho.

—Veo que te alegras de verme, como siempre —dijo en su habitual tono sarcástico.

—Pues claro que sí. Anda, ven y siéntate conmigo, aquí fuera hoy se está de maravilla. ¿Quieres café? Acabo de hacerlo.

—No gracias, vengo de desayunar.

—Papá y mamá no están. Te lo habían dicho ¿verdad? —pregunté extrañada ante su inesperada visita.

—Lo sé. Quería verte a ti —yo le puse cara de sorpresa aunque me imaginaba que se trataba de Max—, pero no te asustes, no pasa nada.

»De momento —añadió.

Cuando alguien dice: «No te asustes», sabes automáticamente que tienes que preocuparte de algo.

—¿Qué es lo que pasa? —le pregunté alarmada—. ¿Se trata de Max? ¿Te ha dicho algo? ¡Habla, venga!

—Lo vas a flipar. Me han contado cosas que no me han gustado nada y tengo que prevenirte.

—¿Prevenirme de qué? —quise saber.

—De tu «algo más que amigo» Max.

—Solo somos amigos pero él intenta ir demasiado rápido. Apenas le conozco y no tengo las ideas claras, pero antes de que continúes debes saber que ayer nos besamos.

Tras un corto silencio en el que me miró pensativo, dijo:

—Bueno, no hace falta que me des detalles, aunque él habla de ti como si estuvierais comprometidos —puntualizó arrugando la frente.

—Era para ponerte en situación. Pero no, que yo sepa no somos novios y no sé si llegaremos a serlo —le aclaré.

—Vale, tanto mejor. Escucha lo que te voy a decir, me han contado que el grupo de Max está metido en negocios turbios, confirmadísimo, pertenecen a un grupo del crimen organizado y son muy peligrosos.

Me quedé estupefacta aunque no me resultaba tan descabellado como debería.

—¿Quién te ha contado eso? —pregunté interesada e incorporándome para atenderle mejor.

—Alguien que les conoce bien, es un amigo del gimnasio que intenta avisarme.

—¿Y le crees? —pregunté expectante.

—Digamos que lo sabe de buena tinta. Gracias a su tío se enteró de que la familia de Max realizaba actividades delictivas graves. Les han investigado y, según dice mi amigo, se ha enterado de cosas que preferiría no saber, pero no me ha dado detalles.

—¿Y qué es lo que hacen? ¿A qué se dedican exactamente? Eso sí te lo habrá dicho.

—Dice que poseen varios negocios relacionados con la construcción y, gracias a ellos, blanquean parte del dinero. Eso entraba dentro de lo previsible, pero además, tienen clubes donde se ejerce la prostitución, practican el juego clandestino y en los que circula la droga que traen desde diferentes sitios.

Recordé Camelot. ¿Sería dueño de la discoteca? No podría jurarlo, pero desde luego allí se corrían sus juergas, lo había comprobado en persona. Harry seguía hablando.

—Como verás, no hay por dónde coger a estos sinvergüenzas. Son unos cuantos, en total alrededor de treinta, sin contar con los asociados a los que contratan para hacer algunos trabajitos. Actúan principalmente en San Diego y en Filadelfia. Por lo que sé, Max es el actual jefe. El más joven que ha tenido la banda. Ha sido nombrado recientemente tras la muerte del anterior cabecilla, que llevaba en su puesto casi tres décadas. Durante los últimos años Max fue su protegido, y le enseñó todo lo necesario para dar continuidad al clan, así que imagínate el poder que tiene.

—¡Pero Harry! Parece que estás hablando de una organización criminal, de la gente más peligrosa que existe.

—Son delincuentes, una banda organizada, Cris, muy peligrosos.

—¿Asesinos? —pregunté aterrorizada.

—Solo utilizan la violencia en casos extremos, pero si tienen que deshacerse de alguien no les tiembla el pulso. Es muy arriesgado que andes con él. Deberías cortar por lo sano antes de que se encapriche del todo y quiera algo serio. Si dejas que lo haga, entrarás en su entorno y sabrás más de la cuenta.

—No sé Harry, lo que me estás contando parece un disparate, pero si te soy sincera, desde que le conozco me ha parecido una persona oscura que ocultaba cosas feas —no era la única que pensaba así. Recordé lo que me había dicho Mel.

—Y lo más probable es que así sea. Acuérdate del día de su cumpleaños, Liam y tú os hicisteis la película completa. ¿Recuerdas aquellos hombres con los que hablaba? Deben ser de su círculo más íntimo.

—Sí, la imagen me viene muchas veces a la cabeza, sobre todo sus semblantes. Parecía que no tramaban nada bueno. ¿Por qué me lo presentaste? ¡Te podías haber asegurado antes! ¿Es que acaso ahora te juntas con gentuza? No me gusta el ambiente de ese gimnasio, tú también deberías dejar de ir allí.

—¡Eh! Para, para, yo solo te lo he presentado, has sido tú solita la que has decidido enrollarte con él. No te dije que lo hicieras —exclamó enfadado.

—Sí, es verdad, pero deberías tener un poquito de cuidado y controlar con quién vas. Ya eres mayorcito para saber el tipo de gente que te conviene.

—Venga Cris, no te pongas así, no tenía ni idea, de haberlo sabido te aseguro que no le habrías conocido —se excusó.

—Vale, pues ya es tarde para eso —dije disgustada.

—Lo sé —susurró cabizbajo.

—Por cierto, ¿te estás pinchando? ¿Tomas algo para estar así de musculoso?

Me miró considerando lo que le acababa de preguntar. Se pensó durante unos segundos si contestarme a aquella confusa pregunta o no, pero finalmente sí lo hizo.



—¿A ti qué más te da? —se rio entre dientes.

—Es una simple pregunta. Se te marcan más los músculos y tengo curiosidad —le dije haciéndome la distraída mientras me observaba atentamente una cutícula que tenía en el dedo índice.

—¡Chss! —dijo mirando a uno y otro lado—, me he pinchado esteroides, pero ya no lo hago, es un engorro, ahora solo me machaco con las pesas, el resultado no es el mismo pero bueno. ¿Y sabes qué? Era Max el que me los vendía.

¡Max parecía omnipresente! De una u otra forma siempre salía a colación. Me mintió intencionadamente cuando me dijo que no sabía si Harry se pinchaba o no. Cada vez me resultaba más difícil confiar en él, y esto no era más que una tontería, no quería imaginar lo que me diría cuando me decidiera a preguntarle alguna cosa importante.

—Si se entera mamá le puede dar un infarto, así que por favor te pido que no se lo digas ¿vale hermanita?

—Te lo prometo —dije haciendo el gesto de coserme la boca—, no le diré una palabra de esto.

El sonido del teléfono nos sobresaltó a los dos. Miramos la pantalla mientras seguía sonando. Era él.

—Cris, contesta —me dijo Harry señalando el móvil—, es él —puntualizó, por si no lo había visto.

—¡Ya voy! ¡Que se espere, jolín! —tragué saliva.

—Hola Max —dije temblorosa.

—Buenos días reina —me había ascendido—. ¿Es pronto para llamarte? No estaba seguro de si estarías despierta.

—Ya sabes que duermo poco, pero gracias por la deferencia, me he despertado hace rato. ¿Qué te cuentas?

—Pues una faena, me ha surgido algo y tengo que coger un avión esta misma mañana, así que tenemos que adelantar nuestra cita —que yo supiera, no habíamos concretado ninguna, pero no era necesario recordárselo—, es pronto para saberlo pero creo que no estaré de vuelta hasta dentro de cuatro o cinco días —me dijo.

—¿Y adónde vas, si se puede saber? —pregunté curiosa.

—A Filadelfia. Tengo algunos asuntos que atender allí y no me queda más remedio que ir.

—Bueno, pero eso está bien ¿no? A mí me gustaría ir a ver a la familia de vez en cuando —dije como si no supiera nada.

Mientras hablaba con él, Harry me hacía señas sin parar. Gesticulaba y me sugería que cortase la conversación. Movía dos dedos simulando unas tijeras.

—Claro que me apetece, pero como voy principalmente por cuestiones de trabajo no tendré mucho tiempo para visitarles como es debido.

—Bueno, pero ya que tienes que ir al menos inténtalo, aprovecha, seguro que les hace ilusión.

—Lo haré —se quedó en silencio un instante y luego continuó—. La próxima vez que tenga que ir te llevaré conmigo. ¿Te gustaría?

Vacilé un momento antes de contestar. Harry me miraba con el ceño fruncido.

—Sí claro, me encantaría si pudiera, pero es complicado con las clases y el trabajo, ya sabes —todavía no me había invitado formalmente y ya estaba poniéndole excusas.

—¡Va! Las clases las terminarás pronto y no creo que pienses trabajar toda tu vida en esa cafetería ¿verdad? —sus comentarios despectivos conseguían irritarme.

—¿Y por qué no? ¿Qué tiene de malo? —le pregunté para crisparle. Yo también sabía hacerlo.

—Te mereces algo más, princesa. Ya lo verás —se quedó callado—. Bueno, te llamaré desde allí ¿vale? Sé buena mientras estoy fuera.

Sonreí. En el fondo me gustaba más de lo que reconocía. Era un seductor, aunque sabía que no era el chico que me convenía.

—Lo intentaré, pero no te prometo nada —dije riéndome.

Guardó silencio de nuevo, quería decirme algo más pero no se decidía.

—No quiero perder el vuelo pero estoy deseando verte, me gustaría despedirme y tener una imagen bonita antes de partir, me sobra un rato antes de coger el avión, así que podemos vernos, aunque solo sea un momento —se hizo un silencio—. Por favor.

No me podía negar.

—¿Un café? —pregunté.

—Hecho. Tampoco tengo tiempo para más. Te recojo en diez minutos.

Cuando colgué, permanecí un momento mirando la pantalla del

teléfono. Reflexionando acerca de lo que me hacía sentir cuando hablaba con él.

—¿Va todo bien? —preguntó Harry con expresión alarmada.

—Sí —mentí—, se va de viaje, pero regresará en pocos días.

—¿Y por qué se te ha quedado esa cara? Deberías alegrarte —dijo contrariado.

—Tienes razón —asentí.

—¡Te gusta! Por lo que más quieras, Cris, intenta olvidarle. ¿Qué tengo que decirte para que te des cuenta de que no te conviene? ¿No ha sido suficiente lo que te acabo de contar?

—Supongo que sí, aunque has sido un poco ambiguo.

—¿Ambiguo? ¿Acaso quieres decir que no he sido lo suficientemente claro para convencerte?

—Sí, justo, eso he querido decir, que has sido impreciso. No me has dado ningún dato. ¿Cómo sabes que ese amigo tuyo del gimnasio está siendo sincero? A lo mejor solo quiere desacreditarle.

—Vale, no te puedo describir hechos concretos, ¿a lo mejor necesitas verlo con tus propios ojos? Muy bien. También eres mayorcita para saber lo que te conviene. Yo te he avisado, a partir de ahora tú sabrás lo que haces.

—Deja de echarme la charla ¿vale? Me doy por enterada. Ya me lo has contado y has hecho lo correcto, no te preocupes por mí.

—Sí que me preocupo, ¿quién si no? —me miró mosqueado—. Además, me ha parecido que quedabas con él, espero equivocarme... —suspiró.

—No, no te equivocas, pero solo vamos a tomar un café rápido.

—No se te puede dejar un momento sola. Ten cuidado, Cris, solo te pido eso. Procura ir dando carpetazo a este asunto, es por tu bien —dijo levantándose y besándome la frente—. Me marchó.

—¿Tan pronto? —dije mirando el reloj.

—No es tan pronto, son casi las diez. Nos vemos estos días.

—Vale, adiós.

Entonces me dio la espalda y le seguí con la mirada hasta que salió por la puerta y se montó en su coche. Luego le perdí de vista.

Subí a vestirme rápidamente y, antes de ponerme los vaqueros,

comenzó a sonar el claxon. Cerré los ojos. ¿Cómo era posible? ¡Debía estar acechándome a la vuelta de la esquina!

Bajé corriendo para no hacerle esperar. Lo último que deseaba era que perdiera un avión.

—Has llegado muy rápido —comenté desconcertada.

—Ya te he dicho que tengo poco tiempo.

Subí al coche casi en marcha y pisó a fondo el acelerador.

—Cuidado con las multas.

Aunque llevaba conectado el GPS los coches de policía aparecían donde menos te esperabas.

—Tienes razón —dijo reduciendo la marcha.

—¿Qué harás con el coche? —ni siquiera me había ofrecido a llevarle.

—Irás luego Dylan a por él.

Mejor así.

—¿Dylan trabaja para ti? —estaba dispuesta a averiguar todo lo que pudiera.

—Sí —respondió lacónico.

—No sé dónde podemos ir, cuando tengo que decidir algo rápido me bloqueo y no se me ocurre ningún sitio —me lamenté nerviosa.

—No te preocupes, a mí me pasa al contrario —me echó una sonrisa encantadora y puso el intermitente a la derecha—, ya casi hemos llegado.

Estábamos a poca distancia de mi casa y no conocía aquel sitio. Me pareció un lugar encantador, era una cafetería con una amplia terraza rodeada de jardineras repletas de flores. Era muy alegre, debía ser nueva.

Ni siquiera entramos, nos quedamos en una de las mesas de fuera y solo hizo falta que Max dirigiera la mirada al ventanal. Enseguida salió a atendernos una camarera.

—Buenos días señor D'Angelo, me alegra verle por aquí —dijo la chica—. ¿Qué les traigo?

—¿Qué quieres, reina? —me preguntó.

—Café solo con hielo.

—Que sean dos.

La chica desapareció y Max, mirando al cielo, se puso las Ray Ban de aviador. Hacía una mañana espléndida y él parecía descansar plácidamente, así que aproveché para sonsacarle un poco.

—Pareces un mafioso —dije intencionadamente.

Él sonrió mostrándome los hoyuelos.

—¿Y te gusta?

—¿El qué?

¿No creerá que me ponen los mafiosos?

—El aire de mafioso que me hacen las gafas. Según tú, claro.

Me llevé el dedo índice a la boca e hice como si lo pensase detenidamente. Las gafas le daban un aire mafioso, pero era indudable que sin ellas también parecía un gánster. Sabía que estaba ante un empresario de altos vuelos, pero era algo más. Los indicios sobre su trabajo iban tomando cada vez más fuerza. Tenía que poner en práctica los consejos de Harry y evitarle, acabar por las bravas con nuestra amistad. Me estaba implicando demasiado, pero es que estaba tan hechizada que me tenía atrapada.

—No estoy segura —respondí huidiza—. ¿Vienes mucho por aquí? —le pregunté mirándolo todo a mi alrededor.

—El local es mío.

Con qué prepotencia decía las cosas...

—¿En serio? Pues me encanta.

—Lo sabía, por eso te he traído aquí.

Le miré altanera.

—No te resultará tan fácil impresionarme.

—Lo sé, por eso me esfuerzo. Pero no creas que me conformo con facilidad, tengo poco aguante —comentó llevándose después la lengua a uno de sus molares.

—Y que lo digas, se te nota. El día que repartieron la paciencia estabas lejos.

—¿Y quién necesita paciencia? ¿Los monjes? —agregó.

—Es una virtud que no le viene mal a nadie —contesté divertida.

—Pues siento informarte de que mi fuerza no está en las virtudes sino todo lo contrario.

—Lo dirás de verdad.

—Soy el ser más vil que podías conocer —dijo pesaroso.

Incluso él me avisaba del peligro. Debía tomar una decisión hoy mismo, continuar con mi confortable vida o involucrarme como una insensata en

una relación con un hombre de moralidad dudosa. Hasta él lo admitía abiertamente.

—¿Pretendes conquistarme así?

—Solo te quiero informar, para que luego no digas que no te avisé —en ese punto se había quedado serio, y sus facciones, que antes reflejaban alegremente los graciosos hoyuelos, dieron paso a unas marcadas arrugas dibujadas en su frente.

—Aquí tienen sus cafés.

Me había olvidado de la chica. Ella miraba a Max esperando un comentario, que no llegó. Sentí lástima.

—Gracias guapa —le dije yo por los dos.

—Entonces he acertado con el sitio —se regodeó.

—Es una preciosidad, pero no cambies de tema, me estabas diciendo algo —quería retomar el hilo de la conversación, creí que, por primera vez, tenía deseos de abrirse.

—Ya te lo he dicho, quizá no te merezca, pero lo voy a intentar.

—¿Qué vas a hacer en Filadelfia? —pregunté para reanudar la charla.

De pronto su cara se transformó. Pensé que estaba a punto de soltarme alguna noticia relevante pero nada más lejos.

—Negocios, nena, nada más.

El tiempo se nos echó encima y debíamos marcharnos de allí, de lo contrario Max perdería el vuelo. La breve charla estuvo bien, pero yo ni siquiera aproveché para explicarle que lo nuestro era imposible, solo habría hecho falta alguna insinuación, aunque fuera minúscula, para que él fuera conociendo mi propósito, pero una vez más, no hice nada para impedir el avance de nuestra relación.

Subí al Mercedes. Max cerró con suavidad mi puerta e hizo un rodeo pasando delante del coche. Contemplé sus elegantes movimientos mientras se dirigía a su puerta. Ese perfil era demasiado para mí.

—Te dejo en casa y salgo pitando —dijo después de subirse—. Voy con tiempo, pero para ir al aeropuerto nunca se sabe, prefiero ser puntual.

—Vale, pero no corras —le recordé.

Habíamos llegado a un semáforo y Max miró bruscamente al vehículo que teníamos al lado. Un sujeto indescriptible con el cuello cubierto de collares y rosarios conducía aquel monovolumen. Junto a él se encontraba

su hermano gemelo. Los dos iban engalanados hasta las cejas, y los tatuajes, de llamativos colores, les recorrían todos los puntos visibles del cuerpo, incluida la cabeza.

—¿Conoces de algo a esos dos? —le pregunté espantada.

Max no me contestó. Seguía mirándoles con cara de horror. Giró la cabeza y se fijó en la parte de atrás. Las ventanillas traseras estaban tintadas pero, aun así, clavó su mirada en ellas por si vislumbraba algo. En ese momento comenzaron a bajar. Max continuaba mirando, curioso, esperando no sé el qué. En la parte posterior del coche se hallaba un ser capaz de descomponerte el cuerpo. Max y él se miraron fijamente. Aquel hombre tenía la mirada más malvada que había visto jamás; era moreno, con la tez curtida por el paso de los siglos, simple genética. Sus ojos eran amenazadores. Por un instante me recordó a Max, tenían los dos la misma aureola perversa que incitaba a mantenerse a cierta distancia de ellos. Solo les diferenciaba el refinado porte de mi amigo. El semáforo seguía sin cambiar de color, estaba deseando ver esa lucecita verde para largarnos de ahí. El hombre subió lentamente su mano derecha, los ojos de Max seguían clavados en él, pero percibí un leve estremecimiento; luego, el dedo índice de aquel desconocido le atravesó violentamente el cuello y, seguidamente, disparó una pistola imaginaria que dibujaba con su mano. Después de aquello volvió a subir la ventanilla. ¡Era una amenaza! Le conocía, sabía perfectamente a quién tenía delante. Me dio un vuelco el corazón. Le repetí la pregunta.

—¿Les conoces? Max, ¿sabes quiénes son? —le pregunté trastornada.

—No —una vez más decidió darme una escueta respuesta.

Por fin el semáforo cambió y sentí un tremendo alivio. Unos segundos antes había vivido la situación más alarmante de mi vida. Me sentí frágil, creí que en un momento podía acabarse todo. En mi cabeza sucedieron multitud de desenlaces y ninguno de ellos bueno. Pensé que nos dispararían, creí que nos iban a liquidar allí mismo. Lo podían haber hecho, era el tipo de gente que delinque y sale inmune. Además, en situaciones así nunca hay testigos y, de haberlos, temen las represalias si se deciden a hablar.

Miré a Max. Su expresión reflejaba una ira irreprimible.

—¿Te has asustado? —aunque sabía que no sería sincero, me vi en la necesidad de formular la pregunta. El susto me hacía hablar y deseaba que

él también dijera algo.

—No —su respuesta era furiosa y los ojos le ardían de rabia.

Fuimos todo el camino en silencio. Max no volvió a decir una sola palabra en todo el trayecto; mientras tanto, parecía que se iba recuperando.

Nunca me había alegrado tanto de llegar a casa. Max se inclinó junto a mí y me abrió la puerta desde dentro con las manos temblorosas. Era la primera vez que le veía con miedo. También estaría disgustado de que yo hubiese presenciado aquello.

—Hablamos, nena. Aún no me he marchado y ya estoy deseando volver. Cuando lo haga te prepararé una cena en casa y nadie nos molestará —dijo como si no hubiera pasado nada.

—Que tengas buen viaje, Max. Ya hablaremos cuando regreses.

Me agarró los dos mofletes con una sola mano y me dio un sonoro beso. Cerré la puerta trastornada y me volví para contemplar por última vez su coche, que desapareció como una bala nada más doblar la esquina.

Maldije aquella salida, aunque, si me quedaba un mínimo de inteligencia, cosa que a esas alturas dudaba, tal vez debería bendecirla por tratarse de una advertencia premonitoria. Decidí que jamás volveríamos a vernos. No parecía seguro.



## EL DESPERTAR

Me senté sola en el porche recapacitando acerca de lo ocurrido. No debía tomármelo a la ligera, se trataba de algo realmente grave. Me encontraba en una situación comprometida y debía ponerle remedio antes de que fuera tarde. Harry me había avisado, y yo, fiel a mis hábitos, no le había hecho ni caso.

Max era el ser más peligroso que me había cortejado. Pasé por alto todas las alarmas que me advertían, desde que le vi el día de la final, que estaba a años luz de mi mundo. Él pertenece a otro círculo, somos opuestos, por mucho que lo intentásemos no podría funcionar.

El móvil comenzó a sonar de nuevo. Parecía que esta semana todo el mundo deseaba hacer planes. Miré el ruidoso aparato. Era Fred. Pegué un respingo de la silla y contesté de inmediato.

—Hola Fred. ¿Qué pasa? —dije alterada.

—Es Mike. Se ha despertado.

—¿Y? No me gusta tu tono. ¿Está bien? ¿Cómo está? ¡Dime algo, Fred, Por favor! —exclamé agitada.

—Es mejor que vengas y lo compruebes tú misma —me indicó sin querer explicarse.

—Me estás asustando, ¿estás ahora allí? —le pregunté, aunque de repente prefería que no me contara nada. Ya no quería saber. Tal vez tenía razón y fuera mejor que lo comprobase con mis propios ojos.

—Sí, estamos Fernando y yo con sus padres. He salido al pasillo para llamarte. ¿Vas a venir? —preguntó suplicante.

—Pues claro, voy para allá. Esperadme, no os marchéis aún ¿vale? Por favor.

—No pensábamos irnos, pero no tardes.

Deseaba que Mike abriera los ojos, era lo que más anhelaba en el mundo y, sin embargo, estaba muerta de miedo. No sabía qué pensar. Al menos su aspecto no había cambiado nada. Su físico era el mismo que cuando hablamos por última vez. Me preguntaba qué era lo que me iba a encontrar. ¡Estaba histérica!

Subí a vestirme a mi habitación. Cogí algo de ropa y fui poniéndomela por el camino. Mi torpeza se hacía patente en los momentos así. No atinaba con los vaqueros y casi me caigo por las escaleras al pisarme los cordones de las zapatillas. Al llegar a la puerta me paré, cerré los ojos e intenté tranquilizarme. La cabeza me daba vueltas. Respiré hondo para recuperar la calma y en parte lo conseguí.

Me subí al coche y fui directa al *Sharp Memorial*. Comenzaba a ver borrosa la carretera que se extendía delante de mí y sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas, brotaban desbordadas sin poderlas controlar. Dudé si aparcar a un lado hasta que se me pasara, pero no lo hice, quería llegar cuanto antes y abrazarle, hablarle mirándole directamente a los ojos y comprobar que se encontraba bien. La tristeza contenida durante esos días estaba aflorando y la angustia comenzaba a apoderarse de mí. ¿Aún tendría ganas de verme? Mis peores temores se centraban en el día de la barbacoa. Tal vez después de aquello no querría perdonarme. Me avergoncé al desear, aunque solo fuera durante un instante, que no recordara nada. Era una autentica mezquina.

Dejé el coche en el aparcamiento y me dirigí a la entrada del hospital. Aquel día parecía diferente. Me detuve a observarlo todo por primera vez, las paredes eran blancas, las amplias cristaleras dejaban traspasar la luz haciendo la estancia más grande. Varias hileras de sillas de color azul eléctrico estaban repletas de gente esperando su turno. El suelo de madera estaba recién pulido y, sobre él, una enorme alfombra de tonos granates presidía el centro de la amplia sala. Los médicos no caminaban tan rápido, deambulaban de un lado a otro sin prisa, como si su mundo, igual que el mío, se hubiera detenido entonces. Miré la mesa de información que había junto a recepción, las personas que atendían tras el mostrador también me parecieron distintas.

—¡Cris! Ya estás aquí, ¡cualquiera diría que te has perdido! —dijo Fred sonriéndome. Parecía contento.

—Hola Fred —contesté intentando parecer calmada—. ¿Cómo está?

—Bueno, por suerte se encuentra mejor de lo que cabía esperar —añadió con una leve sonrisa.

—Explícate, ¿qué quieres decir con eso?

—El doctor Walter ha dicho que recuperará la memoria, y ya sabes cómo es ese hombre, nunca se moja.

—Ya veo. Finalmente ha perdido la memoria —dije desanimada—, he sido una necia al pensar que abriría los ojos y todo seguiría igual.

Apreté la mochila fuertemente contra la barriga. Si hacía fuerza, desviaría mi atención y se me pasarían las enormes ganas que tenía de llorar. Necesitaba contenerlas como fuera, no quería que Mike me viera con los ojos hinchados, ¡menuda primera impresión! Me acerqué a Fred para esconder el rostro apoyándolo en su pecho. No pude contenerlas, pero él me consoló e intentó reconfortarme.

—Al parecer suele ocurrir siempre. Solo han pasado unas horas desde que ha despertado, y seguro que a medida que pasen los días se acordará de todo.

Yo continuaba llorando, era incapaz de controlar el llanto. Fred me agarró por los hombros.

—Vamos, Cris, de verdad que está bien. Solo quería ponerte sobre aviso antes de que entrases en la habitación. En cuanto le veas se te pasará, ya lo verás. Está contento y seguro que se alegrará de verte.

—¡Pero si no se acuerda de nada!

—De algunas cosas sí, seguro que tu presencia le hace recordar —dijo guiñándome un ojo—. ¿Subimos o piensas quedarte aquí?

Cuando llegamos a la puerta de la habitación, me faltaba el valor necesario para traspasar la puerta. Agarré a Fred de la camiseta para frenarle.

—Espera —exclamé—. ¿Tengo los ojos hinchados? ¿Se nota que he llorado?

Dentro se escuchaban risas, parecían animados. Fred me miró con afecto y dijo justo lo que necesitaba oír.

—En absoluto.

Cuando Fred abrió la puerta todos se callaron. Allí estaban el señor y la señora Smith, Fernando y un sonriente Mike. Dirigí la mirada a esos ojos negros como el carbón que durante los últimos días habían estado cerrados. Aunque mis piernas querían moverse, me quedé inmóvil; todas las extremidades se me habían bloqueado, me entraron ganas de gritar, reír y llorar a la vez, pero en lugar de eso, seguí allí detenida afianzando mis pies a la fría loseta de mármol. Al vermeladeó la cabeza y sonrió. Era muy buena señal, no parecía furioso conmigo. Sus perfectos dientes blancos brillaban haciendo un contraste encantador con su joven tez

morena.

—¿Nos conocemos? Me resultas demasiado familiar, así que supongo que sí —comentó sonriendo.

A pesar de estar avisada se me encogió el corazón. No se acordaba de mí, peor aún, ni siquiera sabía quién era. Balbuceé, quería reaccionar pero me fue imposible. Antes de conseguir darle una respuesta a Mike, la señora Smith me contó lo sucedido.

—Sí, cariño, da una impresión desoladora, pero estamos felices porque dentro de lo malo sabemos que es pasajero. El doctor Walter está esperanzado.

—Pero ¿ya le han examinado? —pregunté.

—Le han hecho un reconocimiento completo y recuerda algunas cosas, muchas más de lo que suele ser habitual en estos casos. En realidad son escenas que no consigue ubicar, pero seguro que no tardará en centrarlas y volver a la normalidad.

Apreté los ojos de la emoción. No lo podía creer. Harper continuó, los nervios le hacían hablar como una cotorra.

—Ahora tiene por delante un duro trabajo. Le han asignado un médico para ejercitar la memoria y nos han asegurado que cuanto antes empiece mejores serán los resultados.

Quería prestar atención a la señora Smith pero no podía evitar desviar constantemente los ojos para contemplarle. Era un placer verle así de contento, despierto, ¡vivo! Mike me observaba atentamente ajeno a nuestra conversación. Extrañado, pero en actitud tranquila. Hacía que me estremeciera cada vez que su penetrante mirada se cruzaba con la mía.

—¿Y cómo ha sido? ¿Ha abierto los ojos sin más? —pregunté interesada. Quería saber todos los detalles de su despertar. Harper continuó.

—Ha abierto los ojos nada más amanecer, estaba desorientado, pero ha pulsado el botón para llamar a la enfermera y la ha bombardeado a preguntas. El pobre necesitaba saber dónde estaba. Enseguida nos han avisado y hemos venido corriendo.

Mike me observaba con curiosidad. Intentaba recordar.

—¿Tú y yo no seremos novios, verdad? —preguntó divertido.

Todos se rieron, sobre todo Fred, que me miraba expectante mientras esperaba mi contestación. Me puse del color de las amapolas antes de

responder.

—No que yo sepa —dije después de un breve lapso—, pero si te vale, te diré que somos buenos amigos.

Me miró de arriba abajo deteniéndose en los lugares más incómodos posibles.

—Me vale de momento —y mirando a Fred y a Fernando, les preguntó horrorizado—: ¿No saldrá con alguno de vosotros?

Volvieron a reírse todos. Yo cada vez me sentía más ruborizada, pero intenté no exteriorizar mis sentimientos para que se me notasen lo menos posible.

Por suerte, una de las enfermeras entró a dejar algo de comida. Comida, o lo que fuera aquello tan poco apetecible. Se trataba de una papilla verdosa y un batido de color amarillento.

—Mañana probablemente podrá comer algo más sabroso, pero debe ir poco a poco —se excusó—, tenemos que asegurarnos de que lo tolera bien.

Mike miró el plato como si fuera una inocentada y antes de que la enfermera se marchase se lo preguntó.

—Será una broma ¿no? He perdido la memoria pero no el hambre.

La enfermera se limitó a sonreír y a decirle un escueto «lo siento».

Sentí compasión al saber que de momento no podría ingerir nada sólido. Necesitaba recuperar parte de la masa muscular perdida, no era mucha, pero se apreciaba que había bajado de peso. Acostumbraba a comer de forma insaciable, devorando ingentes cantidades de comida. Hacía tanto ejercicio que siempre estaba hambriento, pero de momento tendría que retomarlo con moderación tal como le había recomendado la enfermera.

Fred quiso que bajásemos a tomar algo.

—Vamos a bajar a la cafetería, nos has dado hambre, Mike. Ahora subimos —comentó.

—¡Esta me la pagas! —dijo Mike medio en broma medio en serio.

Bajamos los tres a la cafetería. Fernando y Fred estaban alegres, sin embargo, se reflejaba en sus caras cierta preocupación. Fred era más parco en palabras, pero Fernando no podía remediarlo, todo lo que se le pasaba por la cabeza, lo soltaba sin pensárselo dos veces.

—¿Y si no la recupera? —preguntó Fernando.

—¿Y si cuentas hasta diez la próxima vez que se te ocurra algo así? —le dijo Fred indignado.

—¡Joder, Fred! ¡No puedo decir nada! Cada vez que abro la boca me regañas. Si me dijeras que lo he soltado delante de Mike, o incluso de sus padres, lo entendería, pero os lo estoy diciendo a vosotros. Parece que quieres encontrar culpables y has decidido que sea yo la diana.

—Lo siento, perdona Fernando, tienes razón. No debería ser tan brusco, pero voy a ser sincero, aunque Mike es nuestro amigo, y cuando digo nuestro, me refiero a todos nosotros, creo que Cris está especialmente sensible y preferiría no preocuparla más de lo necesario. Tal vez no te has dado cuenta, o no te quieras dar por enterado, pero ella fue la última que estuvo con él antes de coger la moto. ¿Me entiendes ya o necesitas más aclaraciones? No quiero que te enfades, pero es que a veces parece que vives en Júpiter.

—Sí, vale, lo comprendo, me quieres decir que soy idiota, ¿no es eso? Pues ya me he cansado, ¡vete a la mierda! Me doy cuenta de la situación perfectamente, pero creí que había confianza, jamás he pensado que Cris tuviera la culpa de lo ocurrido, a lo mejor es que tú sí lo haces e intentas hacer ver que aquí no ha pasado nada.

—Vale ya chicos, ya está. Os lo pido por favor, no sigáis discutiendo. Se va a recuperar y esto será solo un mal recuerdo. ¿No le habéis visto? Todo va bien. Es verdad que me siento responsable de lo que ha pasado, pero solo en parte. Yo no le puse una pistola en la cabeza y le obligué a subirse a la moto, fue decisión suya —intervine para que no se convirtiera en una disputa inútil.

—Mirad quién viene por ahí —dijo Fred zanjando la discusión—, es Mel.

Nos volvimos a mirar. Venía corriendo. A Fred se le iluminó la cara.

—Hola chicos. ¿Cómo está Mike? —preguntó agitada.

La pusimos al corriente y regresamos de nuevo a la habitación. Yo no me hubiera movido de allí, había bajado al bar a regañadientes porque me vi obligada a acompañar a los chicos, pero la oportuna aparición de Mel y sus ganas de ver cómo estaba nuestro amigo me permitieron volver a su lado.

Estuvimos un buen rato acompañándole, pero finalmente le dejamos

descansar. Con las largas horas de sueño que acumulaba a sus espaldas, lo más probable era que no tuviera muchas ganas de dormir, pero por prudencia nos pareció más sensato que al menos lo intentara, le estábamos mareando y parecía fatigado. Salimos muy satisfechos, al final la situación estaba viendo la luz.

Yo me dirigí a Galilea, estaba emocionada, con una alegría que no me cabía en el cuerpo. Era un día fantástico para todos. La cafetería estaba repleta de gente, tanta, que el tío David también estaba exultante de felicidad. Hacía tiempo que no se le veía así. Estábamos tan desbordados que nos faltaban manos para atender todas las mesas. A los chicos de la cocina no les daba tiempo a nada, las comandas se despachaban a toda velocidad mientras seguían entrando otras nuevas. Las ensaladas salían de cinco en cinco, se acabaron todas las porciones de tarta y los sándwiches y los batidos los pedían con la misma alegría que el día de la inauguración.

Llegué a casa agotada. La emoción de la mañana se había visto ensombrecida por la inesperada avalancha de gente durante el trabajo, pero aun así, quería escuchar su voz, no podía meterme en la cama sin darle las buenas noches. Me daba un poco de apuro, pero por teléfono todo parecía diferente. Llamé directamente al móvil de Mike, sonó dos veces y luego respondió su padre.

—Buenas noches Natham. A lo mejor es un poco tarde, lo siento, llego ahora del trabajo y no sabía si llamar. ¿Está despierto? —pregunté esperando que me dijera que sí.

—Aquí está, con los ojos como platos. Tiene miedo de dormirse —y en un susurro añadió—: y para ser franco, yo también temo que lo haga. Me marchaba ya. A mí sí que se me están cerrando los ojos. ¿Quieres que te lo pase?

—Por favor —dije impaciente.

Escuché cómo se despedían. Se oían las pisadas de Natham y el ruido al cerrar la puerta detrás de él. Suponía que Mike esperaba a que se hubiera marchado.

—Hola Cristina ¿sigues ahí? —preguntó para asegurarse.

—Aquí estoy. ¿Cómo te encuentras? ¿Qué tal has pasado la tarde? —pregunté. Quería saberlo todo. Era el día que abría los ojos por primera vez y necesitaba saber cuáles eran sus primeras impresiones.

—Bien, sin novedad. Esta mañana he estado más distraído. Por la tarde

ha vuelto a pasar el médico. Está contento, o eso dice, así que supongo que yo también debería estarlo.

—Nos has dado un susto de muerte Mike. Sé que ahora te resultará difícil de entender, pero por Dios Santo, no vuelvas a subirte a una moto. Te lo pido por favor —le dije para desahogarme, y aunque no era yo la que había perdido la memoria, parecía que hablaba con él por primera vez.

—Ya lo creo que lo siento. Estoy tan... afligido, no consigo comprender nada de lo ocurrido. Necesito ir encajando las piezas en mi cabeza. Para empezar, quiero saber bien la relación que tenía con vosotros. Me habéis caído bien, parecéis buenos amigos y sin embargo, ¡no consigo recordaros!

—Lo harás muy pronto, ya lo verás. Te ayudaré —dije sintiéndome más culpable que nunca.

—Eso espero, pero ¿sabes qué?, tengo sensaciones. Es como si se me hubiera despertado un nuevo sentido, algo que me dice cosas sobre vosotros. De cada uno de vosotros. ¿Comprendes lo que te digo? Por ejemplo, sé que tú y yo tenemos algo especial. ¿Estás segura de que no ha habido nada entre nosotros? Porque no siento que seas solo una amiga.

Guardé silencio. No sabía qué contestar. No podía decirle lo que había ocurrido entre nosotros justo antes del accidente, al menos de momento, pero sí debía ser honesta. Le expliqué, a grandes rasgos, cómo era nuestra relación. No se quedó convencido.

—¿Te puedo llamar Cris? Te pega más —preguntó indeciso.

—Siempre lo has hecho, así que no veo por qué no.

—¿En serio? ¡Ves! Es una de esas señales.

Me reí de él.

—Sí, y a mí me gusta más Cris —le aclaré.

—Ha estado aquí el médico. Ha entrado y salido varias veces. Estaba nervioso y me lo ha contagiado. Dice que es el doctor Walter y que soy su paciente —comentó.

—¿Nervioso? ¿El doctor Walter? ¡Vaya! Eso sí que es una sorpresa. Pensé que no podía alterarse por nada, pero me equivocaba —dije impresionada.

—¿Por qué lo dices? ¿Acaso le conoces? —preguntó desconcertado.



—Todos le conocemos. Es el médico que te ha atendido desde que entraste. Es parco en palabras, no le gusta dar muchas explicaciones. Demasiado seco, pero al menos espero que sea eficiente —le expliqué.

—Pues conmigo está siendo muy amable —me aclaró.

Me encogí de hombros. Tal vez el doctor estaba disfrutando con un caso así. Podría analizar las reacciones de Mike para hacer un buen informe y de paso ampliar sus propios conocimientos en la materia observando su comportamiento. También le vendría bien estudiar su avance durante las primeras horas que, por lo que nos habían dicho, eran las más decisivas.

—Bueno, es mejor así, quizá me había llevado una opinión equivocada de él —dije no del todo convencida.

—Me ha dicho que intente recordar, que cada vez que una persona, un objeto o una simple imagen me resulte familiar, me centre en ello y me esfuerce en ubicarla. Vamos, que le dé sentido, como si se tratara de una película que hubiera visto en el pasado.

—¿Y te ha ocurrido ya? ¿Recuerdas algo? —esperé impaciente a que respondiera.

—Desde el principio me pasa, pero aún no sé explicar lo que siento —dijo entristecido.

—Inténtalo —le rogué.

—¿Recuerdas las zapatillas que llevabas puestas hoy? —me preguntó.

—Sí, las Mizuno amarillas. ¿Qué les pasa? —dije extrañada.

—Es una tontería, pero al verte con ellas he tenido la sensación de haberlas visto muchas veces, que me gustaba cómo te quedaban y que tú debías ser alguien muy especial para mí.

Me quedé pensando. ¿Qué podía decir? Él continuó.

—¿He dicho algo desacertado? Cris, ¿he metido la pata? A lo mejor debería guardarme para mí algunos comentarios hasta que esté seguro al menos de quién soy.

—Por favor no lo hagas. En realidad has dado en el clavo, somos muy buenos amigos. Tenemos una conexión muy, pero que muy especial, Mike, sigue recordando. Me he quedado callada porque recordaba el día que me las compré. Estábamos juntos.

—¿De veras? —preguntó aliviado.

—En serio. Me convenciste para que me las llevara y te dije que iba a

cantar la traviata con ellas puestas, ¡son demasiado llamativas!

Mike se echó a reír.

—Vaya, al menos sé que después del golpe mis gustos siguen intactos.

—Yo también deseo que así sea —le dije. Pensaba en lo que sentía por mí hasta hacía apenas unos días—. ¿Y qué más te ha dicho el doctor Walter?

—Que cuanto antes retome mi actividad normal, mejor. Cree que es importante volver a la rutina, aunque después de darme el alta, debo venir al hospital cada día. Prefieren tenerme controlado. No sé, vamos a ver qué pasa.

—Pues por lo que se ve, las cosas van evolucionando de manera positiva. Puede que sea un rollo tener que pasarte por allí todos los días, pero es el precio que hay pagar. Mejor eso que seguir ahí postrado —dije para animarle.

—Y que lo digas. Por cierto, Fred y Fernando son buenos amigos ¿verdad? —preguntó para enterarse.

—Los mejores Mike, son fantásticos.

—Mel y las otras dos también. ¿Cómo se llamaban? ¿Pepi y Pipi?

¡Si le hubieran oído!

—Becky y Britney.

—¡Eso! ¿También son buenas amigas? —quiso saber.

—Somos tu grupo de amigos. Siete contando contigo.

—Vale. Lo apuntaré para no olvidarlo.

—También han estado aquí Emma y Sarah. ¿Las conoces?

Otra vez me faltaban las palabras. La buscona de Emma tenía el don de la oportunidad. Había que reconocer que era lista y, además, seguro que le habría llevado una caja de bombones o el detalle más acertado para la ocasión.

—Sí, cómo no conocerlas, son... —como un grano en el culo, quise decir, pero me lo guardé para mí—, bueno, sobre todo son amigas tuyas. A Emma la conoces desde que eras pequeño —bajé la voz como si pudiera oírnos—. Es muy pesada.

Esta vez fue él quien guardó silencio para después decirme socarronamente:

—¿Estás celosa? —comentó entre risas.

—¿Yooooo? ¡No! ¿Por qué lo dices? —pregunté sorprendidísima.

—Por nada. Me había parecido.

Miré el reloj. Mike tenía que descansar.

—Es un poco tarde ¿no crees? Deberías descansar —le dije.

—¿Más? —preguntó horrorizado.

—Sí, más. Lo otro no era precisamente descansar.

—Pues estoy como una rosa, pero quizás tengas razón. Los dos deberíamos intentar dormir.

—Sí, mañana volveremos a hablar —dije para ir terminando.

—¿No piensas venir a verme? Ya sé que es egoísta por mi parte pedírtelo, pero estoy seguro de que hay confianza.

—Claro que nos veremos mañana, era una forma de hablar —le dije—, pero ahora intenta dormir, no tengas miedo.

—Ya, estoy cagado, temo no despertar.

—Lo harás Mike, hasta mañana. No te preocupes por nada.

—¿Sabes? Ha sido un placer hablar contigo esta noche, espero repetirlo muchas veces.

—Lo mismo digo.

## CONFIDENCIAS ENTRE AMIGAS

Deseaba hablar con los padres de Mike sin que él estuviera presente. Aunque todavía no teníamos suficiente confianza, me atreví a llamarles para que me pusieran al día. Necesitaba saber si había algo que no me hubieran dicho en presencia de su hijo. Cogió el teléfono la señora Smith.

—Buenos días Harper. ¿Os pillo bien? —aunque era una hora prudente, pregunté recelosa.

—Sí, cariño. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Con ganas de ver a Mike, quería llamaros antes de acercarme. ¿Sabéis si el médico está contento? ¿Os ha dicho algo? —quise saber.

—Ayer hablamos con él, está muy esperanzado —comentó animada.

—¿Y qué os dijo?

—Que en el fondo hemos tenido mucha suerte porque apenas ha estado en coma unos días.

—Sí, una semana, eterna, pero solo una semana. Eso es una ventaja —puntalicé.

—Exacto, su despertar tenía un pronóstico final incierto, pero después de hacerlo tan pronto, el doctor se ha atrevido a decirnos que en la mayoría de los casos así la recuperación es total.

—Ya sé que soy muy optimista Harper, pero contaba con ello —añadí.

—Yo también soy positiva, pero siendo realista, se podían dar tantos problemas que...

—Al final no ha sido así —reconocí feliz.

—Sí, menos mal, el doctor hasta ahora no había sido demasiado explícito, pero mira, al final se ha sincerado. Confía en que el caso de Mike sea uno de esos procesos de recuperación total. Está convencido de que su problema es únicamente el de amnesia postraumática, y que en días, o a lo sumo pocas semanas, cree que tendrá la autonomía suficiente para llevar una vida normal. Según parece, no han encontrado ninguna lesión cerebral, que era lo que más les preocupaba. No tiene problemas de atención, ni de fatiga... —me explicó.

—Seguro que le ayuda ser un gran deportista —dije satisfecha.

—Eso parece. Su fortaleza física le beneficia bastante, lo iremos viendo, mi marido y yo estamos confiados. ¿Y tú? ¿Irás hoy? —preguntó.

—Sí, pensaba acercarme en un rato. ¿Te veré allí? —quería saber si coincidiríamos.

—Lo voy a intentar. Tengo que pasar antes por las oficinas de un cliente para hablar de un posible proyecto. Todavía estamos en el proceso de negociación y no queremos que se nos escape —dijo ilusionada.

—¿Justo hoy? —pregunté extrañada.

—Sí, cariño, ¿qué te parece? Es que el responsable no vive en San Diego y aprovechando que pasará aquí unos días, ha preferido que nos viéramos hoy —aclaró—, me parecía de lo más inoportuno pero pensándolo mejor solo será un rato, así también me ahorro hacer un viaje. Prefiero estar los próximos días con Mike.

—¡Claro! ¿Y qué pensáis hacer? —pregunté curiosa.

—La instalación de paneles fotovoltaicos en las azoteas de todos sus hoteles de Estados Unidos, que por suerte tiene unos cuantos, y después intentaremos instalar en otros lugares.

—¡Vaya! Suena a gran proyecto.

—Puede ser, pero aún no está firmado, ya te contaré. ¿Te gusta la energía limpia? Las renovables son el futuro, pero a Mike no le gustan ni una pizca —dijo bajando el tono.

—A mí sí, parece algo apasionante.

—Yo no diría tanto, pero te puedes ganar bien la vida.

Eso no lo ponía en duda, vivían más que desahogadamente.

—Pues que tengas suerte con el negocio —dije animándola.

—Muchas gracias, eso espero —comentó.

—Bueno Harper, a ver cómo está hoy Mike. Me marcho a verle.

—Vale cariño, a lo mejor te encuentras con mi marido. Está ahora allí —me informé.

—De acuerdo. Nos vemos.

Llegué al *Sharp Memorial* sabiendo que probablemente me encontraría con Natham. Mike estaba de pie junto a la ventana hablando con su padre animadamente. Parecía haber crecido. Había olvidado lo alto que era. Al escuchar el sonido de la puerta se giró, ladeó la cabeza mientras me evaluaba y sonrió complacido acercándose hacia mí. Estaba de buen

humor. Yo también le sonreí.

—Buenos días —dije dirigiéndome a ambos—, acabo de hablar con Harper, me ha dicho que os encontraría aquí a los dos. ¿Ya te puedes levantar?

—Hola niña —dijo Mike sonriendo de nuevo—, tenía ganas de que llegaras de una vez.

Le miré atónita.

—¿He dicho algo para que te sorprendas así? —preguntó extrañado—. ¿O ha sido porque me has visto de pie?

—Me has llamado niña.

—¿Yo he dicho eso? No me he dado cuenta, ¿pero acaso no lo eres? —preguntó riendo.

Había llegado hasta mí. Me sujetó sutilmente los hombros y se inclinó para darme un efusivo beso en la mejilla. Mientras, Natham nos miraba divertido.

—Bueno, chicos, me voy a marchar, creo que sobro aquí. Mike —dijo mirando a su hijo—, volveré luego. Procura descansar.

—Claro papá. Gracias.

—Deberías tumbarte. No puede ser bueno que estés tanto rato levantado —dije reprendiéndole.

—El médico me ha dicho que lo haga, que intente moverme todo lo que pueda.

—¿Ah, sí? —pregunté sorprendida.

—De verdad. A mí también me extraña, pero qué puedo decir.

—¿Ha venido hoy?

—Se pasa todo el rato entrando y saliendo.

—Vaya, sí que se preocupa.

—Ha dicho que pronto me mandará para casa. Lo estoy deseando, las cuatro paredes de esta habitación se me caen encima. Es asfixiante —dijo mientras se dirigía a la cama para sentarse sobre ella con los pies apoyados en el suelo.

—Ven, siéntate aquí conmigo, por favor —me indicó dando unas palmaditas sobre el colchón.

Me acerqué cautelosa y me senté donde me había indicado. Su forma de decirlo me asustó. Pensé que ya había recordado todo y deseaba hablar

conmigo. Estiró súbitamente sus manos y agarró las mías con cuidado. No me sorprendía, cogerme de las manos era algo que tenía por costumbre, parecía que lo hacía como un simple acto reflejo, pero le conocía bien y, por su expresión, sabía que buscaba las palabras apropiadas para comentarme algo importante. Su contacto era suave y cálido; sin embargo, las arrugas de su frente revelaban una innegable preocupación.

—¿Te ocurre algo? —le pregunté, temiendo la respuesta que pudiera darme.

—Quiero enseñarte una cosa que he encontrado esta mañana.

Soltó mis manos repentinamente y se apresuró a coger de su cartera lo que había localizado.

—Supongo que el miedo a no volver a abrir los ojos me ha impedido dormir profundamente. Me he despertado antes de que amaneciera y como no tenía ni una mísera revista con la que entretenerme, me he dedicado a cotillear mi propia billetera —dijo mirándome fijamente a los ojos.

—Te traeré revistas, no se me había ocurrido —le dije sonriendo. Me adelantaría antes de que su amiguita Emma le trajera una acertada selección de prensa.

Tras un pequeño lapso, Mike continuó.

—Al parecer aquí guardo de todo menos dinero, ¡podría aparecer cualquier cosa! —comentó esta vez más jocoso.

Yo seguía expectante, atenta a lo que me iba a enseñar.

De entre los muchos papeles que acumulaba desordenados en todos los compartimentos, sacó cuidadosamente una fotografía. Se trataba de la que nos hizo Mel el día que fuimos al zoo. La miré vacilante, escarbando en los recuerdos que tenía escondidos en mi mente de aquel memorable día, me acordé de cómo me sentí cuando me agarró para fingir que me tiraría al agua, del aterciopelado sonido de su voz sobresaliendo entre aquella algarabía y de su semblante sereno sentado en el banco que aparecía en la foto. Aquel día me pareció que éramos las únicas personas que existían en el universo.

Sonreí para mis adentros mientras la examinaba. Los dos continuábamos en silencio.

—Ceo que eres tú la que está de espaldas. ¿Me ayudas a recordar lo que hacíamos allí? Tengo algunos flashes pero no son demasiado nítidos —me explicó.

Precisamente el otro día había pensado en ello, lo hice para mis adentros, ya que tenía delante a su propia madre; de haberlo comentado en alto ahora dudaría si me habría oído, pero hasta donde yo sabía, aunque lo había deseado con todas mis fuerzas, la facultad de adivinar el pensamiento no se desarrollaba en el estado inconsciente en el que se había encontrado, así que me relajé y zarandeeé mi cabeza para concentrarme en la fotografía.

—¿Qué es lo que recuerdas exactamente? —quise averiguar.

—Al ver la jirafa me han venido extrañas imágenes a la cabeza. Ciervos y chicas. Estaba con varias chicas y me sentía especialmente feliz, pero no veo sus caras.

—Éramos Mel, su hermana pequeña y yo —le expliqué.

—Comprendo, no había nadie más ¿verdad? —preguntó para cerciorarse.

—Solo nosotros cuatro. ¿Por qué lo preguntas? —insistí.

—Por nada. Necesitaba aclararlo —comentó evasivo.

—¿Aclarar el qué? —le supliqué, de repente no quería soltar prenda.

—Te dije que tenía sensaciones.

—Ya ¿y qué intentas decir con eso?

—Que no me acuerdo exactamente de lo que hicimos pero sí recuerdo con exactitud cuáles eran esas sensaciones. Es algo muy raro, es como si los sentimientos fueran por libre. Emociones por un lado, imágenes por otro. No te sabría explicar.

—¿Y cuáles eran esos sentimientos?

—Creo que por ahora no te lo voy a decir —dijo rotundo.

—¿Ah, no? Muy bien, pues si quieres que «trabajemos» juntos las normas las pongo yo, y ya me lo estás contando —le dije vacilándole un poquito.

—Va a ser que no. Imposible —comentó con una mueca divertida.

—Nada es imposible.

—Menos esto, va en serio, aún no puedo contártelo, deja que me aclare antes de bombardearte con mis dudas. ¡Todas las imágenes dan vueltas en mi cabeza! Primero tengo que descifrarlas, y luego tal vez, pero solo tal vez, te lo cuente; además, tú no me puedes ayudar a aclarar mis sentimientos ¿o acaso antes estabas dentro de mi cerebro? ¿Eh, listilla?



—Te sorprendería saber lo cerca que estábamos —dije poniéndome seria.

—Dame tiempo. Seguro que pronto empezaré a recordar.

—Solo deseo ayudarte pero parece que necesitas espacio. Muy bien, lo entiendo, pero no olvides que estoy aquí ¿vale?

—Gracias, Cris, no quiero que te lo tomes a mal, pero aunque estoy animado, el horizonte lo veo todavía oscuro y creo que un tiempo a solas con mis pensamientos me vendrá bien, es lo que necesito ahora mismo.

Comenzamos a escuchar alboroto acercándose a la habitación. Podía distinguir claramente sus voces. Mike guardó celosamente la fotografía dentro de su cartera y yo me puse de pie.

—¿Se puede? —preguntó Mel. Tras ella se encontraban Becky y Britney.

—Por supuesto —contestó Mike.

—Hola chicas. Qué bien que estemos todas aquí. Mel, ¿has hablado con Fred? —le pregunté.

—Sí, me ha dicho que vendrían en un rato. Los dos.

—Estupendo, así estaremos todos.

—¿Qué tal te encuentras, Mike? Parece que no hayas sufrido un accidente —dijo Becky.

—Me duele un poco el dedo, pero estoy perfectamente.

Becky se disponía a sacar una empanada que había preparado su madre expresamente para Mike, que le chiflaba, pero antes de hacerlo, la censuré con la mirada y luego la regañé.

—¡Becky! ¡No puede comer lo que le venga en gana!

—¿Cómo que no? —y mirando a Mike se lo preguntó —: ¿Puedes?

Él se acercó rápidamente a la bolsa. Todas sabíamos lo que había dentro pero él, por supuesto, no tenía ni idea.

—¿Qué es esto?

—Empanada de mi madre ¡está buenísima! Y si no te ha cambiado el sentido del gusto, te encantará.

—Creo que podré zampármela antes de que venga la enfermera a dejarme su vomitiva comida. Ya me traen alimentos sólidos, pero está todo tan malo que soy incapaz de terminármelo.

Mike comenzó a comérsela a grandes bocados y no se acordó de

ofrecer. Le mirábamos estupefactas, parecía un mendigo que llevara días sin comer. Nos miró con un gesto de disculpa.

—Perdón, no me he dado cuenta. ¿Queréis un poco? ¡Esto está de muerte! —dijo excusándose.

Dejamos que se la comiera enterita. En el fondo, nos daba lástima verle pasando hambre. En ese momento llegaron Fernando y Fred.

—¡Te hemos pillado, canalla! —Exclamó Fernando—. ¿Hay fiesta?

Mike se rio. Genial, estaban en la misma onda.

—¡Chss! —musité—, chicos, por favor, con la habitación atestada de gente y encima gritando nos van a terminar echando.

Me alegré de que por fin estuviéramos todos juntos y conscientes. Fernando llevaba un iPad en la mano.

—¿Vamos a ver una peli? —le pregunté.

—Mike va a ver la final —dijo lleno de orgullo—, sabe que es un gran jugador de baloncesto, pero quiere verlo con sus propios ojos, por eso lo he traído.

—¡Qué buena idea! —dije convencida.

—¿De quién es el cacharro? —preguntó Mike.

—Es mío —respondió Fernando.

—Pues si no te importa preferiría verlo luego, así no me aburriré cuando me quede solo.

—Como quieras —le dijo Fernando—, pero podemos verlo juntos, Fred y yo nos pensábamos quedar.

—Estupendo, mucho mejor, así me acompañáis pero, de todos modos, ¿os importaría explicarme cómo funciona este trasto? —dijo ilusionado.

Se lo explicaron y lo cogió a la primera. Parecía recordar cómo se utilizaba. En realidad, Mike era un verdadero experto en todos esos artilugios y no tendría problemas para entenderlos de nuevo. Tras unas breves nociones acerca de su utilización, lo dejaron sobre la mesilla para verlo después con tranquilidad. Bueno, más bien cuando nosotras nos hubiésemos marchado.

Todos nos reunimos alrededor de la cama recordando historias que habíamos vivido juntos. Lo primero que salió a relucir fue la semana de primavera del año anterior. Mike no lo podía creer, nos miraba boquiabierto prestando mucha atención, Fred lo contaba entusiasmado, en

realidad, estaba encantado al revivirlo de nuevo. La cara de Mike era todo un poema, y el resto le escuchábamos con curiosidad, excepto Becky, que parecía incómoda.

—¿Entonces dices que es una semana de alcohol, sexo y desenfreno? —preguntó Mike emocionado.

—Algo así —contestó Fred resuelto.

Nosotras mirábamos a uno y a otro sin interrumpir. Alucinadas por la visión tan extrema que tenían.

—¿Ligaste? ¿Y yo? ¿Lo hice yo? ¡Dispara Fred! Suéltalo —preguntó Mike impaciente.

—Alguna cosa pasó, pero no llegó a mayores.

—¿Es una semana de libertinaje, o algo por el estilo? Porque si es así, mi mente me dice que he despertado en el siglo equivocado.

Los chicos se desternillaron.

—En eso se ha convertido, la gente se desinhibe según llega a su destino, como en Las Vegas. Sabes lo que te digo ¿no? ¿Eso de «Lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas»?

—Pues ni idea —dijo Mike terminando el último trozo de empanada.

—Bueno, da igual, pero lo flipas, tío, aunque para ser sincero esa semana la puedes pasar de muchas maneras ¿eh? No vayas a pensar mal, nosotros fuimos comedidos. Tienes unas amiguitas muy estrictas y tuvimos que comportarnos —comentó Fred burlón.

—¡JO—DER! ¿Por qué tienes que estropearlo? —añadió Mike.

—Eso —dijo Mel—, no seas así. ¿Por qué lo estropeas? ¡Ah, ya, que se me había olvidado, nos tienes que poner como excusa! Pero ni lo intentes porque sabemos lo que pasó realmente, y es que tú no te comiste una rosca y pretendes echarnos la culpa.

—No fue eso exactamente —dijo dolido.

—Sí, Fred, exactamente así fue —contestó Mel con cara de fingido dolor.

—¡Me estoy perdiendo! —interrumpió Mike.

—Qué va, no te estás perdiendo nada, te lo aseguro —dijo Mel sabiendo de lo que hablaba—, Fred se obsesionó con una chica que pasaba de él, nada más, y ahora intenta hacernos responsables a nosotras.

—Bueno, quizás tengas razón —intervino Fred—, nos vendieron la

fiesta de una manera que yo no encontré. Puede que fuera al lugar equivocado, o con la gente equivocada, hummm... —dijo mirando a Mel por el rabillo del ojo—, pero para que lo sepas, esa tía era una estrecha.

—¿Porque no le gustabas? —preguntó Mel ahondando en la llaga y cachondeándose de él.

—Sí —dijo Fred levantando la barbilla y estirando mucho el cuello—. Con la cantidad de chicas que revoloteaban a mi alrededor sedientas de pasión me tuve que fijar en la menos indicada. ¿Estaba ciega o qué coño le pasaba?

Siendo francos, había que reconocer que Fred era físicamente agraciado: alto, con un cuerpo imponente, pelo castaño claro, intensos ojos azules...

—Seguro, como eres tan irresistible —le retó Mel. A lo que Fred respondió haciéndole las cosquillas que tanto odiaba.

—¡Déjame, Fred! No tiene gracia —gritó Mel partiéndose de risa.

Inmersos como estábamos escuchando todas esas tonterías, nos habíamos olvidado momentáneamente de Mike, que observaba distraído la lejanía mirando a través de la ventana.

—Mike ¿estás bien? —le pregunté preocupada.

—¿Sí? —dijo, volviendo a la realidad.

—¿Te pasa algo? ¿Te estamos molestando? —pregunté nerviosa—. Chicos, vamos a tranquilizarnos un poco ¿vale? Bajemos la voz —dije dirigiéndome a todos—. Todavía está convaleciente y le estamos alterando.

—No es eso —me interrumpió—, es que de pronto he recordado algo y creo que se trata de ese momento.

Volví atrás doce meses en el tiempo y sospeché que la imagen que le venía a la cabeza era la misma que a mí.

—¿Qué es lo que has recordado? —preguntó Fernando expectante.

—No estoy seguro. Me ha sorprendido de pronto la imagen del amanecer en una terraza que daba al mar, supongo que se trata de un hotel en Acapulco. Me ha venido sin más. Tenía la agradable sensación de encontrarme con la única persona con la que deseaba estar, pero la imagen se ha cortado bruscamente. Ya estoy otra vez aquí —dijo sonriendo.

La terraza tenía una barandilla blanca donde Mike apoyaba los pies, y

sus manos, entrelazadas alrededor de la nuca, le daban cierto aire de tranquilidad.

—Vaya, Cris, ¡menuda gracia! Con tu interrupción le has hecho olvidarse de lo más importante —me increpó Fernando—. ¿Y recuerdas con quién estabas? —le apremió.

Tensé mi espalda y me preparé para escucharle. Estaba segura de que sabía con quién estaba exactamente en ese preciso momento, pero yo opté por cerrar el pico, seguro que Mike también prefería que no lo dijera en presencia de todos.

Tardaba en contestar, estaría valorando si comentar sus conjeturas en alto o guardarlas para sí. Por fin habló.

—Eso no soy capaz de verlo, al menos de momento. Es como si viera una imagen borrosa y algo me impidiera enfocar la visión para aclararla.

Esa noche hablamos durante horas y, sin pretenderlo, vimos el amanecer. El sol disipó las nubes nocturnas y el tono rojizo del cielo que se reflejaba tímidamente en el mar, nos ofrecía una romántica estampa. En apenas unos minutos, un azul resplandeciente envolvió el paisaje que nos rodeaba. Desde el último piso del Crowne Plaza, la blanca y fina arena de la playa reflejaba la luz que recibía del sol embelleciendo las palmeras y regalándonos un resplandor mágico.

—Tranquilo, Mike. Al menos vas recordando, que no es poco —le dijo Fernando.

—Sí, tengo muchas instantáneas de esas ¿y sabéis qué? Recuerdo claramente lo que pensé en la terraza.

Durante aquella noche conversamos acerca de nuestros estudios, también salió a relucir su inquietud por saber si seguiría jugando en la universidad la siguiente temporada y, cómo no, me preguntó si me gustaba algún chico. Ya por entonces, Mike era mi mejor amigo y por nada del mundo pensé que sintiera por mí algo que no fuera una profunda amistad. Ninguno de los dos tenía pareja en aquel momento y por mi parte no existía ningún chico que me hiciera sentir espasmos en el estómago. Le dije que no había nadie especial y él, sin dejar entrever ningún sentimiento hacia mí, me comentó que tampoco le gustaba nadie.

—¿Qué pensaste? —preguntó esta vez Fred.

—Eso es lo de menos, lo importante es que recuerde cosas ¿no? —dijo saliendo del paso.

—Claro. Tienes que ir poco a poco —comentó Britney, que hasta ese momento había guardado silencio—, a ver si para cuando volvamos estás al cien por cien.

—¿Os vais? —pregunto sorprendido.

—Sí, nos vamos Becky y yo, con nuestra madre y su marido. Vamos de crucero.

—¡Pero eso es genial! —dijo Mike desconcertado.

—Ya lo creo, aunque lo del año pasado fue mejor. Para tu información, este año no habíamos preparado nada, teníais apatía, o no sé que otro síndrome andropáusico que os impedía salir, así que mi hermana y yo aceptamos la invitación de nuestro padrastro, no queríamos desperdiciar una oportunidad así.

—Ha sido culpa de Fred, que como no se come un colín en ninguna de sus escapadas, nos chafa la fiesta a todos —dijo Mel para pinchar.

—¿Quieres que vayamos a algún sitio tú y yo, preciosa? —preguntó Fred con voz sensual.

—No, muchas gracias —rehusó Mel contundente.

—Entonces no te quejes.

—¿El resto os marcháis a algún sitio? —preguntó Mike buscándome con la mirada.

—Fernando y yo estaremos por aquí, Mel no tiene planes y Cris está a tope de curro —le aclaró Fred, a lo que Mike asintió aliviado.

—Perfecto, lo que significa que no me dejaréis solo —comentó exhalando el aire exageradamente.

—¡Eso ni lo sueñes! —le dije por si tenía alguna duda.

En ese instante, Harper Smith abrió la puerta y se quedó en la entrada de la habitación sujetando el pomo; dudaba si entrar o deshacer sus pasos y retroceder por donde había venido.

—Hola mamá. Me están contando cosas muy divertidas —dijo Mike risueño.

—Ya veo. Por vuestras caras parece que os lo estáis pasando en grande.

—Buenos días señora Smith —dijo Mel. El resto la saludamos a continuación.

—Hola chicos —nos saludó—. ¿Qué tal estás, cariño? —preguntó a Mike, dándole un beso.

—Fenomenal, me encuentro bastante bien —dijo tranquilizándola—, papá se ha marchado hace un rato.

—Lo sé. Hemos hablado.

—Nosotras nos vamos a ir —intervino Becky—, ya hemos dado bastante la lata.

—Sí —dijo Britney—, además, tenemos que hacer las maletas. Salimos mañana temprano.

—Pasadlo bien —comentó Mike—, y acordaos de los que estamos aquí.

—Lo haremos; con un margarita en la mano —añadió Britney mirando y sonriendo a Mike. Después se dirigió al resto y las dos hermanas se despidieron de todos—. Adiós chicos, nos vemos.

—Cris, Mel, ¿os pasáis esta noche un rato por casa? —nos pidió Becky.

—Vale, yo sí me paso —confirmó Mel.

—Yo lo intentaré, pero no os lo aseguro, si no salgo muy tarde voy —dije.

Mel también decidió marcharse, pero Fred y Fernando seguían allí, así que aproveché para estar un rato más. La agitación que se había formado cuando estábamos todos bajó de forma considerable y terminamos hablando de cosas intrascendentes. Mike respondió metiéndose en la cama y quedándose traspuesto después de luchar con los párpados, que se le cerraban sin conseguir impedirlo. Tanto alboroto le había agotado, pero por la expresión de su cara parecía dormir a pierna suelta, sin pesadillas ni imágenes borrosas que no pudiera descifrar.

—Harper, me marchó, a ver si descansa. Le hemos puesto como una moto y ha caído rendido —dije para justificarle.

—Sí, anda, márchate ya.

—Puede que después me pase si salgo antes de Galilea, pero no lo sé, según se me dé; en cualquier caso le llamo luego. ¿Se lo dirás?

—En cuanto abra los ojos —me aseguró.

Fred y Fernando me miraban sin intención de venirse conmigo.

—¿Os quedáis? —les pregunté.

—Sí, cuando se despierte veremos juntos el partido.

—Es verdad. Bueno, ya nos contaréis.

Me marché del hospital con la moral por las nubes. A Mike le veía mejorar por momentos, y en cuanto saliera de allí todo volvería a la

normalidad, seguro que recuperaría totalmente la memoria y entonces aprovecharía para explayarme con él. Lo necesitaba. Deseaba explicarle lo que no había podido decirle la noche del accidente.

En Galilea no dejó de entrar gente en toda la santa tarde y, como algunos compañeros se habían cogido vacaciones esos días, me fue imposible escaparme un poco antes. Acabé mi jornada a las ocho en punto y, sintiéndolo por Lily y David, me largué de allí sin preguntar siquiera si les podía hacer falta; era una pregunta demasiado arriesgada para todas las cosas que quería hacer aún.

Llamé a Mel para saber si quería que la recogiera de camino, pero se había ido por su cuenta y acababa de llegar a casa de las chicas. Mi intención era quedarme un rato, nada más, soñaba con el momento de llamar a Mike en cuanto llegase a casa, cuando él se hubiese quedado solo, igual que yo, y no quería que nada lo retrasase.

—Estoy aparcando, Cris, no tardes —dijo Mel en cuanto descolgó.

—De acuerdo, pues esperadme que voy para allá. Estaré en diez minutos —le dije escuetamente.

Iba apurada, pero cuando llegué vi que las dos hermanitas aún terminaban de decidir todos los conjuntos que se llevarían, incluidos los destinados al baño y a la cena de gala con el capitán. Habían llenado tres maletas entre las dos y eso gracias a que su padrastro les suplicó que se cortasen un poco.

Salimos al porche con nuestras bebidas y dejamos a su madre y al padrastro en el salón viendo la televisión. Britney estaba feliz por marcharse unos días; después de los intensos entrenamientos de las últimas semanas, se merecía un descanso. Físicamente parecía desgastada, más delgada que unos meses atrás. Tenía tendencia a adelgazar con facilidad, así que le sentaría bien empacharse en uno de esos bufés que ponían en los barcos. Becky en cambio parecía pensativa, pero era una expresión fugaz, de esas que no te dan pie a hacer ninguna pregunta; aun así, me permití la licencia.

—¿No te apetece hacer este viaje, Becky? Estás rara. Cualquiera diría que vas obligada —pregunté para sacar el tema.

—Para nada, ¿por qué dices eso? —quiso saber, aunque su tono era poco convincente.

—Hoy en el hospital te he notado ausente, y cuando hemos empezado a



hablar de la semana de primavera del año pasado te has puesto muy seria. No has participado en la conversación y eso, perdona que te lo diga, extrañaría a cualquiera. ¿O no, chicas? —dije dirigiéndome a Mel y a su hermana.

Britney, que últimamente no tenía cabeza para nada que no estuviese relacionado con las animadoras, no se había percatado, pero Mel, aunque no lo comentásemos entre nosotras, también se había dado cuenta.

—Sí, yo también te lo he notado. ¿Nos vas a contar qué mosca te ha picado? —preguntó forzándola a hablar.

—No sé si me apetece ahora mismo, bueno sí lo sé, no me apetece ¿vale? No tengo ganas de hablar del tema —dijo intentando acabar con la conversación—. ¡Estamos de vacaciones, petardas, y esto parece un interrogatorio!

—¿Qué ocurre Becky, qué te pasa? —preguntó Britney muy seria—. ¿No quieres que nos vayamos? ¿Es por mamá?

—Nada de eso —contestó.

—¿Entonces? ¿Vas a contarnos de una vez lo que te ocurre? —insistió su hermana.

—Se trata de algo que sucedió el año pasado precisamente en estas fechas, hoy ha salido a relucir y al recordarlo me ha dado el bajón, pero en cuanto nos montemos en ese avión os aseguro que se me habrá pasado.

—¿De qué estás hablando? —pregunté—. ¿Qué ha salido a colación? Como no nos lo cuentes no nos vamos a enterar y, lo que es peor, no podremos ayudarte.

—Ya es tarde para eso —dijo afligida.

Recordé que no estábamos solas, su madre se encontraba a solo unos metros del porche, así que bajé el tono, e inclinándome y acercándome hacia ella se lo volví a preguntar.

—¿Qué ha pasado, Becky? Cuéntanoslo de una vez.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y comenzó a hacer pucheros, por nada del mundo queríamos que su madre se enterase de no sabíamos el qué, pero lo que estaba claro es que no debía estar al tanto de algo que ni siquiera a nosotras había sido capaz de contarnos. Entre sollozos comenzó a disculparse.

—Lo siento. De verdad que lo siento muchísimo, sobre todo por Britney, por no haber confiado en ella.

Las tres la miramos confundidas, ya se había arrancado y no era necesario incitarla a continuar, lo hizo ella sola.

—Tuve que tomar la píldora de aborto —soltó rápidamente.

Nuestra cara de asombro la obligó a seguir hablando.

—Todo ocurrió en Acapulco. Cris, ¿te acuerdas del día en que Mike y tú amanecisteis en su habitación? Porque era contigo con quien estaba ¿verdad? —Preguntó para cerciorarse, ni siquiera en una situación así desperdiciaba la oportunidad de fisgonear.

—Sí, estábamos juntos —aclaré—, y cómo no acordarme si precisamente hoy hemos hablado de ello —dije deseando que continuara.

—Pues esa noche fue mi perdición. Britney se fue a dormir pronto, y Fred, Fernando y Mel entablaron conversación con un pequeño grupo que venía de San Francisco con ganas de pasarlo bien.

—Sí, me acuerdo perfectamente —dijo Mel corroborándolo.

Becky continuó mientras asía con fuerza su lata de Coca-Cola.

—Enseguida os animasteis. Dentro de ese grupo estaba la chica con la que tonteo Fred, pero por lo que ha contado, la cosa no llegó a más. Tampoco creo que fuera en serio, más bien intentaba darte celos a ti, Mel —dijo mientras sonreía nerviosa dando vueltas a la chapa de la lata. En sus ojos aún se advertía una gran preocupación.

Creo que eso último lo dijo para sorprendernos, ya que nunca habíamos hablado de las intenciones de Fred con respecto a nuestra amiga. En cambio Mel, sin que el comentario le impresionara mucho, puso cara de extrañeza y rio en voz baja. Becky siguió.

—Uno de los chicos que estaba en esa pandilla se acercó a mí y entablamos una agradable conversación. Era muy simpático y me sedujo enseguida. Nos alejamos ligeramente del resto y empezamos a hablar. Apenas podíamos escucharnos porque la música estaba demasiado alta, y además había mucho ruido en aquel lugar; ese fue el pretexto para largarnos de allí. No le costó mucho esfuerzo, me convenció para que nos alejáramos y pudiésemos hablar con cierta intimidad. Nos fuimos a la playa con una botella de ron, también llevaba preparados un par de porros que nos fumamos a la pálida luz de la luna.

»Sin ser consciente de lo que hacía, acabé en sus redes. Sé que nos enrollamos, tengo un recuerdo vago de ese momento, de hecho, cada día que pasa las imágenes se desvanecen un poco más, pero el resultado de

aquella noche no se esfumó con la misma rapidez. ¡Hasta cinco positivos tuve que ver para hacerme a la idea de la situación!

—¿Por qué no me dijiste nada? —preguntó Britney pesarosa—, sabes que te hubiera ayudado a pasar el trago. ¡Todas lo hubiéramos hecho!

—Yo también me lo pregunto ¿y sabes qué? No lo sé. Tal vez fuera por vergüenza, o quizá me faltó arrojo, quién sabe, lo que está claro es que no tuve suficiente entereza para afrontarlo, pero ahora ya ha pasado y no hay marcha atrás, no puedo regresar a ese momento para rectificar. Por suerte lo estoy superando y, después de haberlo soltado ahora, me he quedado más a gusto todavía, de verdad —dijo Becky tocándose el pecho con la palma de la mano mientras respiraba hondo—. De todas formas, para vuestra tranquilidad, no fue necesario sentarme en esa maldita silla para que me metieran los espeluznantes instrumentos que tanto miedo me dan.

Mel y yo no podíamos articular palabra, en cambio Britney, a pesar de estar últimamente ausente y concentrada en su mundo, parecía más despierta que nunca.

—¿Entonces solo fue una pastilla? —preguntó mientras acercaba más la silla.

—Fueron varias. Primero me dieron tres en la clínica y dos días más tarde tuve que volver para que me dieran otra.

—Lo cuentas como si te hubieran suministrado caramelos —comentó Britney enojada.

—Bueno, supuso algo más que eso; aparte de tener que estar en la clínica varias horas en observación, tuve que sobrellevar los intensos dolores en silencio y, además del sangrado, eso fue todo —concluyó Becky—. Me está costando más reponerme del daño emocional que del físico.

—¿Y el dinero? —le preguntó Mel, como siempre tan práctica.

—Tenía algo ahorrado, así que no fue necesario poner ninguna excusa para conseguirlo.

Después de habérselo contado disminuyó la tensión de su rostro, en cambio a nosotras nos dejó con el corazón en un puño. Yo no sabía muy bien cómo apoyarla ahora que había pasado todo, pero seguro que nuestra presencia la ayudaba más de lo que suponíamos. Aun así, le di un efusivo abrazo para consolarla. Ella se aferró a mí, no me soltaba, estaba desconsolada. Después me liberó y se frotó los ojos dejándolos

enrojecidos.

—Bueno Becky, la parte buena es que eso ya forma parte del pasado. Se acabó, ahora lo único que tienes que hacer es divertirte y pasarlo bien, eso sí —dije poniéndome circunspecta—, sin pasarte y, si lo haces, que sea poniendo medios. Por el amor de Dios, Becky, actúa con prudencia, y que no se te vuelva ocurrir ocultarnos una cosa así ¿entendido? —no sabía exactamente qué se podía decir en una situación así.

—Sí, ahora sé que es mucho mejor, pero en ese momento... qué os puedo decir, se me vino el mundo encima.

—Sí, pero tuviste la sangre fría de tomar una decisión tú sola —le dijo su hermana disgustada—. ¿No se te pasó por la cabeza consultarlo?

—Temía que se me pasara el plazo y no me quedasen opciones. Me siento fatal y, a medida que pasa el tiempo, dudo si hice lo correcto. No sé si podré vivir con esa angustia en mi cabeza el resto de mi vida.

—¿Te arrepientes? —preguntó Mel.

—No lo sé. Moralmente sé que no está bien, estoy convencida de que Dios me castigará por ello, pero cuando me pongo a analizarlo y a pensarlo fríamente, siempre llego a la misma conclusión, creo que fue la mejor decisión —se quedó pensando una vez más y nos rogó una última cosa—. Os pido por favor que no se lo contéis a nadie. Mi madre me mataría si se enterase, y a estas alturas creo que no necesita saberlo.

Yo no estaba tan segura...

—Ninguna de nosotras te va juzgar por lo que hiciste y, como ya está hecho, no deberías atormentarte, no serviría de nada —replicó Mel.

—Es fácil decirlo, pero vivir con ello... eso es muy distinto. Prometo que a partir de ahora pediré ayuda cuando tenga algún problema, chicas, sé que siempre puedo contar con vosotras, pero no sé qué me pasó —dijo Becky.

—Por mi parte te aseguro que lo que nos has contado no va a salir de aquí —aseguró Mel.

—Yo también lo prometo —dije como apoyo, a lo que Mel replicó:

—Vamos a apoyarnos siempre. Britney, ¿qué dices?

Britney nos examinaba con atención pero sin contestar a la pregunta de Mel. Esta insistió.

—¿Y a ti que te pasa ahora? —interrogó Mel.

—Sabía que ocurría algo, pero era tan sutil que tenía dudas. Becky, perdona por no haber estado ahí —dijo Britney.

—Ha sido culpa mía —se disculpó su hermana.

—No, es que he estado preocupada con mis historias y no te he prestado atención —insistió Britney.

—¿Qué historias? —le preguntó Becky con cara de preocupación.

—Comparado con las tuyas, son chorradas.

—Entonces dinos qué te ocurre —suplicó su hermana.

—Me parece que tengo problemas de alimentación. Trastornos, quizá anorexia, no lo sé, me da miedo pensar en ello, pero ha llegado un punto en el que calculo las calorías de todo lo que me voy a comer y, si suman muchas, dejo la comida en el plato. Mi obsesión es enfermiza y no pienso en otra cosa, tal vez necesite ayuda.

Madre mía, menuda noche de confidencias, parecía que esa noche más de una deseaba desahogarse. Todas mirábamos ahora a Britney, ya sabíamos que algo en su dieta no iba del todo bien. Debía tomar medidas en cuanto volviera del crucero.

—Lo importante es dar el paso, todas hemos notado que últimamente no pruebas bocado, estás demasiado delgada. A lo mejor es un pequeño trastorno y no anorexia, pero debes asegurarte. Creo que el padre de Sarah es especialista, trata ese tipo de desórdenes y, según he oído, es bastante bueno —indicó Mel.

—Puede que le pregunte a ver qué me dice, aunque no me hace gracia que se entere y lo vaya soltando por ahí. Ya veré.

—Tienes razón, si llega a oídos de Emma, seguro que lo casca a la primera de cambio. Espérate y, en cuanto volváis, pensamos cómo hacerlo. Ahora procurad pasarlo bien y no preocuparos por nada. ¿Me vais a hacer caso o pasareis de mí como de costumbre? —dijo Mel irónicamente para cambiar el ambiente enrarecido que se había creado.

Las dos se rieron sin ganas, pero nos aseguraron que lo intentarían.

La reunión había sido de las más tristes que recordaba, pero aun así, me sentía más cerca que nunca de mis mejores amigas. Mel y yo nos despedimos deseándoles a los cuatro un buen viaje y, por supuesto, avisando a Becky y a Britney acerca del carácter griego, que hasta donde yo sabía era muy parecido al español, impulsivo y alegre, una combinación peligrosa para una chica tan ingenua como Becky. Después

de conocer la delicada situación por la que había pasado en la más absoluta soledad, le pedimos a Britney que no se le ocurriera dejarla un minuto a solas; en su estado, le podría dar por cualquier cosa.

En cuanto regresaran, convenceríamos a Becky para que fuese a un psicólogo, porque aunque nosotras pusiéramos voluntad, la ayuda de un profesional siempre sería más efectiva. También nos pondríamos manos a la obra para ayudar a Britney a superar su problema, seguro que cogido a tiempo se recuperaría sin dificultad, ella era una persona responsable y disciplinada, así que coincidimos en que todo acabaría bien.

Por fin llegué a casa, estaba aturdida por la cantidad de incidentes producidos en un solo día. Saludé a mis padres, que por suerte estaban concentrados viendo la televisión, y subí directa a mi cuarto. La confesión de mis amigas me había dejado turbada.

Me encontraba tumbada en la cama reflexionando acerca de lo sucedido cuando caí en la cuenta de que me había saltado la hora de la cena y, si me descuidaba, también la de llamar a Mike. Dudé si hacerlo o dejarlo para el día siguiente, pero le había recalcado a Harper que le llamaría y, además, le había pedido expresamente que no olvidase comunicárselo, así que me sentí obligada a descolgar el teléfono.

Posiblemente él aguardase mi llamada, o a lo mejor, teniendo en cuenta la hora que era, tal vez se habría cansado de esperar.

Cogí el teléfono y marqué el número de su móvil. Como siempre que hablaba con él en los últimos días, me temblaba ligeramente la mano y la boca se me quedó seca. Me impacienté. Tuve que esperar cuatro tonos antes de escucharle al otro lado del teléfono.

—¿Diga? —preguntó en un susurro.

—Hola Mike, soy yo. ¿Te he despertado? —le pregunté disculpándome.

—No, esperaba tu llamada, pero te has hecho esperar ¿eh? ¿Estás en casa? —su voz reflejaba agrado y alivio a la vez.

—Acabo de llegar, siento llamarte tan tarde pero es que después de salir de Galilea hemos ido a despedirnos de las chicas y se me ha hecho tarde. Prefería hablar contigo cuando llegase a casa. Lo siento.

—No lo sientas, al final he estado acompañado hasta ahora, mi padre se ha ido hace apenas un rato.

Me alegré de que no le hubieran dejado solo.

—Entonces mejor. ¿Habéis visto el partido? —pregunté interesada.

—Sí. Ha sido divertido y, no es por presumir, pero no lo hice nada, pero que nada mal —comentó fanfarroneando.

—¡No seas creído, Mike! ¡No te pega nada!

—Es una broma, todos jugamos genial, si no ¿cómo habiéramos logrado ese resultado? Ahora en serio, me ha encantado verlo ¡ha sido tan emocionante...!

—¿No sabías el resultado?

—Sí, pero en cualquier caso me ha parecido un partidazo, aunque te voy a confesar algo, Cris, no me reconozco —me dijo con la voz quebrada.

—Despacio Mike, necesitas más tiempo, en cuanto cojas un balón ya verás si te reconoces o no —dije para animarle.

Aunque no le tenía cara a cara, sentí cómo sonreía al otro lado del teléfono. Al escuchar aquella voz tan familiar, me imaginé su tez morena, esos hipnóticos ojos de color negro azabache y su arrolladora personalidad. En ese momento deseé estar a su lado de inmediato.

—¿Sigues ahí? —me preguntó.

—Claro que sigo aquí, estaba pensando en la final. ¿No has podido recordar nada?

—No he dicho eso, que no me reconozca no significa que las imágenes no hayan despertado en mí otro tipo de sensaciones.

—¡Ah, menos mal! Entonces no ha sido en balde. ¿Te han venido esos sentimientos?

—No los he podido asociar con las imágenes, creo que ver el partido me las ha distorsionado, pero estoy seguro que son las cosas que pensé ese día.

—Ten en cuenta que tú no te viste jugar —dije para alentarle.

—Por eso lo digo, es justo lo que había pensado —me aseguró optimista.

—¿Y bien? ¿Qué has recordado? —pregunté esperando esta vez una respuesta sincera.

—Unas cuantas cosas, alguna divertida y otras no tanto.

—Venga, Mike, esta vez no me dejes en ascuas, pero cuéntame primero algo alegre —por hoy ya había escuchado suficientes desgracias.

—Tengo la imagen de bancos, duchas, y el sonido de una botella cuando se descorcha. Risas, gritos, saltos...

—¡Vaya! Lo celebrasteis con champán en el vestuario.

—Eso parece, me lo han confirmado los chicos.

—¿Y qué más?

—Recuerdo dos momentos en concreto, uno cuando salimos del pabellón. Debimos tardar bastante porque el parking del *Staples Center* se encontraba despejado, pero aun así todavía quedaba mucha gente celebrándolo. Yo buscaba a alguien, miraba a uno y otro lado pero no conseguía dar con ella. Por algún motivo esa persona no se encontraba allí, pero no sé cuál.

—¿No sabes de quién se trata? —pregunté interesada.

—Tengo alguna sospecha, pero no estoy seguro, así que no te lo diré.

—De acuerdo, fenomenal. ¿Te he dicho ya quién ponía las normas aquí o se me ha pasado por alto?

—¡Vaya si me lo has dicho! Pero cuánto lo siento, al no recordarlo no te lo puedo decir... —dijo socarronamente.

—Así vamos mal, no creas que te voy a pasar todas ¿eh? Mañana ya puedes estar más comunicativo porque si no...

—Si no ¿qué harás?

—Ya veré. ¿Cuál era la otra... sensación?

—Me veo en una fiesta pasándolo en grande pero, de pronto, alguien cercano a mí desaparece rompiéndome el corazón.

Esta vez era a mí a quien le partía el alma. No estaba segura de si lo decía para sonsacarme o realmente no tenía ni idea de lo que había ocurrido.

—¿Has comentado esto con Fred y Fernando? —temí que lo hubiera hecho.

—No, hemos hablado del partido, de la celebración en el vestuario y de otras cosas, pero de la fiesta no, y por supuesto de lo que pensé en el parking tampoco.

Parecía evidente que no tenía ni la más remota idea de quién era yo. Debíamos ser para él unos auténticos desconocidos. Para mí también estaba siendo complicado aceptar la situación. Pensé que me resultaría difícil contarle lo que sucedió y, además, quizá no fuera lo que estaba imaginando.

—Estarás cansado —dije por cambiar de tema.



—No quiero reconocerlo pero ahora mismo estoy agotado. Hoy ha sido otro día largo y duro.

—A pesar de haberte echado la siesta del burro —dije con sorna.

—¿Qué es eso? —preguntó sin entender lo que le estaba diciendo.

—El sueñecito que te has echado esta mañana. ¿No te acuerdas? ¡Me has echado!

—¡Ah, ya! Lo había olvidado —contestó soltando una leve carcajada—, perdóname.

—Mañana iré a verte por la mañana, ahora procura descansar ¿vale? Lo necesitas, y seguro que te viene bien para poner las ideas en orden —le aseguré.

—Ojalá que dormir me sirviera de ayuda. Mañana te contaré —comentó con voz melancólica.

—Buenas noches, Mike, descansa, mañana nos vemos.

—Adiós niña. Gracias por tu compañía —dijo en tono cariñoso.

## EL ALTA

Por suerte hoy no tenía que ir a clase, «¡estupendo!» pensé, podría dedicarlo a hacer lo que me viniera en gana. Me desperecé y cogí el teléfono para comprobar si había alguna sorpresa. Así era, tenía varias, concretamente tres nuevos mensajes de texto sin leer.

*Hola princesa, después de más de seis horas de viaje con turbulencias y escalas, he llegado a Filadelfia. Estoy reventado, creo que por fin podré dormir un rato. Te llamaré en cuanto pueda. Tu fiel y enamorado Max.*

Menos mal que viajaba en primera, si fuese en clase turista como el resto de los mortales, tendría que recogerle una ambulancia en la pista. Con tanta actividad me había olvidado de él, pero cada vez tenía más claro que lo nuestro era imposible. Lo que me contó Harry me había llegado hondo; después, lo sucedido en el semáforo me hizo cambiar bruscamente el concepto que tenía de él, aunque mis sentimientos hacia Mike eran lo determinante. Miré a ver lo que decía el segundo mensaje, que también era de él.

*Voy de camino al hotel y aprovecho para recordarte que dejamos un tema sin resolver. Piensa en ello y sorpréndeme. Max.*

Me sentí complacida de haber dejado algo pendiente con él, de no ser así, ahora me sentiría atrapada y, aunque él creyese lo contrario, no lo estaba. Pulsé para abrir el tercer mensaje:

*Te he echado de menos durante todo el viaje. Siento que no estés ahora mismo conmigo. Prometo que la próxima vez me acompañarás. Tuyo siempre. Max.*

Pero ¿qué tuyo ni que tuya? Tenía que responderle, algo debía decirle para pararle los pies. ¡Pero si aún no...! Bueno, sí, nos habíamos besado ¿y qué? ¡Ahhh! ¡Y me había tocado las tetas! Pero fue... ¡Yo qué sé! ¡Solo un momento! ¿Y ya se autodenominaba «mi enamorado»? ¿Y lo de «tuyo siempre»? ¡Venga ya! Claro, se trataba de una táctica, quería parecer

romántico y no permitirme un rechazo, o al menos que me sintiera mal en caso de que lo intentara. También yo, gracias a mi débil resistencia, le había dado esperanzas, sin embargo él... ¡Pretendía atraparme de una manera demasiado ruin! Pero se equivocaba de lleno, conmigo no le funcionaría el chantaje emocional. Lo que me daba era miedo; a medida que le conocía conseguía producirme cada vez más temor.

Me apresuré a contestarle. Debía decirle algo ya. Un NO rotundo a través de mensaje de texto me parecía cobarde y falto de delicadeza, así que escogería algo intermedio, unas palabritas que le hicieran ver que guardaba la distancia, dejarle claro que no tenía interés por iniciar un futuro junto a él, y que nuestra relación no era un hecho, como intentaba hacer ver. Me mostraría indiferente. Yo también era capaz de ser manipuladora.

*Hola Max: Me alegro de que hayas llegado sano y salvo. Yo he estado ocupada. ¡Mike ha despertado! Así que imagínate, estamos emocionados. Resuelve tus asuntos de negocios y nos vemos cuando vuelvas. Saludos, Cristina.*

Le di a la tecla «enviar» y me quedé mirando la pantalla como una tonta. Seguramente Max estaría ocupado así que lo leería más tarde. El mensaje que había enviado ahora me resultaba demasiado frío. En cuanto lo leyera se enfurecería y no quería imaginar lo que pasaría por su impenetrable cabeza. ¿Pero acaso no era eso lo que pretendía?

Entré en el cuarto de baño para darme una larga y relajante ducha. Aunque la temperatura en San Diego era buena, me gustaba poner el agua muy caliente, de esa manera conseguía relajar todos mis músculos y rebajar la tensión. Después salí y me arreglé el enmarañado pelo con el alisador dejando unas leves ondulaciones en la punta como por casualidad.

Contemplé mi cara ante el espejo y cogí el neceser para maquillarme. Mi rostro era blanco como la nieve y, aunque había tomado el sol hacía tan solo unos días, mi piel no se había enterado. Cerré los ojos y me extendí el colorete en los párpados y en las mejillas, no parecía suficiente así que, de paso, sacudí la brocha por la frente, la nariz y la barbilla para igualar todo un poco.

Busqué en mi armario algo favorecedor. Miré todo durante un buen rato como si fuera la primera vez. Todos los colores eran aburridos: azul marino, marrón, negro, gris... no sabía qué ponerme pero tenía claro que

quería gustarle a Mike. Cuando lo tenía casi decidido escuché el móvil. Era el sonido de los mensajes de texto. A pesar de encontrarnos separados por más de dos mil millas, me asusté solamente de pensar que se tratase de Max.

Efectivamente, era él.

*Hablaremos a la vuelta. Max.*

Debía estar muy cabreado para responderme así. Tan escueto. Tan seco y cortante. Lejos de sentirme satisfecha lamenté mi estupidez, la frase en sí que él había escrito parecía sencilla, sin embargo, encerraba ese halo de misterio que me acojonaba tanto, aunque también tenía que reconocer que la comunicación por mi parte había sido demasiado radical; para ser sincera, había sido muy borde y desagradable. Dudé si él lo merecía. Ay, ay, ay, precisamente eso era lo que pretendía Max, que yo me sintiera mal. Si me dejaba arrastrar, terminaría actuando según su voluntad y eso era justo lo que quería evitar, así que celebré mi actitud, no estaba acostumbrada a comportarme con esos modales, pero terminé sintiéndome más segura de mí misma por atreverme a contestarle así, bueno, no estaba convencida del todo, pero iba por el camino correcto.

Lo decidí. Dejé de pensar en Max y preparé sobre la cama la ropa que me pondría: las mallas azul marino, mis botas cowboy favoritas y la camiseta de tirantes a rayas azules y blancas, cogí también la cazadora vaquera para rellenar, y adjudicado.

Bajé a la cocina y enchufé la cafetera. Mientras se hacía el café, me senté en el taburete a comerme un delicioso croissant relleno de chocolate.

De pronto el teléfono me sobresaltó. Era Mike.

—Hola niña, buenos días. ¿No te habré despertado yo hoy? —dijo la mar de contento.

—Pues no. ¿Qué pasa? ¿Me echas de menos y no puedes esperar a que llegue? —pregunté sarcástica.

—Hummm podría ser, pero no, te llamo para comunicarte algo —dijo alegremente.

—Soy toda oídos.

—¡Estoy en casa! —me soltó entusiasmado.

—¿Qué? ¿Ya? —pregunté poniéndome en pie de un brinco y sujetando la encimera del asombro—. ¡Pero eso es fantástico! ¿Qué tal estás?

—Estoy de p... fenomenal, me encuentro perfectamente.

—Bueno, entonces no hace falta que vaya —comenté contrariada.

—Eso quería decirte, que ya habías hecho planes y....

—No te preocupes Mike, es la mejor noticia que podías darme.

—Tal vez te apetezca comer con nosotros —me dijo con un tono de duda en su voz.

—¿En serio? No sé, no creo que a tus padres les apetezca compañía. Después de los días que han pasado querrán estar en familia.

—Ha sido idea de ellos.

Lo pensé de nuevo. Quizá fuera buena idea acompañarles.

—¡Vale! Pues siendo así creo que no estorbaré —añadí excitada.

—¡Gracias! Qué bien que aceptes la invitación. Te esperamos para comer pero puedes venir cuando quieras. ¿A qué hora vendrás?

Me eché a reír. Hablaba atropelladamente y se le notaba feliz.

—No lo he pensado, pero si te apetece me acercaré antes de comer y así charlamos un rato ¿quieres?

—Perfecto, Cris, te estaré esperando.

Hubiera salido corriendo en ese preciso momento pero me pareció más prudente esperar un rato. Agarré el café bien cargado que me había preparado y me acomodé en la butaca del porche pensando en el día que tenía por delante. Cogí el libro que estaba leyendo desde hacía varios meses, clavé los ojos en la página cincuenta y tres e intenté avanzar. Era el mismo párrafo que había leído una y otra vez, tuve que repasarlo varias veces para intentar concentrarme en la trama.

¿Pero cómo podía ser tan sumamente estúpida? Lo cerré, lo coloqué encima de la mesa de hierro forjado que tenía al lado y subí a mi habitación a vestirme rápidamente. Sabía que Mike me esperaba con impaciencia y yo estaba deseando estar con él, así que me apresuré y me dirigí a su casa.

Cuando llegué, Natham se había marchado y a Harper la encontré trajinando en la cocina. Quería complacer a Mike preparándole uno de sus platos favoritos aunque, a decir verdad, tenía muchos.

—¿Qué estás cocinando? ¡Huele de maravilla! —pregunté curiosa.

—Costillas asadas.

—¡Si saben igual que huelen, tienen que estar riquísimas! —dije

haciéndole la pelota—. Muchas gracias por invitarme, Harper.

—De nada cariño, sé que Mike estaba deseando verte y como tú pensabas acercarte al *Sharp*... pues pensé que no te pondría en un compromiso.

—Al contrario, estoy encantada, te lo agradezco muchísimo. Por cierto ¿dónde está? —pregunté extrañada.

—Parece increíble, pero según te ha colgado ha cogido un balón y se ha puesto a jugar al baloncesto. Está en la parte de atrás, donde la canasta.

—No me lo puedo creer —dije impresionada.

—Pues créetelo, como lo oyes. Me ha dicho que así se entretiene ¡y las está enchufando todas! —dijo secándose las manos con el trapo mientras se dirigía a atisbar a su hijo a través del ventanal trasero.

La seguí y las dos nos quedamos observándole. Mike fintó a un rival imaginario y después fue directo a la canasta para acabar con un mate de espaldas, recogió su propio rebote y fue de nuevo a su posición, esta vez encestó una canasta de lejos. Cuando recogió el balón, se dio cuenta de que le estábamos mirando y paró inmediatamente.

—¡Pero bueno! ¿Cuánto tiempo lleváis ahí escondidas? ¿Ya has llegado? déjame que te vea ¡estás guapísima! —comentó dirigiéndose a mí.

—Gracias, y no, no estábamos escondidas, solo te observábamos. Acabo de llegar. No hace falta que te pregunte cómo estás. ¿No te molesta el dedo?

—Un poco, pero como lo llevo entablillado —dijo mostrándome la mano—. ¿Juegas conmigo? —preguntó ilusionado pasándose la mano libre por su corto y moreno pelo.

—¿Yo? ¡No! Mi torpeza me dejaría en evidencia y es lo último que quiero —dije quitándole el balón de un manotazo y tirando a la canasta. Ni siquiera rocé la red—. ¿Lo ves?

Mike siguió con la mirada la trayectoria de la pelota, apretó la mandíbula y, aunque intentó contenerse, se empezó a tronchar de risa.

—Casi llegas, toma, prueba otra vez —dijo acercándose de nuevo el balón.

—¿Te ríes de mí? —le pregunté con cara de enfado y los brazos en jarras, por supuesto sin cogérselo.

—No, no, no, no, no, de ninguna manera, me río contigo.

—No tiene gracia, Mike, ¿acaso te vas a poner ahora chulito conmigo?

—Eso jamás —dijo sin contener la burla.

Harper había vuelto a la cocina para terminar de preparar la comida y al rato salió para despedirse. Había dejado todo listo y se marchaba a trabajar. Natham la estaba esperando.

Nos sentamos en la mesa del patio, Mike echó la cabeza para atrás, recostándose en la pared con cara de agotamiento.

—Deberías controlarte.

Mike soltó una risotada.

—Lo estoy haciendo —me miró de soslayo y volvió a emitir otra carcajada—. ¿Tomamos algo? —preguntó levantándose de un brinco y señalándome con el dedo índice.

—Vale. Café solo con hielo, muy cargado por favor.

—Muy bien, café para la señorita.

Entró a la cocina y volvió enseguida con una taza de café en cada mano. Se acercó despacio hasta donde yo estaba y se sentó frente a mí.

—Gracias —le dije mientras me inclinaba sobre la mesa para empezar a bebérmelo.

»¿Cómo te sientes ahora que estás de nuevo en casa? ¿Reconoces algo? —quise saber.

—Sí, voy viendo cosas que me resultan familiares, cuando hemos llegado he subido directamente a mi habitación y no me preguntes por qué.

—¿Por qué?

—¿Te crees muy graciosa? —dijo sonriendo socarronamente.

—Para nada, es que me lo has puesto a huevo. Aahora en serio, ¿qué te ha hecho ir allí?

—No lo sé —contestó mirando al vacío.

—Está bien, no importa, es una buena noticia, Mike, en breve podrás ir solo a cualquier sitio sin tener que cuestionártelo.

—Bueno, no corras tanto, solo intuía cuál era mi habitación, pero sí, es todo un logro. He tenido algo así como un *déjà vu* y, al comprobar que se trataba de mi cuarto, he sentido una gran satisfacción. Es un avance importante, porque te confieso que cuando abrí los ojos el otro día estaba

en blanco y muy asustado. Menos mal que en seguida vinieron mis padres y poco después llegasteis vosotros, creo que gracias a eso voy recordando cosas más rápidamente. Ya me lo repite todo el tiempo el doctor, que cuanto antes retome mi rutina mejor.

—Lo estás haciendo —comenté complacida.

—Sí ¿y sabes qué? Si me preguntas dónde he guardado algo, no te sé responder pero si voy a cogerlo sin detenerme a pensar en ello, voy directo al lugar donde se encuentra, es como si hubiera desarrollado una intuición que antes no tenía, o tal vez sea la necesidad, como si tuviera que desarrollar un sexto sentido al encontrarme con la memoria mermada. Es todo muy raro.

—El sexto sentido solo lo tenemos las mujeres.

—Las mujeres y yo —me recordó.

—¿Y qué es lo que has encontrado?

—El balón. Sabía que estaba en la caseta del jardín junto a las herramientas. He ido allí directo a cogerlo. También cuando he llegado me he cambiado de ropa y sabía dónde estaba todo.

—¡Pero bueno! Entonces es lo mismo que me ocurre a mí —dije convencida.

—Igualito —puntualizó él aparentando irritación—. Por cierto, también he recordado otra cosa, en realidad han sido dos.

—¿De esas tuyas? ¿Sin cara ni nada? —pregunté.

—¡Oye, que no lo hago aposta! —respondió con fastidio.

—Vale, no te enfades. ¿Qué has recordado?

—Primero, que el sombrero de playa que tengo en un estante de mi habitación me lo dio alguien muy especial, y segundo y más importante, es que me acuerdo perfectamente del día en que lo hizo.

—¿Ah, sí? —le pregunté casual, aunque en realidad se trataba de un avance extraordinario—. ¿Y cómo es ese sombrero?

Me vino a la memoria un día muy concreto y quería asegurarme de que se trataba del mismo que le regalé. Retrocedí tres años en el tiempo y me vi sentada alrededor de una hoguera durante la mágica noche de San Juan.

Recordaba vagamente la habitación de Mike, solo había entrado un par de veces con el resto de los chicos en alguna de las fiestas que solía celebrar, y sí, allí estaba el ejemplar del sombrero que les había regalado



a todos. Eran de paja, con unos adornos que simbolizaban el fuego, el agua y las hierbas, los tres elementos mágicos que se representan en esa noche especial.

En España, mi madre siempre celebró esa fiesta y, desde que Harry y yo éramos pequeños, nos transmitió algunas de sus tradiciones; la noche de San Juan era de sus favoritas y a mí también me resultaba misteriosa y emocionante, así que convencí a mis amigos para que fuésemos a la playa. La costumbre de relatar antiguas leyendas encantadas y rituales mágicos otorga a la noche una atmósfera diferente y, al parecer, a Mike le había calado hondo. Fue divertido, pero no imaginaba que saldría a relucir varios años después. Mike se apresuró a aclararme cómo era el sombrero.

—Es de paja y tiene tres plumas, una anaranjada que simboliza el fuego, otra azul que representa al agua y una última de color verde que hace alusión a las hierbas —me explicó.

No lo podía haber explicado mejor. Definitivamente se trataba del mismo sombrero que yo había comprado y al que puse con acierto unas plumas de colores. ¡Me quedaron preciosos!

—Te acuerdas de unos detalles demasiado minuciosos para estar amnésico ¿no crees?

—Sí —dijo poniendo cara de extrañado—, pero ya sabes que no lo puedo controlar; mi sesera —se golpeó la cabeza con los nudillos—, no me permite ser selectivo.

—No te des golpecitos ahí, me descompone. ¿No te das cuenta de que acabas de darte un golpetazo fortísimo? ¡Ten cuidado, por favor!

Se empezó a reír.

—¡Por Dios, Cris, pareces mi madre!

—Vale, guay, pero tú hazme caso y no te golpees.

—Muy bien. ¿Me puedo rascar? Me pica el pie.

—Eres el chico más tonto que he conocido en mi vida. ¿Puedes seguir contándome?

Su cara se tornó seria de nuevo y me contó algo que me dejó completamente aturdida. No supe hasta ese instante que había puesto tanto interés en la fiesta. El hecho de que ese día hubiera llegado tan tarde a la playa me pareció un acto de indiferencia, pero estaba equivocada.

Se concentró y me lo empezó a contar.

—Los días previos a la noche recuerdo que estuve investigando acerca de esa fiesta ancestral de la que sabía muy poco, y me pareció tan mágica que estaba deseando que llegara el momento de sentarnos alrededor del fuego y contaros las historias que acabada de descubrir. Hubo varias que me resultaron sorprendentes y quería relatarlas. Parecía divertido asustar a mis víctimas —rio a carcajada limpia.

—¿En serio querías asustar? Pero ¿cómo tienes el valor de decírmelo a mí? —le dije con indignación.

—¿Qué pasa? ¿Acaso eres miedosa? —preguntó sardónico.

—Sí, mucho, yo también estaba allí esa noche ¿sabes? Y a lo mejor me creaste un trauma.

—Seguro que sí, se te nota en la cara.

—Las cargas emocionales no siempre se reflejan en la cara. Venga, ¿de qué más te acuerdas? —le insté a continuar.

—¿Seguro que quieres que siga? Esto puede ser como las pelis de miedo —se estaba animando y quería darle emoción.

—Claro que quiero, me gustaría enterarme yo también.

—Bueno, pues esa noche, hadas, demonios y espíritus extraviados, andan sueltos por ahí, y hay que tener cuidado para no despertar su ira. También las puertas de acceso a otros mundos permanecen abiertas hasta que sale el sol. Puedes trasladarte a otros mundos si consigues entrar en contacto con seres de la otra dimensión —terminó de decir. Tenía los codos apoyados sobre la mesa y su cara descansaba sobre las palmas de sus manos. Me miraba fijamente a los ojos con una media sonrisa. Tenía su cara demasiado cerca, podía sentir su respiración.

—Tú has leído muchas novelas fantásticas ¿verdad? —le pregunté para ganar tiempo. Además, necesitaba que disminuyeran mis pulsaciones, se habían acelerado ostensiblemente.

—Sí ¿tú no? —me preguntó sin apartarse un milímetro de mi cara. Había adoptado una postura que le resultaba cómoda.

—Por lo que veo, no tanto como tú. ¿Y pasaste a alguna dimensión cósmica? —pregunté divertida.

—No me acuerdo, pero a lo mejor sí —dijo riéndose. Después se incorporó, se recostó en el respaldo de su silla y cruzó los brazos sobre el pecho—; a decir verdad, pasé a otra dimensión, pero solo mentalmente.

—¡Ahhh! Entiendo.

—No te rías de mí, soy un pobre convaleciente y no es propio de una señorita como tú reírse de alguien así.

—Venga, continúa, estoy intrigada, necesito que me cuentes lo que hay en tu cabeza.

—¿Tanta curiosidad tienes, niña? —preguntó haciéndose el interesante.

—Ja, no me digas que no estás disfrutando al contármelo.

—La verdad es que sí.

—Pues entonces sigue, que van a llegar tus padres y no vas a haber terminado —le instó.

—Verás, cuando llegué a la playa había más personas de las que esperaba. Creo que me puse a contar y no estaban solo los habituales, había más gente. ¿Me equivoco?

—En absoluto, tu precisión me está dejando impresionada; además de nosotros, también se apuntaron mi hermano Harry y su amigo Liam, Harry estaba encantado de asistir a su primera noche de San Juan y, para no desaprovechar la ocasión, su amigo y él aparecieron con dos amiguitas que ninguno conocíamos. También estaba la hermana pequeña de Mel, excitadísima por cierto, y nadie más que yo recuerde —le aclaró.

—Justo, algo así calculaba. En mis borrosas imágenes estábamos unas doce o catorce personas.

—Sí, doce exactamente. ¿Y qué es lo siguiente que recuerdas?

—Al llegar, busqué con la mirada a la persona por la que había ido allí, me costó encontrarla porque estaba oscuro, igual que en mi visión y, además, la música sonaba tan alta que me desconcertó aún más. Ya tenían encendida la fogata y también se encontraba algún que otro grupo celebrando la misma fiesta. Estaba excitado, mis nervios me hacían mover la cabeza de un lugar a otro intentando dar con ella. Por fin la localicé y, en el momento que lo hice, vi su silueta acercándose hacia mí. Su expresión era dulce, estaba tan preciosa como siempre, yo no podía pasar un minuto sin pensar en ella, sabía que era la mujer con la que deseaba pasar el resto de mi vida, pero había algo que me impedía decírselo, la sola idea de sentirme rechazado me acobardaba, si no sentía lo mismo por mí la perdería para siempre y no me podía arriesgar —me reveló.

Visualicé de nuevo la escena, cerré los ojos para recordarla mejor y vi entonces el momento que acababa de contarme. El resto habíamos llegado un rato antes que él y preparamos la fogata para crear el ambiente

propicio. Les repartí los sombreros que había decorado unos días antes y esperaba impaciente la llegada de Mike, que se estaba demorando mucho. Cuando le vi aparecer estaba despistado, miraba a un lado y a otro intentando localizarnos. Como no éramos los únicos que nos congregábamos alrededor de una hoguera, le costó dar con nosotros. Me puse de pie y me acerqué a él sonriendo con el sombrero en la mano. Cuando por fin vio a alguien conocido se le iluminó la cara de felicidad. Le planté el sombrero encajándoselo en la cabeza y le aseguré con una sonrisa lo mucho que le favorecía. Cogí su mano y le acerqué apresuradamente al grupo para que se uniera a nosotros. «Me tenías preocupada, Mike. ¿De dónde vienes a estas horas?» le pregunté. Venía de hacer su entrenamiento extra, el de los quinientos tiros a canasta que hacía todos los días.

—¿Te doy sueño? —preguntó devolviéndome al mundo real y agarrándome del brazo.

—No, ¿por qué lo dices?

—Estás con los ojos cerrados y eso, si no recuerdo mal, es una falta de respeto —me dijo con ironía.

—Bueno, sí, en realidad me aburro como una ostra, me has pillado —le dije dibujando una sonrisa—, pero como eres un pobre convaleciente, no tengo más remedio que aguantarme.

Él se puso circunspecto, como si quisiera decir algo y por alguna razón no se atreviese. Al final se decidió.

—Tú sabes quién me dio ese sombrero ¿verdad? —preguntó con temor.

—Lo sé —contesté poniéndome de mil colores.

—¿Pues sabes qué? No quiero que me lo digas, prefiero descubrirlo yo mismo.

Sentí un alivio instantáneo. Si me hubiera pedido que se lo dijera no habría tenido más remedio que contárselo y en ese momento me moría de vergüenza. A esas alturas, intuía que Mike sabía perfectamente quién lo había hecho y optó por no hacerme pasar el corte que suponía para mí aquella revelación. Se lo agradecí enormemente.

—Creo que ya lo has hecho ¿o me equivoco? —pregunté para tantear.

—No vas desencaminada, pero ¿sabes qué? Estoy impaciente por distinguir esa cara, quiero verla inmortalizada en cada recuerdo, es como intentar recordar un sueño, tienes que concentrarte mucho para captar los

detalles. Pues yo tengo muchos de esos detalles pero me falta la parte más importante.

—No lo veas así, te queda muy poco para conseguirlo, solo ubicar a las personas, y esa es la mínima parte del trabajo, lo demás está superado. ¿Has conseguido reconocer algún rostro o todavía no?

—Sí, ya lo he hecho, ha sido algo fugaz pero por fin ha sucedido, era la cara de mi madre cuando era más joven y yo solo un chaval. Si la he visto a ella puedo hacerlo con el resto.

—No lo he dudado en ningún momento.

—¿Has visto la hora que es? —me dijo sorprendido.

—Ha pasado el tiempo volando, tus padres estarán a punto de llegar. Por cierto, cuánto me alegro de que estén tan contentos, si les hubieras visto el día que llegaron de Europa... estaban destrozados. Te quieren muchísimo, Mike, y a mí me han hecho sentir tan a gusto cada vez que iba a verte que no sabes cuánto se lo agradezco.

—Faltaría más.

—No lo des por hecho, les podía haber molestado; sin embargo, siempre han sido encantadores conmigo.

En aquel momento Harper y Natham aparecieron por la puerta con una cara de felicidad que envolvía todo a su alrededor en un aura extraordinaria. Aunque Mike y yo habíamos estado muy entretenidos solos, la presencia de sus padres con esa actitud jubilosa nos hacía elevar el espíritu.

—Hola chicos ¿qué tal habéis estado? Cristina ¿no te habrá hecho pasarle el balón todo el tiempo como hace conmigo, verdad? —me preguntó su padre.

Para ser sincera lo había hecho en más de una ocasión, pero esta vez no se le había ocurrido, o quizás sí pero se reprimió. Natham era un hombre todavía joven, se parecía mucho a su hijo, o más bien era al revés. Los dos eran corpulentos, Natham más ancho y Mike ligeramente más atlético, pero su aspecto era muy parecido. Ambos rebosaban energía y tenían el mismo carácter alegre y dicharachero.

—Pues mira, no lo ha hecho, pero creo que sí se le ha pasado por la cabeza —dije sonriendo.

—¡Si es que este chico...!

—¿Pero qué he hecho yo para que me atacéis? —preguntó dándose un

manotazo en el muslo.

—Por ahora nada, pero no te pases un pelo porque te las verás con nosotros —le amenacé.

—No me atrevería por nada del mundo —concluyó levantando los brazos con las palmas de las manos abiertas.

—¿Tenéis hambre? —preguntó Harper jovial.

—No hace falta que te responda ¿verdad? —dijo su hijo.

—Pues yo no te voy a engañar, después de todos estos días sin pegar bocado hoy estoy hambriento también —comentó Natham.

—Harper, estoy deseando probar esas costillas. ¿Crees que nos dejarán alguna? —pregunté divertida.

Ella se rio. Me entendía a la perfección.

—No te preocupes, Cristina, estoy aleccionada, lo primero que haré será repartirlas antes de que lleguen a la mesa, si no, te aseguro que ni las oleríamos, comen como animales, los dos, ya no sé qué hacer para que lo entiendan.

—¡Si entenderlo lo entendemos, pero llevo muchos días sin comer algo decente y....! —se escuchó decir a Mike mientras nos alejábamos.

Acompañé a Harper a la cocina donde terminamos de preparar una ensalada fresquita. A primera hora había dejado en remojo la lechuga y sacó del frigorífico el resto de ingredientes que le añadiríamos. Yo la observaba expectante y con ganas de sentarnos cuanto antes a la mesa, me sentía cohibida al encontrarme a solas con la madre de mi mejor amigo. Temía que me hiciera alguna pregunta incómoda. Por su expresión parecía que quería hacerlas pero creo que se contuvo y decidió dejarlas para mejor ocasión.

Para mi asombro, preparó una ensalada gigante, la aliñó y después me pidió que la llevara a la mesa mientras repartía las costillas antes de salir de la cocina.

—¿Te llevas esto? —dijo pasándome el bol de ensalada—. Así los chicos pueden ir abriendo boca.

—Claro —respiré cuando salí de allí. No quería darle pie a hacerme preguntas embarazosas. Puede que fueran alucinaciones mías pero presentí que deseaba que le aclarase unas cuantas dudas, como por ejemplo por qué salió Mike aquella noche en la moto.

—Ya está casi —les dije a los dos. Se asomaron al recipiente para inspeccionarlo bien y volvieron a sentarse en posición de espera, quizá para que me creyera que no lo probarían hasta que nosotras llegáramos con los platos de costillas. Eso no se lo creía nadie. Escuché sus tenedores en cuanto me alejé de allí.

—Muchas gracias —dijeron los dos al unísono.

Cuando llegué a la cocina, Harper había preparado los platos y estaban listos para llevarlos al salón. Con una sonrisa sincera me pasó dos de ellos para que la ayudara a llevarlos.

—¿Vamos? Estarán ansiosos, no soportan esperar sentados un momento sin poder hincar el diente a algo —comentó entre risas.

—No me extraña, si les preparas siempre estas cosas tan ricas les entiendo —dije con franqueza.

—No cariño, no suelo cocinar mucho, hoy lo he hecho porque es un día especial, pero saben que no soporto encerrarme en la cocina. Por la noche, cuando estamos en San Diego, Natham y yo, no tengo más remedio que hacerlo, pero procuro que sean cosas fáciles y rápidas, y en cuanto puedo salimos a cenar fuera. A mi marido le encantaría que me gustase guisar, pero no se atreve a contradecirme, si hay que comer de prestado —hizo un ruido con la lengua—, pues no hay más que hablar, así que hoy ya pueden disfrutar porque tardará en repetirse.

Llegamos a la mesa donde padre e hijo esperaban impacientes. En un periquete vaciaron los platos, el bol de ensalada y una barra de helado que Harper había comprado para la ocasión.

Al ser un día especial, alargamos la sobremesa todo lo que pudimos y los padres de Mike no se cansaron de contar historias de cuando su hijo era pequeño. También aprovecharon para presumir de sus múltiples cualidades. Algunas yo las conocía bien, pero otras llegaron a sorprenderme. Mike tenía una personalidad con un carisma que nadie ponía en duda, además, aunque tuviera la situación más delicada del mundo él se mostraba optimista pero lo que realmente le caracterizaba era su bondad, siempre había sido una buena persona, sin dobleces ni segundas intenciones, tenía una sensibilidad especial y un corazón que no le cabía en el pecho. Todo eso lo había comprobado yo misma y no necesitaba que me lo corroborara nadie, pero esta vez, pese al apuro que parecía estar pasando él, Harper quería contarme cosas que le habían

ocurrido en el pasado.

—De pequeño era un niño hipersensible, Cristina, no sabes cuánto. Entonces me preocupaba mucho porque no sabía si sería capaz de canalizarlo, pero ahora que se ha hecho mayor veo que sí, ha sabido encauzarlo a la perfección, en lugar de angustiarse por el sufrimiento ajeno intenta ayudar siempre que le es posible. Le molesta mucho que cuente estas cosas, fíjate cómo me mira, quiere que me calle.

Mike miraba a su madre suplicante, deseando que cerrase el pico, pero Harper hizo caso omiso a su demanda y decidió continuar. Antes de eso, Mike la reprendió.

—Mamá, estas aburriendo a Cris más de lo que imaginas, como sigas contando toda esa retahíla no va a querer volver a comer con nosotros —imploró Mike.

—¡Chss! No la interrumpas, deja que me lo cuente —le regañé, y Harper, confabulándose conmigo, intentó seguir con su explicación.

—Hijo, no tienes ni idea de lo que voy a contar, así que cállate y escucha tú también, tal vez aprendas algo —le riñó su madre.

—Es cierto, no sé qué es lo que pasa ahora mismo por tu cabeza, pero estoy seguro de que vas a contar alguna lindeza de tu hijo mimado y comprenderás que... bueno, en fin, ¡déjalo mamá, por favor! —suplicó riendo. Harper no hizo ningún caso y yo le pedí que siguiera.

—Siendo aún pequeño, tendría catorce o quince años, de la noche a la mañana uno de sus compañeros de clase empezó a ser constantemente humillado, comenzaron a acosarle sin un motivo aparente y fue excluido del grupo. Se extendieron rumores sobre él inventados por el que se había autoproclamado líder de la pandilla. Todos le seguían incondicionalmente temiendo ser ellos la siguiente víctima.

Mike bajó la cabeza, supongo que concentrándose para recordar.

—¿Recuerdas lo que estoy contando, hijo? —preguntó su madre.

—Me suena vagamente, pero no estoy seguro, intento hacer memoria pero pasó hace tanto tiempo que...

Ella siguió, creo que pensaba impresionarle. Conmigo desde luego lo estaba consiguiendo, sobre todo por su capacidad narrativa y la facilidad para crear suspense.

—Los niños pueden ser muy crueles a veces, y lo peor es que muchos se ven arrastrados por el supuesto cabecilla de un grupo. Vamos, más o



menos lo mismo que ocurre con muchos adultos —Harper se rio quedamente.

—Qué razón tienes —dije sin querer interrumpir.

—Este líder al que me refiero era muy popular y todos los niños le veían como un ser superior e indestructible, pero a la vez sabían que era despiadado. Les imponía tantas reglas que cada vez que lo recuerdo me hierve la sangre. El grupito de niños padecía una ansiedad insana, pero aun así continuaban siguiéndole. Mike formaba parte de esa panda y a mí no me gustaba nada, pero no veía la manera de impedir que saliera con ellos. Debía andarme con cuidado para manejar la situación y evitar que mi hijo se sintiera rechazado. Crearle yo misma ese repudio y que no le aceptaran el resto de los niños era algo que no me podía permitir, así que pensé durante un tiempo la mejor manera de argumentárselo.

—¿Qué fue lo que hiciste? —quise saber. Mike también la miraba atentamente.

—Los niños hacían cualquier cosa para complacer a ese desgraciado. Estuve observando a Mike para ver sus reacciones, quería comprobar su comportamiento ¿y sabes qué descubrí?

—¿Qué? —preguntamos los tres espontáneamente.

—Pues que no le seguía el rollo, es más, se mantenía distante, pero lo asombroso era que el infeliz aquel no se lo recriminaba ¡no se atrevía! Mike era consciente del riesgo y, a pesar de todo, no le daba miedo. Tampoco quería enfrentarse, únicamente deseaba que todo estuviera en orden. Él seguía siendo amigo de todos e intentó que los que habían sido rechazados, que cada vez eran más, entrasen de nuevo en el grupo. No solo lo intentó sino que lo consiguió.

—Mike, fuiste valiente, ¿no te parece? —le pregunté.

—Puede, aunque, ¿qué otra cosa debería haber hecho? —dijo encogiéndose de hombros. Harper terminó de contarle.

—No se trata solo de hacer lo correcto, hijo, le plantaste cara y le dijiste que no le consentirías una humillación más. Todos tus amigos respiraron y el niño dio un paso atrás. Salió a relucir su propia inseguridad. La cantidad de complejos que tenía le empujaban a actuar así, la mente humana no tiene límites. Después de aquel suceso tu grupo de amigos se había acostumbrado a tener «jefe» ¡y quisieron hacerte su líder! ¿Por qué la gente necesita ser conducida como si fuera un rebaño? Te negaste en

rotundo, no entendías cómo podían ser tan necios.

—Siempre ha sido una buena persona —dije agarrándole del hombro y sacudiéndole—, maduro y sensato.

—También tenía que recordarle a menudo que en el cole había reglas, como por ejemplo obedecer a los profesores y no saltarse las normas a la torera como hacía él —dijo Harper para que no se jactase.

—Me has hecho recordar a varios amigos de ese grupo ¡hasta puedo verles la cara!

Los tres le miramos agitados. Los recuerdos le fluían cada vez a mayor velocidad.

## REVELACIÓN PATERNA

No recordaba la última vez que papá me había pedido ayuda. No era usual, pero en esta ocasión la necesitaba de verdad. Preparaba una fiesta por todo lo alto y, aunque muchos de los servicios que ofrecía los subcontrataba, el tiempo se le echaba encima. Todavía le quedaban unos días por delante para acabar de prepararla pero, aun así, nos pidió a mamá y a mí que le echásemos una mano. No podíamos negarnos.

Con una pereza tremenda me dirigí a la nave en la que trabajaba y guardaba todo su material. Cuando llegué, él llevaba ya varias horas trabajando, preparando cada detalle minuciosamente para que todo saliera perfecto.

Al abrir la puerta vi que todo a mi alrededor era un desbarajuste, yo no podría trabajar así pero no se trataba de mí, ese era el medio en el que se desenvolvía mi padre. No me preocupé ya que, como solía decirme, él siempre funcionaba inmerso en un caos organizado.

—Buenos días hija, muchas gracias por venir, no sabes lo bien que me vienes. Te he causado un trastorno grande ¿verdad?

—Qué va, no es para tanto, así me distraigo un poco —mentí—. ¿Mamá no ha llegado todavía?

—Se ha ido con una cliente; aunque es una de las más exigentes que tiene no creo que tarde en llegar, hoy solo tenían que localizar un bolso.

Me había puesto vaqueros y zapatillas, me remangué la vieja camiseta gris de manga larga que llevaba y me agarré una coleta. Mi actitud era como si fuera a trabajar en la mina. Mi padre me observaba divertido.

—¿Qué quieres que haga? —le pregunté.

—¿Ves esos globos de ahí? —señaló un rincón con el dedo—, pues, si te parece, los hinchas con la bombona de helio que tienes al lado.

Dirigí la mirada a la montonera de globos que me indicaba. ¡Mierda! No iba a acabar en la vida.

—¡Por lo menos hay mil globos! —dije horrorizada.

Papá se echó a reír.

—No exageres, no llega ni a la mitad.

—¿Van a hacer una suelta o qué? —pregunté sorprendida.

—Algo así, pero si prefieres te pongo a hacer otra cosa, tengo varias.

—Déjalo, está bien así. Por curiosidad ¿cuántos hay?

—Casi quinientos —carraspeó antes de responder.

Quizá fuera entretenido y no tendría que pensar.

—¿Y qué van a celebrar? —curioseé distraída.

—Es más bien una despedida, me ha contratado un matrimonio que tiene solo una hija y se marcha a vivir a Finlandia, su marido es de Rovaniemi pero vive en Helsinki.

—Qué pena.

—Eso pienso yo. Aunque parece que ella está muy ilusionada sus padres no tanto, te puedes imaginar. Además, seguro que no ha pensado en el frío que va a pasar.

—¡Hombre, papá! No digas eso, claro que lo sabrá, aunque tú no lo concibas a mucha gente le gusta el frío. No es para tanto, además, por amor se hacen muchas locuras.

—Puede ser, pero la falta de costumbre no creo que beneficie mucho a esa chica.

—¡No seas cascarrabias! Lo importante es que sea feliz y, por lo que me cuentas, debe ser así.

—Todavía eres muy joven y no te planteas mirar hacia el futuro y las consecuencias que suponen cada decisión que tomas, pero esta muchacha, en cuanto pasen unos años, quizá eche de menos a su familia. Es duro un cambio tan radical.

—¿Y mamá?

—Es diferente, San Diego es un lugar agradable para vivir.

—Ja ¿porque te interesa a ti?

A veces mi padre podía ser muy cerradito de mente, pero estaba desviando la conversación por unos derroteros que aún no entendía.

—Bueno, y digo yo, ¿a mí que me importa? ¡Como si se quiere ir a la Conchinchina! —le dije airada.

—Sí importa hija, sí importa.

¿A qué venía toda esa monserga? ¿Querría decirme algo y lo hacía a través de un mensaje subliminal? Decidí no comprobarlo, ya era bastante con que me hubiese hecho ir hasta allí como para aguantar, además, una

reprimenda sin comerlo ni beberlo.

—Lo que tú digas, papá.

—No, hija, no me des la razón como a los tontos, lo que te quiero decir es que es importante decidir con quién quieres compartir tu vida.

—¿Y a mí que más me da con quién la quiera compartir alguien que no conozco de nada? —le solté.

—No me refiero a esa chica, ella sabrá lo que hace, lo que me importa son las decisiones que puedan tomar mis hijos.

Por lo que recordaba, yo todavía no había tomado ninguna al respecto y, si lo había hecho, él aún no estaba enterado.

—¿Qué me quieres decir con eso? —se me escapó, no tenía que haber dicho nada, en realidad no deseaba conocer la respuesta.

—Pues que debes meditar mucho tus decisiones.

—Eso hago siempre —dije cortante.

Empezaba a imaginarme por dónde quería llevar la conversación, pero no estaba dispuesta a ponérselo fácil. Midió su siguiente pregunta antes de formularla.

—¿Qué tal está tu amigo?

—Cada minuto que pasa se encuentra mejor, va recordando muchas cosas y estoy segura de que en pocos días será el mismo de siempre.

—¿Te gusta? —preguntó sin mirarme a los ojos.

—¡Ya lo creo! ¡Es mi mejor amigo!

—No me refiero a eso, quiero decir si te gusta... él, como chico, no como amigo.

Respiré profundamente antes de contestar. Me daba la sensación de que Mike no contaba con su aprobación.

—Un poco. ¿Tienes algún problema con eso? Porque con esa cara que pones, parece que lo dices como si fuera el demonio. Es una bellísima persona: responsable, educado, inteligente... ¿no te lo parece a ti? Vamos, ¡un partidazo! —dije para provocarle, como si no estuviera ya suficientemente mosqueado.

Se lo estaba poniendo difícil, pero quería que saliera de él sincerarse conmigo.

—Apenas le conozco y no dudo que tendrá todas esas cualidades, incluso más, pero ¿te has parado a pensar las complicaciones que podrían

surgir si terminas con un chico de color?

Había soltado la bomba. Tenía que haber imaginado que algo así me podía suceder, pero mi padre jamás se mostró racista. Me había dejado sin palabras. No era posible, tenía que responder a su ataque y exponerle mi punto de vista.

—Pues fíjate, no me he parado a pensarlas porque ni siquiera las podría comprender. ¿A qué complicaciones te refieres? Para tu tranquilidad, ni siquiera salimos juntos, no somos novios ni nada de eso, pero en el hipotético caso de que lo fuéramos ¿te avergonzaría tener nietos negros, o cuál sería el problema?

—Pues no es lo que más ilusión me hace.

—Perdóname, pero si no fueras mi padre ahora mismo te diría cuatro cosas.

—Pero da la casualidad de que sí lo soy y, aunque te disguste, lo hago por ti, yo ya tomé mis propias decisiones en el pasado y fueron bastante acertadas —dijo satisfecho.

—Mira qué bien, pues te felicito, pero me parece injusto que estemos teniendo esta conversación. Mike no se lo merece, y quiero que sepas que, si finalmente se convirtiera en mi novio, no tendría en cuenta esta conversación. Papá ¡pareces de la Edad de Piedra! Nunca pensé que fueras de esa opinión.

—No se trata de opiniones, me preocupa tu felicidad.

—Soy feliz, al menos lo intento. Creo que estás pensando más bien en tu felicidad y no en la mía, papá.

Me miró disgustado.

—¿Y la reacción de la gente? Considéralo. Por si todavía no te has dado cuenta, tiende a ser muy cruel.

—Pues si alguien me desprecia por ese motivo, sería una excelente señal para verle la cara, no tendría que fingir más conmigo porque saldría de mi vida al instante.

—¿Lo ves? ¡Eso trato de decirte! Sería muy triste que terminases sola.

—¿¡Pero qué me estás contando!? ¡Déjalo ya, papá! ¡Me estás poniendo de muy mala leche! Y eso que no estamos hablando de nada real, no quiero ni pensar si...

—Ya sé que todavía no hay nada serio, pero vas de cabeza a tirarte por

el precipicio —resopló colérico—, lo quiero evitar.

—No lo harás. Conmigo no funciona así. Sabes perfectamente que no soporto coacciones de ese tipo.

El hecho de no sentirme libre me producía el efecto contrario. Lejos de disuadirme, papá me precipitaba a Mike como dos imanes cuando se cruzan en el camino.

—Tranquila Cris, relájate, solo quería que pensaras en ello.

—¡Tú! Tú eres el que tiene que recapacitar sobre lo que me acabas de decir. ¿Pero en qué mundo vives? ¿Esa es la educación que me has querido transmitir? Porque yo no la he captado así, afortunadamente. ¿Para eso me has hecho venir aquí? ¿Para darme una disertación acerca de lo que tú consideras que está bien o mal?

—No —miró a su alrededor—, puedes verlo tú misma, estoy preparando una gran fiesta.

Le ignoré.

—¿Y mamá? Supongo que estará de acuerdo contigo.

—Te equivocas, tu madre es una romántica, creo que incluso le parece exótico, pero al contrario que tú, ella sí me escucha y por nada del mundo quiere que me sienta mal.

El concepto de mi madre respecto al racismo siempre había sido diferente, jamás se paró a pensar en ello antes de llegar a los Estados Unidos. En España, el país en el que creció, apenas había mestizaje en esa época, así que no vivió con las mismas ideas preconcebidas de papá acerca de la discriminación racial. Quizás por tener ese concepto del asunto había logrado aplacar, o al menos ocultar, la antipatía que mi padre sentía hacia los negros y, por suerte, Harry y yo tampoco crecimos con sus confundidas y detestables ideas.

—Me lo temía, el otro día me pareció que me escondía algo respecto a Mike, pero si no está de acuerdo con tus teorías ¿sabes cuál es la razón?

—Dímelo tú.

—Porque tiene la mente mucho más abierta, de otra manera no se hubiera aventurado a vivir aquí, ella también está lejos de su familia y, que yo sepa, no le ha creado ningún trauma. Les echará de menos, pero puede vivir con ello ¿a que sí?

—Eso parece.

—¿Y qué pensaron tus padres cuando les dijiste que salías con una española? Ellos te inculcarían ese sentimiento de rechazo, supongo. Dime ¿qué te dijeron?

—Nada, los europeos estaban bien considerados entonces, igual que ahora.

—Me tranquiliza tu análisis —puntualicé con sarcasmo.

Puede que influyera que mamá era de piel blanquita y con los ojos azules. Eso debió confundirle, pero yo aún seguía conmocionada al descubrir el lado oscuro de mi padre.

—Papá, acabas de echarme un jarro de agua fría, y no es tu falta de tacto lo que me duele, sino tu forma de ver las cosas. Mejor dicho, tu manera de diferenciar a la gente. ¡Qué decepción tan grande!

Mi madre llegó en ese momento y preguntó qué ocurría.

—Se os oye desde fuera. ¿Qué pasa aquí?

Mi padre se apresuró a contestar.

—Tu hija, que se ha puesto de mal humor, no quiere abrir los ojos. Solo intento ayudarla y cree que la estoy atacando. Vive en un mundo de fantasía, o qué sé yo, solo quiero que vuelva a la realidad y viva con los pies en la tierra. Debe estar confundida por el impacto que ha sufrido su amigo, pero que no se equivoque, la amistad y el amor son dos cosas muy distintas.

Mamá hizo un mohín. Sabía perfectamente de lo que hablábamos. Mi padre continuó, no le había parecido suficiente.

—Pretendo avisarte antes de que sea tarde, hija. Solo quiero que recapacites, que te detengas a pensar de manera objetiva lo que desencadenaría una relación con él. ¿Que soy muy franco? Pues tal vez sí, pero prefiero ser lo más claro y directo posible. Antes de que te precipites lo debes reconsiderar y, si después de analizarlo cuidadosamente crees que es lo mejor, pues adelante, es tu vida y puedes hacer con ella lo que te venga en gana. ¡Solo trato de ayudar! —soltó bruscamente las tijeras que sujetaba en la mano y nos dio la espalda a ambas.

Tras aquella charla Mike me gustaba todavía más, y descubrí que definitivamente había llegado el momento de tener mi independencia, lo había demorado por pura dejadez, pero era indiscutible que no me encontraba con edad para aguantar ciertas cosas. En cuanto saliera de allí, comenzaría a buscar un lugar para instalarme y le pediría a Fred que me



avisase cuando alguno de los apartamentos que alquilaban en su comunidad quedase libre.

Mis padres conocían la existencia de Max, y pondría la mano en el fuego afirmando que, en ese momento, a pesar de estar al tanto de las habladurías que se habían filtrado sobre su familia, le preferirían a él mil veces antes que a Mike.

No era propio de mí ser una toca pelotas, pero las palabras de mi padre me habían indignado más de lo que suponía.

—Pues tengo un pretendiente, a lo mejor te gusta más.

Él me miró esperanzado y una expresión de optimismo cruzó su cara justo el tiempo que tardé en revelarle quién era.

—¿Le conocemos? —preguntó interesado.

—Eso creo, al menos sabréis quién es.

—A ver ¿quién es ese aspirante?

—Maximilian D'Angelo.

Los dos pusieron cara de absoluto desconocimiento, así que me apresuré a esclarecer su identidad y les di toda clase de detalles.

—Es un colega de Harry, de un grupo al que se conoce como «los Yakota». —¡Hala!, yo también lo había escupido, a ver si ahora este elemento les parecía mejor candidato: de piel blanquita, vistiendo exquisitamente... seguro que al verme con él no me mirarían con aversión, pero a lo mejor dejaría estupefacto a más de uno, y no precisamente por el color de su piel.

Mi padre me había decepcionado más que nunca y dudaba si realmente decía esas cosas porque pensaba que sería lo mejor para mí o egoístamente no deseaba para sí contar con un yerno negro.

Tras reconocer a Max, o el grupo al que pertenecía, los dos cruzaron sus miradas espantados ante la nueva información que su descarriada hija les acababa de dar.

—No le conocemos personalmente, pero hija mía, ya tienes edad para saber con quién te tienes que relacionar —dijo mi padre intentando contenerse y parecer pausado.

Me sentí desencantada. Todos esos discursos sobre la igualdad, la tolerancia y la integración social; el no diferenciar a las personas por su sexo, su posición económica o el color de su piel, eran para él una

patraña, solo le servían para aparentar y sentirse socialmente aceptado. Esa conversación era la más lamentable que había mantenido con él.

—Gracias papá, eso haré. Me alegra saber cómo piensas de verdad, te agradezco que hayas sido tan sincero —dije entristecida.

—Venga, Ryan, no hagamos un mundo de esto, solo son amigos. Y si fueran algo más que eso ¿qué más da? No pasa nada, ¡libérate de una vez de esos absurdos prejuicios tuyos! —intervino mi madre—. Y tú, Cristina, no se lo tengas en cuenta, no lo piensa en serio, solo lo dice porque piensa que verdaderamente es mejor para ti. No lo ha meditado bien y estoy segura de que cuando lo haga, cambiará de parecer.

Decidí que no iba a hablar más del tema, la franqueza de mi padre había ido demasiado lejos, no solo me demostraba que no le importaba lo que era mejor para mí, sino que, además, había rebasado los límites aceptables. Si se creía con potestad suficiente para escarbar en mis sentimientos y luego ponerlos en tela de juicio, lo llevaba claro.

Terminé de inflar los malditos globos. Me llevó mi tiempo, pero como estaba muy disgustada, no me entretuve ni un segundo en cruzar una palabra con ninguno de los dos. Me dediqué a pensar cómo me las apañaría para encontrar un pequeño apartamento que me pudiera pagar. El sueldo que ganaba en Galilea no daba mucho de sí, pero haciendo un gran esfuerzo y utilizando parte de mis ahorros, conseguiría arreglármelas para pagar todos los gastos. Otra opción era compartir piso, pero no me convencía, así que la descarté. Con suerte, en poco tiempo encontraría un trabajo a jornada completa y me podría permitir vivir con mayor comodidad. Estaba deseando preguntarle a Fred, sabía que de vez en cuando quedaban libres unos mini estudios que me servirían para pasar aquel trance. Cada vez estaba más enfurecida. Acabé con los globitos, se los dejé recogidos y me despedí.

—Me marchó. Luego nos vemos —les dije más seria de lo que me habían visto nunca.

—Adiós hija —dijo mi padre dolido. Encima.

—Hasta luego cielo, luego hablamos —comentó mamá disgustada. Creo que a ella le resultaba más triste que a mí. Al fin y al cabo yo haría lo de siempre, lo que me diera la gana, sin embargo ella tendría que lidiar con la censura de papá toda su vida.

Estaba deseando sacar los pies de esa nave y quedarme sola. El largo

día que tenían por delante me permitía no tener que compartir espacio con ellos durante las próximas horas, así que me fui para casa donde repuse fuerzas y poco después acudí a mi trabajo en la cafetería. A tía Lily la encontré eufórica, estaban teniendo la mejor semana de primavera de su vida, y me llenó de satisfacción ver que alguien tan cercano a mí desprendiera esas buenas vibraciones. Ella solía hacerlo, pero esta vez se había superado. Me esperaba impaciente.

—Buenas tardes Lily. Hola David —les saludé esforzándome por sacar una sonrisa.

—Hola Cristina. ¿Qué tal tu día? —preguntó Lily con más entusiasmo de lo habitual.

—Bien, bueno, normal, no te voy a engañar, vengo de la nave de papá y me he dado una buena paliza.

—¿Ah, sí? ¡El todopoderoso Ryan necesitando ayuda! —comentó riendo.

—Algo así —dije, aunque en realidad me apetecía soltarle que su cuñado me había pedido que fuera porque tenía mucho interés en estropearme el día—. Celebran una despedida y a papá le faltan manos.

—Ven conmigo. Acompáñame —me dijo bajando la voz.

Me condujo hasta el despacho en el que el tío David solía revisar sus cuentas. Era el lugar donde se aislaba del mundo cuando no le cuadraban los números. Eso no ocurría todos los días, pero cuando pasaba, todos estábamos nerviosos hasta que le veíamos apagar la luz. No entendía por qué Lily me pedía que la acompañara allí.

—Pasa y cierra —comentó sin más.

Le hice caso y entré tras ella mientras la observaba. Sacó un sobre del cajón con mi nombre escrito y me lo extendió.

—Ten, esto es como agradecimiento, muchas veces nos quejamos de que no salen los números, pero como últimamente las cosas están mejorando, queremos compensaros. Sin vuestra ayuda Galilea no podría funcionar.

—¿¡Cómo!? —miré el sobre sin podérmelo creer. ¡Ahí dentro había pasta!

—Lo que has oído. Además, esta semana está siendo una de las mejores que recuerdo, así que ¿por qué no? Vamos a darnos una alegría y disfrutarlo todos —comentó riendo.

—¡Muchísimas gracias, tía Lily! No sabes qué bien me viene —tras unos tímidos saltitos la abracé y le di un beso.

Estaba deseando abrirlo pero no lo haría hasta que hubiera terminado mi turno y me encontrara alejada de allí.

La conversación mantenida con mi padre ensombrecía el minuto de felicidad que estaba teniendo con Lily, así que me esforcé para no sentirme mustia y trabajé más motivada que nunca. Fue fácil, no paró de entrar gente, las mesas estuvieron ocupadas durante toda la tarde, e incluso cuando una se quedaba libre, entraba alguien en ese momento para ocupar su lugar. Los clientes no me dieron tregua para tomarme siquiera un pequeño descanso.

Con tanto ajetreo la tarde se pasó volando y por fin llegó el momento más esperado. Me monté en el coche dispuesta a telefonar a Mike, habíamos quedado para acudir juntos al cine y ver una película juntos. Después de deliberar lo indecible por fin me había decidido: veríamos una de las ediciones especiales de *La Guerra de las Galaxias*. Sabía que a Mike el cine de terror era lo que realmente le apasionaba, pero si íbamos a ver una peli de esas, los continuos sobresaltos me harían sufrir durante días aterradoras pesadillas, así que lo descarté. Conocía bien sus gustos y sabía que también le gustaban las películas de tiros y por supuesto, las de ciencia ficción. Como este último era uno de los pocos géneros que compartía con él, las opciones las tenía limitadas.

Antes de poner rumbo a nuestra ansiada cita, necesitaba saber cuánto dinero contenía el sobre que me había entregado Lily, así que antes de arrancar el motor lo localicé dentro del bolso y lo saqué con disimulo por si alguien me estaba observando. Lo coloqué entre las piernas y lo conté con impaciencia.

¡Mil! ¡Santo cielo! Mil dólares redondos habían aterrizado en mi bolso en el momento oportuno. No podía creerlo, un dinero caído del cielo en un instante así. Cada vez estaba más segura de la existencia de Dios.

Cogí el móvil para llamarle y, como me ocurría últimamente cada vez que marcaba su número, sentí un cosquilleo que me subía por el estómago y se atascaba moleestamente en el esófago.

—Hola Mike, acabo de salir. ¿Cómo estás? —le pregunté.

—Hola, niña. ¿Que cómo estoy? Aquí, esperando tu llamada con el móvil en la mano —dijo alegremente. Podía sentir su sonrisa.

—¡Y será verdad! Bueno, eso significa que te encuentras bien, supongo.

—Y dentro de un rato estaré mucho mejor.

No sé cómo había podido estar tan ciega, a menudo Mike solía decirme cosas por el estilo. Hasta ahora me había enviado mensajes que pasaban desapercibidos rebotando en mis orejas. En cambio ahora, cada palabra que salía por su boca me hacía recapacitar sobre las deliberadas intenciones que encerraba todo lo que me decía.

—Paso a buscarte ahora mismo —miré el reloj—, no quiero que lleguemos tarde.

Conecté el bluetooth y seguimos hablando.

—Yo tampoco. Sé que he ido muchas veces al cine, pero tengo la sensación de que hace siglos de eso.

—Es que, si no recuerdo mal, llevas mucho tiempo sin pisar una sala. ¡Tanto entrenamiento no te deja tiempo libre! Pero sé que te encanta así que espero que lo disfrutes como si fuera la primera vez.

—No dudo de que será así, lo único que me mortifica es que todo ese tiempo no podremos hablar, porque no se puede hablar en el cine ¿verdad? —dijo bromeando.

—Ja ja, claro que no se puede, además, ¿para qué quieres hablar? No lo vas a necesitar, ya verás, lo pasaremos bien.

—Luego tomaremos algo ¿no? —me imploró.

—Depende —dije mofándome un poquito.

—¿De qué depende? —quiso saber.

—De cómo te portes.

—Entiendo, te estás haciendo la chulita otra vez. Pues que sepas que querrás venir luego conmigo a ese sitio y ya veremos si te llevo.

—¿Ah, sí? —dije con un tonillo sarcástico.

—Afirmativo.

—¿Y dónde es eso, si se puede saber? —pregunté interesada.

—No se puede.

—Entonces, ¿cómo sabes que querré ir allí?

—Lo sé y punto. En realidad me tienes que llevar tú.

—Muy bien ¿y osas ponerte farruco aun sabiendo que soy yo la choferesa? Yo tenía pensado otro lugar, pero si prefieres elegirlo tú, te dejo.

—Vale. No esperaba menos.

—Bueno, te cuelgo que me distraes.

—No tardes ¡pero no se te ocurra correr! Aunque prefiero que le pises un poco pero sin pasarte ¿vale? Venga, date prisa.

—Adiooos —me despedí.

Cuando llegué me esperaba en la puerta de su casa, estaba recostado en un poyete con los brazos cruzados delante del pecho. Se le veía radiante y feliz. Antes de subirse al coche metió la cabeza por la ventilla y me mostró su brillante dentadura.

—Hola niña. Creí que no llegarías nunca —dijo antes de acomodarse en su asiento.

—Lo siento, no podía quedar antes, hay mucho trabajo en Galilea y esta semana estamos bajo mínimos —me excusé.

—No te preocupes, lo digo en broma, he estado con Fred y Fernando y lo hemos pasado de coña, pero hace un par de horas que se han ido y te estoy esperando desde entonces; ya me estaba impacientando.

—¿Les has dicho si querían venir? —pregunté con naturalidad.

—No —respondió tajante y con cara de sorpresa.

—¡Eh! Usted perdone, sólo era una pregunta.

—¿Esto no era una cita? —dijo retirando la cabeza para enfocarme mejor.

Pensé en su rebuscada pregunta antes de responder.

—Técnicamente sí, pero en una cita caben dos, tres, cuatro ¡y hasta miles de personas!

—¡Vaya hombre! ¡Qué cabeza tengo! Pues la próxima vez se lo digo —rio fingidamente dándose una palmada en la frente.

Le sacudí cariñosamente la cabeza y me observó con ternura. A pesar de no apartar la vista de la carretera sentía cómo me miraba fijamente. Eso me incomodaba bastante.

—Cris —pronunció mi nombre con voz temblorosa.

—¿Sí? —le dije como si no me hubiera dado cuenta de que durante un buen rato no había desviado sus ojos de mi rostro.

—Nada, mira ahí están los cines.

No quería insistir pero me moría de curiosidad. Mientras giraba para acceder al parking le invité a que siguiera la conversación.

—¿Ibas a decirme algo? —pregunté tímidamente.

—No, solo si faltaba mucho, pero ya hemos llegado.

La película empezaría en diez minutos, por lo que no había tiempo que perder. Compramos unas palomitas para compartir y dos bebidas de tamaño gigante. Corrimos y nos sentamos en las butacas de la última fila. Había sacado intencionadamente dos asientos que no tenían sillones delante, así Mike podría acomodarse a sus anchas sin que se le agarrotasen las piernas.

Cogía las palomitas a puñados sin apartar sus ojos de la gran pantalla. Irradiaba la misma ilusión que un niño. Dudé si la trama de la película sería acertada para su actual situación, puesto que la idea de concebir planetas inventados, galaxias inexistentes y la extraña y confusa mezcla de extraterrestres y humanos coexistiendo en el tiempo y el espacio, tal vez sería difícil de asimilar para él. Crucé los dedos. En un par de horas saldría de dudas. Me había costado seleccionar la película que veríamos y temía no dar en el clavo, pero después de recordar la última vez que nos sentamos delante de una pantalla juntos, me decidí. En aquella ocasión nos entretuvimos con *Dune*, así que me convencí de que esta le gustaría también.

La película acabó, encendieron las luces y los dos volvimos al mundo real. Mike me miraba entusiasmado, fascinado por lo que acababa de ver.

Una vez lejos del tumulto quise saber qué le había parecido.

—¿Te ha gustado? —pregunté vacilante.

—¿Que si me ha gustado? ¿Acaso a ti no? ¡Ha estado fantástica! Yo quiero una espada láser de esas, ha sido lo mejor.

—Te regalaré un disfraz —le dije en guasa pero él no me escuchó, seguía exaltado recordando cada escena.

—Y las naves me han encantado, se ponen de cero a mil en un momento ¡qué sensación de libertad más alucinante!

—También —le confirmé—. A mí lo que más me ha gustado ha sido el elemento mágico del campo de energía, *La Fuerza* —dije mirando al cielo.

Él asintió con la cabeza.

—Cómo me alegro de que hayas disfrutado, Mike. Estoy feliz —dije espontáneamente.

Me miró sonriendo y me agarró las dos manos.

—Esto hay que repetirlo muchas veces, pero la cita todavía no ha terminado, nos falta ir al sitio donde quería llevarte.

—Querrás decir donde quieres que te lleve.

—Correcto.

—¿Dónde vamos? ¿Ya lo puedes decir o todavía no? ¡Estoy hambrienta!

—Espera —me dijo sacando del bolsillo trasero de sus vaqueros un trozo de papel que me pasó de inmediato. Lo leí, estaba impaciente por saber dónde querría que fuéramos.

—Al *Burger Gelou*, buena elección, espero que tú también tengas hambre porque aquí sirven las mejores hamburguesas de San Diego.

—Eso creo, me ha dicho Fred que son pecaminosas, igual que las ensaladas y los aros de cebolla. Hemos ido muchas veces pero ahora mismo no sé cuál es.

Fuimos al restaurante. Cuando llegamos se paró en la puerta y, feliz ante lo que miraba, me lo transmitió.

—Conozco este sitio, Cris, lo conozco perfectamente. No había asociado el nombre, aunque sabía que me sonaba de algo. Es otro avance.

—¡Eso es genial! Todo va a ir sobre ruedas —me colgué de su brazo y entramos en el local.

Nos sentamos en una de las mesas con bancos que había en el interior. Fuera había refrescado y no quisimos aventurarnos, no teníamos ninguna prisa y si bajaba la temperatura no aguantaríamos mucho.

Aún no había desaparecido su cara de felicidad, parecía una persona sin pasado y, lo que era mejor, sin problemas, únicamente dispuesto a disfrutar del presente. En cambio a mí me venían a la cabeza las mismas dudas de siempre. Intenté, al menos por esa noche, dejar de sentirme culpable por su accidente y no pensar en el inesperado rechazo que mi padre sentía hacia él.

Mike se pidió una hamburguesa y yo opté por una ensalada ligera, además pedimos patatas y aros para compartir, para mí sería más que suficiente y esperé que para él también.

—¿Has ido hoy al *Sharp*? —le pregunté.

Se tragó bruscamente un cuarto de hamburguesa y me respondió.

—Esta mañana —dijo mirándome a los ojos.

—¿Y cómo te ha ido? —quería saber todos los progresos de su



recuperación.

—He tenido un poco de fisio, pero después se han pasado todo el rato haciéndome preguntas.

—¿Sobre qué?

—Acerca de las cosas que recuerdo, de mi familia, de mi pasado... —gruñó—. Son bastante cotillas los psicólogos del *Sharp Memorial* —sonrió sin ganas—. El fisioterapeuta se ha dado cuenta de que apenas le necesito, así que hemos pasado directamente a la psicóloga.

—Tratan de ayudarte.

—Es verdad, lo digo en broma, es que me siento cohibido ante tanta pregunta.

—¿Tú cohibido? —comenté riendo.

—Sí, en el fondo soy vergonzoso y no me gusta contar mis intimidades a cualquier desconocido.

—No creo que hayan profundizado tanto.

—Sí, lo han hecho, créeme, esa psicóloga parece de la Inquisición. Me mira de una manera que me hace sentir fatal.

—No lo entiendo. ¿Por qué te hacen consultas íntimas?

—Porque quieren saber exactamente todo lo que recuerdo y salen a relucir cuestiones que... en fin, que hasta donde yo creía solo me concernían a mí.

—¿Desde cuándo eres tan reservado?

—Desde que tengo que contar mi vida a personas que no conozco de nada y, como le ocurriría a cualquiera, me da apuro hablar de ciertas cosas.

—¿Y cuáles son esas cosas? A mí me las puedes contar.

Había terminado la hamburguesa. Cogió la servilleta y se limpió unas migas invisibles de la boca, luego bebió un trago de agua y a continuación comenzó a mirar por la ventana. Dudé si me había oído.

—Tal vez sí y tal vez no —me contestó volviéndome a mirar de nuevo con los brazos apoyados en la mesa e inclinándose hacia mí.

No dije nada. Me asustaba incitarle a contar cosas que me pudieran sacar los colores.

—Los recuerdos que me vienen a la cabeza son... cómo decirlo, bastante impactantes, y yo creo que esa mujer lo que quiere es cotillear. Se

le nota en la cara, es como cuando te están contando un chismorreó, así me mira ella. Es irritante.

—No seas tan mal pensado.

—Pero también me acuerdo de cosas que impresionan menos, en ese caso la entrometida señora no está tan interesada —le recriminó a la pobre mujer.

—¡Pero cómo eres, Mike!

—Te prometo que es así. Me gustaría que mañana estuvieras presente, seguro que me entenderías, pero han dejado claro que son sesiones personales y no puede entrar ningún acompañante, si no te invitaría encantado.

—Pues me quedaré con las ganas, pero lo que sí me puedes contar son esas cosas menos apasionantes de las que te acuerdas.

—Recuerdo un trabajo que se mezcla en mi cabeza con un precioso jardín y una casa en la que deseaba vivir con una persona que ya la ocupaba. Un lío que intento descifrar, tampoco te quiero aburrir.

Me acordé de su valiosa ayuda en el proyecto que presenté en clase de diseño. Fue vital para mí, sin su contribución en el trabajo no lo hubiera sacado adelante. Todo lo que me aportó resultó determinante, pero lo más maravilloso fue lo mucho que nos divertimos, nos lo pasamos genial y a los dos nos dio pena insertar en la última página la palabra FIN.

—Espera, espera, ¿qué te hace pensar que me aburres? Me interesa más de lo que te imaginas. Cuéntamelo despacio y quizás yo te pueda ayudar a esclarecer ese embrollo, seguro que con mis explicaciones consigues enterarte por fin de lo que va ese recuerdo.

Comenzó a contarme mientras miraba hacia el infinito.

—Está sentada junto a mí una mujer maravillosa. Me transmite una alegría que no se puede comparar con nada. Es su aura, la energía que desprende la que me hace sentir bien, al mismo tiempo, sé que tiene una cara angelical, su piel perfecta, su sonrisa, sus ojos... bueno, al igual que su cara los ojos no los puedo ver, pero sé que los comparo con la paz que sientes cuando te encuentras en el paraíso. Si no me equivoco son verdes —en ese momento me miró fijamente y noté cómo me sonrojaba, pero él continuó como si no se hubiera dado cuenta—. Solo con su presencia consigue que se estremezcan todos los poros de mi cuerpo. Escucho sus risas, sus carcajadas, y siento una tranquilidad que no te sé describir.

Luego veo otro instante en el que estoy inspirado, cómodo y dispuesto a dibujar. Entonces comienzo a dar forma a lo que será nuestro hogar, ella todavía no lo sabe, pero es nuestra primera casa, una vivienda pequeña y acogedora. Pongo mucho empeño en que sea de su gusto y, aunque ella no se lo toma tan en serio como yo, es tan tierna que no doy importancia a su despreocupación.

Hizo una pausa para beber un trago y luego continuó.

—Algunas imágenes hablan por sí solas. El dibujo de una cama redonda en una habitación decorada en rojo y negro hacen que me ruborice. Cuando la dibujábamos, pensé en cosas muy obscenas para hacer en ella junto a esa hermosa mujer. Creo que a la psicóloga no le ha gustado la idea ¡tenías que haber visto cómo me examinaba! ¡Parecía que estaba mirando a un depravado! Me daban ganas de decirle que es lo que pasa cuando se pregunta tanto.

Me conmoví al escucharle pero hice como si me estuviera narrando una historia a la que yo fuera completamente ajena.

—¿En serio que le has contado eso a la psicóloga? —le pregunté espantada.

—Sí. ¿Qué pasa? Me ha preguntado.

—Pues para ser un tímido no te has cortado mucho.

—Es que estaba disfrutando mientras lo recordaba —dijo sonriente.

—Sé lo que dices, pero no es necesario que le cuentes tantos detalles.

—¡No! Los detalles los estoy guardando para mí, pero esa habitación... —dijo mirando al techo—, en ese cuarto se pueden hacer cosas muy divertidas.

—Estoy segura. Continúa Mike, me estás dejando sin palabras.

—Y además se te está poniendo la misma cara de cotilla que a mi psicóloga —se echó a reír.

—Ahora la entiendo, no creo que tenga muchos pacientes como tú.

—El que lo entiende soy yo, las mujeres sois demasiado curiosas o, mejor dicho, unas cotillas empedernidas.

—Y los hombres no —afirmé sarcástica.

—No tanto.

—No vamos a discutir eso ahora, prefiero que sigas contándome esa historia.

—Bueno, tengo alegres recuerdos de todas las habitaciones. Imaginaba a esa maravillosa mujer preparando platos de recetas mediterráneas en una cocina marrón, persiguiendo a un niño en el jardín o viendo la televisión acurrucada en mi regazo. Cuando me vienen esas reminiscencias a la cabeza experimento una gran calma, sin embargo... —Mike se calló de golpe.

—Sin embargo ¿qué? —pregunté temerosa sin saber por qué.

—Cuando me acuerdo de esa casa a continuación me acecha una imagen espantosa. Ella me da la espalda y se va, la veo desaparecer y no soy capaz de hacer nada por impedirlo. Se marcha en un coche, más bien se sube en él y ahí se acaba el recuerdo. Necesito recomponer el puzle, me has dicho que tal vez me podrías dar una explicación acerca de esto. Puedes hacerlo ahora mismo y, aunque creas que me pueda resultar doloroso, prefiero mil veces la verdad antes de que me sueltes bonitas palabras para salir del paso.

—¿Puedo hacerlo en otro momento? —no me salía la voz del cuerpo.

—¿Cómo dices? —preguntó sin poderlo creer.

—Que si te importa que hablemos de esto mañana, o un día de estos, necesito madurarlo.

—Al menos dime algo al respecto. ¿Entiendes lo que te acabo de contar? Porque aunque sea mi cabeza yo no me entero de nada. Si sabes de qué va, si tienes al menos una vaga idea de lo que te estoy contando, me parecería egoísta por tu parte que no me dijeras ni una palabra.

No sabía cómo salir del atolladero, pero tenía claro que no me sentía capaz de contarle exactamente la verdad. Tenía que pensar antes como exponérselo. No podía soltarle sin más que la habitación con las luces de neón era la mía, y que además era yo esa persona de la que me estaba hablando. En ese momento me resultaba demasiado vergonzoso.

—Creo que conozco la historia, pero interpretada de diferente manera. ¿Puedo pedir clemencia? Necesito que esperes hasta mañana, yo también tengo que recomponer algunas cosas, Mike.

No se quedó satisfecho en absoluto pero, en el fondo, creo que prefería que yo lo madurase para poder explicárselo de la manera menos dolorosa para él.

—Está bien, aunque me has engañado vilmente, dejaré que lo madures y cuando te parezca oportuno, me expliques cuál es esa casa de la que te he

hablado, pero antes dime una cosa. ¿Existe? ¿Tú la conoces? —preguntó suplicante.

—Sí y no —contesté escuetamente.

—¿Se puede saber qué te ocurre? Creía que querías ayudarme y no estás siendo nada sincera conmigo. Me siento como el típico amigo del que sienten compasión ¿me equivoco?

—Del todo Mike, te equivocas del todo, me provocas muchos sentimientos y te garantizo que ninguno de ellos es compasión.

—Entonces ¿por qué no me quieres ayudar? Necesito respuestas y sé que tú las tienes, seguro que si me lo explicaras lo entendería todo. ¿Por qué no lo haces? Tarde o temprano terminaré recordándolo, de hecho, cada vez me acuerdo de más cosas, pero no me vendría mal algo de refuerzo por tu parte.

—Tienes razón, te contaré algo al respecto de la casa. Ayudaste a una buena amiga a realizar un proyecto que tenía que presentar, ella es un poco torpe con los programas informáticos y con el diseño en general, en cambio tú tienes una destreza fantástica para diseñar una vivienda y para desenvolverte con ese tipo de programas. Tu amiga tenía que decorar todas las estancias de una pequeña vivienda y te brindaste a socorrerla. Tu recuerdo lo tenías completado al ochenta por cien, solo te faltaban pequeños matices. Espero que mi explicación te haya aclarado algo.

—Así es. Ahora lo entiendo —dijo sin más—, no se trata de una casa real sino de un proyecto, de ahí mi idea de trabajo. Gracias por aclarármelo, pensaba preguntarles a Fernando o a Fred pero pensaba que tú serías mejor ayuda.

—Eso espero.

Tras mi explicación no volvimos a tocar el tema, creo que se llevaba a casa algunos puntos en los que debía recapacitar.

Los camareros del restaurante estaban recogiendo las últimas mesas, la nuestra era la única que quedaba ocupada, así que pedimos la cuenta y decidimos salir de allí para que esa gente pudiera marcharse a casa.

De camino al coche Mike se detuvo y me contó los planes que había hecho con Fred a mis espaldas. Se habían confabulado para decidir algo a lo que Mel y yo éramos completamente ajenas.

—Por cierto Cris, Fred y yo hemos hablado y quizá os apetezca a Mel y a ti pasar una mañana haciendo una ruta en bicicleta.

—Estaría bien. ¿Para cuándo?

—Hemos pensado en salir mañana.

—Pero Mel...

—Fred se encargaba de hablar con ella, me ha enviado un mensaje diciendo que ya han quedado.

—¡Ah! ¡Qué sorpresa! Pues entonces perfecto. ¿Dónde vamos a ir? —me extrañaba la manera en que lo habían preparado.

—Te recogeremos en casa a las nueve. ¿Es buena hora?

—Sí, está bien. ¿Y él ha quedado ya con Mel? —pregunté desconcertada.

—Eso me ha dicho. Esta tarde hemos hablado de ir a *Mission Trails*, cargamos las bicicletas en su furgoneta y nos hacemos una ruta.

La idea cada vez me parecía mejor. Lo pasaríamos bien, respiraríamos aire puro y haríamos ejercicio, pero parecía haber algo que no me cuadraba.

—Supongo que Fernando vendrá también —quise confirmar.

—No puede.

—Mike, aunque no lo sepas, se te da muy mal mentir y ahora lo estás haciendo.

Me miró sorprendido.

—¿Por qué dices eso?

—Por nada. ¿No le apetece o no se lo habéis dicho?

—Claro que se lo hemos dicho pero no puede, te lo acabo de decir, se va a quedar entrenando.

—Me estás contando una de miedo. ¿Teniendo la oportunidad de subirse con la bici? No me lo trago.

Esta vez se echó a reír. Habíamos llegado al coche y tuvo la desfachatez de zanzar la conversación.

—Vamos, Cris, no insistas, Fernando no viene y no le des más vueltas.

—¿Por qué me abres la puerta del copiloto?

—Se me ha olvidado decírtelo, no me gusta que me lleve una chica. ¿Te importa que conduzca yo?

—¡Claro que me importa! Anda, súbete aquí y déjate de tonterías ¿acaso te he traído mal?

—En absoluto, pero yo lo hago mejor.

Al final le cedí las llaves haciendo un aspaviento y dejé que condujera hasta su casa. Le vendría bien recordar el camino por el que había venido.

—¿Sabrás llegar? —pregunté sin estar segura de que lo conseguiría.

—Creo que sí, pero si ves que me desvíó me lo dices.

—Muy bien, ponte el cinturón y no se te ocurra pisarle ¿entendido?

—Por supuesto señorita.

Llegamos a su casa sin incidencias, condujo con suavidad y llegó por intuición. Era fantástico, mucho mejor que aprenderse el camino de memoria, así podría montarse en su coche y llegar a cualquier lugar sin pensar en ello. Ya le había ocurrido antes cuando encontró el balón en la caseta del jardín o supo exactamente en qué cajón guardaba los calcetines, pero esto me pareció más significativo.

Nos despedimos y quedamos para el día siguiente. Lo habíamos pasado realmente bien.

—Hasta mañana, niña, me ha encantado nuestra cita, quiero tener una contigo todos los días de mi vida —me dijo poniendo cara de broma, aunque en el fondo los dos sabíamos que iba totalmente en serio.

—Pues ya lo sabes, todo depende de cómo te portes.

—Adiós preciosa —me besó lenta y tiernamente en la mejilla y le perdí de vista cuando traspasó la verja de la entrada de su casa.

## MISSION TRAILS

Hoy pasaríamos una mañana distinta. Lo primero que hice fue asomarme para ver si lucía el sol. Fue maravilloso comprobar que hacía el mejor día del mundo para irse de excursión, al menos eso me pareció a mí. No habíamos quedado pronto, pero dado que *Mission Trails* se encontraba a una distancia cercana, ese pequeño detalle no me importó demasiado. Me di un baño relajante y lo alargué lo indecible hasta cerciorarme de que mis padres se hubieran marchado. Aguardé hasta escuchar dos veces el golpear de la puerta y entonces bajé a prepararme un café bien cargadito y algo para llevarme a la boca. A pesar de la charla del día anterior con papá, me sentía más feliz que de costumbre.

Como siempre que me quedaba sola, puse la música a tope mientras iba de un lado a otro de la casa. En un rato pasarían a buscarme así que agarré mi tazón y subí a mi habitación para acicalarme un poco y darle algo de color a mis mejillas.

No era la primera vez que tenía esa sensación, me estaba enamorando perdidamente de Mike. Él ya se me había declarado, pero por un lamentable malentendido, yo no le había escuchado. Si la intuición no me fallaba (algo que por otra parte solía ser habitual) él volvería a intentarlo. Esta vez estaría más atenta para no dejar pasar otra bonita ocasión.

Agarré lo primero que asomaba en el armario y me calcé mis mejores zapatillas de montaña. Aunque me gustaba verme bien, con Mike y mi gente no sentía la presión que había tenido con Max. Al final los pensamientos desagradables aparecían siempre en los momentos más inesperados. Cogí el móvil para comprobar si me había enviado algún mensaje pero, por fortuna, no había rastro de él, menos mal; en cambio Mel sí me había escrito algo.

*Hola guapa, prepárate para pasarlo en grande. Mañana nos vemos.  
Un beso. Mel.*

Era del día anterior. Había estado tan absorta durante mi cita con Mike que ni siquiera lo vi, aun así le contesté para que no pensara que pasaba de ella.



*¡Claro que sí! No olvides coger la bici. Ja, Ja. Bs. Cris.*

Faltaban diez minutos para que me recogieran y todavía tenía que localizar la bicicleta que no había utilizado en eones. Fui al garaje y allí estaba, llena de polvo y con las ruedas desinfladas. Busqué algo para solucionarlo pero fui incapaz de encontrar el hinchador. De pronto, el estridente sonido del claxon me avisaba de que ya estaban allí.

—¡Ya voy chicos, un momento! —asomé la cabeza por la puerta del garaje y Mike se bajaba en ese momento del coche.

—Hola preciosa. ¿Necesitas ayuda? —dijo cariñosamente.

—Creo que sí. ¿No tendrás algo para inflar estas ruedas? —pregunté preocupada.

Mike puso cara de asco y yo comencé a estornudar.

—¡Pero si está llena de polvo! —exclamó horrorizado.

—No seas tiquismiquis, eso se soluciona rápido —miré alrededor y localicé un trapo ennegrecido que pasé rápidamente por la bici—. ¿Has visto qué fácil? —no le convencí, seguía con cara de asco.

—En el coche llevamos inflador. ¿Cuánto hace que no montas?

—No me acuerdo, pero debe hacer siglos —no recordaba la última vez que lo había hecho.

—Pues hoy vas a poder remediarlo. ¿Estás preparada? —preguntó desafiante.

—No, pero no importa, cuando me canse paro y ya os alcanzaré —intenté parecer convencida, quería disimular la presión que me causaba el poder ser un estorbo.

—Eso ni lo sueñes —dijo rotundo.

—¿Por qué?

—Porque no te pienso dejar sola —afirmó.

—Guay, entonces te fastidiaré la excursión.

Fred volvió a tocar el claxon pero esta vez sin dejar de presionar la bocina.

—¡Que ahora vamos! —gritó esta vez Mike agarrando mi bici y llevándola a la furgoneta mientras yo cerraba la puerta.

—Hola Mel —saludé al subir—. ¿Qué tal, Fred? Tengo problemas con mi bici, se me estaba oxidando de tenerla olvidada en el garaje —dije pesarosa.

—Me lo temía, por aquí la única que se digna a hacer algo de ejercicio es Britney, a las demás parece que os gusta más ver el deporte desde las gradas ¿no? —dijo ocurrente.

—Es más cómodo ¿verdad Mel? —pregunté divertida.

—Sí, pero también es cansado ¿o qué os creéis? ¿Que animar y aplaudir no requiere esfuerzo? —aseguró Mel riendo.

—No os preocupéis que os hemos preparado una buena ruta —dijo Mike con el propósito de amilanarnos.

—Bueno, ya veremos si la acabamos o no. ¿Qué opinas, Cris? Si nos cansamos les esperamos en algún punto —dijo Mel satisfecha por la brillante idea que acababa de tener—. Habrá algún bar ¿no?

—No os hagáis ilusiones —intervino Fred—, hay que hacer el recorrido hasta el final. ¡Todavía no hemos empezado y ya estáis protestando! Es una pena, no se os puede llevar a ningún sitio.

—No es eso, es que no estamos en forma —dije haciendo una mueca—. Por cierto ¿alguien se ha acordado de traer agua?

—Atrás hay bebidas —apuntó Fred, señalando la parte trasera con el dedo sin apartar la vista de la carretera—, y hemos comprado unos sándwiches de camino, para que las señoritas no se quejen, aunque visto lo visto, de eso no nos vamos a librar.

Mike y Fred estaban entusiasmados, parecía nuevo para ellos, como si fuera la primera vez que fuésemos de excursión juntos. Hice un pequeño repaso mental y me vinieron a la cabeza un montón de imágenes de las veces que habíamos salido juntos. En casi todas se encontraban Becky y Britney, también estaba Fernando, siempre nos reuníamos los siete que formábamos el grupo, salvo raras ocasiones en las que faltase alguno. Era extraño que hoy Fernando no se hubiese unido a nosotros, lo del entrenamiento argumentado por Mike no acabó de convencerme.

—Entonces Fernando ¿al final no se ha animado a venir? —pregunté.

Tal vez Fred fuera más franco conmigo. Insistí en el asunto porque Mike fue parco en su explicación y, a juzgar por su mirada, parecía estar mintiendo. Quería saber por qué. Los dos se miraron de reojo poniéndose serios, esta vez fue Fred quien se apresuró a responder.

—Quería entrenar, ya sabes, se está preparando para la próxima temporada.

Tampoco coló.

—¿Habéis discutido? —les pregunté. Si ocurría algo entre ellos tenía derecho a saberlo, no me gustaba que hubiese peleas entre nosotros.

Fred me miró extrañado a través del retrovisor.

—En absoluto, simplemente hoy no viene, Cris. Déjalo estar.

Eso hice. Parecía tajante al querer acabar con mi curiosidad, igual que había hecho Mike.

—Ya hemos llegado —exclamó Mel cuando entrábamos en el parking—. ¡Qué bien, chicos! Me encanta pasear por aquí.

—No vamos a pasear, vamos a montar en bici —le recordó Fred.

—Pues eso, que me apetece dar una vuelta lejos de las clases y de las tiendas de ropa. ¿A ti no, Cris?

—Claro que sí, hacía mucho que no nos alejábamos un poco de la ciudad —coincidí.

—Ayúdame Mike —pidió Fred cachondeándose—, saquemos estas antiguallas de aquí.

—Oye, oye, sin insultar ¿eh? Que la mía es una buena bicicleta, solo le falta un poco de mantenimiento, nada más —dije como si me molestara.

—Se nota —comentó en guasa.

Antes de comenzar el itinerario hicieron una puesta a punto, primero a la bici de Mel que no presentaba síntomas, y luego a la mía. Cuando acabaron nos montamos para comenzar.

—Todo en orden. Vamos, chicas, ya no tenéis excusa —dijo Fred—. Mike, si nos separamos ¿te acordarás del lugar que te indiqué ayer?

¿Por qué íbamos a separarnos? Se estaba poniendo interesante.

—Creo que sí —contestó. Parecían compenetrados, como si les hubiera cundido la tarde de ayer y hubiesen preparado la expedición a conciencia.

Ellos conocían perfectamente el camino, pero llevábamos los móviles por si alguno se perdía.

En un primer movimiento me costó enderezar el manillar, necesité unos segundos hasta que lo encarrilé, pero después de eso ya no se me resistió. Como siempre que montaba en bici me sentía entusiasmada y, en pocos minutos, volví a sentir la agradable sensación de libertad que produce el simple hecho de pedalear. Llevaba tiempo sin apreciar ese efecto y sin duda era una bendición. En el pasado me había desplazado a muchos sitios subida en aquellas dos ruedas. Sobre ellas, solía dar rienda suelta a mi

imaginación, reflexionando sobre cualquier cosa, disfrutando del paisaje o transportándome mentalmente al infinito. Era una pena haber renunciado a esa especie de terapia tan completa y sustituirla por un vehículo motorizado.

En algunos tramos, el polvoriento camino me hacía tragar la arenilla que se desprendía de la rueda trasera de Mike.

—¿Vas bien o necesitas ayuda? —le escuché decir.

Estaba tan concentrada en mis pensamientos que no me había percatado de que nos habíamos quedado solos.

—Sí, estoy genial, habéis dejado las ruedas perfectas. Se me había olvidado lo agradable que era montar en bici. ¿Tú estás bien?

—Muy bien. ¿No le puedes dar un poco más de caña? —me rogó.

—¿Para qué? —pregunté contrariada.

—Nos hemos quedado rezagados, mira por dónde van Fred y Mel.

Miré a lo alto del camino y vi cómo ambos se alejaban, parecía que estaban en una competición.

—¡Pero vamos a ver! ¿A qué hemos venido? ¿A disfrutar o a sufrir? ¿Has visto cómo lleva a Mel? —dije señalando más allá del horizonte—. ¡Se va a desmayar! —comenté espantada.

—¡Pero qué exagerada eres! Solo sigue su ritmo —le excusó.

Me paré para darme un respiro y de paso avisar a Fred de que no nos habíamos apostado nada. Fui a coger el móvil de la mochila.

—Les voy a llamar —le dije a Mike.

—Ni de coña —me respondió haciendo ademán de cogérmelo.

Giré el torso y evité que agarrara mi mochila. Yo iba en serio, pero al parecer a Mike todo le parecía gracioso. No entendía por qué no quería avisarles, aunque pensándolo mejor, tal vez se habían puesto de acuerdo en separarnos así. Comenzaba a tener sentido la deliberada ausencia de Fernando.

Decía en serio que no le llamase; tal vez eso era lo que deseaba, quedarse a solas conmigo pero, si era así, ¿Fred pretendía comenzar algo con Mel? Becky nos dijo que estaba interesado en ella pero en ese momento no le había dado demasiada credibilidad. Quise seguir el juego a Mike asegurando que les llamaría.

—Quita, que sí les voy a llamar, seguro que se les ha ido el santo al

cielo.

Mike se empezó a partir de risa. Seguía sin soltar la mochila, la agarraba con fuerza sin dejar de reírse.

—A ver, Cris. ¿Todavía no lo entiendes? ¡Quieren estar solos! No te enteras de nada —me increpó soltando la mochila y dándome un pequeño golpe en el hombro.

—¿En serio? —pregunté extrañada—. Debe ser cierto que estoy en la inopia, como siempre. Ya me lo explicará Mel más despacio, aunque yo creía que...

—¿Qué creías? —preguntó con curiosidad.

Me arrepentí *ipso facto* de lo que estaba a punto de decir. Pensé que a Mel le gustaba mi hermano, o al revés, pero quizá estuviera equivocada, o tal vez sí le hiciera gracia Harry pero no tanto como para tener algo serio con él. Qué lío.

—Nada, que no estaban interesados el uno en el otro, pero ya sabes que yo no soy demasiada perspicaz.

—Eso me está pareciendo. ¿Continuamos? ¿Has recuperado fuerzas o necesitas que te remolque? —añadió sonriendo.

—Ja ja, muy gracioso. No estoy cansada.

—¡Tienes la cara congestionada! —dijo acariciándome la barbilla y burlándose de mí.

—Siempre me pasa —se me ocurrió decir.

—Pues entonces sígueme —me ordenó.

—¿Adónde vamos? —pregunté preocupada—, no estoy segura de si llegaré, te lo advierto.

—¿Ves ese punto? —dijo señalando a lo lejos sin precisar—, pues antes de llegar allí.

—¿No puedes ser más concreto? —le reocriminé.

—No seas impaciente y disfruta del paisaje, iremos despacio.

—Vale, pues tira que te sigo —dije con ganas de llegar cuanto antes a ese sitio indeterminado y poder parar.

Nos colocamos otra vez y reanudamos la marcha. Al ver a Mike pedaleando parecía que iba ligero y despacio, en cambio a mí me suponía un esfuerzo titánico remontar esa pendiente; bueno, para mí era una pendiente aunque él parecía que se desplazaba ágilmente por alguna de las

grandes mesetas de África. Debía ponerme las pilas y hacer algo de ejercicio, sería la única manera de poder disfrutar de esas agradables salidas.

—¿Falta mucho, Mike? No puedo más —pregunté desperdiciando las pocas fuerzas que me quedaban.

—Estamos muy cerca —dijo parando en seco y echándose la mano al bolsillo para localizar el mapa. Luego lo sujetó con la boca y cogió una botella—. Toma un poco de agua. No sabía que estabas tan baja de forma, si lo llego a imaginar, hubiera elegido otra cosa.

—Yo tampoco —comenté sonriendo.

—Aun así estás guapísima, Cris.

Me miré con disimulo para encontrar eso que se me había escapado, pero no lo encontré. Tenía la camiseta empapada de sudor, los pelos alborotados y los mofletes calientes. Este hombre estaba ciego. Como siempre, me ruboricé, pero estaba demasiado roja como para que notara el cambio.

—No es por presumir, pero he estado mejor otras veces.

—Lo sé —dijo mirándome de hito en hito.

Intenté disimular la reacción que me hacían sentir sus insinuantes palabras y proseguimos la marcha. Llegamos a un pequeño sendero que, según las indicaciones de su mapa, iba a parar a una especie de lago. Pronto lo comprobaríamos. Hicimos un par de giros y fuimos a parar a un precioso lugar. Era realmente espectacular, pero estaba bastante de lo que aparecía en el plano que tenía entre sus manos.

—¿Dónde estamos? —le pregunté, convencida de que sabría perfectamente la ubicación.

—Ni idea —contestó sin la más mínima preocupación.

—No me digas que nos hemos perdido —dije incrédula.

—Creo que sí.

—No fastidies, Mike, no me digas eso.

—Si es la verdad, no coincide con el mapa —dijo sin perturbarse.

—¿Preguntamos a Fred? —sabía que tal vez le molestara mi insistencia, pero en este caso estaba sobradamente justificada.

—Vamos a sentarnos aquí y disfrutar del paisaje ¿no te parece buena idea? Además, no creo que ellos nos echen de menos, si fuera así ya

habrían llamado.

Me quedé analizando su razonamiento. A lo mejor estaba en lo cierto.

—Puede que tengas razón.

Habíamos llegado a un lugar tan alto como para estar lo bastante solos. Desde allí arriba, levanté los talones y miré alrededor, la panorámica era bestial, todo lo que se extendía bajo nuestros pies parecía realmente hermoso, pero por más que fijaba la vista, no conseguía localizar a nadie en las inmediaciones. Sin querer, habíamos llegado a un lugar aislado, retirado de las rutas establecidas para los excursionistas. ¿Sería intencionado o realmente nos habíamos perdido?

Mike apoyó las bicicletas junto a una enorme roca y nos sentamos justo al lado para aprovechar una de las pocas sombras que pudimos encontrar. El único sonido que se escuchaba era una pequeña cascada que había junto a nosotros. Él guardaba silencio y yo hacía lo mismo, sobre todo porque no se me ocurría nada aparte de recuperar el aliento y reponerme del extenuante esfuerzo que acababa de realizar. Además, me encontraba a gusto así, a su lado, en silencio y contemplando el paisaje que teníamos delante.

Últimamente me sentía algo patosa, cada cosa que expresaba resultaba ser justo lo contrario de lo que debía decir, por eso medité antes de preguntarle.

—¿Sigues recordando cosas nuevas? —carraspeé—. ¿Y a la gente? ¿Consigues reconocerla igual que te ocurrió con tu madre?

Mike cogió una piedra que tenía al lado y la lanzó con fuerza hacia el agua antes de contestar.

—Lo cierto es que sí, voy viendo caras, la mayoría son de mi familia cercana, con los que crecí: mi padre, mis abuelos... en general, de las personas que formaron parte de mi vida en el pasado, pero los más recientes, a los que he conocido en los últimos años, me cuesta bastante centrarlos. Fred, por ejemplo, asoma en algunos recuerdos, sin embargo a Fernando no lo veo por ninguna parte.

—Con Fred has congeniado más desde el principio, le conociste nada más entrar en la universidad y tal vez hayas tenido más vivencias con él, pero Fernando es uno más de nosotros prácticamente desde el principio.

De nuevo guardó silencio. Sabía que deseaba decir algo pero no le atosigué, esperé a que encontrara la forma de comenzar.

—Eso estoy viendo —continuó diciendo—, descubro cada día a personas nuevas pero a velocidad acelerada. Contigo me ocurre algo muy distinto, es como si mi subconsciente quisiera mostrarme algo y mi conciencia me pusiera sobre aviso, me concentro, pongo todo mi empeño para comprender lo que yo mismo pretendo mostrarme pero se produce un choque, una explosión de ideas que me impiden entenderlo. En ese momento mi voluntad me empuja a pensar en cosas distintas, a salir de esa película, como si quisiera emborronar las imágenes que están escondidas en mi memoria. Tengo visiones extrañas pero todo es muy confuso.

—¿Como cuáles? —aunque en el fondo temía escuchar un comentario doloroso, me podía la curiosidad.

—Tengo una emoción intensa, una sensación que me causa un profundo sufrimiento, desconozco si es real o fruto de mis alucinaciones —dijo compungido.

—Seguro que es real, los sentimientos no engañan jamás, se puede estar equivocado pero lo que sentimos es incontrolable. ¿Cuál es esa emoción que te embarga? A lo mejor la has magnificado, aunque si a ti te produce tanta angustia seguro que ha sido real —le dije muy a mi pesar.

—Me veo en el jardín de mi casa. Somos unos cuantos, no sabría precisar. Lo estamos pasando en grande, hay una gran comilona en la que reímos y parecemos felices, después nos lanzamos a la piscina. No está tan gélida como suponía pero como no es verano y de noche todo parece más frío, nos salimos rápido. Luego veo cómo esos amigos se van marchando.

Había recordado el día de la barbacoa. En algún momento tenía que ocurrir.

—Estoy nervioso, tremendamente excitado, al principio no entiendo la razón por la que me encuentro así, ya que una vez que la fiesta se acaba debería estar tranquilo pero es justo lo contrario. Pronto entiendo el porqué. Se han ido todos y ha llegado el momento que estaba temiendo y deseando a la vez. Por fin estamos ella y yo solos. El corazón me late a mil por hora y lo que había preparado, todo lo que quería decirle se me olvida momentáneamente. Intento reunir de nuevo las palabras, la parrafada que había planificado, pero me aturdo y no acierto a controlar la situación. Ese era el día, lo había planeado concienzudamente y, como por nada del mundo quería dejarlo pasar, actúo justo al contrario de lo que había dispuesto. Meto la pata hasta el fondo. Sé que la he cagado y no veo



la forma de dar marcha atrás. Era un momento trascendental para mí. Tenía que haberlo medido mejor, debería haber actuado de otra forma, seguro que de cualquier otra manera el resultado hubiese sido diferente, al menos no tan humillante y desgarrador.

Tragó saliva y tiró otra piedra con fuerza, pero esta vez hacia la roca. Luego continuó.

—La situación se vuelve gris, la oscuridad me nubla completamente y presiento que el mundo se me cae encima. La persona con la que deseaba pasar el resto de mi vida me ha dicho un rotundo NO. La respuesta más lapidaria que me podía decir. Eso reduce a nada las posibilidades que tenía de salir con ella. Es cierto que no estaba seguro de cuáles eran sus sentimientos hacia mí, pero en mi cabeza no cabía un desenlace así. La química que creía percibir era fruto de un tremendo error.

Tiró otra piedra a la cascada, cada vez lo hacía con más fuerza.

—Luego todo es borroso. El viento golpea mi cara e intento sentirme aliviado, pero no lo consigo. Lo pruebo con más vehemencia pero no desaparece; aunque el aire cada vez me golpea con más fuerza la desazón se hace cada vez más penetrante. Quiero desaparecer de allí, marcharme lejos, pensar, recapacitar sobre lo que me ha ocurrido, analizar mis errores, entonces, en ese preciso instante, desaparece bruscamente la tortura que me dominaba y siento un gran vacío. Estoy liberado, recupero la serenidad y me encuentro en un dulce y largo sueño. El resto ya lo conoces.

Mike seguía lanzando piedras al agua. Su confianza me había conmovido. Estaba dispuesta a explicarle lo ocurrido, pero lo había descubierto él, y no precisamente gracias a mi ayuda.

—¿Puedes ver su cara? —pregunté consternada.

Él me miró con pena y ternura al mismo tiempo antes de responder. No parecía abatido, su mirada reflejaba las ganas de empezar de nuevo.

—No hace falta ¿y sabes qué? He descubierto que a veces no es necesario analizar una respuesta terminante, es mejor considerar los actos que una persona pueda tener hacia ti. Cómo se comporta y cómo te trata. Ver si te compenetras. Es la mejor manera de saber si te quiere de verdad o no. Una única respuesta no puede condicionar sus vidas, la de ninguno de los dos. ¿Y si ella también piensa que se equivocó? ¿No crees que merecería también otra oportunidad?

¿Me estaba dejando la puerta abierta de nuevo? ¿Pensaba intentarlo otra vez? Y lo más importante, ¿era yo la persona que estaba pensando?

—Yo no lo podría describir mejor, Mike, creo que tienes razón —dije aliviada.

—¿Ves? Sabía que estarías de acuerdo conmigo. Las percepciones, eso que va más allá de los sentidos, no engañan jamás. Es algo que sabemos porque el otro nos lo está diciendo, no con palabras, pero sí de una manera sutil.

—Te has vuelto más profundo, Mike, estás cambiado —dije en tono relajado, aunque lo cierto era que a veces a mí me ocurría también, tenía la sensación de poder escuchar sus pensamientos.

—Desde que desperté tengo otra forma de ver la vida. Más tranquila y con más claridad. Algo bueno debía tener todo esto ¿no te parece?

—Desde luego que sí —dije feliz.

—¡Hola chicos! ¿Por qué estáis tan escondidos? ¡No os encontrábamos! —gritó Mel contenta de habernos localizado por fin.

—Los sándwiches los llevas tú Mike, sino, no os habríamos buscado —se justificó Fred.

—Ahora os pensábamos llamar —soltó Mike mirándome de reojo y supongo que recordando mi insistencia en el asunto.

Lancé una ojeada a Fred y vi cómo los dos amigos cruzaban sus miradas felicitándose por algún secreto oculto. Parecían compinchados.

Mel y Fred, que aún se encontraban de pie, se sentaron sobre la hierba también. Ambos cuchichearon algo y después comenzaron a reírse, acto seguido juntaron la frente mientras nosotros les mirábamos desconcertados. Mike se echó a mi lado recostando la cabeza en la pradera y mordiendo el tallo de una florecilla que acababa de arrancar. Estaba en silencio disfrutando del momento mientras nuestros amigos se miraban acaramelados.

—¿Qué tal vuestra expedición? ¿Habéis visto muchas cosas? —preguntó Mel. Ella parecía estar en mejor forma que yo.

—Sí, además de la rueda trasera de la bici de Mike yo he podido ver algunas cosas, como a vosotros alejarnos a toda pastilla, por ejemplo.

—¡Pero si íbamos pisando huevos! —me reprochó Fred—. ¿Y vosotros? ¿Qué tal el ritmo? ¿Has aguantado bien, Cris?

Mike se incorporó y me miró atentamente. Yo en realidad había disfrutado, pero no precisamente por el recorrido. Las fuerzas me habían jugado una mala pasada, pero la compañía de Mike había estado genial. Solo por eso había merecido la pena.

—Bueno, aún no me he puesto en forma pero pronto lo haré, ya veréis entonces, os pienso dejar atrás.

No quería olvidarme de averiguar si en la urbanización de Fred había algún apartamento libre.

—Por cierto, Fred, no sabrás si donde vives hay algún piso que se alquile ¿verdad?

Los tres me miraron sorprendidos. Mike el primero.

—¿Piensas mudarte? ¿También a ti te ha llegado el momento de independizarte? Esa sí que es buena. ¿Cuándo lo has decidido? —quiso saber.

—Llevo tiempo dándole vueltas y ayer lo decidí. Me hace ilusión y creo que me ha llegado la hora. Me estoy haciendo mayor y no tengo paciencia para aguantar algunas normas —no les iba a contar la penosa conversación que había mantenido con mi padre, claro.

—Yo también lo he pensado y no acabo de decidirme, pero ahora que tú lo vas a hacer, creo que me animaré —comentó Mel.

Mike nos seguía con la mirada escuchando atentamente.

—¿Y si nos vamos a vivir todos juntos? —preguntó divertido.

—Creo que no, Mike —contestó Mel.

—Si me haces la colada te acepto en mi casa —dijo Fred.

—Estupendo, porque eso encabeza mi lista de deseos. ¿Cuándo me traslado? —comentó Mike esbozando una sonrisa.

Después me observó con curiosidad, había algo en su rostro que desprendía pureza, la principal cualidad por la que me había enamorado de él.

—¿Es por algo más? Suelen dar demasiadas vueltas a las cosas antes de decidirte, y que digas de repente una cosa así no es propio de ti.

—Ya os he dicho que llevo tiempo pensándolo —comenté sin querer aclararlo del todo—, además ¿tú qué sabes si doy vueltas a las cosas?

—Hoy estoy inspirado —dijo mirándome con recelo pero sin decir nada más.

## PILLADA MISTERIOSA

Extendí los brazos para librarme del entumecimiento, doblé los pies como las bailarinas con el propósito de estirar las piernas y levanté el vientre para liberarme de la pesada carga que pesaba sobre mis riñones. Bostecé y luché contra la pereza que me impedía levantarme. Si no recordaba mal, la última vez que tuve tal rigidez fue diez años atrás, cuando mamá nos envió a Harry y a mí al campamento de verano *Full Sports* que había en *Poway*. Juré que jamás volvería a hacer deporte, o al menos no lo haría de una manera tan drástica, pero había vuelto a ocurrir, y esta vez era a Mike a quien debía culpar.

Mis lentos movimientos no seguían a mi mente. Me levanté e introduje un pie en una de las patas del pijama, pero me volví a sentar. Terminé de ponérmelo sobre la cama y me recosté otra vez. Cerré los ojos e intenté dormir de nuevo pero recordé que había quedado con Mel, teníamos por delante un intenso día para comprar un montón de cosas, todo lo que nos pudiéramos permitir con nuestra limitada economía. También nos acompañaría su hermana pequeña Julia.

Quería quedarme en la cama y dormir un rato más pero, si lo hacía, era fácil que llegase tarde. Habíamos quedado en el taller de Liam, donde yo dejaría mi coche para hacerle una revisión completa y de ahí nos iríamos las tres juntas al centro comercial.

Estaba hambrienta. El ejercicio físico me daba un apetito voraz, así que bajé a prepararme un potente desayuno. Suerte que mis padres se habían marchado. Desde la polémica charla que habíamos mantenido no coincidía con ellos. Yo había hecho lo posible porque fuera así, e intuía que ellos también estaban contribuyendo. A los tres nos vendría bien poner aire de por medio.

En la nevera había una apetecible tarta de manzana preparada por mamá. Era la de las celebraciones, solía hacerla en mi cumpleaños y en el de papá. A Harry le gustaba la de chocolate. Que yo supiera, en abril no había nacido nadie.

Tal vez habría discutido con mi padre y era su forma de solucionarlo, o quizá una punzada de arrepentimiento le picaba en su interior. Me giré y

miré a la isleta, sobre ella había dejado una nota donde se justificaba.

*Hola cielo. Ayer me sobraba un rato e hice vuestra tarta favorita. Empieza sin nosotros. Te quiero.*

Llegué al taller de reparación y me recibió su padre. Liam estaba dentro de la pecera y salió en ese momento.

—Hola Cristina.

—Buenos días, Liam. ¿Qué tal? —saludé.

—Me comentó Harry que lo traerías hoy —dijo besándome mientras se frotaba las manos con una toalla y miraba a continuación los bajos de mi coche.

—¿Te dará tiempo a terminarlo esta mañana? Me gustaría recogerlo después de ir al centro comercial —le supliqué.

—Creo que sí, solo quieres que le haga una puesta a punto ¿no es así?

—Eso es.

—Pues vete tranquila que ahora me pongo con él. Estará listo cuando vuelvas —aseguró sonriente.

Desde el coche, Mel y su hermana Julia saludaban con la mano a Liam y de paso me avisaban discretamente de que ya estaban aquí. "Piiii" "piiii" "piiii" "piiii", "PIIII PIIII".

—Ahí las tienes —comentó riendo.

—Gracias, Liam. Luego nos vemos.

Mel, Julia y yo nos dirigimos al centro comercial dispuestas a arrasarlo. Teníamos varias horas por delante para dismantelar todas las tiendas que se pusieran a tiro. Mel no necesitaba esforzarse para estar favorecida, en cambio a mí me resultaba complicado que algo me sentara bien, aunque por suerte, con dos compañeras tan pelotas como ellas conseguiría verme más guapa que nunca.

Estábamos pasando una divertida mañana de compras, me sentía feliz por la compañía de mi buena amiga Mel y de su hermana, con la que había coincidido pocas veces pero las suficientes para comprobar lo encantadora que era. Tenía dieciocho años y un gran parecido con su hermana mayor. Sabía que se llevaban bastante bien, pero desconocía hasta qué punto llegaba su confianza, así que me reprimí las ganas que tenía de preguntarle por Fred. Fue Mel la que sacó el tema.

—Bueno, ¿ayer qué tal? —me preguntó.

Nos miramos con cara de guasa.

—Eso digo yo. ¿Por qué te lo tenías tan calladito?

—Lo mismo que te ha pasado a ti con Mike me ocurre con Fred. Estoy colada, Cris, me tiene loca, pero ha sido en los últimos meses, antes ni siquiera lo podía imaginar.

—Hacéis una pareja estupenda —sonreí al imaginarme a los dos juntos.

—¿Y a ti qué te parece? —pregunté a Julia.

—¡Es guapísimo! Me encanta para Mel. Siempre se lo he dicho.

—Solo queda emparejar a Fernando. ¿Cómo lo ves, Julia? ¿Te gusta?

Hizo un gesto de desagrado y Mel salió en su defensa.

—¡Deja a mi hermana tranquila!

—Lo decía por si había que interceder ahora que estamos en racha.

Estaba siendo una mañana de lo más productiva. Después de un agotador recorrido por cientos de tiendas en el *Westfield Horton Plaza*, nos dispusimos a hacer un alto en el camino para tomar algo. Una mañana de compras podía ser extenuante. A esas alturas, mis agujetas estaban desapareciendo, lo advertí porque apenas sentía las piernas.

Resultaba irónico, pero estábamos saturadas de tanto comprar y dudamos si alejarnos de la multitud. Nos encontrábamos en la plaza central del recinto decidiendo qué hacer cuando le vi.

Dylan, el perrito faldero de Max, hablaba con dos tipos a la entrada de uno de los callejones. De no conocerle pasaría desapercibido, pero me llamó la atención porque estaba muy nervioso, tenía prisa por esfumarse de allí. Los dos individuos con los que hablaba avanzaban dos pasos por cada uno que él reculaba hacia atrás, retrocedía dispuesto a salir corriendo si finalmente se encontraba en un aprieto; como diría la intuitiva Mel, huyendo en el lenguaje no verbal. Miraba excitado a un lado y a otro mientras sus acompañantes parecían exigir información. Tras dos eternos minutos, la expresión de los tres confirmaba que ya se habían transmitido lo acordado y entonces le entregaron una voluminosa mochila que le costó llevarse a los hombros. Debía pesar un quintal.

Los dos desconocidos parecían italianos, pero no del tipo de Max, ni siquiera se parecían a Dylan, eran más agitanados, con aspecto de maleantes. Les observaba buscando un calificativo que les identificara mejor cuando sin querer me crucé con su mirada. Me impactó su cara de preocupación, dudó una milésima de segundo, pero era demasiado tarde

para esconderse de mí o hacerse el disimulado, así que me saludó. Sus anónimos acompañantes me miraron como si tuvieran delante la estampa de Lucifer, pero lo realmente aterrador eran esos ojos asesinos con los que me amenazaban. Me detuve un solo instante para levantar el brazo, saludé a Dylan y continué la marcha animando a Julia y a Mel para que no se quedasen paradas. Me concentré para recordar sus rostros, para precisar si esos dos mal encarados formaban parte de aquel restringido círculo que conocí en casa de Max, pero ni me sonaban ni parecía que ellos me hubieran reconocido. Llegué a la conclusión de que pertenecían a algún clan rival y que el desleal Dylan hacía negocios deshonestos ocultándoselo a su peligroso jefe.

—¿De qué les conoces? —preguntó Mel—. Tienen pinta de asesinos, dan mala espina, tienen cara de no ser buenas personas —hizo hincapié en sus últimas palabras y frunció el ceño.

—Son amigos de Max. Al menos uno de ellos.

Ella me miró censurando por completo mis recientes amistades y yo aproveché para desviar la conversación y animarlas a tomar algo allí mismo; un granizado en la heladería que había en el centro de la plaza estaría bien.

La semana de primavera avanzaba imparable y mi trabajo en Galilea no me había permitido disfrutar plenamente de unas vacaciones de verdad, así que estaba dispuesta a que una salida distendida como aquella me animase el día.

Al acabar los refrescos recogimos nuestras bolsas. Aunque se agradecía descansar las piernas, había llegado la hora de largarnos de allí, era tarde y Mel tenía que acercarme al taller para recoger mi coche y luego marcharse a su casa. En ese momento Dylan asomó la cabeza.

—Creí que ya no te encontraría aquí —dijo apurado.

—Ya nos íbamos —comenté sorprendida al tiempo que me incorporaba—. ¿Qué tal, Dylan? ¿Conoces a Mel?

Ella le miraba con reproche.

—Sí, la recuerdo, del día del partido. Hola Mel —saludó. Luego se volvió a su hermana.

—Y ella es Julia, su hermana —tenía que presentarles.

—Encantado —dijo él.

—Lo mismo digo —comentó Julia.

Estaba impaciente, parecía que tenía algún problema.

—¿Te ocurre algo? —le pregunté. No me gustó su mirada.

—En realidad sí. Es que... verás, no sé cómo decírtelo, esta mañana le he dicho a Max que tenía que ir al médico para hacerme una revisión y luego me he encontrado con unos amigos. A él no le caen muy bien, tú ya me entiendes —lo cierto era que no entendía nada—, y por nada del mundo querría que se enterase —guardó silencio, esperando ver mi reacción—. Por favor, no le digas que me has visto. ¿Lo harás por mí?

Max se encontraba de viaje y, por supuesto, no se me había ocurrido comentarle nada, pero con esa forzada visita el encuentro con los dos tipos del callejón me olía mal. No me hacía ninguna gracia aquella petición.

—De acuerdo Dylan, no lo haré —dije bajando la cabeza enfadada y asiendo mis bolsas—. Debemos irnos, ¿te importa? —pregunté mirándole de nuevo. Me impedía el paso.

Se retiró y nos dejó pasar.

—Por favor.

Nos fuimos las tres de allí dejándole de pie con cara de preocupación. Mel se pasó todo el camino avisándome de que dejase de verles. «No te traerán nada bueno» repetía insistentemente.

Por la tarde, como había hecho durante toda la semana, tuve que ir a Galilea a arrimar el hombro, la clientela se había multiplicado por mil rebasando por completo nuestras más altas expectativas.

Si llega a ser por tía Lily, hubiera pasado por alto la grata imagen que ofrecían el hombre de las camisas de rayas y su madura acompañante.

—Anda, llévalas la cuenta a los dos tortolitos —comentó Lily desviando sutilmente los ojos hacia el rincón con un movimiento casi imperceptible.

Detuve la mirada en la tarta de queso con arándanos y en la refinada taza reservada a las infusiones especiales.

—¡Ahí siguen! —le exclamé a mi tía.

—Chss —musitó—, cuidado, no vayan a oírte.

Justo cuando acababa mi turno aparecieron Liam y Harry; se estaba convirtiendo en algo habitual verles aparecer por allí y mis tíos se alegraban siempre que veían una cara conocida, más aún tratándose de su



sobrino.

—Creía que ya no te encontraríamos aquí —dijo Harry, que llegaba presuroso.

—Por los pelos, estaba a punto de irme —me estaba quitando el delantal cuando les vi aparecer.

—Hola de nuevo, Cris. ¿Qué tal tu coche? —preguntó Liam satisfecho con la revisión.

—Va como la seda, ya sabes que cuando lo dejo en tus manos...

Él se rio complacido. Le gustaba que le recordasen lo bien que trabajaban en el taller familiar.

—¿Te quedarás un rato? —preguntó mi hermano—, tenemos algunos chismes para contar —dijo frotándose las manos—, las murmuraciones corren como la pólvora por el *Totem*. O la gente tiene una imaginación desbordante o tu amiguito Max es la bomba.

—Qué miedo me das —dije excitada—, no quería marcharme muy tarde pero creo que me voy a retrasar.

—¿Y qué prisa tienes? —preguntó incrédulo.

Estaba deseando llegar a casa, subir a mi habitación y llamar a Mike, pero en contra de mis pensamientos le dije otra cosa.

—Estoy cansada, Harry, y quería descansar.

—Solo estaremos un rato —dijo suplicante.

—De acuerdo, en ese caso me quedo con vosotros, pero diez minutos, ni uno más.

Me senté con los dos en la terraza, la temperatura rozaba los veinte grados y el cielo teñido de azul añil estaba despejado, apenas un par de nubes daban vida al firmamento. Galilea podía ser un lugar agradable para sentarse y tomar un tentempié.

—¿Qué habéis oído? —pregunté expectante.

—¿Sabes cómo llaman a la banda de Max? —preguntó Harry.

Liam permanecía escuchando, conocía la respuesta igual que él, pero disfrutaba de su temple tanto o más que mi hermanito. Los dos le mirábamos impacientes. Tardaba tanto en contestar que me ponía nerviosa, se sentía el centro de atención y eso le complacía más que otra cosa en el mundo.

—¿Cómo les llaman? ¡Jolín Harry, suéltalo ya! Mira que te gusta

escucharte —dije acalorada—. ¿No eran los Yakota?

—Sí, pero se les conoce familiarmente como el clan D'Angelo, por si teníamos alguna duda de quién era el mandamás y, según parece, ahora tienen serias disputas con uno de los clanes rivales que operan en la ciudad.

Cada vez tenía menos dudas al respecto.

—¿Qué rivales? —pregunté. Esperaba que les describiera.

—Unos competidores que se han hecho fuertes en muy poco tiempo y según nos han contado unos colegas del gimnasio con los que tienen bastante contacto, son devastadores, han llegado para quedarse y no quieren compartir el territorio.

—¿Pero qué territorio? ¿San Diego?

—Si solo fuera San Diego... abarcan mucho, Cris, son dueños y señores de los suburbios de medio país.

—¿Y esa otra banda? ¿De dónde ha salido? —indagué recordando a los otros individuos del monovolumen negro.

—Lo desconozco, pero creo que actúan sin piedad, no tienen la mano izquierda que caracteriza al grupo de Max. Al parecer, hasta ahora los D'Angelo habían sido el clan con mejor reputación de toda Filadelfia, también de San Diego, sus códigos de conducta son sagrados para ellos, sin embargo, estos nuevos adversarios son anárquicos, violentos y difíciles de aplacar. Max se ha ido a Filadelfia para estudiar cómo atajar el asunto, tienen intención de frenarles sin miramientos. Ya sabes a lo que me refiero.

Me vino a la mente la imagen de Dylan por la mañana y los personajes que le acompañaban.

—Pues no ¿qué quieres decir? ¿Se los quieren cargar? —pregunté angustiada.

—Según las habladurías «harán lo que tengan que hacer», cada uno que interprete lo que quiera, pero me temo que si es necesario sacrificar cabezas seguro que lo harán. No suelen ser tan crueles y despiadados, pero si se ven en una situación comprometida no hay duda de que actuarán —intervino Liam.

—No os lo vais a creer, pero hoy en el centro comercial he visto a Dylan junto a dos tipos con muy mala pinta. Al principio no le he dado importancia, pero al fijarme mejor, me han parecido poco amistosos, le

hablaban desafiantes, él parecía intimidado, pero teniendo en cuenta cómo es de retraído, no he sabido qué pensar.

—¿Qué hacían? —preguntó Harry.

—Hablaban como si estuvieran tramando algo malo, y después le han dado una pesada mochila que le ha costado colgarse a la espalda.

—¿Y qué crees que llevaba? —preguntó Harry.

—Seguro que era dinero, le han sobornado —se adelantó Liam.

—Tú como siempre tan peliculero, Liam —dijo mi hermano.

—Yo también he pensado lo mismo —comenté con timidez—. ¿Qué explicación le puedo dar sino?

—Podían ser amigos —decidió Harry.

—No les viste, de haberlo hecho no pensarías así. Además, luego Dylan ha venido donde estábamos nosotras y me ha pedido que no le dijera a Max que nos habíamos visto.

Ahora Liam se animó a continuar.

—Ese clan ya puede tener cuidado, los D'Angelo son demasiado poderosos y no deberían subestimarles. Además, su buena relación con otras bandas les fortalece todavía más. No tienen ni idea de con quién se la están jugando.

—Da miedo oírlos —dije alarmada.

—Y el soldado también debe andarse con ojo —continuó Liam.

—¿Qué soldado? —pregunté desconcertada.

—Dylan.

—¿Por qué le llamas soldado?

—Así le llaman en el *Totem*, no es jefe, pertenece a una categoría inferior, es el soldado encargado de cubrirle las espaldas a Max.

—Pues menuda protección, me dan ganas de advertirle. Le ha dado su confianza y mira cómo se la devuelve —pensaba en alto, no analicé bien lo que acababa de decir, pero antes de continuar Liam saltó como un resorte.

—¡Ni se te ocurra abrir la boca, Cristina! No te metas, si lo haces puedes salir mal parada.

—No te preocupes, Liam, no lo hará —mi hermano me conocía bien.

—Eso espero porque se puede meter en un lío de aúpa.

—¿Sabes algo de Max? —interrumpió Harry quitándole importancia a

mi última ocurrencia.

—Sigue en Filadelfia —le confirmé.

No dije lo grosera que estuve con él enviándole aquel mensaje por miedo a que me advirtieran de una posible venganza.

—Ya, pero ¿sabes cuándo volverá? —interrogó Harry otra vez.

—No lo sé con exactitud —contesté.

—¿No te lo ha dicho? —insistió.

—Bueno, me dijo que había llegado a Filadelfia y poco más, unos simples mensajes de texto.

Como siempre que hablábamos de él mi hermano me miraba desconfiado, se notaba claramente que le escondía algo, pero como imaginaba que no quería tener una relación con Max, supongo que no lo vio relevante.

—Pues seguro que allí se está cociendo algo gordo, se rumorea que ha ido a reunirse con la comisión. Los líderes supremos o algo así —puntualizó.

Y yo mientras tanto tocándole las narices, le había mostrado un rechazo desconsiderado y supliqué a Dios en silencio para que Max no me lo tuviera en cuenta. Tenía emociones contradictorias pero intentaba luchar contra esa parte de mí adicta a lo prohibido, a la inevitable atracción magnética que me dirigía sin remedio a cualquier circunstancia de riesgo.

—En cualquier caso avísame cuando te enteres de algo, si vuelve me das un toque ¿vale? —dijo Harry—. Me gustaría saber exactamente cuándo estará de vuelta en San Diego, porque a veces se pasa semanas enteras sin aparecer por el gimnasio. Quiero estar al corriente de sus idas y venidas, porque seguro que va a estar al acecho, está obsesionado contigo.

—De acuerdo, te informo con lo que sea —comenté sujetando los reposabrazos con ambas manos. Tenía intención de levantarme ya.

—¿Ya te vas? —preguntó Liam.

—Sí, llevo muchas horas aquí y necesito cambiar de aires.

—¿Te aburrirnos? —preguntó Harry sarcástico.

—No sabes cuánto... —exclamé poniendo cara de sufrimiento y levantándome de un solo impulso—. Hasta luego chicos, me marchó.

Todo lo que me había sucedido en las últimas semanas era un sinvivir,

necesitaba desconectar. Me subí al coche, bajé las dos ventanillas para sentir el viento acariciando mi cara y puse el contacto. Antes de arrancar encendí la música y giré la rueda del volumen hasta que alcanzó su tope. Sonaba en ese momento un clásico de *Eagles*:

*There were voices down the corridor, I thought I heard them say.  
Welcome to the hotel California, such a lovely place, such a lovely place...*

Pisé el acelerador mientras seguía escuchando la música, conducir cantando me permitía distanciarme del mundo, me transportaba a una órbita distinta y encontraba relax, el cual cesó en el instante en el que alcancé la puerta de casa, que fue enseguida.

Fuera estaba aparcado el coche de mi madre, papá no habría llegado aún. Todavía no me habían vuelto las ganas de hablar con ellos, al menos con mi padre, pero en algún momento tendría que hacerlo. Con las llaves en la mano vacilé antes de girar el picaporte, afiné el oído para determinar exactamente la ubicación de mamá. Se escuchaba la televisión y la luz de la cocina estaba encendida. Entré como si tal cosa. Antes de abrir la boca ella me saludó, lo hacía cuando me esperaba ansiosa.

—Buenas noches, cielo.

—Hola mamá —contesté sin detenerme, pero ella se asomó para cortarme el paso.

—Te estaba esperando. ¿Vienes de Galilea? —preguntó para iniciar una conversación.

—Sí —contesté escuetamente.

—Dice Lily que estáis a tope.

—Y que lo diga, está entrando más gente que nunca.

—Oye, cielo, no estarás enfadada conmigo ¿verdad? —preguntó preocupada.

En cierto modo la estaba haciendo responsable de una mala decisión que había tomado mi padre, que bajo mi punto de vista actuó con muy poca inteligencia. Se había arriesgado mucho y, como volviera a tensar la cuerda, era previsible que le rebotase en la cara. Por mucho menos había visto a familias dejarse de hablar durante años y, conociendo mi original carácter, debería andarse con ojo. No le iba a tolerar otra salida de tono.

—No mamá, contigo no, estoy muy cabreada con papá, no es justo lo

que me dijo —se me habían puesto los ojos vidriosos y las palabras se atascaron justo al llegar a la garganta, pero haciendo un enorme esfuerzo conseguí continuar—, además —tosí para ganar tiempo—, él siempre ha defendido todas esas libertades. ¿Eran una farsa? ¿Estaba representando un papel? Porque si es así se ha equivocado de profesión, hubiese sido un excelente actor.

—No seas dura con él, siempre ha sido muy tolerante en sus convicciones, lo que ocurre es que cuando te toca en primera persona ves la situación desde otra perspectiva. De repente ha visto que te podías ver en una situación comprometida, o vete a saber qué se le ha pasado por la cabeza.

—Pero mamá ¿sabes en qué siglo estamos? ¿Nos hemos vuelto todos locos? Solo te voy a decir una cosa, no estoy enfadada contigo y no quiero volver a tocar este tema nunca más, ni contigo ni con papá ¿de acuerdo? Se lo transmites.

—Vale, hija, le diré lo difícil que te resulta hablar de ello y espero que lo comprenda.

—Por cierto, estoy buscando piso —dije cuando había alcanzado el cuarto escalón camino de mi dormitorio.

Entré en mi habitación y estallé en llanto. La furia contenida había aflorado dando paso a una rabia aún mayor. Tenía tal congoja que no me sentía capaz de llamar a Mike y hablar con él sin que se percatara de mi estado emocional, así que antes de hacerlo dejé pasar un tiempo para calmarme y encendí el ordenador. Tenía varios e-mails, todos de Britney y de Becky, quince megas en total. ¡La Virgen! Fotos en la playa, en la piscina, en unas ruinas, Santorini, Rhodas, Mykonos. ¡Qué barbaridad! ¡Menudo viaje más chulo! Si lo que pretendían era darme envidia, objetivo cumplido con creces. El último e-mail no tenía fotos, sólo texto.

*iiiiii;Hola guapetona!!!!!! ¿Qué tal por San Diego? Seguro que estáis aprovechando a tope vuestros ratos libres. ¿Cómo está Mike? ¿Sigue mejorando? Dale un beso de nuestra parte: iiii;MUUUUUUAC!!!!!! Bueno, al resto también. Ja, ja, ja.*

*Nosotras lo estamos pasando de lujo. Nos ha venido bien para hacer terapia familiar, ¿y sabes qué? Después de hablar con los «jefes» vamos a acudir las dos a un psicólogo, Britney por sus problemas de alimentación y yo por depresión... ya sabes.*

*Sé que te alegrará saberlo.  
Un besazo para todos. Os queremos.  
Becky y Britney*

Era una estupenda noticia, además por partida doble, las dos hermanas lo estaban pasando de fábula y, a su regreso, comenzarían sus sesiones de terapia. Sin embargo, conocía demasiado bien a Becky como para saber que su euforia era fingida. Siempre se ponía una coraza para protegerse. Estaba deseando que volviera.

Pese a mis sospechas acerca de Becky, había recuperado mi estabilidad y estaba preparada para telefonear a Mike; aunque yo no estuviera en un lugar tan exótico los e-mails de mis amigas me habían levantado la moral. Actualicé el Outlook y en ese momento entraba un mensaje nuevo desde el correo de Britney.

*Cris, estoy muy preocupada, antes he entrado al baño y he sorprendido a Becky con una navaja en la mano. Me ha dicho que se había soltado de la maquinilla pero no me creo nada. Por favor, envíale algún mensaje para ver si entra en razón. Te lo suplico. Un beso.  
Britney*

Me entró una taquicardia interminable. En realidad no tenía ni idea de qué le podía decir, la pobre Becky tenía tal desesperación que temí decirle algo contraproducente, pero era urgente que recibiera unas palabras de apoyo. En momentos como ese mi táctica siempre era recurrir a Dios y, aunque ella no se había prodigado jamás en ninguna creencia divina, deseé profundamente que al verse en estas circunstancias necesitase lo mismo que yo.

*Hola Becky:  
Me imagino que después de lo que nos contaste el otro día estarás confusa. Han aflorado de nuevo sentimientos que se estaban sofocando. Es normal, es una carga que llevabas sola y ahora ha vuelto a aparecer otra vez. No olvides que la vida está llena de pruebas que debemos superar, una a una y, cuando nos equivocamos, lo peor que podemos hacer es cortar por lo sano. Dios lo perdona todo, Becky, incluso lo que creemos que es inaceptable. Lo pone muy claro en la Biblia, no debemos cargar con todo el peso sobre nuestra*

*espalda. Piensa en Dios y Él seguro que te ayudará.  
La vida tiene momentos difíciles pero la mayoría son maravillosos,  
céntrate en los buenos y no te tortures. En cuanto vuelvas hablamos  
¿vale guapa? Necesito contarte unas cuantas cosas. Te quiero un  
montón.  
Un besazo,  
Cris*

La verdad es que yo en cualquier situación suelo recurrir a Dios, después de enviar el mensaje me pareció demasiado profundo, pero es que Britney me había dejado realmente acongojada.

Me quedé mirando la pantalla del ordenador por si se dignaba a contestarme, pero no lo hizo, rogué para que estuviera divirtiéndose en alguna de las excursiones.

¡Vaya! Se me había adelantado. El teléfono comenzó a sonar.

—¿Sí? —dije feliz de saber que iba a escuchar su voz, aunque todavía daba vueltas en mi cabeza el delicado incidente de Becky.

—¿Me puedes decir cuándo pensabas llamarme? ¡Llevo tooooooda la tarde esperándote! No te he llamado al móvil porque estabas en la cafetería y hasta que no llegases a casa y te pusieras cómoda no quería molestarte. ¿Qué tal tu día? ¿Has hecho todas esas cosas que necesitabas? Coche, compras, curro...

Escuchar su voz se había convertido en uno de mis vicios favoritos, con solo oírle se me levantaba el ánimo. Me daban ganas de grabarle para mostrárselo luego a mi padre y poder decir: ¿lo ves? ¡Es un tío estupendo!

—Hola Mike.

—Hola preciosa —dijo casi en un susurro—. ¿Todo bien?

—Sí, ha sido un día largo pero productivo. He llegado más tarde porque han aparecido Harry y Liam a última hora y me han entretenido —por supuesto no quise hablarle de Max, y aún menos de Becky. Bastante tenía con su recuperación.

—¿Sabes qué he pensado? —preguntó.

—¿El qué?

—Que si nos independizamos los dos juntos no tendríamos que llamarnos.

—Ja.



—Piénsalo bien, ¿no te molaría?

—Pues no sé... —claro que había imaginado esa situación pero me daba vergüenza confesarlo abiertamente.

—Todo es cuestión de proponérselo —insistió riendo.

—Vale, en ese caso lo pensaré.

—No me des largas ¿eh?

—No pretendía —le aclaré.

—Quería contarte algo —comenzó a decir—, estoy alterado.

—¿Qué te ocurre?

—Pues nada, que mañana tenemos un partido amistoso, ya sé que no es algo extraordinario pero no sé qué va a pasar. Fernando me ha avisado de que posiblemente lo vea desde el banquillo, pero aun así no consigo calmarme. ¿Vendrás?

—Por supuesto, avisaré a Mel para ir juntas. ¿Contra quién jugáis?

—Contra los UCLA, a las diez en el Viejas Arena. ¡No se te ocurra faltar!

—No te vas a librar de mí tan fácilmente, muchacho. ¡No me había enterado!

—No me extraña, con tantos acontecimientos es difícil estar al tanto de todo. A mí me lo dijeron Fernando y Fred el otro día, pero se me pasó por completo comentártelo. Estaba programado desde hacía tiempo. Los UCLA hacen una gira por todo Estados Unidos y este será su primer partido. Me servirá como entrenamiento.

—No te hagas ilusiones, Mike, quizás no te saquen.

—Ya veremos.

—¿Se lo has comentado al doctor?

—Se me ha olvidado.

—No mientas, Mike, no se lo has dicho a propósito por si te dice que aún no puedes jugar.

—Tienes razón, pero es que estoy perfectamente.

—En fin, espero que el entrenador utilice su prudencia...

## LA PELEA

El sol se filtraba por la ventana de mi habitación acariciando mi rostro. Hoy alcanzaríamos los veinticinco grados y las altas temperaturas se empezaban a notar. Me levanté de un salto y me estiré para desentumecerme, me acerqué a la ventana y la abrí para sentir el calor; las odiosas agujetas que me acompañaron ayer habían desaparecido. Revolví el bolso que había dejado en el suelo junto a la cama para localizar el móvil. Un sms de Max me daba los buenos días. Lo había enviado a las dos de la mañana.

*Hola princesa, acabo de aterrizar. Tenemos que hablar. No he dejado de pensar en ti. Te necesito. Max D.*

¡Había vuelto demasiado pronto! No quería verle, ni siquiera hablar con él, así que le respondí con un mensaje evasivo.

*Hola Max. Me alegra saber que estás de vuelta. Hoy es imposible que nos veamos. Ya hablaremos. Besos. Cristina.*

La última vez había estado demasiado borde, así que intenté suavizarlo siendo más amable. Además, temía que si me comportaba de forma grosera se rebelase contra mí y prefería no saber lo que se le podía pasar por su retorcida cabeza. Si eran ciertas sus tendencias homicidas me negaba a ser el blanco.

Harry me pidió que le avisara en cuanto tuviera noticias tuyas, así que antes de que me olvidase le envié un mensaje.

*Max ha vuelto. Luego te llamo. Bs. Cris.*

Sí, luego le llamaría pero ahora mi intención era desayunar, a poder ser sola y disfrutando del silencio.

Cuando bajé a la cocina mi madre estaba terminando y se despidió. La casa se quedó desierta. Me senté en el taburete con mi café triple mientras contemplaba el radiante día filtrándose por la ventana que daba a la parte delantera de la casa. Algo se movió rápido delante de mí, enfoqué la vista y me pareció ver la estela de mi hermano Harry. ¿A estas horas? El sonido

de la puerta me lo confirmó.

—¿Qué haces aquí? —pregunté extrañada.

—Yo también me alegro de verte —dijo con su habitual sarcasmo.

—No seas estúpido. ¿Es que no trabajas hoy?

—Claro que trabajo, pero tenía que hacer gestiones fuera de la oficina y he aprovechado para hablar contigo.

—Mamá se acaba de ir —le informé.

—¿Ah, sí? Pues me alegro de no haberme cruzado con ella, últimamente está alterada.

—¿Has venido por el mensaje? Porque no te puedo decir más, solo sé que Max ha regresado —me parecía desproporcionado que se presentase solo por esa razón.

—No exactamente.

—¿Qué quieres decir? —quise saber.

—Que han encontrado a Dylan muerto. Sobredosis, según los colegas del *Totem*, pensé que deberías saberlo —tenía el rostro lívido.

—¡Pero eso es imposible! —exclamé. Era un disparate.

—Créeme, está muerto —dijo en voz baja.

—Dios mío, pobrecillo, aunque no habíamos llegado a intimar me empezaba a caer bien, y ahora esto. Era distinto al resto.

—A veces la vida es así de cruel —comentó.

—¿Y cómo saben que ha sido sobredosis? No ha dado tiempo a que le hicieran la autopsia. ¿Cuándo ha ocurrido?

—Yo me he enterado esta mañana y sé que ayer estaba vivo porque Mel y tú le visteis, así que... —miró al techo como si allí fuera a dar con la respuesta—, en ese intervalo.

—No me lo trago. Dudo que se drogara.

En Camelot no participó de la juerga que se corrieron después de la carrera y supuse que no le iba lo de esnifar, aunque podía equivocarme.

—No sería raro, Cris, forma parte de su mundo, es una de las maneras que tienen de pasar el tiempo.

Lo sabía, lo había comprobado con mis propios ojos, pero Dylan desarrollaba otro papel, parecía un trabajador responsable, o un traidor, quién sabe, pero no un compañero de fiestas.

—Tal vez no sea extraño, pero tengo el presentimiento de que le han

asesinado. ¿Y si les estaba pasando información a los miembros del otro clan rival? —conjeturé.

Ya empezaba a dar rienda suelta a mi imaginación.

—Aunque tiendes a ser fantasiosa, en este caso creo que te daré la razón. Todo indica algo así.

—Es muy fuerte, Harry, y peligroso. ¿No te da miedo?

—¿Por qué te crees que he venido? No me gusta que andes con ese tío, no te puede traer nada bueno.

—Y me lo dices tú —le dije airada.

—No me repitas que fui yo quien te lo presentó porque ya lo sé. Ahora lo que importa es que te mantengas lo más lejos posible de él.

En ese instante escuchamos el sonido de mi teléfono. Era un mensaje de Max. Lo leí en alto:

*Hola princesa: Estamos conmocionados. Desafortunadamente, Dylan ha fallecido. Te espero en mi casa para velarle juntos. Te necesito aquí. Te quiere, Max.*

—¡Dios! ¿Y ahora qué hago? ¡Tengo que ir!

—¿Porque te lo diga él? Ni en sueños, tú te quedas aquí. Yo sí que iré, con los colegas del *Totem*, eso no me compromete a nada, y no me mires así que te conozco, por una vez sé coherente. Si te encuentras con Max intentará mantenerte dentro de su círculo y tengo la sensación de que os habíais distanciado, no dejes que vuelva a ganar terreno.

Más que distanciarnos era que él había estado fuera unos días.

—Entonces ¿no crees necesario que vaya? —le pregunté confusa.

—No, le van a velar en la fortaleza de Max y de ahí se lo piensan llevar directamente al crematorio. No es un lugar neutral y no me parece prudente que vayas a su casa. No tiene sentido.

—¿Y por qué le velarán allí?

—Porque aquí Dylan no tenía a nadie, lo más parecido a su familia era el clan y ellos querrán hacer todo el trámite lo más rápido posible; concuerda. Si son responsables de su muerte, cuanto antes se deshagan de las pruebas menos posibilidades tendrán de ser descubiertos. Ellos son criminales, actúan así, nada se interpone en su camino.

Era una falta de educación no presentar mis respetos, pero como nadie

de su familia estaría allí, y además aborrecía la idea de dar el pésame a Max, reconocí que era una estupidez presentarme en su casa.

—Sé que harás lo que te plazca, pero piénsatelo dos veces antes de aparecer por allí ¿vale, hermanita? Si lo haces, tu amigo Max va a creer que sigues interesada y no te conviene cabrearle más —insistió Harry.

—Eso es justo lo que pensaba. Descuida que no iré.

Con suerte Max se rebotaría y quizá me dejase en paz por imposible. Aparte, me gustaba infinitamente más reunirme con mis amigos. Con ellos la diversión sin duda era más saludable. Recordé que había quedado con ellos, no me quería perder el amistoso que jugaba el equipo de Mike. Me serviría de apoyo moral.

A pesar de que era un partido amistoso y no se jugaban nada, el parking del Viejas Arena estaba abarrotado. Cualquier partido de los campeones de la NCAA parecía un buen reclamo. Había quedado con Mel en la entrada de siempre, y allí estaba, esperándome para entrar juntas.

—¡Pero bueno, Mel, parece que vas a una fiesta!

Habíamos comprado juntas el conjunto que llevaba puesto, pero con todos sus complementos le quedaba mil veces mejor, que ya era difícil.

Puso las manos en jarras y ladeó una de sus rodillas hasta rozar la otra, después besó al aire con los ojos cerrados.

—¿Te gusta? —me preguntó.

—Te queda impresionante, me tenías que haber avisado, no sabía que había que arreglarse tanto.

—Es que me he levantado feliz.

—¿Porque vas a ver a Fred? —pregunté con retintín.

—Exacto. Me ha pedido que salgamos luego —me dijo sonriendo de oreja a oreja.

—Y has aceptado, claro —afirmé.

Su relación ya era un hecho. La había imaginado saliendo con Harry, entre ellos había una conexión que no veía con Fred, pero era obvio que me equivocaba, para variar.

—Pues sí. Vamos todos, creí que lo sabías.

—La primera noticia que tengo.

Puse cara de extrañeza y Mel se encogió de hombros.

Teníamos dos buenos asientos. Desde allí divisaba perfectamente la

espalda de Mike. Estaba sentado en el banquillo, gritando, animando a su equipo desde una posición en la que no acostumbraba a estar nunca. Solía encontrarse en el campo recibiendo los aplausos y los vítores. Esta vez tendría que conformarse. En cambio Fernando y Fred eran los dos titulares. Fernando se había recuperado por completo de su lesión y volcaba toda su energía en la cancha.

Mike estaba nervioso y su conversación con el entrenador me distraía bastante. Desde las gradas, no podía escuchar lo que le estaba diciendo, aunque lo sospechaba, porque el entrenador negaba con la cabeza con gesto inmutable. Mike alternaba agitado, primero animaba a los chicos y luego hablaba con él. Le tenía mareado. Se estaba poniendo realmente pesado. Creí que no debería insistir tanto, todavía era pronto para salir a jugar, pero en vista de sus súplicas, no se había planteado tomarse las cosas con calma, su tozudez era incuestionable. Me conmovía pensar que se pudiera llevar un porrazo en la cabeza.

Conseguí concentrarme en el partido cuando Mel me agarró del antebrazo.

—¿Sale Mike? —preguntó extrañada.

—¡No puede ser! —dije sorprendida.

Mike se preparaba para salir a la cancha. Era demasiado cabezota. Había insistido tanto que el entrenador cedía por no soportarlo más. Lo desaprobé por completo hasta que le vi jugar. De nuevo estaba soberbio, no había perdido un ápice el magnífico estilo que tenía de jugar. Estaba tan enfrascada en el partido que pronto me relajé y me recreé con la maravillosa vista que tenía ante mis ojos. Nada más salir metió su primer triple, luego enchufó el siguiente y acto seguido el tercero. Mike era el mejor, sin duda, lo había demostrado muchas veces, pero ese partido disipaba las dudas que pudieran cernirse sobre él. A pesar del miedo, me alegraba de que le hubieran sacado.

El ambiente que se respiraba recordaba al día de la gran final. Igual que entonces, la gente aplaudía frenética provocando a los aztecas para que exhibieran las agallas que tenían en el campo. Gracias a ellas, nos habían deleitado durante la temporada y no necesitaban que se insistiera en el tema. Hoy estaban crecidos, el anillo de los campeones les había dotado de una fuerza excepcional. Ahora la estaban demostrando superándose a sí mismos.

Aunque el de ese día era un partido más, para Mike era el primero de su nueva vida, se había enfrentado a un obstáculo vital superándolo con éxito. Teníamos que festejar el avance. A nosotros nos sobraban razones para celebrar cualquier acontecimiento y, como empezaba a ser costumbre, los chicos sabían de antemano dónde querían llevarnos. Mel me había dicho que después del partido iríamos a los acantilados de La Jolla. Últimamente se esforzaban mucho en planificar todos nuestros movimientos.

Las dos salimos al aparcamiento para esperarles allí. Charlamos unos minutos mientras veíamos desaparecer la cola para salir. Aproveché para contarle el incidente de Becky.

—Antes de salir he visto un e-mail suyo muy raro. Ahora lo entiendo. Iba con copia a las dos —me informó.

—No lo he visto ¿qué decía?

—Que se encontraba bien y que no nos preocupásemos, porque las cosas no siempre son lo que parecen.

—Ya. Estoy deseando que vuelvan; en este momento, no me fío nada de ella —repliqué.

—Es que es tan fuerte... no me extraña que esté desquiciada —comentó Mel.

La explanada del parking se había descongestionado y cada una nos montamos en nuestro propio vehículo.

Aproveché para llamar a mi hermano. Estaba intranquila después de lo ocurrido con Dylan.

—¿Harry?

—Hola Cris, me pillas saliendo del velatorio.

—¿Y qué tal? —hice la pregunta más absurda de mi vida.

—Pues lo que cabe esperar en estos casos.

—Nunca desaprovechas una oportunidad ¿verdad?

—No. Ahora en serio, he hablado con Max solo un momento, tenía mala cara, con unas ojeras terribles.

—Es normal, acaba de llegar de viaje —alegué.

—Sí, pero el semblante no era normal, no es el típico que se tiene de cansancio, tampoco se le veía triste, su cara era de preocupación. ¡Encima parecía cabreado conmigo! Supongo que por tu comportamiento. Me ha parecido más cretino que nunca.

—¿Te ha preguntado por mí? —me podía la curiosidad.

—Sorprendentemente no, pero supongo que el verme llegar solo le ha jodido.

—Pues ya se puede ir acostumbrando porque no tengo intención de que volvamos a vernos. Cada vez me da más miedo.

—Lo has entendido hermanita. Te dejo que me voy a la oficina, llevo fuera más tiempo del necesario y no quiero que me llamen la atención.

—Vale, hablamos.

—Adiós.

Pasaron escasos minutos hasta que les vi salir. Les había dado tiempo a darse una ducha rápida y parecían dispuestos a disfrutar cuanto antes de un rato en el acantilado. Fred y Mike nos buscaban con la mirada y el resto del equipo se dispersó. Enseguida nos localizaron y cada uno se acercó a nuestros respectivos coches.

—Mike —dije bajando la cabeza hasta alcanzar el centro de la ventanilla—, ¿cómo has venido hasta aquí?

—Me ha traído Fernando —me informó mientras se subía—, así no tenemos que ir en dos coches. ¿Te apetece ir a La Jolla?

—¿Tengo otra opción? —mi indirecta le hizo sonreír.

—No.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Lo decidimos tarde. Además, quería que fuese sorpresa.

—Pues me la ha dado Mel.

Escuché una risita mientras me indicaba con la mano que arrancase.

—Tira para adelante y deja de reprocharme cosas ¡que pareces mi madre!

No hice caso de su comentario y puse en marcha el motor.

—El entrenador no te debería haber sacado pero tengo que reconocer que has estado magnífico. ¡No se te ha olvidado nada! ¡Juegas igual!

—¿Te ha gustado el partido? —preguntó sonriente y abriendo mucho los ojos.

—Has estado genial Mike, como siempre. ¡Nos has dejado con la boca abierta!

—He convencido al entrenador para que me sacara porque pronto será el sorteo del *draft* y no quiero sembrar dudas, no porque sea un ansioso.



—Ya, es un momento decisivo.... —Mike tampoco había perdido su picardía.

—¿Sabes por qué no te había dicho lo de La Jolla? —dijo haciendo un giro en la conversación de ciento ochenta grados.

—¿Por qué cambias de tema? —pregunté extrañada.

—Es que me has pillado y me quiero explicar.

—Guay, pues explícate. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque pensé que sería buena idea ir a otro sitio —tenía la garganta seca y se la aclaró para continuar—, quiero decir tú y yo solos, pero al final lo he dejado así. Esto fue idea de Fred, pensaba ir allí con Mel y al final me preguntó si le acompañábamos, creía que a lo mejor se rajaba y estaba pensando en otra alternativa para nosotros.

—Estás perdonado.

—Muchas gracias, niña, me dejas más tranquilo —dijo risueño.

—¿Dónde hemos quedado? —pregunté.

—En el *Cottage* para tomar algo primero. Luego si os apetece podemos ir a dar un paseo por la playa —lo habían planificado todo de nuevo.

—¡Fantástico! Estaría bien que os hubieseis traído las tablas.

—Es verdad, pero tampoco quiero abusar de mi mejoría, además, no me apetece que te rías de mí.

—¡Pero si es divertidísimo! Cuando estabas en el *Sharp* fuimos un día a la playa y los chicos estuvieron surfeando. Lo pasamos bien.

—Me lo han contado, me lo perdí.

—Sí, te echamos de menos, pero ahora ya no tienes excusa para escaquearte, así que en cuanto pasen unas semanas te quiero ver subido a una tabla.

—Eres muy morbosa. ¿De veras te gusta ver cómo me voy al agua una y otra vez?

—¡Me encanta!

Habíamos llegado al *Cottage* y Mel y Fred estaban ubicados en la terraza. Por primera vez en mucho tiempo pensé que sobrábamos allí, ciertamente parecía empalagoso ver cómo se miraban.

Me detuve en la puerta dudando si entrar o pasar de largo.

—¿Has visto eso, Mike?

—¿El qué? —preguntó desconcertado.

—¡A estos dos! ¡Mírales! No necesitan compañía.

Les observamos desde fuera sin atrevernos a entrar. Daba pena interrumpir lo que fuera que se estuvieran diciendo. Parecían encantados recreándose dentro de su pequeño mundo.

—No sé, pero a mí me dan envidia —dijo Mike mirándome fijamente a los ojos con esa sonrisa suya que tanto me cautivaba.

Hice una pausa. Como me pasaba en estos casos, me había quedado sin palabras, así que solté lo primero que se me ocurrió.

—Sí, mucha. Venga, entremos, de cualquier forma nos están esperando.

Mike bajó la cabeza y su sonrisa se desvaneció.

—Claro —comentó sin más.

—Ya estamos aquí, chicos —dije para interrumpir—. ¿Habéis pedido algo? —pregunté.

—Os estamos esperando.

—¡Ah! ¿Pero os acordabais de que veníamos? —preguntó Mike jocoso.

—Ja, ja, tan gracioso como de costumbre. Habéis tardado tanto que casi se nos olvida —dijo Fred.

—Es la tartana de Cris y su aversión a la velocidad. Ya le he dicho que aunque le pise, su coche no va a volar, pero no hay manera de que lo entienda.

—¿Cómo? ¿Crees que voy despacio? —pregunté ofendida.

—Nooo, casi me duermo, pero tú tranquila, no hay prisa.

—De verdad... —suspiré.

Nos sentamos junto a ellos. Fred nos informó de que Fernando vendría después. Me alegró saber que por fin se había animado a venirse con nosotros porque, para ser sincera, últimamente le estábamos dejando al margen. Aunque aprovechaba también esos días para entrenar por su cuenta, supuse que lo hacía por entretenerse y lo que verdaderamente le apetecía era pasarlo bien con sus amigos. Estábamos de vacaciones y, aunque solo disfrutásemos de una semana libre, se merecía que nos acordásemos de él.

Creíamos que ya no vendría. Tal vez la idea de ser un «sujeta velas» no era lo más deseable del mundo, pero nos equivocamos. Llegó en el último momento, después de pedir la cuenta y justo antes de que nos marcháramos. Estaba contento, se le veía feliz de encontrarse con sus

amigos aunque solo fuera para pasear.

Había ido muchas veces a la playa de La Jolla. Estaba acostumbrada a disfrutar de sus vistas, del precioso atardecer o del agua cristalina que ofrecía el mar. Me gustaba entretenerme observando a las focas marinas y a las gaviotas. Me agradaba por la paz que transmitía. Aunque fuera diez veces seguidas ese lugar continuaba inalterable; siempre se escuchaban los mismos sonidos, se veían los cambios de tonalidad transformándose a medida que pasaban las horas... pero mi lugar favorito estaba en el acantilado, donde se encontraba el paisaje más hermoso.

Íbamos los cinco hacia allí dispuestos a pasear, a disfrutar del panorama sin un objetivo concreto cuando de pronto me sonó el teléfono, rompiendo la magia de aquel placentero momento. Vi en la pantalla que se trataba de Max. No sabía si cogerlo, todos me miraban expectantes esperando que contestase de una vez. De haber estado sola no lo habría descolgado, pero con todos allí observando mi vacilación, me vi obligada a hacerlo. Al fin lo cogí.

—Dígame —contesté brusca, más alto de lo normal. Quería que Max percibiera mi desprecio, que se percatara de las pocas ganas que tenía de hablar con él.

—¿Dónde estás? —preguntó tajante, su tono era de advertencia, como si se dirigiera a uno de sus muchos empleados.

—Estoy en La Jolla, con unos amigos.

—Te paso a buscar ahora mismo. ¿A qué altura estás? —dijo dispuesto a que yo acatase sus órdenes sin rechistar.

—Imposible, ahora no puede ser. Hablamos en otro momento si quieres, hoy no.

Mike me miraba preocupado. Creo que sabía con quién hablaba.

—Voy para allá.

—Te he dicho que...

Antes de que pudiera terminar la frase ya me había colgado. El muy grosero me había dejado con la palabra en la boca y encima tendría la desvergüenza de presentarse y dejarme en ridículo delante de mis amigos. No podía ocultar que me había colgado el teléfono pero, por si había dudas, Mel me lo preguntó.

—¿Te ha colgado? —preguntó sabiendo perfectamente cuál sería mi respuesta.

La expresión de mi cara se tornó aguda, noté cómo se tensaba hasta el último músculo de mi rostro conteniendo las ganas irrefrenables que tenía de llorar.

—¿Con quién hablaba? —preguntó Fernando a Mel.

—Con el imbécil de Max.

—¿Quién es ese?

Por suerte Fernando no solía enterarse de nada y, en este caso, creo que era el único que no conocía la existencia de Max, al menos no le recordaba.

Mike intentó tranquilizarme. Creo que en el fondo se alegró de presenciar la breve conversación porque en ese instante aprovechó para cogerme la cintura sin que le temblase la palma de la mano. Me agarró con firmeza acercándose a su costado. Yo me dejé llevar.

—No te preocupes, niña, es un gilipollas, si yo fuera tú no volvería a cogerle el teléfono. Un hombre que te trata así no merece tu atención, apenas os conocéis ¿y se permite el lujo de tratarte de esta manera?

—Sí, no quiero verle, pero me siento acosada. Me da miedo. ¿Y tú cómo sabes que apenas le conozco?

—Cada vez sé más cosas sobre ti, cada día que pasa me acuerdo de más detalles. Vea o no vea tu cara —recalcó para avisarme.

Nos habíamos parado, Mike se recostó en un poyete de piedra y, sin soltar la mano que envolvía mi cintura, me arrastró con él. Estaba decidido a consolarme.

—¿Nos vas a contar que pasa con ese tío? —preguntó rotundo.

Nunca había visto a Mike en esa actitud. Desaprobaba por completo mi amistad con Max, pero era evidente que se debía a los celos.

Por mi parte, no tenía la más mínima intención de explicarle nada, en realidad, me negaba a contarle que nos habíamos besado. Si lo hacía, tal vez él me viera con otros ojos y ni por asomo deseaba que cambiase nada entre nosotros. Por ahora, las cosas estaban bien.

—Ya sabes, nos presentó Harry y le tomé como a un amigo, pero a él no le parece suficiente.

—¿Quería quedar contigo ahora? —siguió investigando Mike.

No habían escuchado su voz al otro lado del teléfono, así que me vi obligada a dar más explicaciones de las que me apetecían.

—Quería pasar a buscarme. Antes de colgar me ha dicho que venía hacia aquí —aclaré.

Mike se me quedó mirando. Cabreado y pensativo, por ese orden, y después anunció algo que me dejó perpleja.

—Hablaré con él —dijo pasando la lengua por su labio inferior y frunciendo el ceño.

Mike tenía buen carácter, no solía mosquearse con facilidad; esta era una de las pocas veces que le había visto con esa expresión, su cara de enfado no dejaba lugar a dudas.

Detestaba la idea de que Max y él pudieran hablar, pero quizá fuera mi gran oportunidad para quitármelo de encima.

Nos quedamos allí charlando, eran mis verdaderos amigos, con los que había compartido los acontecimientos más importantes de mi vida. Tenía que abrirme, mostrarles mi confianza, me asustaba su reacción ante lo que les iba a decir, pero debía contárselo. Además, quería hacerlo para desahogarme. Me armé de valor y les relaté lo ocurrido con Dylan, también les describí cómo había sido el cumpleaños de Max. El día de la carrera, la fiesta posterior y la advertencia de los matones del monovolumen negro no me atreví a mencionarlo. Ellos me miraban pasmados, les afectó más de lo que imaginaba pero a mí me vino muy bien soltarlo y liberar esa carga.

—¿Qué aspecto tiene ese tal Max? —preguntó interesado Fernando.

—De estirado gilipollas —se adelantó Mike—, como si le hubieran metido una escoba por el culo.

A mí no me parecía tanto, pero no era el momento ni el lugar de llevarle la contraria.

—Entonces a lo mejor es ese que viene por allí —continuó diciendo Fernando. Al final, aunque parecía que no se enteraba de nada no perdía detalle de todo lo que sucedía a su alrededor. Era más astuto de lo que pensábamos.

Giré sobre mis talones y me percaté de que tres individuos se acercaban decididos a nosotros. Al principio no les distinguía bien, pero varios segundos más tarde, cuando el sol no caía directamente sobre la cara de Max, pude reconocer su rostro contemplándome desde la distancia con gravedad. Iba acompañado de dos tipos a los que no conocía y, si tenía el gusto de hacerlo, en ese momento tan crítico no conseguía recordarles.

Max tenía gafas de sol. Los tres las llevaban puestas. Su aspecto de delincuentes se hacía más patente que nunca, pero no podía cuestionarse quién era el jefe. Max iba un paso por delante de los otros dos, como siempre. Su imagen desafiante me hizo estremecer de miedo.

Aún estaban a una distancia considerable y si nos lo planteábamos, podíamos salir corriendo. Esperé a que alguno de los chicos nos lo propusiera, pero estaba claro que a ninguno se le había ocurrido semejante despropósito, así que entorné los ojos y esperé a recibir la que se nos venía encima. Recé para que mi presagio fuera erróneo, que la trifulca que nos esperaba casi con seguridad se esfumara antes de comenzar.

Mike seguía con cara de pocos amigos, pero no estaba asustado, es más, cualquiera que le conociera un poco diría que disfrutaba esperando el incidente que se avecinaba. Estaban demasiado cerca, tanto, que el sonido de sus pisadas retumbaba en mi cuerpo y casi podía escuchar su respiración. Fred estaba tenso, tenía los brazos cruzados delante del pecho y las piernas paralelas a los hombros, mostrándose distraído pero preparado por si había que actuar. Fernando observaba todos los movimientos, alerta, también suponía que Max no había venido a hablar. En cambio Mike parecía relajado.

Ya casi habían llegado y, justo entonces, me pasó el brazo por el hombro y se giró dándoles la espalda con el más absoluto desprecio.

Pensé que esa no era la actitud más inteligente que se le podía ocurrir, pero para Mike suponía un insulto, una forma de humillarle, y sospechaba que teniéndome cogida él dudaría en intervenir. Yo no estaba tan segura.

Sin tiempo para articular palabra, Mel abrió exageradamente la boca e hizo una exclamación.

—¡Huy, huy, huy! —profirió.

Habían llegado.

—¡Quítale las manos de encima, negro de mierda, o te corro a hostias! —gritó Max.

Mike, sorprendentemente, seguía sereno. Me soltó y me empujó suavemente hacia donde se encontraba Mel. Estaban demasiado cerca, casi encima y, justo en el momento en que se volvió para enfrentarse a él, Max soltó su puño para propinar el primer puñetazo que, a pesar de pillarle a traición, Mike sorteó hábilmente.

Me llevé las manos a la boca para no gritar. Mike le miró furioso, sus propios reflejos le animaron a descargar su ira y tumbarle de un solo golpe. Ahora Max yacía desplomado en el suelo, a Fred y a Fernando ni siquiera les había dado tiempo a reaccionar pero, si los amiguitos de Max querían, habría respuesta para ellos también.

Mel y yo nos habíamos alejado, no queríamos recibir un sopapo perdido en medio de la confusión. Además, era más apropiado dejar sitio para no obstaculizar. Aunque Max ya había recibido un guantazo concluyente, yo seguía concentrada, pensaba que a lo mejor tendría que intervenir. Si la cosa se ponía fea, una patada en los huevos a cualquiera de los tres nos haría ganar tiempo.

Mike se acercó a los dos dandis que acompañaban a Max y les dijo algo al oído. No fui capaz de comprender lo que les decía pero agarraron presurosos a su jefe y se alejaron de allí.

## DESASOSIEGO

A la mañana siguiente me desperté avergonzada, una mezcla de malestar y perplejidad me tenían aturdida. Intenté recordar lo sucedido en La Jolla, pero las extrañas pesadillas tenidas durante la noche no me dejaban asimilar lo que había sucedido en realidad.

Por desgracia, no se trataba de ninguna fantasía, definitivamente no era una alucinación, por mucho que me doliera había ocurrido el desastre. Parecía un disparate, algo absurdo que nunca debió pasar, pero aquel puñetazo fue real, el gancho más certero y fulminante que había visto en mi vida.

Empecé a repasar la disputa que se había producido, deseaba encontrar una explicación, al menos una excusa razonable que me pudiera servir, pero mientras lo hacía, las imágenes atravesaban mi cabeza confundiendo aún más mis imprecisos recuerdos. Los tres individuos hostiles que se acercaban a nosotros parecían fuera de sí, traté de concentrarme en sus siluetas pero la imagen se desdibujaba a medida que acortaban la distancia. El fallido golpe de Max lanzado con una violencia atroz hacía que todo me resultara confuso; desde los movimientos bruscos que surgieron en ese momento, hasta los gritos entrecortados de Mel. Por más que intentaba analizar la situación, la pelea había sido un sinsentido, algo borroso que tenía que olvidar para alejar de mi mente ese incómodo desasosiego.

Mi sensación de angustia no empezaba al ver a Max, ni siquiera en el momento en que llegamos a tenerles delante de nuestros ojos, era el gesto afligido de Mike antes de la batalla campal lo que más me atormentaba. Su imagen no me dejaba visualizar el suceso con claridad.

Estaba inquieta, una única preocupación no me permitía recuperar la tranquilidad, necesitaba saber con urgencia si después de eso Mike querría seguir viéndome. Era siempre tan estúpida que tal vez el altercado de ayer fuera la gota que colmara el vaso. Si era así, estaba en su derecho de tomar la decisión. Esa idea me hizo temblar de pavor.

Fuera estaba amaneciendo y yo poco a poco volvía a la realidad. Estaba de mal humor por lo que yo misma había provocado y el corazón me latía a mil por hora. Lo tenía acelerado por la furia acumulada.



Bajé a la cocina mucho antes de lo habitual. Era temprano para un día de vacaciones, pero los malditos nervios no me dejaban dormir. Con suerte no me cruzaría con papá, y a mi madre, si no se la escuchaba ya, es que tendría la mañana libre.

Cogí dos aspirinas para mitigar el horrible dolor de cabeza con el que había amanecido y me puse un café triple con hielo para ayudar a espabilarme. Solo de pensar en comer algo me provocaba mal cuerpo, así que agarré el tazón y me encerré en mi cuarto para que mis padres no pudieran molestarme. Si me cruzaba con ellos tendría que fingir que me encontraba bien y prefería no tener que hacer teatro.

Me moría de ganas de hablar con Mike, al menos debería disculparme por haberle metido en una pelea así, pero antes tendría que dejar pasar al menos un par de horas y dejarle descansar; lo único que me faltaba para rematar era una llamada que le despertase.

Era la primera vez que le había visto pegarse con alguien y contaba con un revés que muchos boxeadores desearían tener, me resultó muy sexy ver cómo se peleaba, aunque llegado a ese extremo no le quedaban muchas alternativas.

Coloqué el tazón encima del escritorio y me acomodé en la silla giratoria descansando los pies en la mesa. Cogí el iPod para escuchar música mientras me relajaba y de paso hacía tiempo antes de llamar a Mike. Me puse los auriculares y bajé el volumen para que la cabeza no terminara estallándome. Sonaba en ese momento «*Me equivocaría otra vez*», de *Fito & Fitipaldis*. Tarareé al compás de la música y disminuí un poco más el volumen hasta dejar de fondo una suave y agradable melodía.

Ahora la luz entraba a raudales por la ventana de mi habitación. Cerré los ojos en un intento de dejarme ir y me concentré en las canciones que salían del reproductor. Mi cerebro vagó haciendo un esfuerzo por encontrar algo agradable en lo que pensar. Me transporté a un lugar remoto, escondido en mi mente durante demasiado tiempo. Recordé con claridad aquel día en la fiesta del cumpleaños de Fernando. Era el primer año de universidad y aún no habíamos alcanzado la confianza que llegamos a tener después, pero ese fue quizás el primer acercamiento que nos unió de verdad.

La sala de estar de su casa era demasiado pequeña para albergar a tanta gente, pero dado el alto índice de alcohol en sangre que acaparaba la

mayoría de los invitados, a ninguno parecía molestarle la falta de aire que se percibía en esa diminuta estancia. A mí me agobiaba muchísimo. Mis miedos salían a relucir en los momentos más insospechados y la fobia a los espacios cerrados era de mis preferidas.

Salí a una especie de patio trasero que hacía las funciones de porche, jardín y comedor de verano. A pesar de su reducido espacio, era un remanso de paz, un pequeño paraíso camuflado detrás de unas cuantas paredes. Me senté en una de las sillas que había colocadas alrededor de una mesa redonda y me agarré las rodillas con los brazos haciendo un ovillo. Soplaban una brisa fresca que anunciaba la llegada del invierno. Se estaba bien.

De pronto una puerta se abrió dejando escapar la explosión de decibelios que se escuchaban en el interior. Una cara sonriente asomaba la cabeza con la puerta entreabierta sin decidirse a salir.

—¿Molesto? —se trataba de Mike, el atractivo morenazo que me había presentado la caliente braguita de su amiga Emma. Ya nos habíamos visto unas cuantas veces, en el *Seaport*, en la biblioteca... éramos colegas, uno de mis estrenados amigos, así que no hacían falta las presentaciones. Le animé a salir.

—Al contrario, así me haces compañía —le contesté satisfecha por estar acompañada—. Siéntate.

Aquella noche me pareció un tipo demasiado interesante, pero le quité importancia argumentándome que la música, el alcohol y el cielo estrellado proporcionaban por sí solos la magia necesaria para provocar un fugaz flechazo. No deseaba un rollo pasajero, tampoco estaba preparada para una relación seria, así que lo dejé pasar sin más.

Mi postura y los ojos entornados me habían hecho perder la noción del tiempo pero el sonido de mi teléfono móvil me hizo regresar a la silla giratoria de mi habitación. Como siempre, se me había adelantado.

Miré la pantalla detenidamente. Sí, era él. Los dedos me temblaban y no atinaba a responder. Estaba a punto de saltar el contestador cuando conseguí que dejara de sonar.

—Hola Mike, pensaba llamarte ahora, lo siento. Siento muchísimo lo de ayer, de verdad, no me imaginaba que... —comencé a decir atropelladamente.

No me dejó continuar. Quiso quitarme ese peso que yo misma me había

impuesto.

—Tú no tienes la culpa, Cris, ¿o acaso eres la responsable de que ese tío sea un auténtico cabrón? ¡Pero si no hay más que verle! Es un fantoche, lo que no entiendo es cómo te has podido hacer amiga de un personaje así.

Suspiré aliviada al saber que tras reposarlo, su conclusión era así de contundente.

—Sí, tienes razón pero... —intenté justificarme cuando me interrumpió de nuevo.

—Olvídate de él, Cristina —exclamó—, y no pierdas más el tiempo, no merece la pena ¿o es que todavía no te has dado cuenta de que no tenéis nada en común?

Me estaba echando un merecido rapapolvo y no me atreví a prevenirle de lo que suponía dejar noqueado a un individuo como él. El día anterior les conté por encima el tipo de persona que sospechaba que era, pero por su reacción, no le había quedado demasiado claro.

—Vale —atiné a decir.

Tras un lapso diminuto Mike continuó. Estaba decidido a que me quedase lo más claro posible.

—Y si me vas a sugerir que esté prevenido no es necesario, no pienso asustarme por las represalias que pueda tomar el gilipollas estirado ese, que sepas que me la suda.

—Ya.

—Y ahora, si no te importa —dijo bajando la voz—, me gustaría que nos viéramos luego. Prometo estar más tranquilo. ¿Podrás salir?

Después de la acalorada conversación volvía a ser el de siempre.

—Esta tarde tengo que ir a Galilea, ya sabes, no hay descanso para los pringados que nos quedamos sin vacaciones, pero después podemos vernos.

—¿Entonces cuento contigo para cenar? —dijo con voz masculina y sensual—. Vuelvo a estar solo.

Por suerte todavía le quedaban ganas de volver a verme. Me sentí la mujer más afortunada del mundo.

—¡Por supuesto! ¿Pero tengo que llevar la cena o sabrás qué cocinar?

—Ja ja, muy aguda. Una invitación es una invitación y se hace con todas las consecuencias, el mismo mensaje va para el invitado, si acepta, viene

con todas las consecuencias —dijo riendo.

Bueno, no estaba segura de a qué se refería exactamente, pero por si acaso no me di por enterada.

—¿Entonces te encargas de todo? —le pregunté.

Mike era un anfitrión perfecto, pero la cocina no era su mayor habilidad.

—De todo —aseguró—. Te espero en mi casa. En cuanto salgas de Galilea te vienes directa aquí ¿vale? Te estaré esperando.

Me había invitado en multitud de ocasiones, no recordaba cuántas veces había disfrutado de una animada tertulia en el porche de su casa. Celebrar fiestas se le daba a las mil maravillas, pero siempre se aseguraba de que alguno de nosotros se encargara de hacer la comida; solía pedirselo a Mel, pero cualquiera que se brindase le venía bien, él era incapaz de preparar un sencillo huevo frito. Rebusqué en mi cabeza, pero por más que intentaba hacer memoria, no recordaba haber cenado los dos en su casa a solas. Era la primera vez.

—Muy bien, pues eso haré —le aseguré.

Le acababa de colgar y ya estaba impaciente. Tendría que esperar hasta la noche para reunirnos. Ni siquiera me daría tiempo a pasar por casa para darme una ducha y ponerme algo decente, así que iría preparada para la ocasión.

Las aspirinas comenzaban a surtir efecto y, gracias a Dios, el dolor de cabeza había desaparecido. Sin embargo, me encontraba rota, tras liberarme de la tensión acumulada por el lamentable incidente de ayer estaba extenuada. No conseguía borrar las imágenes de mi cabeza.

Me tumbé en la cama para descansar y en una décima de segundo un profundo sueño se apoderó de mí. Al principio todo parecía idílico, estaba en el jardín de mi casa con Harry, era un hermoso día de finales de verano en el que esperábamos ansiosos la llegada del resto de la familia, también acudirían algunos amigos, íbamos a celebrar la inminente apertura de Galilea. GALILEA, me gustaba su sonido, lo imaginaba ya en el rótulo luminoso de la entrada, era el nombre que había elegido el tío David para la cafetería que pretendía inaugurar desde hacía mucho tiempo, por fin le habían concedido el crédito y comenzaba para él la cuenta atrás. Mis padres nos observaban a cierta distancia cuando de pronto todo se estropeó. Un sonriente Mike hacía su aparición por la entrada principal.

Yo instintivamente me volví para mirar a papá, una fea corazonada me advertía a voz en grito de que mi amigo no era muy bien recibido en casa. La cara de mi padre se transformó en una imagen deforme, una maraña de pelo le cubría el rostro, sus ojos inyectados en sangre le miraban amenazadores exigiéndole desaparecer de allí y, después, su cara se transformó en una imagen monstruosa. De inmediato, un atronador rugido emitido desde su interior nos obligó a huir. Mike y yo corríamos de forma vertiginosa, íbamos cogidos de la mano, me apretaba tan fuerte que pronto sentí un cosquilleo en la punta de los dedos, pero no quise quejarme, me agarraba así porque era la única forma de no quedar rezagada. Cada vez iba más y más rápido, los pies apenas rozaban el suelo, flotábamos suspendidos en el aire avanzando hacia la nada, entonces, llegamos al claro de un bosque donde nos detuvimos frente a frente y pude ver el dolor que salía de su alma.

Me incorporé bruscamente. «Sólo es una pesadilla», «una pesadilla», «no es real», me intenté convencer a mí misma de que todo estaba bien. A pesar de inhalar una gigantesca bocanada de aire no conseguí que llegara a los pulmones. Jadeaba y tenía la frente empapada de sudor. Intenté recuperarme respirando con lentitud, al principio fue difícil, pero después de unos cuantos intentos logré relajarme y sincronizar las aspiraciones con los latidos de mi corazón.

Mientras mi cabeza daba vueltas a la desagradable imagen de mi última pesadilla, me levanté y traté de pensar en otra cosa. Resultaba complicado olvidar esa visión.

—¿Te encuentras bien? —escuché decir a mi madre al otro lado de la puerta.

—Perfectamente —contesté sorprendida, no era posible que supiera lo que me había pasado.

—Has gritado —dijo asomando la cabeza mientras sujetaba la puerta con ambas manos.

—He tenido un mal sueño —dije con indiferencia.

—Anoche cenarías más de la cuenta, cielo, habrá sido eso.

—Es probable —dije al tiempo que me entretenía envolviendo el cable de los cascos alrededor del iPod. No quería alargar la conversación y fue la manera más sutil que encontré para que me dejara sola.

La aterradora pesadilla que intentaba digerir era la consecuencia de la

demoledora conversación que había mantenido con mi padre, no iba a olvidarla jamás. Sus hasta ahora ocultas tendencias racistas me habían llegado muy dentro y, aunque mi madre no pensase igual, no podía evitar verles como a un todo, una única unidad que estaba siempre de acuerdo, no hasta el punto de conspirar contra mí pero sí capaces de herirme para alcanzar su objetivo, así que ella también era en parte responsable.

Escuché cerrarse la puerta a mi espalda. Gracias a mi arisca actitud mamá se dio por enterada. Había ganado tiempo y no le quedarían ganas de volver a dirigirse a mí en lo que restaba de mañana.

Mi cuarto era mi refugio, mi pequeña fortaleza, donde me camuflaba cuando me sentía mal. Hoy era uno de esos días en los que necesitaba aclarar las ideas, pero después de pensarlo mejor decidí dejar la cabeza en blanco todo lo que me fuera humanamente posible y regresé a mi silla sin un propósito concreto. Alcé la vista a la estantería situada sobre el escritorio y busqué algo para entretenerme. Cogí el libro que leía desde hacía una eternidad y volví a abrirlo por la página cincuenta y tres. Odiaba dejar a medias un libro, así que me propuse recuperar el hilo y aproveché para avanzar en él. *Viaje al centro de la Tierra* se leía en la portada. Tal vez una historia llena de peripecias me vendría bien para desconectar y aislarme del resto del mundo.

No puedo precisar el tiempo que estuve leyendo, pero lo que sí era un hecho es que había conseguido dejar a un lado mi enfado. La inoportuna aparición de Max en mi vida no me dejaba centrarme, últimamente ni siquiera podía pasar el rato entreteniéndome con una absorbente historia. Pero hoy sí, por fin conseguí meterme en el libro, me había enganchado. Antes de acabar las vacaciones sería capaz de acabármelo.

El tiempo pasó muy rápido y tenía ganas de estirar las piernas. Salir a la calle para que me diera el aire parecía la mejor opción. Me sentía satisfecha, había avanzado un trecho desde la última vez que leí y disfrutaba de la agradable sensación que te queda cuando no piensas en nada.

El dulce sabor de boca que me dejó la lectura duró apenas unos minutos, justo lo que tardé en asomarme por la ventana de mi habitación y ver aparcado el llamativo Mercedes de Max. Estaba situado a una distancia prudente pero, aun así, no podía dar crédito a lo que me estaba ocurriendo. Llamé enseguida a Harry para que me dijera qué podíamos hacer. Fue una

decisión rápida, no lo dudó ni un instante, se montó en su coche y se presentó en mi casa en menos que canta un gallo. La aparición de mi hermano dio al traste con las intenciones que tuviera Max, porque antes de que Harry parase junto a su coche, este aceleró perdiéndose en la lejanía. Mi hermano ni siquiera llegó a entrar en casa, pero me dejó claro que el omnipresente Max lo hacía para intimidar, para asustarme todavía un poco más.

—Y también los celos, Cris, que son muy malos, pero se cansará de espiarte, estoy convencido. Además, no creo que desee verte, mejor dicho, no querrá que le veas, el puñetazo de Mike le ha dejado la autoestima por los suelos.

—¿Eso crees? No sé qué pensar, conmigo se ha comportado de una forma muy hermética, así que no quiero imaginar qué puede estar cavilando.

—No lo pienses más, si le vuelves a ver merodeando, me llamas y estoy aquí en un momento.

—Gracias Harry —le dije de corazón.

—Si bajas tomamos algo ¿o pretendes quedarte recluida para siempre? —comentó para animarme.

—Tardo cinco minutos. Si entras en casa mejor —le dije para no estar apurada.

—No, prefiero quedarme aquí por si se le ocurre volver. No tenemos prisa, así que tranquila.

—No creo que regrese ahora, seguro que le has quitado las ganas —dije más serena.

—Esperemos —comentó forzado.

Harry me llevó de copas a un local nuevo que habían abierto en el centro. Cayó la primera cerveza, luego la segunda y, cuando iba a tomar la tercera (la sexta para mi hermano) anunciaron por un micrófono que iba a dar comienzo el reto más estúpido que había visto en mi vida. En cinco minutos tenías que beberte treinta litros de cerveza, ¡ah! Y si lograbas superar el desafío estarías invitado, todo un detalle. No podía ser verdad. ¿Alguien en su sano juicio se prestaría a algo así?

—¡Apúntame! —gritó un fornido cincuentón golpeando al mismo tiempo la jarra que sujetaba en la mano.

Harry se estaba animando, creo que ya iba un poquito alegre pero me lo

confirmó.

—¿Y si lo hago yo también? —me preguntó con las mejillas ardiendo.

—Ni en broma —le contesté antes de que a mí también se me subiera la moña.

—¡Eres un coñazo de tía! —me dijo sin conseguir fijar su mirada en mi cara—. Pues si no te animas vámonos ya.

Sé que no debería reírme, pero ver a Harry en ese estado resultaba caricaturesco. A pesar de lo festivo de la situación, no me quise arriesgar a que condujera él y, aunque era algo que no hacía a menudo, me dejó llevar su coche y acompañarle hasta casa. Entré con él hasta el mismo sofá del salón y le dejé allí tumbado, donde se quedó dormido según se dejó caer. Antes de marcharme se escuchaban ya sus atronadores ronquidos, señal inequívoca de que yo estorbaba en aquella habitación.

Con el pedo que llevaba, estaría echándose la siesta durante toda la tarde. Me fui de allí sin que se percatara. No tenía coche, pero como vivíamos bastante cerca me dirigí a casa dando un agradable paseo; además, el viento rozándome la cara me ayudaría a despejarme a mí también.

Cuando llegué mi casa estaba vacía, me senté junto a la isleta de la cocina a tomarme un sándwich rápido y de nuevo regresé a mi habitación. Tenía muchas cosas en las que pensar, la primera y más importante de todas era la cita que tendría por la noche. Estaba excitada, soñaba con ese encuentro desde hacía mucho tiempo y, por raro que me pareciera, había llegado el momento. La vida me daba otra oportunidad. Esta vez la gestionaría de una manera mucho más serena, al menos eso me había propuesto, porque conociéndome, sabía que era capaz de formular cualquier frase inoportuna para dar al traste con la situación.

Volví a convencerme a mí misma, me esforzaría, me iba a esmerar muchísimo para que no sucediera lo de la última vez. Estaba dispuesta a dejarme llevar si se daba la ocasión. Esta cita no podía ser tan nefasta como la anterior, la probabilidad de que sobrevinieran dos catástrofes seguidas de la misma magnitud era materialmente imposible... ¿O no? Mi memoria solía fallarme con mucha frecuencia, excepto en los momentos en que debía hacerlo, como en ese preciso instante, que me acordé de repente de los tres huracanes seguidos que habían asolado a un pueblo hacía apenas dos años, también recordé otra sucesión de terremotos que



creí haber escuchado.

Mi mente parecía un torbellino de ideas que combatían entre sí para ver cuál de todas me mortificaba más, menos mal que me preparaba para ir a trabajar y me evadiría hasta que llegara la hora de la ansiada cita con Mike, porque si no, me podía volver majareta.

Me enfundé los vaqueros claritos, metí en las trabillas el cinturón de cuero que había heredado de mi hermano, y pensé qué más ponerme. Hoy no era día de zapatillas, necesitaba algo más cautivador, así que agarré las alpargatas con cuña que me trajo mamá de su último viaje a España y les quité la etiqueta. Eran preciosas y, más importante que eso, parecían súper cómodas, pronto lo descubriría, pero antes, tenía que determinar qué más me iba a poner. Tras meditarlo durante un segundo lo decidí, el fular marrón clarito, el bolso de flecos y el vaporoso jersey beige que reservaba para una ocasión especial. Por supuesto, me enganché los pendientes de aro, sin ellos no iba a ninguna parte.

El neceser de viaje era un invento muy bueno. Por regla general, yo metía todos mis botes a presión dentro de cualquier maleta, hasta hoy no había captado el mensaje, ¡los neceseres servían para guardar cosas! Me acordé de uno que permanecía olvidado en el baúl del cuarto de baño y lo recuperé, ese estuche solo me había servido para acumular polvo pero hoy por fin le daría utilidad. Lo llené con todos los materiales de aseo que necesitaría antes de salir de Galilea: una pastilla de jabón, el desodorante y la colonia de los días importantes, Ô de Lancôme. Por supuesto, incluí todos los productos de maquillaje que había sobre la encimera del lavabo. Después, cerré con dificultad la cremallera y lo metí en el bolso.

Iba doblada. Llevaba tanto peso que me sentía incómoda, por eso prefería las mochilas, son mucho más manejables, y el calzado, aunque el esparto era cómodo, donde estuvieran mis confortables zapatillas que se quitara todo lo demás. ¿Pero qué estaba haciendo? Saqué el neceser del bolso y lo dejé sobre la cama. Total, no iba a arreglar mucho dándome un ligero repaso ¿o igual sí? Nunca se sabe, quizá recién arreglada estuviera espectacular. Lo volví a echar en el bolso por si acaso y me marché a trabajar.

Salí dispuesta a que fuera un día grande, de esos que recuerdas para siempre, pero cuando llegué a Galilea la impactante visión que tenía ante mis ojos suprimió de cuajo mis alegres planes. Max me esperaba en la

esquina apoyado en su precioso coche. Sabía que hoy acudiría al trabajo, y ya que por la mañana Harry le hizo fracasar en el intento, ahora venía decidido a hablar conmigo. Sin compañía y tras haberse llevado un varapalo como el de ayer, no parecía tan altanero, pero aun así, la grave expresión de su rostro siempre me atemorizaba.

Advertí su presencia antes de aparcar mi coche. Estaba a punto de entrar al trabajo y no tenía elección, así que realicé todos los movimientos con una lentitud pasmosa y me acerqué con ceremonia hasta donde se encontraba. En esa escasa distancia tenía que resolver la situación y decidir con rapidez cómo iba a enfrentarme a él, pero por más que lo intenté, no se me ocurría nada. Solo pensé en una cosa, que sea lo que Dios quiera.

—Hola Max —saludé más seria que nunca.

—Hola princesa —dijo melancólico—, ¿se puede saber qué te he hecho para que me trates así?

No era el lugar indicado para discutir aquello, tal vez mis tíos me estuvieran observando, o peor, podía ser la comidilla del día para cualquiera de mis compañeros, además, en plena calle me sentía más indefensa si cabe, pero tras considerar cuál sería el mejor sitio para hablar, la verdad es que no se me ocurrió ninguno. En fin, quizá fuera la oportunidad para acabar con nuestra desafortunada amistad de una forma rápida. Decidido, lo haría aquí y ahora.

—Max, sabes que te he tratado bien, pero ambos buscamos cosas distintas, definitivamente no quiero salir contigo, además, creo que mis amigos se merecen un respeto.

Él se señaló la cara. Tenía el pómulo hinchado.

—¿Te refieres al que me golpeó a traición? —preguntó muy digno.

Sonreí por dentro. Era una buena forma de verlo.

—A él y al resto de mis amigos, sí. ¿Quién te has creído que eres para llegar y empezar a insultarles? ¿Acaso has pensado que eres mi propietario?

—Lo hice para protegerte —contestó convencido.

—¿De mis amigos? —me estaba dejando pasmada.

—De los peligros que hay por ahí ¿no lo comprendes?

—Tú no estás bien —dije cabreada.

—Sí, mejor de lo que imaginas. Creía que eras mi chica.

Estaría enojado conmigo por no hacer caso de sus últimos mensajes. Me acordé de Dylan y de su lamentable final.

—No te pertenezco Max, soy libre. Por favor márchate, déjame sola, creo que no hay nada más que decir. Te deseo mucha suerte.

—Me gustas, Cris, solo intento velar por ti, defenderte de lo que te pueda perjudicar.

—Pues agradezco tu generoso gesto pero no lo necesito. Sé cuidarme sola.

—Quieres decir que se acabó, que no es un enfado pasajero. Podemos esperar unos días y hablarlo con calma. Puede que ahora estés alterada, pero se te pasará, seguro que esta situación la olvidaremos pronto.

—No Max, se terminó. No hay sitio para ti en mi vida —dije tajante—, no quiero volver a verte.

Se quedó mirándome, parado como un pasmarote antes de reaccionar. Temía una respuesta violenta, al menos esperaba un exabrupto por ponerle punto y final a la insólita relación que habíamos mantenido, en cambio, lo consideró y dio media vuelta para marcharse por donde había venido. Antes de alcanzar su coche se volvió para mirarme.

—Si es lo que necesitas, tómate tu tiempo, y no te preocupes porque pronto se arreglará todo. Me encargaré de resolverlo personalmente —sentenció dejándome consternada.

¿Qué quería decir con eso? ¿Pretendía asustarme? ¿Sería un farol o...?

—Adiós, Max.

Alguien tan posesivo como él no se daba por vencido con facilidad, pero se lo había dejado bien claro, el tiempo pondría cada cosa en su lugar.

Resoplé aliviada. No sabía con certeza si Max intentaría volver a la carga. Sus palabras me habían desconcertado y era un misterio si pretendía tomarse la justicia por su mano o simplemente esa era su orgullosa manera de decirme adiós, pero sí tenía la sensación de que, por el momento, le tendría alejado de mí una buena temporada. Harry se alegraría cuando le contara nuestra conversación.

Mis tíos estaban demasiado ocupados para darse cuenta de lo que había sucedido a escasos metros de allí, lo noté cuando me saludaron nada más entrar.

—Hola Cris, ya estás aquí, menos mal. ¿Has visto? Seguimos igual que ayer, no hay tregua, tu tío no se lo cree, vamos a batir nuestro propio récord —comentó Lily loca de contenta.

—Ya lo veo, ¡está hasta los topes! ¿Y lleva así todo el día? —pregunté impresionada.

—Tal como lo ves ahora. ¿Qué te parece? —se rio.

—Pues Dios quiera que dure mucho.

Antes de empezar mi turno me liberé de la ropa susceptible de mancharse y salí más cómoda con la indumentaria de batalla que había en el armario ropero, no quería estropearla antes de que llegara la noche e hice todo lo posible para reservarla impoluta.

La tarde se fue animando por momentos, la cafetería estaba a rebosar y si nos descuidábamos nos quedaríamos sin provisiones antes de echar el cierre.

Gracias a la frenética actividad las horas pasaron rápido; cuando me quise dar cuenta, el reloj marcaba ya las ocho en punto. Un pinchazo en el estómago me recordó la cita y un leve desvanecimiento me hizo temblar de emoción.

Entré en el lavabo reservado que teníamos los empleados, no solía utilizarlo para acicalarme pero esta ocasión especial se merecía el esfuerzo. Saqué el abarrotado neceser e hice uso de todos sus elementos, desde el primero hasta el último, sin excepción. Quería estar guapa para Mike y hacer lo posible para recuperarle otra vez. Antes de salir eché un último vistazo al espejo para cerciorarme de que no se me olvidaba nada. ¡Ah, sí! La colonia, unas gotas para rematar y estaba lista.

—Adiós Cristina —dijo mi tío con un tono divertido—, que lo pases bien.

Me despedí sonriéndoles. Que iba a una cita no era algo que pudiera esconder fácilmente, se veía a la legua. Arranqué el coche y me alejé de allí, fui directamente a casa de Mike, pero por el camino más largo. ¿Se podía ser más estúpida? Sí, por descontado, yo me superaba cada día.

## HORTENSIAS

Tras dar todas las vueltas del mundo llegué a su casa. Desde fuera se apreciaba luz pero era demasiado tenue, como si hoy, precisamente hoy, se le hubiera ocurrido probar la eficacia de las bombillas de bajo consumo. Me eché una ojeada en el espejo del retrovisor por si me había despeinado o el rímel se hubiera corrido; todo estaba igual que veinte minutos antes. Después salí del coche dispuesta a pasar una velada romántica.

Llamé al timbre con timidez. ¿Por qué tardaba tanto en abrir? A lo mejor no lo había oído. Pensé en llamar otra vez pero decidí no hacerlo, mejor esperar. Si me impacientaba pensaría que estaba nerviosa, claro que no se hubiese equivocado, estaba tan atacada que no daba pie con bola, lo admitiera o no. Me aterraba la situación, pero prefería dar otra impresión, me sentía más segura si no exteriorizaba mis propios temores. Me puse a hacer los ejercicios de respiración para serenarme, esos que leí en el apartado de psicología de la revista *Cosmopolitan* y que en algún momento crítico me habían servido de ayuda. Aspiré contando hasta ocho. Hice una pausa conteniendo la respiración y conté hasta tres. Expulsé contando hasta ocho. Hice otra pausa contando hasta tres. ¡Me voy a ahogar!

—Hola, niña, por fin has llegado, te estaba esperando para que me echases un cable.

Me abrió la puerta un sonriente Mike. Estaba arrebatador. Llevaba puestas sus bermudas azules y un polo de color blanco inmaculado. De su hombro izquierdo colgaba un trapo de cocina de cuadros azules y rojos. Iba descalzo.

—Hola Mike ¿no me puedo creer que hayas estado cocinando! ¿De verdad has sido capaz? A partir de ahora te va a tocar, ya no tienes excusa.

Sus ojos me recorrieron entera, se retiró para dejarme pasar y cerró la puerta detrás de mí.

—Eso ni lo sueñes, he necesitado toda la tarde para preparar un sencillito plato de pasta y, aun así, no estoy seguro de que haya salido bien. Además,

vosotras lo hacéis mucho mejor ¿para qué cambiarlo? Incluso Fred y Fernando son unos hachas en cuestiones culinarias.

—Tú lo que tienes es mucho morro —dije en broma.

—Sí, también, pero espera a comértelo antes de modificarme el rol, a lo mejor cambias de idea.

Busqué la zona en la que se encontraban las luces pero, por más que buscaba, no hallé ningún espacio que estuviera más iluminado que el resto. Él iba por detrás de mí, me paré y giré el torso para preguntarle con la mirada hacia dónde dirigirme. Le pillé por sorpresa mirándome el culo, pero reaccionó bien indicándome con la mano que fuera al salón. Estupendo, no tenía pensado que comiéramos en la mesa del comedor que había anexo a la cocina.

—¿No decías que me ibas a poner a cocinar? —pregunté aliviada.

No contestó, se limitó a sonreír y esperó a que llegara al salón donde había encendido unas velas. A decir verdad, no reconocía aquella estancia; había estado allí en contadas ocasiones, una de ellas pocos días atrás comiendo junto a sus padres, pero entonces había luz, el ambiente era distinto y era innegable que la situación también. Quizás por eso me parecía cambiada.

—Está.... oscuro —me limité a decir.

Mike seguía sonriendo levemente sin decir una palabra. Siempre tan dicharachero y hoy, justo en ese momento, se quedaba callado.

Observé todo a mi alrededor. Se había esmerado mucho para conseguir un ambiente perfecto. Me alegré de que no hubiese sacado la mejor cubertería para una cena que suponía informal. Había puesto los bajo platos de mimbre y las servilletas de tamaño XL de papel. En el centro de la mesa descansaba una enorme vela en forma de bol y, repartidas por todo el salón, había puesto otras tantas. Se percibía un ligero olor a vainilla. Reparé en el aparador situado justo a mi derecha, además de un original candelabro en el que centelleaban tres velas más, había un bonito ramo con cuatro frondosas hortensias, eran de un color rosa intenso, mis predilectas, y estaban recogidas con una cinta de rafia marrón. Podía ser casualidad pero...

—¿Y estas flores? ¿No las piensas poner en un jarrón? Se te van a estropear —dije para romper el silencio.

—Cuando llegues a casa las pones en agua —respondió escuetamente

cogiéndolas y acercándolas a mí.

Le miré a los ojos sin comprender. Antes del accidente lo sabía todo acerca de mí, incluso las flores que más me gustaban, pero ahora mismo no estaba segura de nada, ni siquiera de si eso era fruto de la casualidad o en realidad se había acordado del insignificante detalle.

—¿Son para mí? —pregunté sorprendida.

—Sí, las tienes que poner en agua, si no recuerdo mal son tus preferidas —comentó cauteloso.

—Lo sabes. Te has acordado —dije exaltada.

—Exacto, mi mente por fin ha querido desvelármelo. Se han ido las nubes, Cris, lo veo todo —comentó dejando entrever cierta dosis de alivio.

—¿Cómo que lo ves todo? ¿Quieres decir que ya no tienes visiones borrosas? —pregunté conmovida.

—Eso es justo lo que te intento decir —comentó feliz.

Titubeé. Una mezcla de emociones y temor se encendía en mi interior.

—Entonces no necesitas ayuda para esclarecer nada —insistí.

—Eso es, por fin ha aparecido la luz después de tanta oscuridad —me confirmó conciso.

—¿Pero desde cuándo te ocurre? ¿Cuándo te has despertado del todo? ¡Cuéntamelo Mike! —quería saberlo ya.

—Entre ayer y hoy ha sido definitivo, pero he ido avanzando un poco cada día. He vuelto —sonrió—, estoy aquí en cuerpo y alma —dijo acercándose más a mí y entregándome el ramo que había cogido de la mesa.

»Las hortensias representan cada uno de los años que hemos pasado siendo amigos. Son para ti —me las entregó con un guiño y transmitiendo una gran felicidad.

—Gracias Mike —las olí. Me recordaban a él. Dulces, llamativas, alegres...— ¡Me encantan!

—Siéntate ahí —me señaló una de las dos sillas—, vas a ver lo que he sido capaz de preparar.

Se fue a la cocina y me dejó allí sentada. Era cómico. La primera vez que Mike cocinaba para alguien.

Escuché el estallido de un plato chocando contra el suelo e hice ademán

de levantarme. No me sentía a gusto esperándole apoltronada en la silla.

—¡No ha sido nada! ¡No te muevas! —gritó desde la cocina.

—Vale, vale, ¿pero estás bien? —pregunté por decir algo.

—Sí, ahora voy.

Se escuchaba el cacharreo propio del que no está acostumbrado. Estaba impaciente por que volviera a la mesa, allí sentada sin ayudar me sentía incómoda. Por fin apareció con una fuente que dejó en el centro y volvió corriendo a la cocina para terminar de traer la succulenta comida. Un apetitoso plato de espaguetis carbonara acompañado de una copiosa ensalada.

—A ver si te gustan —dijo ilusionado mientras se sentaba frente a mí.

—No lo dudes, sé que me van a encantar. Si están buenos, te nombraré cocinero oficial del grupo.

—Ja, ja. Si se te ocurre hacer algo así, negaré que esto ha ocurrido. ¡Pruébalos! —dijo nervioso.

Le hice caso. Probé los riquísimos espaguetis que había cocinado y estaban buenísimos.

—Mike, siento decirte que esto está...

Se puso serio. Estaba ansioso por conocer mi valoración. ¿Desde cuándo deseaba convertirse en ilustre cocinillas?

—¡Delicioso! —exclamé con énfasis.

Respiró aliviado. Nunca le había visto inquieto por saberse valorado en la cocina, le importaba un comino. Era nuevo para mí.

Mientras comíamos, Mike se mostraba contento y nervioso al mismo tiempo. Me evaluó varias veces antes de lanzarse a soltar lo que tenía preparado.

—Siempre he querido contarte algo y hasta ahora no me he atrevido —se animó a decir—, tal vez hoy sea el día.

—Tal vez —dije confusa—; sabes que me puedes contar todo Mike, creí que ya lo hacías.

—Pues siento contradecirte pero no es así, hay muchas cosas de mí que todavía no sabes.

—¿Y cuáles son? Últimamente estás muy misterioso. Quizás, como tú dices, hoy sea un buen día para revelar secretos.

—Pero no puedo ser el único, estaría en desventaja —dijo sonriendo y



torciendo la cabeza a un lado.

—Ya veremos —comenté precavida.

—Eres muy terca pero aun así te lo contaré —afirmó benévolo.

—Gracias —le agradecí el gesto con franqueza. Estaba deseando relatarle algo, tanto si yo quería sincerarme con él como si no.

—¿Te acuerdas de los primeros días de universidad? —preguntó.

—Vagamente ¿por qué? —dije haciendo un esfuerzo por recordar con detalle el principio de nuestra amistad.

—Porque yo sí que tengo recuerdos muy claros —aseveró.

—¿Por ejemplo? —quise saber.

—Durante las primeras semanas que pasé en la universidad lo único que veía a mi alrededor era una muchedumbre agitada, yo intentaba con ímpetu encontrar mi sitio —comenzó a decir.

—Nos pasó a todos, era la novedad, cuando llegas a un sitio donde no conoces a nadie te sientes solo, desprotegido; pero esa sensación la tiene cualquiera, Mike —le aseguré tajante. Quería tranquilizarle, frenar ese mal recuerdo que parecía no dejarle una huella demasiado agradable.

—Sí, sí, lo sé, no es una queja, es que la imagen me viene a la memoria de esta manera y quiero que la concibas igual.

—Ah —articulé sin más.

Continuó.

—Veía a los estudiantes como una gran multitud, una masa homogénea a la que apenas podía diferenciar. Fue entonces cuando te vi por primera vez. Me encontraba en el campus junto a mi nuevo compañero, Fred. Le había conocido al comenzar los entrenamientos y nos hicimos amigos. Reías ruidosamente sin sospechar que te estaba examinando. Te contemplé con disimulo, los mechones dorados esparcidos en tu ondulado cabello castaño te daban un aire angelical. Aún conservabas restos de un reciente bronceado. También me fijé en tus curvas, que eran perfectas, discretas y sin exagerar. Toda tú eras dulzura. El solo placer de mirarte me hizo sentir vergüenza, pero se me acabó el embelesamiento con un empujón de Fred. «¡Descansa un poco, tío! ¡Se te van a salir los ojos!» me increpó. En ese momento lo supe. Aún no te conocía, ni siquiera habías reparado en mí, pero eras como una corriente eléctrica que me atraía irremediablemente. Entonces imaginé cómo sería el futuro si estuvieras a mi lado, fantaseé sin disimular mi cara de felicidad. Esto ocurrió antes de que Emma nos

hubiera presentado.

Emma otra vez. Torcí el morro, pero Mike continuó.

—«¿Crees que esa preciosidad podría querer conocerme?» le pregunté a Fred. Él me miró con pena antes de responder: «puedes intentarlo si estás preparado para recibir una negativa. ¿No te importa que te digan NO? Porque es muy duro, chaval, no te lo recomiendo, será mejor que aparques a esa chica en tu mundo de fantasía, seguro que ahí sí consigues sujetarla. O mejor que eso, olvídate, a lo mejor tienes suerte y no la volvemos a ver». Y a la semana siguiente sucedió. Se presentaba un día como cualquier otro, de esos que pasan sin haberte dado cuenta, pero aquella mañana me quedé dormido y, con las prisas, olvidé echar en la bolsa algo para comer. Entré en la cafetería y allí estabas otra vez, riendo ruidosamente. Aún conservo ese sonido registrado en mi cabeza.

»Lo que son las cosas, Cris. ¿Has visto hasta dónde hemos llegado? Estamos predestinados ¿te lo había dicho ya? Si no es por Emma otro nos hubiera presentado, tal vez yo mismo.

Sabía que a Mike le gustaba, pero era una sorpresa mayúscula conocer el momento exacto en el que se fijó en mí. No me acordaba de ese día, no era capaz de hallar aquel instante en mis ambiguos recuerdos, pero no me afectó lo más mínimo, lo más importante, tal como me había dicho, era comprobar dónde habíamos llegado.

—Vaya Mike, no... no sabía que te gustaba, bueno sí, pero no desde..., a ver... no imaginaba que... que ya antes de conocernos te habías fijado en mí —¡ay! Comenzaba lo de siempre, apreté los músculos pero no sirvió de nada, empezaron a subirme esos calores tan familiares que tanto detestaba. Por mucho que los maldijera ellos seguían su curso, comenzaron por las piernas, las axilas, la frente y, lo peor, no, no, no, por encima del labio no, intenté evitarlo rozándome disimuladamente con el dedo pero brotó sin piedad. También me había puesto como un tomate pero en ese momento, después de los odiosos sudores era lo que menos me preocupaba. ¿Habría notado mi sofoco?

Me miraba divertido, la timidez no era uno de sus puntos flacos y estaba disfrutando mucho de verme tan acalorada. ¡Será capullo!

—Bueno, ya te he revelado uno de mis secretos inconfesables, ahora te toca a ti. ¿Tienes algo que contarme? —preguntó decidido a escucharme.

Esconderme debajo de la mesa no era una alternativa razonable. Tenía

que hablar, decir algo, era lo justo. Mi voz se quedó como siempre, a la altura del esófago.

—Niña —me cogió las manos—. ¿Qué te pasa? —preguntó preocupado.

—Nada, es que estoy... abrumada.

—¿Por lo que te acabo de contar? —dijo sobrecochado.

—Tengo que reconocer que me ha sorprendido bastante, Mike, nunca me habías dejado entrever nada y de repente el día de la barbacoa pasó lo que ya sabes y hoy me sueltas todo eso, son demasiadas emociones juntas.

—El día de la barbacoa me equivoqué y hoy necesitaba contarte esto, me lo ha recomendado mi psicóloga —me aclaró divertido.

—Esa noche fui yo la que se comportó como una estúpida, ya lo sabes, quise modificar mi reacción nada másirme pero era tarde. No sabes cuánto lo siento —dije sin más.

—Olvidemos aquello y punto, yo ya lo he hecho —comentó para tranquilizarme.

—Antes quiero saber una cosa —guardaba una pequeña duda, tenía que enterarme de algo antes de confesarle mis sentimientos.

—¿Más? —preguntó con guasa.

—Venga ya, Mike, no seas payaso —le reprendí.

—Vale, dime qué quieres saber —se puso serio y dispuesto a aclararme cualquier duda que tuviera.

—Cuando hablábamos en el hospital ¿podías oírme? —pregunté indecisa.

—¿Los días que estuve allí, despierto? —no me entendía.

—No, antes, me refiero a los días que estuviste... dormido —acababa de soltar una insensatez. No, era mucho más incómodo, después de pronunciarlo en voz alta me pareció una soberana tontería.

—No sé, Cris, ¿cuándo? —seguía sin comprenderme.

—Déjalo, pensé que me entenderías pero ya veo que no —me arrepentí al momento de habérselo preguntado.

—¿Qué le voy a hacer? Me he perdido —dijo confuso.

—Es que creía que tal vez podías escuchar lo que te decía. Después del accidente te conté muchas cosas y a veces daba la sensación de que reaccionabas. La máquina se aceleraba o reducía la intensidad, incluso en

una ocasión te vi llorar —le aclaré.

Mike sonrió enternecido. Luego me explicó algo.

—No tengo la más remota idea de lo que me contaste, es como si yo no hubiese estado allí, pero no importa, seguro que algo quedó impreso en mi subconsciente, sino, no se entienden esas reacciones de las que me hablas. Lo que me contabas debía ser muy interesante porque yo no lloro con facilidad —me dijo con una mirada provocadora—, pero es ahora cuando me tienes que contar esas cosas. Puedes empezar cuando quieras, estoy ansioso por escucharte.

—¿Puedo madurarlo? —pregunté sonriendo.

—¿Otra vez me vuelves a decir eso? Has tenido tiempo de hacerlo, no me hagas esperar más —dijo impetuoso.

—No sé cómo decírtelo, Mike, me gustas mucho, muchísimo, pero me resulta tan extraño que no termino de hacerme a la idea —al fin lo solté. No había sido tan complicado.

—Te ha costado ¿eh? Me tenías confundido, pero estaba seguro de que sentías lo mismo por mí, a veces, por mucho que se pretenda lo contrario, las señales son más sinceras que uno mismo —comentó confirmando lo que ya sabía.

—Voy a llevar esto y de paso traigo el postre —dije aliviada.

—¿Pretendes escabullirte? —preguntó sereno. Su aplomo me alteraba más.

—No. Necesito levantarme un momento, estoy nerviosa. ¿Tienes helado? —pregunté. De repente me invadía uno de mis ataques de azúcar.

—Sí, está en el congelador, en la parte de abajo —contestó sin apartar su penetrante mirada. Me observaba de una manera que no acostumbraba.

Cogí los platos que había sobre la mesa para aprovechar el viaje y fui a la cocina a preparar dos tarrinas. Cuando las estaba rellenando comencé a escuchar la que ya era mi canción favorita, nuestra canción. *Against All Odds* de Phil Collins. Cerré los ojos para disfrutarla bien. Estaba en trance. Durante varios minutos me recreé en la melodía. El tema terminó dando paso a la siguiente canción. Esta vez había bajado intencionadamente el volumen.

Miré los dos helados. Como no me diera prisa se derretirían antes de salir de la cocina, sería mejor que regresase cuanto antes al salón. Agarré los cuencos para volver a la mesa pero me detuve a mitad de camino. El

pasillo que debía atravesar estaba en penumbra y, al final del recorrido, Mike me esperaba de pie apoyado contra la pared. Su mirada salvaje hizo que la electricidad me recorriera las venas. Tenía que avanzar, llegar hasta él, sabía con certeza que no se retiraría. Además, esta vez yo no le iba a detener. Aun así, el tembleque de mis piernas me hacía tener mil dudas. Di los tres pasos que nos separaban y alcancé su altura. Le sonreí pero él seguía mirándome con rigidez. Sus ojos ardían de deseo, sin embargo, los míos daban vueltas intentando centrarle en mi campo de visión. Me estremecí, yo me cortaba muchísimo en situaciones así y, encima, en ese estrecho pasillo su estatura me intimidaba el doble de lo habitual. Estaba a punto de desmayarme cuando me cogió los helados que me temblaban entre las manos y los dejó sobre la mesa. Se giró súbitamente y me miró con un brillo especial, alcé más la vista hasta sus profundos ojos negros que me penetraban y los percibí más oscuros que nunca. Mike tenía la respiración agitada y yo luchaba sin éxito intentando controlar la temperatura de mi piel, que ardía en llamas y me subía a medida que él se acercaba más a mí. De pronto, tomó mi rostro entre sus manos.

—Te quiero, Cris, siempre te amaré pase lo que pase —me dijo con ternura—. Eres consciente ¿verdad?

Sin dejarme responder me besó con pasión, yo le respondí encantada. Sabía a caramelo, era dulce, Mike tenía un sabor irresistible. No dejaba de besarme, soltó una de sus manos para hacerme una coleta tirante que se enrolló en la muñeca. La postura me obligaba a echar la cabeza hacia atrás. Entonces me mordió la barbilla, después comenzó a besarme el cuello y también por detrás de las orejas. Sentí su brazo alrededor de mi cintura y aprovechó para apretar sus caderas hasta aplastarme contra la pared, después aflojó la presión y noté sus dedos deslizándose sobre mi piel mientras me recorrían la espina dorsal. Quería detener el cosmos para encerrarnos en una cápsula del tiempo, sería maravilloso estar así para siempre, prolongar el momento y convertirnos los dos en una estatua de sal, perpetua, inmortal, que durase por los siglos de los siglos, pero Mike cesó de repente. Apoyó las dos manos a cada uno de los lados de la pared y torció la cabeza a un lado mientras respiraba con dificultad. Después de unos segundos que me parecieron una eternidad, se repuso. Esperé a que dijera algo; seguía callado, se escuchaba de fondo la música y el sonido de nuestra respiración. Me contemplaba con una mirada severa, sus ojos clavados en mi rostro hacían que me derritiera.

Por fin sonrió y sentí alivio.

—Ven —dijo con autoridad.

Me agarró de la muñeca y tiró de mí, veía sus intenciones así que me adelanté y eché a correr. Reaccionó tan rápido que tardó un milisegundo en darme alcance, había llegado al segundo escalón cuando me agarró el tobillo y frenó en seco mi acelerada ascensión, esto hizo que me tropezara y mi cara aterrizó a escasos centímetros del escalón. Estaba boca abajo, inmovilizada, su robusto cuerpo envolvía el mío sin pulverizarme.

—¿Dónde vas tan deprisa, niña? —preguntó divertido.

—¿Tú qué crees? —respondí riendo.

—No corras tanto, llevo cuatro años esperando este momento y no sueñes siquiera que te vas a librar de mí con tanta rapidez.

—No lo pretendía —me excusé.

Me dio la vuelta y me agarró los brazos hasta situarlos por encima de mi cabeza. Me volvió a besar, pero esta vez lo hizo más enloquecido. Su respiración seguía siendo entrecortada y la tensión sexual alcanzó límites insospechados. Lentamente me fue soltando los brazos, aflojando la presión. Al fin, me dejó libre para seguir el ascenso y los dos nos perdimos en su habitación.

## CONFESIÓN DE MIKE

La claridad de la mañana me hizo volver a la realidad. Me encantaba la luz de San Diego, el modo en que el sol brillaba bañando la habitación era difícil captarlo en otros puntos del planeta. Estaba en su cama, desperezándome, saboreando la increíble noche que habíamos pasado juntos. Sonreí al evocar cada detalle de su frenética pasión. Seguía en éxtasis.

Me puse una camiseta de los aztecas que había sobre la silla y me dirigí hacia Mike. Estaba en la cocina preparando unas apelmazadas tortitas; otra primicia. Esto sí lo tendría que contar. Le brillaban los ojos de satisfacción y yo me sentía dichosa al sentir su amor. Ahora sí lo veía posible, podríamos avanzar juntos, descubrir de la mano todos los secretos que existieran en el universo. Era mi otra mitad, como si cada parte hubiera sido separada antes de nacer y ahora, inevitablemente, estuvieran obligadas a fusionarse de nuevo. Avanzaríamos en la misma dirección, los dos recorriendo juntos el mismo camino.

Me importaba poco o nada lo que pensase mi padre, tampoco me afectaría jamás la existencia de Max, la única ambición que tenía se encontraba frente a mí. Él, solo él, era la parte que me faltaba para llenar el vacío.

—¿Has dormido bien? —me preguntó un radiante Mike.

—De maravilla ¿y tú? —respondí.

—No tanto, pero no me quejo, quería hacerte tortitas para desayunar y eso me ha mantenido desvelado. No tolero bien las presiones culinarias —dijo con pesar.

—Eres bobo, las hubiera hecho yo ahora —comenté sonriendo.

—Ya te lo dije, te invitaba con todas las consecuencias.

Me quedé en silencio mientras le observaba hacer.

—Gracias por tu compañía, Cris, este es sin duda el mejor momento de toda mi vida —dijo.

—Si es así, espero estar a la altura a partir de ahora —comenté presionada por sus bonitas palabras.

—Siempre lo estás —aseguró y, sin más, me animó a que nos sentásemos fuera.

Salimos al porche. Un resplandeciente sol se proyectaba sobre el jardín delantero, parecía sonreírnos, igual que Mike, que también se encontraba en la misma alineación, pletórico, exultante de alegría y queriéndome contar algunas confidencias que no le había dado tiempo a comentarlas anoche.

—Ayer te revelé el momento en que te vi por primera vez —comenzó.

—Sí, y lamento profundamente no recordarlo —dije con pena.

—Eso no importa, no son tus recuerdos, son los míos y los quiero compartir.

—Te entiendo pero sería agradable tener al menos una visión de ese día —le corregí.

—¿Y sabes qué? Al enterarme por Emma de que estabas libre comencé a espiarte, te seguía, allí donde fueras, siempre estaba yo rondando. Me tenías obsesionado, nunca iba a lograr que desaparecieras de mi cabeza; por supuesto tampoco quería, aunque en algún momento sí que llegué a planteármelo, sobre todo en los periodos en los que me sentía enfermo por la situación. Aunque después lo analizaba mejor y volvía a opinar exactamente lo mismo. El haberme topado contigo tenía que ser un presagio, si por causas fortuitas del destino tuve la inmensa suerte de conocerte, de que nos presentaran por casualidad, no podía dejarlo pasar, tenía que conquistarte, al menos intentarlo; pero había algo que me mantenía paralizado, el miedo a que me rechazaras y me hicieras salir de tu vida bloqueaba mi arrojo habitual, era demasiado fuerte, por eso me ha costado tanto.

—¡Encontrarnos en la biblioteca no fue una coincidencia!

—Claro que no. El destino te puso ante mí y no podía dejarte escapar. No quería, por eso ahora necesito saberlo, me lo tienes que confirmar. ¿Me sigues queriendo igual después de saber que soy un «rastreador»? —no sabía si lo preguntaba en serio.

—No lo eres —conseguí decir.

Sus palabras sonaban tan dulces que me volví a derretir. No esperó a que le respondiera.

—El día que vi a tu amigo el estirado, sabía que nada bueno podía traernos, no solo a mí, tampoco tú podías salir beneficiada de aquello.



Sentí unos celos desmesurados cuando te separó de nosotros para invitarte a una copa. Así que figúrate, me alegró sobremanera haberle tumbado, me dio la excusa perfecta.

Me había preocupado innecesariamente, en el fondo Mike había descargado su cólera contra él saciando su deseo de venganza.

—Y cuando desperté del coma, Cris, eso ya fue lo peor, todo era borroso, demasiado lóbrego, como si la penumbra se hubiera desplomado sobre mí. Ha sido un eclipse interminable hasta ayer, cuando te vi con la claridad de siempre, entonces supe que solo sería feliz si lo intentaba de nuevo. En tu presencia siempre me faltó valor, pero ya está superado, estaré a tu lado siempre, seguiré todos tus pasos y si no me pides que me aleje, te amaré el resto de mi vida.

—¿Y sientes algo por Emma? ¿Te ha gustado alguna vez? ¿Os enrollasteis? Los chismes circulan.

Mike soltó una carcajada.

—¿¡Emma!? Por favor, Cris, jamás hubo nada entre los dos.

Intenté reprimir la emoción que me embargaba pero los ojos se me llenaron de lágrimas.